

Libros de Cátedra

# El mito olímpico

## Una aproximación crítica a la historia de los Juegos

Pedro Garay

FACULTAD DE  
PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL

S  
sociales

  
Edulp  
EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA

# **EL MITO OLÍMPICO**

**UNA APROXIMACIÓN CRÍTICA A LA HISTORIA DE LOS JUEGOS**

Pedro Garay

Facultad de Periodismo y Comunicación Social



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA



## Agradecimientos

Quisiera agradecer ante todo a Gastón Luppi, compañero de aventuras olímpicas: sin su impulso para la creación del Seminario de Juegos Olímpicos, y sin sus ideas y su edición del texto, este libro no hubiera sido posible.

A la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, mi casa de estudios, por promover el intercambio entre pares, las discusiones y los debates acalorados como parte de su misión académica.

A la Universidad Nacional de La Plata, institución en la que me formé y que enaltece la educación pública.

A Pilar, razón por la que todo vale la pena.

A mi querida familia: su apoyo y amor no se pueden expresar correctamente en palabras. Son el sostén de mi vida.

A Asia, Pachorra y Jachy, por aportar necesarios recreos a la ardua faena de escribir.

A Pierre de Coubertin y el Comité Olímpico Internacional, por su apasionante invención.

# Índice

<b>Introducción</b>	6
---------------------	---

## PRIMERA PARTE

### El Movimiento Olímpico

#### **Capítulo 1**

Pierre de Coubertin y la construcción de un mito	10
--	----

#### **Capítulo 2**

Los Juegos y las Guerras	20
--------------------------	----

#### **Capítulo 3**

Los Juegos de la Guerra Fría (Primera Parte)	33
--	----

#### **Capítulo 4**

Los Juegos de la Guerra Fría (Segunda Parte)	45
--	----

#### **Capítulo 5**

Un mundo nuevo	59
----------------	----

#### **Capítulo 6**

La arquitectura de los Juegos Olímpicos	75
---	----

## SEGUNDA PARTE

### El Movimiento Olímpico en argentina

#### **Capítulo 7**

El nacimiento de la Argentina olímpica	85
--	----

**Capítulo 8**

El deporte en la era de Perón \_\_\_\_\_ 96

**Capítulo 9**

Deporte cercenado \_\_\_\_\_ 108

**Capítulo 10**

El deporte en democracia \_\_\_\_\_ 119

**Capítulo 11**

Cómo se forma un atleta olímpico \_\_\_\_\_ 130

**El autor**

152

# Introducción

Los textos que componen este libro fueron desarrollados para la creación del Seminario “Juegos Olímpicos: otras historias, otros deportes” dictado en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Nosotros, Gastón Luppi y Pedro Garay, creamos el seminario en 2020, cuando entre debates en torno del olimpismo se nos volvió evidente una conclusión: las formas de comunicar el deporte olímpico se repetían en los medios nacionales, cada cuatro años, casi siempre siguiendo los mismos patrones. Excelentes colegas cubren esos “otros deportes” fuera de agenda, de los que habla el título del Seminario, durante todo el año, con sensibilidad y gran profundidad, pero sus producciones ocupan un lugar marginal en sus medios de comunicación. Cuando llega la cita olímpica, llega un aluvión de historias olímpicas, relatos de superación, historias sobre el esfuerzo individual de los atletas que alcanzaron la clasificación, historias curiosas o emotivas del presente y el pasado. Historias siempre en busca siempre del “like” fácil, el “engagement”. Luego esas historias desaparecen de la cobertura mediática durante los siguientes cuatro años.

Y estas historias, notamos además, se repiten. Cada cuatro años, el aluvión de relatos en torno al mundo olímpico se repite casi idéntico: se cuentan siempre las mismas historias, un puñado de anécdotas replicadas a partir de las mismas fuentes, sin cuestionamiento. La tendencia se ha agravado en tiempos de redes sociales, donde, a menudo, un hilo de X simplemente convierte una crónica de algún medio en una serie de tuits, y donde, además, los mismos hilos de la red social son repetidos por otros usuarios, cambiando puntos y comas. Mucho más profundo se ha vuelto este “sampleo” periodístico con el avance de las inteligencias artificiales generativas, que crean contenidos infinitos que son en realidad nuevas versiones de relatos ya existentes y repetidos.

Una búsqueda rápida en cualquier buscador de la web revela esta repetición de artículos olímpicos: mismos datos, mismas ideas. A menudo, mismas palabras. Historias cliqueables, digeribles, como si fueran solo anécdotas, curiosidades, como si no hubiera tensión detrás de ellas. Quizás no sea el trabajo periodístico, el que busca fuentes, el que rescata lo olvidado de polvorrientas hemerotecas y encuentra testimonios acallados, el que corre peligro de volverse obsoleto ante el avance de las IA, sino esa reproducción automática de textos a la que se ven obligadas muchos periodistas bajo el mandato de la producción incesante de contenidos.

La reproducción es automática, y también acrítica: al replicar estos relatos olímpicos que se repiten cada cuatro años en portales y redes, se replica también, de manera irreflexiva, una

serie de valores que individualizan los éxitos, le quitan su matriz política y potencia colectiva al deporte: los valores olímpicos. O, como contraparte, cuando lo que se replican son críticas a la organización de estos megaeventos, artículos que son olvidados dos semanas más tarde sin consecuencias (¿quién se preocupa hoy por el trabajo esclavo en el Mundial de Qatar?), a menudo se repiten datos e interpretaciones disparadas desde agencias internacionales con intencionalidad geopolítica.

El Seminario, y los textos de este libro, nacieron de esa sensación: la necesidad de impulsar al estudiantado, de cara a un futuro complejo, a relatar historias más profundas, a escapar de esa repetición de datos y relatos que circula en las redes, a bajar al terreno, hablar con nuevas fuentes y contar otras historias, con perspectivas frescas, de estos “otros deportes”. A pensar el deporte olímpico fuera de ciertos márgenes. En estos capítulos, no intentamos tanto contar nosotros una historia alternativa de los Juegos Olímpicos, sino señalar otras vías de interpretación de la historia oficial, puntos de conflicto y debates, autores, líneas de pensamiento, ideas: nuevos caminos para contar el deporte, para desenredarlo de sus sentidos prefijados, de sus lugares comunes.

Para desenredarlo del mito olímpico, de la mitología oficial.

Que es, desde ya, un mito atrapante. La idea de una arena global que nos iguala, y también detiene las guerras del mundo y es capaz de llevar paz y valores humanistas a cada rincón del planeta, donde una confraternidad de deportistas deja de lado sus diferencias de ideología y clase, y compiten solo por el afán de competir, se repite desde fuentes oficiales de forma insistente cada cuatro años, rodeando a los Juegos Olímpicos de un halo santificado.

Y empapa estas historias que cada cuatro años se repiten: historias de vida y esfuerzo ocultaban las condiciones estructurales que determinan en buena medida los resultados deportivos, los vaivenes de las políticas deportivas, un contexto más grande, complejo y hasta contradictorio. Son relatos que retratan al olimpismo como un espacio armónico, terso, sin aristas problemáticas.

Como punto de partida, este volumen realiza un recorrido histórico que baja el mito a la tierra: las ideas detrás de su fundación, las tensiones, nacionalistas, en materias raciales, de género, la segregación que generó desde sus albores, los debates que se han dado en su seno sobre la explotación deportiva. Líneas de investigación en torno al detrás de escena del mito olímpico. Porque mientras el mito olímpico, que envolvió de un aura a los Juegos que permitió su penetración global y terminó de codificar una estructura deportiva global y estandarizar las prácticas corporales, puede ser noble en sus intenciones, las instituciones en general son más complejas, atravesadas por tiempos y luchas. Y menos nobles.

Las instituciones son, además, estructuras cambiantes. El mito, a pesar de haber surgido en un momento particular de la historia, de ser hijo de sus circunstancias, enlaza el principal megaevento multideportivo del planeta a un pasado idealizado, el de las polis griegas, y se viste de eternidad, de un concepto que trasciende las épocas. Pero el edificio concreto del olimpismo ha mutado profundamente a lo largo de sus 130 años de historia. De hecho, a medida de que el deporte se ha vuelto parte de la industria del entretenimiento, los Juegos Olímpicos han ido convirtiendo ese mito de comunión en marca para su comercialización: la defensa profunda del amateurismo, de aroma elitista, ha dado paso a la comercialización absoluta de un megaevento que

deja huellas de gran tamaño allí donde pisa. Del mito a la marca: en las últimas tres décadas, la transformación del mito al mercado mundial ha sido total, y es hoy un discurso sanitizado, corporativo y diseñado para no ofender, para facilitar su penetración global.

En la arena olímpica conviven las epopeyas y las tragedias deportivas, el éxtasis del atleta que rompe los límites y hace poesía de su cuerpo; con una historia compleja, cargada de problemáticas, de corrupción por momentos cómplice, que intenta ocultarse bajo la armónica narrativa olímpica habilitada por el mito. Deconstruir ese mito, esa marca, y reconstruir la historia, las historias, puede entenderse como un acto cínico, un atentado a la catedral romántica del olimpismo. Creemos, por el contrario, que más apasionante que repetir ese mito es discutirlo. “El mito es un habla despolitizada”, como explicó Roland Barthes (2020, p. 237-238)<sup>1</sup>: si permanecemos en los sentidos únicos, sin contradicción, que propone la corporación olímpica, estaremos abonando a estas perspectivas que invisibilizan la complejidad, muchas veces contradictoria y apasionante, del deporte, la forma en que los procesos históricos, políticos, sociales y económicos atraviesan de manera profunda las biografías deportivas del esfuerzo.

El Seminario y este libro, resultado de tardes de apasionados debates entre nosotros y junto a otros colegas, proponen así buscar en el camino las otras historias para comenzar a tejer una nueva narrativa del deporte olímpico que revele la complejidad del deporte como fenómeno social.

Es una aproximación crítica a una historia social y política de los Juegos Olímpicos, pero pretende no ser cínica, incluso cuando el mito se revela como un instrumento colonizador, o cuando el mito se vuelve marca y la marca se transforma en negocio (y a menudo, en corrupción). Nuestra aproximación también guarda cierta cautelosa admiración para esta monolítica estructura montada en tiempos de una globalidad mucho más tenue y que ha conseguido soportar los sacudones del siglo XX y aportar algunos de los momentos más asombrosos de la historia del deporte moderno: resulta difícil no romantizar los Juegos Olímpicos, y, después de todo, el deporte moderno es una de las grandes expresiones humanas, como el cine, la música, escenario de las pasiones más sublimes y más rastreras, teatro de conmovedores dramas, de insólitas comedias; y también, un espacio para la expresión corporal, para desatar el cuerpo, desanudarlo de las rutinas aprendidas, entrar en contacto con su potencia; terreno para la hermandad, también para el duelo con el rival, el noble y el artero. Lugar, en definitiva, de encuentro, de comunión, de alegría.

Este libro, entonces, no pretende no clausurar sentidos y censurar entusiasmos, sino brindar herramientas para despertar la curiosidad y abrir el debate en un mundo deportivamente cada vez más globalizado y estandarizado, camino a una monocultura deportiva y espectacularizada.

*Gastón Luppi y Pedro Garay*

---

<sup>1</sup> “El mito tiene a su cargo fundamentar como naturaleza lo que es intención histórica; como eternidad, lo que es contin- gencia (...) El mito está constituido por la pérdida de la cualidad histórica de las cosas: las cosas pierden en él el recuerdo de su construcción. El mundo entra al lenguaje como una relación dialéctica de actividades, de actos humanos; sale del mito como un cuadro armonioso de esencia”.

## **PRIMERA PARTE**

---

### **El Movimiento Olímpico**

# CAPÍTULO 1

## Pierre de Coubertin y la construcción de un mito

### 1.1. Principios Fundamentales del Olimpismo

Relata la historia oficial que el Olimpismo moderno fue concebido por Pierre de Coubertin, a cuya iniciativa se reunió el Congreso Internacional Atlético de París en junio de 1894. El COI se constituyó el 23 de junio de 1894. Los primeros Juegos Olímpicos (Juegos de la Olimpiada) de los tiempos modernos se celebraron en Atenas, Grecia, en 1896: el Barón Pierre Fredy de Coubertin, pedagogo francés nacido en 1863, es el héroe de esta historia oficial, el hombre que recuperó el fuego sagrado de los antiguos Juegos Olímpicos e iluminó con esa antorcha el edificio del deporte moderno que él mismo ayudó a edificar.

Las historias que nadan por debajo de la superficie de la historia oficial, sin embargo, complejizan esta leyenda del fundador: a fines del siglo XIX eran varios los eventos multideportivos que, con mayor o menor continuidad, venían pujando por revivir el espíritu de los Juegos de la Antigüedad. Sin embargo, ninguno logró construir el aparato ideológico, el mito universalista que pensó Coubertin, dotando a los Juegos Olímpicos modernos de un aura, una mística que, además de su empuje tras algunas malas experiencias, determinó el éxito del evento por sobre sus competidores. La idea era sencilla pero efectiva: antes que un evento multideportivo, los Juegos Olímpicos serían una filosofía de vida, que recupera los valores civilizatorios de la gloriosa civilización griega; más que deporte, sería el deporte al servicio del desarrollo de la humanidad.

Así lo dice todavía la Carta Olímpica, su Constitución, que, aunque ha variado con el tiempo, sigue dando un lugar de privilegio a los “valores olímpicos”, los “Principios Fundamentales del Olimpismo”:

“El Olimpismo es una filosofía de vida, que exalta y combina en un conjunto armónico las cualidades del cuerpo, la voluntad y el espíritu. Al asociar el deporte con la cultura y la educación, el Olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor educativo del buen ejemplo, la responsabilidad social y el respeto por los principios éticos fundamentales universales. El objetivo del Olimpismo es poner siempre el deporte al servicio del desarrollo armónico del ser humano, con el fin de favorecer el establecimiento

de una sociedad pacífica y comprometida con el mantenimiento de la dignidad humana” (Comité Olímpico Internacional, 2015, p. 13).

En estos siete principios asoman algunos que están allí desde la concepción de los Juegos modernos: el deporte como una herramienta de mejoramiento individual y social, el juego limpio o *fair play*, la supuesta neutralidad política. Otros, sin embargo, como el deporte como derecho y la prohibición a discriminar, son respuestas a los cambios sociales transcurridos desde 1896, que revelan que, si bien el Movimiento Olímpico se pretende en su declaración de principios una acción “universal” y “permanente”, es en realidad mutable, respondiendo a ideas de ciertas épocas y ciertos lugares.

Un somero repaso por anteriores versiones de la Carta Olímpica refleja cómo se han ido modificando los valores olímpicos, volviéndose más mesurados en ciertas posturas, directamente retrocediendo en otras: la primera Carta disponible en la biblioteca olímpica (Comité Olímpico Internacional, 1908) es apenas un listado de dirigentes, de diez páginas, con dos de ellas dedicadas al reglamento y funcionamiento de la institución; para 1924 (Comité Olímpico Internacional, 1924) la Carta Olímpica tenía el doble de longitud, con un extenso apartado de reglas más parecido al actual, donde ya aparece de forma explícita lo que hasta entonces era implícito: el amateurismo como condición para participar. El deporte comenzaba a profesionalizarse, pero el COI ya mostraba que resistiría en su postura amateurista durante mucho tiempo. También allí se restringe la participación de la mujer “a ciertos eventos”.

Como hemos señalado, este sencillo ejercicio de mostrar la evolución de la Carta Olímpica revela diferencias fundamentales que evidencian que los valores que Coubertin pretendía universales de los Juegos Olímpicos son en realidad producto de una época y un lugar, que responden a procesos políticos, negociaciones y discusiones ideológicas. Su raíz, antes que en la Antigua Grecia, hay que buscarla en Inglaterra, en la segunda mitad del siglo XIX: la cuna del deporte moderno. Allí, en el marco de las *public schools* a las que atendían las élites, comenzaron a reglamentarse las actividades de recreación populares existentes para, primero, disciplinar los cuerpos de los jóvenes de clase alta. Quien impulsó primero el deporte como un valor pedagógico fue Thomas Arnold, un pastor que en 1828 llegó a *Rugby* para ponerse al frente de la institución y otorgó un lugar destacado a la educación corporal en su currícula, echando mano a prácticas que ya existían pero reglamentándolas para eliminar los componentes más violentos, inaceptables en un establecimiento educativo para “caballeros”, con el objetivo de forjar el carácter mediante la contención de la agresividad. Arnold buscaba inculcar la “voluntad de vencer” pero siempre dentro de las normas socialmente aceptadas, o lo que es lo mismo, inculcar, según la frase que se le adjudica, “la nobleza de aceptar la derrota y el sentido de la responsabilidad y la caballerosidad como norma de comportamiento fundamental en lo deportivo y lo social”. Para Arnold, el deporte es un microcosmos de la sociedad humana, una escuela para caballeros sobre cómo comportarse de forma limpia, acorde a su estatus de *gentlemen*.

## 1.2. El deporte moderno

Las reglas, la medición de récords y tiempos, que propone Arnold en Rugby, son hijas del pensamiento moderno, del racionalismo del siglo XIX que impone orden para el progreso, ciencia y técnica para lograr ser “más rápidos, más altos, más fuertes”: el lema olímpico lo tomaría Coubertin del padre dominico y reformador Henri Didon, así que allí también, como en el caso de Arnold, queda claro el emparejamiento entre el deporte como herramienta de formación y la formación de hombres acorde con los preceptos religiosos. El *fair play*, en tanto, es de alguna forma el casamiento del imaginario racionalista moderno, forjado por la burguesía en aras de la eficiencia, la productividad y la igualdad de oportunidades, con los resabios aristocráticos y conservadores del “caballero”, un conglomerado de conceptos clave para el olimpismo que pervive todavía hoy.

Varias de estas ideas de Arnold y los colegas de su época terminarían configurando la matriz del deporte moderno, una actividad que entrelazaba la moral y el físico, pensada para civilizar los jóvenes cuerpos masculinos de las élites (que promoviendo esta supuesta “pureza” de la práctica deportiva enarbocaban la bandera del amateurismo que marginaba del deporte a las clases populares: solo podían ser *gentleman* deportistas quienes dispusieran de tiempo de ocio para la práctica). Allen Guttmann definiría en su seminal “Del ritual al récord” una serie de rasgos que distinguen al deporte moderno: el secularismo, la igualdad de oportunidades, la especialización de roles, la racionalización, la organización burocrática, la cuantificación y la búsqueda de récords (Guttmann, 1978, p. 16). Su investigación ha sido discutida, en particular por su adhesión a la teoría de la modernización (al pensar el deporte moderno como una evolución del deporte “primitivo”) y por “desritualizar” la modernidad, imaginándola un reino de la razón al margen de la religión (Brownell, 2001, p. 36), cuando, por ejemplo, los rituales (las ceremonias de apertura y clausura, el desfile de la antorcha) y el lenguaje de los Juegos Olímpicos, aparato troncal del deporte moderno, hacen difícil pensar una modernidad completamente secular. Pero mientras el debate continúa, los rasgos descriptos por Guttmann siguen siendo útiles para delinear las ideas rectoras del deporte moderno: la medición del tiempo y el establecimiento de las marcas fueron posibles gracias a los avances tecnológicos; la estandarización del deporte, el establecimiento de reglas en común que garantizaran la igualdad en la competencia (y que requerían de grandes estructuras burocráticas para regirlas), fue condición necesaria para su expansión global y la creación de una sociedad deportiva internacional. Desde ya, no fue la evolución de las sociedades hacia una modernidad en términos occidentales lo que provocó la adopción del deporte en el mundo, sino la expansión económica, cultural y territorial de los imperios: no fue evolución, sino imperialismo. El deporte, como veremos, fue un ariete de Occidente en su conquista global.

Pedagogo, Coubertin se interesó en las modernas ideas de Arnold. Y les agregó el lustre del mito: el Barón citaría como inspiración a los Juegos de la Antigüedad, y a partir de esa construcción simbólica sus juegos quedarían envueltos en la sagrada de lo perpetuo:

“Si Inglaterra fue la cuna del deporte de competición y rendimiento, y Alemania impulsó una gimnástica que giraba en torno a la disciplina normativo-estética, la aportación específica de Francia a la génesis del deporte moderno consistirá en rodearlo de una aureola ideológica que lo convierte en encarnación de los valores democráticos, artífice de la concordia universal y heraldo de la paz entre las naciones” (Corriente-Montero, 2011, p. 91).

Pero como impulso para organizar los Juegos, Coubertin no estaba tanto motivado por un afán humanista y restaurador, sino que, “como los demás intelectuales franceses de su época, imaginó numerosos planes destinados a fortalecer la posición de su país en el concierto de naciones” (Mandell, 2007, p. 209), en un marco internacional donde las potencias competían por colonizar el mundo y tras la humillación que su país había sufrido de los prusianos en la guerra de 1870.

Coubertin “envidiaba la riqueza, el Imperio y los logros políticos exentos de convulsiones sociales alcanzados por los ingleses”, y “quedó fuertemente impresionado por las escuelas preparatorias de las clases superiores inglesas”, adjudicando sus triunfos como país a sus prácticas educativas. “Como cualquier otro viajero, Coubertin vio todo lo que deseaba ver y estableció que las características distintivas de la educación anglosajona se debían al equilibrio —es decir, al hecho de que los ingleses educaban cuerpo y mente por igual—” (Mandell, 2007, p. 210). Al regreso de su viaje, Coubertin se dispuso a organizar el deporte en Francia y solo seis años más tarde se disputarían los primeros Juegos Olímpicos.

Queda claro: Coubertin esperaba a través del deporte no tanto, como señala su Carta Olímpica, utilizar el deporte para el desarrollo de la paz y la armonía, sino devolver a Francia a la gloria. Endurecer los cuerpos de los soldados para igualar la potencia de los alemanes, calmar las aguas turbulentas de la situación social en su país y, en definitiva, colaborar con convertir a su nación en una potencia imperialista. El “gran humanista” había, en el camino, creado la que sería “la guirnalda ideológica del imperialismo” (Corriente-Montero, 2011).

### **1.3. El impulso civilizador**

Pero quizá no haya contradicción: después de todo, el impulso imperialista es a fines de siglo XIX un impulso civilizador del que el deporte sería una arista más. Como describen Niko Besnier, Susan Brownell y Thomas F. Carter, quizá cuando en las *public schools* británicas comenzó la codificación del deporte no sabían que sentaban las bases para su conquista global, pero sin duda “estaban convencidos de que su invento —racionalizado, institucionalizado y absolutamente moderno— era una prueba más de su inquebrantable superioridad como varones, como cristianos, como blancos y amos del imperio más vasto del planeta. Codificaron las reglas deportivas con la profunda convicción de que la actividad física estaba al servicio de Dios, del país y del imperio” (2018, p. 69).

La Carta Olímpica de 1930 (Comité Olímpico Internacional, 1930), de hecho, delinea explícitamente esta creencia del hombre de deportes como el varón superior: dedica sus primeras páginas a interpelar al público con la frase “*¿es usted un ‘sportsman’?*”, antes de preguntarse si juega para el equipo, acepta órdenes, acepta las reglas sin chistar y si prefiere perder a romper las reglas para ganar. Al respecto, los autores Corriente y Monteiro, críticos de los Juegos Olímpicos desde una teoría marxista, señalan una teoría:

*“Otra de las muchas distorsiones ideológicas perpetradas por Coubertin y que sin duda hubiera escandalizado a los griegos de la Antigüedad, cuya meta era siempre vencer y sobresalir entre los demás, fue la adopción del lema ‘lo importante en la vida no es el triunfo sino el combate; lo esencial no es haber vencido, sino haber luchado bien’. (...) El eslogan se adaptaba muy bien a las exigencias de la era del imperialismo”*

(Corriente-Montero, 2011, p.122)

Los críticos señalan cómo de esa forma incitaban a los trabajadores a sentirse “parte de los triunfos de sus explotados” (porque participaban) y a la vez

*“acostumbrarse a ser los primeros en el arte de perder en lo tocante a sus propios objetivos de clase (...) De ahí que la ideología del olimpismo amalgamase los rasgos rituales y aglutinadores de las olimpiadas griegas con la principal característica de los espectáculos romanos: la reducción de las masas a la pasividad”* (Corriente-Montero, 2011, pp. 122-123).

La pasividad de los vencidos, en tiempos imperiales, fines de siglo XIX: la idea de que participar es lo importante refleja, anticipa y quizá hasta ayuda a proponer al reino del libre mercado de nuestro tiempo como el más justo. Todos participan, hay reglas, algunos ganan y los que pierden, deben aceptar el resultado.

Así, las ideas de Coubertin son las de su tiempo y clase social, fruto de su era, sí, pero también son ideas con una misión: ayudar a construir una nueva era. El Barón quiso lograrlo a través del deporte porque, como él mismo sosténía,

*“sostener que nadie tiene derecho a emprender la europeización de otros pueblos, que las religiones étnicas tienen el mismo valor que la religión cristiana, que el miembro de la raza negra o amarilla difiere del hombre blanco pero que como hombre tiene idéntico valor... todos esos son bonitos sofismas, cuya validez se defiende en los salones para fumadores, pero que carecen de todo valor y de toda eficacia: representan una paradoja asociada a una decadencia, y aunque por un instante pueden hacernos esbozar una sonrisa, jamás deben ser adoptados como forma de conducta”* (Coubertin, 2000, p. 238).

La transposición del deporte occidental al resto del mundo era un acto cultural.<sup>2</sup> Si el deporte puede efectivamente transformar el mundo es un debate que continúa; pero es lo que creía e intentó Pierre de Coubertin, y es hoy el eslogan de cada operación de marketing de los Juegos Olímpicos.

El deporte estaba al servicio de los objetivos imperiales, coloniales y “civilizadores”: “Practicar deportes era evidencia de la superioridad de los colonizadores, que se volvía visible en su comportamiento corporal y en sus valores y normas de juego civilizados” (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 70). El mito olímpico, que construía un puente directo entre la Antigüedad y el presente, ofrecía un romántico barniz al avance del deporte en el mundo como un ariete de la modernidad y sus valores. Pero además, invisibilizaba que esas prácticas deportivas que se volvían estándar en todo el mundo eran creaciones modernas y no un legado de la civilización griega.

Esa operación ideológica era una forma de justificar la que los Juegos Olímpicos consideraban una misión civilizadora global, como tantas otras organizaciones creadas en aquel cierre de siglo XIX.

“El COI fue uno de los varios cientos de organizaciones internacionales fundadas entre 1860 y 1910, época que también fue testigo del nacimiento de los Boy Scouts, el esperanto, la Cruz Roja, la Unión Postal Universal y la Primera Internacional de los trabajadores. Al igual que el COI, todas estas organizaciones defendían ideales universalistas y se autodenominaban movimientos”

(Besnier, Brownell, Carter, 2018, p. 66)

Ese impulso moral, inscrito en la Carta Olímpica (según la cual, como mostramos antes, el Olimpismo es una “filosofía de vida” para “el desarrollo de la humanidad”), convertiría a los Juegos Olímpicos, una de las primeras organizaciones que se abogó jurisdicción sobre múltiples deportes, y una de las primeras organizaciones deportivas internacionales, en la punta de lanza de la globalización del deporte, separando las prácticas deportivas de los territorios nacionales específicos: en el marco del avance del colonialismo territorial y también económico y cultural hacia fines de siglo XIX y principios de siglo XX, las prácticas corporales y las formas particulares de practicar cada deporte en cada región perdieron terreno ante este sistema del deporte internacional, reglamentado y controlado por los diversos organismos nacionales e internacionales que nacieron al calor de ese movimiento: algunas federaciones nacionales crecían y buscaban un escalafón más, generando espacios internacionales para la práctica del deporte, pero la creación del Olimpismo terminó funcionando de catalizador, provocando la creación de federaciones

<sup>2</sup> Hoy relegado a un entretenimiento secundario, un conjunto de shows musicales para entretener al público sin entradas en el Parque Olímpico, el Programa Cultural de los Juegos Olímpicos era, de hecho, un punto crucial para el Barón Pierre de Coubertin. En 1912, incluso, ganaría bajo un seudónimo una medalla dorada en el concurso de poesía. Su “Oda al deporte” (Coubertin, 1912) comienza cada verso describiendo los mencionados “valores” que adhería a la práctica deportiva el creador de los Juegos Olímpicos: belleza, Justicia, audacia, honor, alegría, fecundidad (una idea que ligaba los cuerpos sanos a los cuerpos fecundos), progreso y paz, todo eso era el deporte, “placer de los dioses, esencia de la vida” que “has aparecido de pronto, en medio en la gris claridad en que se agita la ingrata labor de la existencia moderna, como mensajero radiante de los años pasados, años aquellos en que la humanidad sonreía”.

en niveles nacionales y regionales para integrarse a la competencia, mientras el deporte avanzaba por el mundo siguiendo la huella del capital imperialista.

Así, los Juegos Olímpicos “desempeñaron un papel relevante en las formas tempranas de globalización”, conformando “un circuito global de eventos a través del cual fluían las personas, las ideas y el capital” (Besnier, Brownell, Carter, 2018, p. 243). Ese rol lo cumplieron junto a las ferias o exposiciones mundiales, encuentros donde cada país mostraba sus grandes invenciones, a la vez intercambio de conocimiento en nombre de la civilización y despliegue de fuerzas simbólicas en un escenario internacional. No es casualidad que los Juegos de 1900, 1904 y 1908 fueran organizados en el marco de las ferias mundiales: desde ese púlpito internacional de la modernidad se generaron hábitos de consumo globales, se creó un consumidor internacional, introduciendo en el camino a las corporaciones multinacionales a mercados más amplios. Esto será relevante al pensar el desembarco, décadas más tarde, de los Juegos Olímpicos en Asia, tras décadas de dominio occidental sobre el evento.

Desde ya, el desembarco del deporte moderno en el mundo no fue un mero acto de dominación de parte de los imperios de la época: hubo complicidad de aquellos colonizados que querían parecerse al conquistador (Argentina era ya un país independiente, pero las élites viajaban a Europa e importaban sus costumbres, incluidos sus deportes, como una forma de mostrar distinción cultural -Losada, 2021, p. 205-); también, incluso, hubo resistencias, el deporte fue subvertido para enfrentar al colonizador con sus propias armas. Disueltos los grandes imperios, se convertiría también en una herramienta para gestar una identidad nacional común en muchos países jóvenes. De todos modos, con sus desvíos y subversiones, el deporte moderno sí conquistó al mundo. Y la construcción de un sistema deportivo internacional condujo a la estandarización del juego: desde entonces, ese modelo deportivo que marginaba a las clases trabajadoras y a las mujeres se convertía en la matriz global de las prácticas corporales. “Desde el inicio, los Juegos Olímpicos abrazaron el modelo de rendimiento ‘más rápido, más alto, más fuerte’ y la deportificación global de la actividad física”, escribe Helen Jefferson Lenskyj (2020, p. 10). Otros modelos, no basados en el rendimiento, fueron descartados como modelos deseables, al igual que las expresiones corporales que los encarnaban. De los 33 deportes que fueron parte del programa olímpico en Tokio 2020, solo tres no fueron de origen europeo o norteamericano: judo, karate y taekwondo, concesiones a los países organizadores cuando Asia entró en el gran juego.

Una colonización a través del deporte, y también una colonización del deporte: “Cual si fuera una cortadora de césped, el deporte occidental ha segado la diversidad cultural del deporte mundial en hileras proljas y nítidas” (Besnier, Brownell, Carter, 2018, p. 76), dando más que ninguna otra práctica cultural la impresión de formar parte de una monocultura global compartida, una cultura universal que arrastra consigo valores y refuerza “masculinidades y feminidades hegemónicas, no sólo en el deporte olímpico sino a través de todos los niveles de la recreación física en casi todas las culturas occidentales” (Jefferson Lenskyj, 2020, p. 14).

Así, aunque hoy su COI se vanagloria de no discriminar y de haber celebrado Juegos con la misma cantidad de atletas varones y mujeres (se dio por primera vez en los Juegos de la Juventud Buenos Aires 2018), la matriz del deporte moderno es segregadora, dividiendo el deporte de

forma binaria y considerando a la masculina su categoría principal desde su fundación. Coubertin, de hecho, se opuso toda la vida a la igualdad de derechos entre hombres y mujeres y a la presencia de estas últimas en la esfera pública. En 1912, después de años de flexibilidad (las mujeres podían participar en algunas pruebas, consideradas compatibles con la “fragilidad” de su cuerpo), el COI, presidido por él, decidió prohibir la participación de las mujeres en los Juegos. Dos años más tarde, algunas federaciones intentaron que las mujeres fueran parte de algunos programas: el Barón llegó a amenazar con renunciar, aunque terminaría cediendo a la presión.

“El auténtico héroe olímpico es el adulto masculino individual (...) No apruebo la participación de las mujeres en competencias públicas, lo que no quiere decir que deban abstenerse de practicar un gran número de deportes a condición de que no se conviertan a sí mismas en un espectáculo. Su papel en los Juegos Olímpicos debería ser, esencialmente, como en los antiguos torneos, el de coronar a los vencedores”.

(Coubertin, 1966, p. 133).

## 1.4. La construcción de un mito

El modelo deportivo moderno no se convirtió por arte de magia en el estándar internacional. El colonialismo territorial y económico y la hegemonía cultural fueron colaboradores arduos para garantizar su victoria, un triunfo que tuvo como gran aliado al mito del Olimpismo, que transformó al deporte en un camino puro y filosófico para conseguir la paz y la armonía. Casi una religión, y de hecho, el evangelizador Coubertin soñó alguna vez con una religión deportiva, la “*religio athletae*” (Coubertin, 2000, p. 580), una filosofía deportiva que hacía énfasis en el valor moral del deporte.

“El lenguaje pseudo-religioso de la Carta Olímpica y la máquina de propaganda de la industria olímpica contribuyen a su estatus casi intocable. Los Juegos Olímpicos son relatados no solo como el pináculo de las competencias deportivas mundiales, sino de un movimiento global social y un catalizador para la paz mundial y la armonía”, afirma Jefferson Lynskj (2020, p. 6). Pero sobre todo, desde aquellos primeros Juegos de 1896, el Olimpismo fue un movimiento que obtenía su legitimidad de su genética, de su pertenencia a una tradición ancestral: se pretendían una fiel recuperación del espíritu olímpico antiguo, no una creación propia de un tiempo y un espacio determinados. Escriben Besnier, Brownell y Carter:

“El revival de los Juegos Olímpicos, de hecho, fue parte de una tendencia generalizada en los países occidentales desde 1870 hasta 1914, período en el cual se inventó una gran cantidad de nuevas instituciones y prácticas (...) El historiador británico Eric Hobsbawm acuñó la frase ‘invención de la tradición’ para describir este fenómeno. Las ‘tradiciones inventadas’ son prácticas repetitivas que buscan inculcar ciertos valores y normas e intentan establecer una continuidad con el pasado histórico, a menudo tenue (...) En el mundo de los deportes, el revival

de los Juegos Olímpicos modernos en 1896 por Pierre de Coubertin es un ejemplo básico de invención deliberada” (2018, p. 292).

Separados por casi 2.500 años, las disciplinas deportivas y ceremonias no tienen casi nada en común. Pero eso no importaba demasiado a la hora de dar lustre a su creación. Coubertin inició así la construcción del mito olímpico: los primeros Juegos se celebraron en Atenas, Grecia, para alimentar la leyenda (y sirvieron para que la propia Grecia creara una mitología nacional que construía un puente directo con sus antepasados milenarios y “olvidaba” cuatro siglos de dominación otomana). El mito evolucionaría con el tiempo, incorporando rituales, símbolos y ceremonias. Con el paso de los años, la llegada de la televisión y la comercialización al deporte, el mito se convertiría en una marca en el mercado internacional: revestido de sacralidad, se volvió un botín deseable para todas las marcas que querían ligar su imagen a ese camino deportivo que conducía a la armonía mundial.

En su proceso de mito a marca, Coubertin y sus sucesores defenderían siempre una idea central para la narrativa del Movimiento Olímpico: la neutralidad política de los Juegos. Los Juegos eran una fuerza para la paz, un espacio donde se disolvían los conflictos, y por ende el COI no debía interferir en los conflictos terrenales. De hecho, desde 1992, el COI rescató esa tradición griega de la *ekecheiria*, período en el que las guerras se suspendían temporalmente para que los atletas pudieran competir en los Juegos Olímpicos, y que estuvo en la génesis de los Juegos de la Antigüedad. En Barcelona, el COI exhortó a todos los países a observar la tregua olímpica; un año más tarde, la Asamblea General de las Naciones Unidas también apoyó esa idea.

El mecanismo que permitió llevar sin sobresaltos los Juegos de Berlín a Beijing terminaría siendo clave a medida que el mito olímpico se transformaba en marca: se convirtió en una herramienta indispensable para llevar más allá de toda frontera el sistema deportivo internacional, una apertura del mundo particularmente interesante para los *sponsors*, socios principales del Movimiento Olímpico, que se adosaron a los Juegos para alcanzar un público global, y que prefieren vender sin ofender ni marginar a ningún mercado, a ningún potencial consumidor. Para los auspiciantes el Movimiento Olímpico debe permanecer a la vez rodeado de su aura sagrada y absolutamente neutral, apolítico: un envase vacío, higienizado.

## Referencias

- Barthes, R. (2020). *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Besnier, N.; Brownell, S.; Carter, T. F. (2018). *Antropología del deporte: emociones, poder y negocios en el mundo contemporáneo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Comité Olímpico Internacional (1908). *Anuario*. Recuperado de <https://library.olympics.com/Default/doc/SYRACUSE/64461/annuaire-comite-international-olympique>

- Comité Olímpico Internacional (1924). *Règlements et protocole de la célébration des olympiades modernes et des jeux olympiques quadriennaux*. Recuperado de <https://library.olympics.com/Default/doc/SYRACUSE/63138/reglements-et-protocole-de-la-celebration-des-olympiades-modernes-et-des-jeux-olympiques-quadriennau>
- Comité Olímpico Internacional (1930). Charte des Jeux Olympiques. Recuperado de <https://library.olympics.com/Default/doc/SYRACUSE/54213/charte-des-jeux-olympiques-statuts-du-conseil-international-olympique-reglements-et-protocole-de-la>
- Comité Olímpico Internacional (2015). *Carta Olímpica*. Lausana: COI.
- Corriente, F.; Montero, J. (2011). *Citius, altius, fortius. El libro negro del deporte*. La Rioja: Pepitas de calabaza.
- Coubertin, P. (1912). *Oda al deporte*. Recuperado de [https://library.olympics.com/Default/doc/SYRACUSE/45409/ode-au-sport-par-georges-hohrod-et-m-eschbach?\\_lg=en-GB](https://library.olympics.com/Default/doc/SYRACUSE/45409/ode-au-sport-par-georges-hohrod-et-m-eschbach?_lg=en-GB)
- Coubertin, P. (1966). The Philosophic Foundations of Modern Olympism. *Carl-Diem-Institut*, 130-134.
- Coubertin, P. (2000). *Olympism. Selected Writings*. Lausana: COI.
- Guttmann, A. (1978). *From Ritual to Record. The Nature of Modern Sports*. Nueva York: Columbia University Press.
- Jefferson Lenskyj, H (2020). *The Olympic Games*. Emerald Publishing: Bingley.
- Losada, L. (2021). *La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque*. Universidad Nacional de Quilmes / Editorial: Bernal.
- Mandell, R. (2007). Los Juegos Olímpicos modernos, en Mandell, *Historia cultural del deporte*, Barcelona: Bellaterra.

# CAPÍTULO 2

## Los Juegos y las Guerras

### 2.1. Detrás de escena de los primeros Juegos Olímpicos

Atenas, 1896: el punto de partida del olimpismo moderno se lee, en las crónicas de la época, como un evento bastante alejado de lo que acostumbramos a ver cada cuatro años (cada dos, para quienes disfrutan de los Juegos de Invierno) en las pantallas de televisión, transmitido a 2.000 millones de espectadores en 160 países. Aquella primera edición fue casi exclusivamente europea, y fue un convite humilde que contó con un puñado de atletas.

Y sin embargo, ya desde 1896 se revelan algunos pilares clave de la arquitectura política y económica de los Juegos: las primeras ediciones, cuando los Juegos todavía tenían que establecer su legitimidad, fueron testigo por ejemplo de luchas por ver quién se llevaba la cuenta de los Juegos. La cuestión económica se verá imbricada profundamente con la política, ya que mientras algunos Estados rechazaron pagar por los Juegos, otros vieron las oportunidades propagandísticas del evento, en el medio de un teatro mundial cargado de tensiones, rebosante de orgullos nacionalistas y siempre listo para la guerra.

Todo comenzó en 1894: el Barón Pierre de Coubertin llevó su idea para revivir los Juegos a un congreso internacional sobre deporte desarrollado en La Sorbona. El entusiasmo del Barón ganó tracción en aquellos pasillos, y al final del evento ya se había resuelto que los Juegos volverían a nacer, e incluso antes de lo previsto: Coubertin quería que la cita inaugural fuera en 1900, en la París de su Francia, pero los delegados presentes en el congreso empujaron a que los primeros Juegos fueran en Atenas, apenas dos años más tarde. Con los griegos como primeros anfitriones, Demetrios Vikelas se convirtió en el primer presidente del Comité Olímpico Internacional, mientras Coubertin fue su secretario general.

El entusiasmo en Grecia sería grande, con una ceremonia inaugural con más de 50 mil espectadores, pero el evento sería pequeño: nueve deportes (atletismo, ciclismo, esgrima, gimnasia, vela, que fue cancelada, tiro, natación, tenis, pesas y lucha), y apenas 311 atletas (ninguna mujer, como quería Coubertin) de 13 países. Una reunión atlética modesta, con apenas tres países participantes que no eran europeos: Estados Unidos, Australia y Chile (aunque la versión de la participación de Luis Subercaseaux en tres pruebas de atletismo es discutida).

Pero aquella modesta versión del evento ya mostraba algunas de las características, y algunas de las discusiones, de los Juegos del siglo XXI: el primer ministro de Grecia, Charilaos Trikoupis, se negó a aportar dinero al esfuerzo olímpico, incluso a pesar de que el evento contaba con el apoyo total del Rey Jorge. La corona sería crucial para conseguir apoyos privados para la realización de los Juegos y Coubertin colaboró en la búsqueda, disipando las preocupaciones de los inversores afirmando que el costo del evento era mucho menor al real: 200 mil dracmas, afirmó el Barón que sería el costo; solo el arreglo del estadio costaría tres veces más. La tendencia de presupuestar el costo de los Juegos por debajo de la realidad continuaría hasta Buenos Aires 2018 y Tokio 2020.

Otra estrategia que usó el COI para empujar la inversión fue afirmar que el evento sería benéfico para todos los empresarios, un *boom* de turismo y consumo. Los reportes de la era, sin embargo, relatan una realidad distinta: el 26 de julio, en el New York Times, se publicó el artículo “Una audiencia olímpica”, que relata cómo los Juegos “no consiguieron atraer atletas, ni espectadores, extranjeros”, y reveló que debido a la disparada de los precios de hotelería durante la semana de los Juegos (del 6 al 15 de abril) los turistas “se abstuvieron de visitar la ciudad griega, retrasando su viaje a Atenas, deliberadamente, para después de los Juegos”. Fue el inicio del disputado mito en torno de los Juegos: ¿dejan ganancias para la ciudad organizadora?

Pero dentro de Grecia, el evento fue un éxito rotundo, y en el banquete real de cierre, el Rey Jorge proclamó que Atenas sería “el punto de encuentro pacífico de todas las naciones, el asiento permanente de los Juegos Olímpicos”. Permanente: Grecia quería quedarse con los Juegos, y fueron apoyados, por ejemplo, por el equipo olímpico de Estados Unidos, ya una fuerza mayor en el deporte; pero Coubertin tenía su propia capacidad de lobby e insistió en que había sido acordado, en el congreso de 1894, que “los países se turnaran para celebrar los Juegos Olímpicos”. “El Barón informó a los griegos que podían llevar adelante su propio festival atlético, siempre y cuando no usaran la frase ‘Juegos Olímpicos’: el término griego, densamente embebido en la historia griega, aparentemente le pertenecía” (Boykoff, 2016, p. 27). Hoy el uso de la palabra “olímpico” y sus afines está prohibido para emprendimientos comerciales bajo leyes locales: en Argentina es la ley 24.664.

## 2.2. Los Juegos en peligro

1896 fue un éxito, pero los Juegos de 1900 y 1904 serían un fracaso absoluto, bordeando la caricatura. Ambas citas, celebradas en París y San Luis, fueron realizadas en el marco de los que eran, en el cambio de siglo, los grandes eventos internacionales: las Exposiciones Universales, grandes ferias de innovación que llevaban la marca de la modernidad. La decisión fue práctica: aunque Coubertin, ahora presidente del COI (lo sería hasta 1925), deseaba que el evento tuviera su propio espacio, tuvieron que conformarse con ser un espectáculo secundario dentro de la exposición para poder bajar el costo de la aventura olímpica.

En París, de hecho, nadie, salvo Coubertin, quería que los Juegos, que serían los primeros en incluir mujeres y rozarían los mil atletas, tuvieran lugar: hasta la Unión de Sociedades Atléticas de Francia resistió la realización, y eso que el Barón era el secretario general de la misma. Consiguió finalmente que se llevaran a cabo adosándolos a la Exposición, y a pesar de que los organizadores de la feria no tenían el menor deseo de introducir los Juegos a su programa: los profesores y las grandes mentes que visitarían la Exposición consideraban el deporte una persecución de baja o nula importancia, no adherían a las ideas de desarrollo de la humanidad con que Coubertin embellecía el Movimiento Olímpico.

Esta asociación con la Exposición tuvo un alto costo para los Juegos: aunque se llevaron a cabo, la Exposición llamó a todos los eventos deportivos “competiciones de la Exposición”, y no “Juegos Olímpicos”, y además mezcló los programas atléticos con otro tipo de atracciones y eventos, de tal forma que nadie sabía qué era olímpico y qué no. Varios atletas que participaron en los Juegos y ganaron medallas, murieron sin saberlo.

“La Olimpiada de París y su coincidencia con la Exposición demostró que no se debía permitir que los Juegos coexistieran con algunas de estas grandes ferias, en medio de las cuales desaparece su valor filosófico y su trascendencia pedagógica resulta inoperante”, lanzaba Coubertin. Pero, como él mismo contó en su diario: “Desgraciadamente, la unión que se había efectuado era mucho más sólida de lo que pensábamos: dos veces más, en 1904 y en 1908, tuvimos que soportar, por razones económicas, el contacto con las exposiciones” (Coubertin, 2000, p. 395).

Los Juegos de San Luis 1904 profundizaron la humillación para el movimiento olímpico de Coubertin, al desarrollarse en una ciudad austera, sin vida, en el marco de una feria y con un polemiquísimo programa adosado, los Días Antropológicos, una competición organizada por sesudocientíficos que buscaban mostrar, como un espectáculo de circo, las capacidades atléticas de los pueblos originarios y, de paso, resaltar la supuesta superioridad de los pueblos occidentales sobre aquellas sociedades.

Los Días Antropológicos (a los que, dato curioso, viajaron indios patagones, los segundos argentinos en ser parte de los Juegos luego de la participación de Francisco Camet en 1900) fueron tan racistas y discriminadores que hasta el Barón de Coubertin, con sus ideas conservadoras, los rechazó de pleno. De todos modos, aunque parezca apenas una atroz anécdota en la historia olímpica, era también reflejo de las ideas modernas europeas de superioridad racial que impulsaban proyectos “civilizadores” como los que el propio Coubertin defendía para el deporte. De hecho, la contemplación de las diferencias raciales y nacionales permanecería como un atributo central del deporte olímpico del siglo XX y nuestro siglo XXI.

Los Días Antropológicos eran también un despliegue de la potencia conquistadora e imperialista de Estados Unidos, una fuerza cada vez más poderosa en el teatro internacional, aunque en aquella cita no hubo demasiado lugar para las rivalidades entre imperios y los nacionalismos, teniendo en cuenta que participaron solo 12 países, y que la mayoría de los 651 atletas eran estadounidenses y canadienses. Sin embargo, los Juegos “apolíticos” comenzaban a mostrar su profunda imbricación con los procesos políticos de su era, y el deporte empezaba a revelar su capacidad para ser escenario de conflictos internacionales, una

tendencia que comenzaría a recrudecer con el crecimiento de las tensiones entre naciones, camino a la Primera Guerra Mundial.

Por lo demás, las primeras ediciones olímpicas fueron reuniones pequeñas, con poca organización y mucha improvisación.

“Los primeros tres Juegos Olímpicos afrontaron el abrumador desafío de identificar personas y domicilios donde poder enviar una invitación. Los individuos no representaban a países sino clubes deportivos; o bien, solo se presentaban y competían. En respuesta a esta situación, el COI empezó a requerir que los países formaran comités olímpicos nacionales para organizar su participación”  
 (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 66)

Así es cómo comenzarían aemerger las distintas federaciones nacionales, cómo el deporte global se fue conformando alrededor del Olimpismo.

### **2.3. El auge de los nacionalismos**

La próxima parada oficial del circo olímpico sería en Londres, en 1908, pero antes, los Juegos volverían a visitar Atenas, en 1906: el carácter oficial de los llamados “Juegos intercalados” se discute todavía hoy, pero es probable que, sin el evento, los Juegos se hubieran disipado tras dos desastres seguidos y las dificultades económicas de organizar el evento.

Es que en 1904, los Juegos no eran la institución aparentemente impenetrable y eterna en que se han erigido hoy: apenas nacían, muchos los consideraban un entretenimiento pasajero, y así era que Coubertin tenía que seguir cediendo a organizar sus preciados Juegos en el marco de exposiciones internacionales. El Barón estaba así siempre en posición vulnerable, lejos de controlar el movimiento olímpico, y tuvo que soportar cómo los estadounidenses volvían a aliarse con los griegos para exigir que, dos años después de cada Juego Olímpico, se realizara una nueva reunión en Atenas. Los Juegos volverían así, según lo pautado entonces, cada cuatro años a Grecia. Pero en 1906 se llevó la primera y única edición de estos Juegos intercalados: la región estallaría luego en conflictos armados que impidieron el regreso de la competición.

El evento, sin embargo, “ordenó” los Juegos, publicando por primera vez los resultados de forma oficial, albergando a los atletas en la primera Villa Olímpica y convocando 60 mil espectadores para su ceremonia inaugural. Los Juegos de 1906 fueron el primer paso del evento en la dirección actual. Sin embargo, y a pesar de que la élite británica había garantizado que los Juegos de Londres 1908 se financiarían con dinero privado, por una cuestión de costos otra vez Coubertin se vio obligado a llevar a cabo su siguiente cita en el marco de una feria mundial. Antes de Londres, la sede había sido Roma: el estallido del Vesubio mudó la sede, tras meses de protestas locales contra el costo del evento.

Pero, aunque los Juegos de Londres cimentaron la exacta duración de la maratón (según una disputada leyenda, se movió la línea de partida al Castillo Windsor para que los reyes y sus hijos pudieran ver la salida sin ser molestados, y así se fijó la distancia en 42,195km para siempre), fueron los Juegos de Estocolmo, de 1912, los que cimentaron la competición como un evento de relieve global. Fueron los primeros en emanciparse de las ferias mundiales y brillar con luz propia. Y fueron los últimos antes de que la Primera Guerra Mundial cambiara el paisaje del mundo y, como en Londres, el clima caldeado ya se percibía: los irlandeses no querían competir bajo la bandera británica, los finlandeses no querían participar bajo la bandera rusa, las competencias entre las potencias mundiales eran observadas entre abucheos y algunos disturbios, activistas feministas boicotearon las competencias y a menudo se protestaban trampas varias y fallos que se consideraban parciales.

En aquellos Juegos, los gobiernos comenzarían a interferir en el orden de las agrupaciones durante el desfile de naciones y se volvió obligatorio iar la bandera en caso de victoria. Hubo protestas del Imperio Austríaco por la presencia de una delegación independiente de Bohemia, y del Imperio Ruso por el equipo finlandés. El crecimiento del evento lo volvía un escenario importante en las disputas simbólicas que ardían entre los países europeos, algo que solo se afianzaría con los años. A pesar de declararse siempre políticamente neutral, el COI entendió que hacía falta un arbitraje ante tanta ambigüedad, y asumió su rol como árbitro para decidir cuáles pueblos podían representarse a sí mismos como naciones, tomando el control simbólico de sus Juegos, una fuerza que, por ejemplo, podía ahora trascender las leyes, acuerdos diplomáticos y determinaciones del país anfitrión: lo único que debía hacer el Estado sede de los Juegos era abrir el evento con un pequeño discurso.

Lo cierto es que, a dos años del estallido bélico, muy lejos de los ingenuos ideales de *fair play* y de *sportsman*, también de los valores internacionalistas y pacifistas que promovía Coubertin (a pesar de, a la vez, impulsar los Juegos como una forma de entrenar los cuerpos para la guerra), los Juegos de Londres y Estocolmo reflejaron un mundo al borde del estallido y alimentaron las tendencias nacionalistas de los países participantes. “Hombres pensativos tienen serias dudas: ¿sirven los Juegos Olímpicos a algún buen propósito, siendo que teóricamente deben promover la amistad internacional?”, se preguntaba el *Sunday Times* inglés en 1908, año de unos Juegos que “lejos de transcurrir en ese idílico ambiente de concordia universal que supuestamente debiera prevalecer en una cita olímpica, estuvieron dominados por los ominosos nubarrones de la conflagración mundial que ya empezaba a perfilarse”.

Los grandes ganadores fueron los estadounidenses, que al regresar a su país se presentaron en el ayuntamiento de Nueva York con un león (símbolo del Imperio británico) encadenado, lo cual enfureció a la isla y lo llevó a promover un equipo verdaderamente “imperial”, con atletas de Sudáfrica, Australia y Canadá, para hacer frente a “los pieles rojas y salvajes de todas las categorías”, según lanzó un enfurecido Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes que, en ese mismo torneo, ayudó a llegar a la meta a Dorando Pietri en la maratón, por lo cual el italiano sería descalificado. Así, temprano en su historia, el olimpismo revelaba su contradicción fundamental: el movimiento se pretendía profundamente apolítico, un instante de paz en un mundo en

guerra perpetua, un espacio para promover la hermandad entre naciones, pero las manifestaciones de nacionalismo deportivo estuvieron presentes desde los primeros Juegos modernos.

"Los Juegos de Atenas, inaugurados el día del aniversario del comienzo de la guerra de independencia griega, fueron aprovechados por la monarquía helena para reivindicar la Isla de Creta, entonces en poder de Turquía, lo que actuaría como detonante de la guerra greco-turca que estalló un año más tarde. El abogado británico George Robertson, que participó de las pruebas de lanzamiento de disco de dichas olimpiadas, escribió en 1901: 'Políticamente, no cabe duda de que los Juegos contribuyeron a producir la guerra posterior con Turquía'" (Corriente-Montero, 2011, p. 152).

## 2.4. Hacia 1936: nacionalismo y deporte espectáculo

El nacionalismo inherente a la creación de los Juegos era ya evidente en 1912, Juegos en los que los conflictos internos de los Estados constituidos y los que estaban por nacer, así como los enfrentamientos entre coaliciones imperialistas, no hicieron sino trasladarse al estadio olímpico. Faltaban apenas dos años para el inicio de la Primera Guerra Mundial, que frustraría los Juegos de 1916 y reconfiguraría profundamente el mapa mundial y el balance de poderes, cuando Charles Maurras, un político adversario de Coubertin y de pensamiento nacionalista, celebraba que el sueño "cosmopolita" de su rival había indudablemente fracasado.

"Tras observar el comportamiento tanto del público como de los deportistas, Maurras concluyó entusiasmado que tales festivales internacionales iban a servir a propósitos diametralmente opuestos a la detestada fraternización entre los pueblos. 'Ya lo vemos, las patrias todavía no han sido destruidas. Las guerras tampoco han muerto. Ahora los pueblos van a entrar en contacto por medio del deporte, van a insultarse e increparse cara a cara. La eterna ilusión que los ha reunido no hará sino facilitar los incidentes internacionales'" (Corriente-Montero, 2011, p. 157).

Ya en ese entonces las clases dirigentes comenzaban a descubrir en los novedosos y cada vez más concurridos espectáculos deportivos un medio idóneo para fomentar sentimientos de identidad colectiva, cohesión social e integración social. "Con el cambio de siglo, la celebración de competiciones deportivas entre distintas naciones quedó indisolublemente ligada al empleo de símbolos y ritos de identificación patriótica, como la ceremonia de izar la bandera y el canto del himno nacional" (Corriente-Montero, 2011, p. 151).

La tendencia se confirmaría cuando los Juegos regresaron, tras la Gran Guerra, en 1920: la batalla solo exacerbó los nacionalismos deportivos y el estadio se convirtió en uno de los espacios predilectos del revanchismo. Los Juegos de 1920 podrían haberse celebrado en Budapest, que antes de la Guerra era la favorita para quedarse con la sede, pero en 1919, cuando el COI

se reunió en Lausana a debatir la sede de 1920, Budapest estaba en el bando perdedor: la sede se mudó entonces a Amberes. Y las repercusiones para los perdedores continuaron: los comités organizadores de los Juegos de 1920 y 1924 (que volvieron a París) decidieron no invitar a los Juegos a Alemania, una decisión exigida por varios comités olímpicos, encabezados, claro, por Gran Bretaña. Una sanción simbólica que se unía a las económicas, y que a la vez reflejaba la importancia ganada por los Juegos como escenario de encuentro entre naciones y evidenciaba al deporte como herramienta para hacer la guerra por otros medios.

La exclusión atentaba contra los principios fundacionales del COI de neutralidad política, y también en su afán de ser un teatro de paz que disolviera las diferencias, pero las heridas todavía estaban abiertas y la fuerza de los ganadores de la Guerra impulsó a Coubertin a realizar una ingeniosa treta para excluir de forma legal al bando perdedor: según la fórmula empleada desde 1896 el Comité Organizador de cada olimpiada envía las invitaciones; esta distribución era, arañaba el COI, de su total incumbencia, sin que el principio de la universalidad sufra menoscabo por ello. Eso permitió excluir a la mayoría de los países que se habían constituido, reformulado o destruido durante la Guerra, incluyendo a Alemania, Austria, Bulgaria, Hungría, Turquía, Rumania, Polonia y la Rusia revolucionaria, que de todos modos no tenía (todavía) intención de participar en este festival burgués.

Pero para 1924 el Comité Olímpico terminaría votando una versión distinta de la idea de Coubertin: el Comité Organizador podía no invitar a los países que no tuvieran representación en el COI. Volvieron, en París, casi todos los países del bando perdedor, excepto Alemania, que recién regresaría en 1928: fueron años donde cada triunfo se encontró recargado de simbolismo, tanto para los ganadores como para los perdedores.

Algunos meses antes de París, se habían celebrado, también en Francia, los primeros Juegos Olímpicos de Invierno. El coqueteo entre los Juegos Olímpicos modernos inaugurados en 1896 y el deporte de invierno llevaba ya un par de décadas, con una primera aparición del patinaje artístico en la cuarta edición, de 1908, y el intento, cuatro años más tarde, de organizar una semana de deportes de invierno en el marco de los Juegos de Estocolmo de 1912. Los suecos, sin embargo, abrazaron rápidamente el argumento de que no tenían las instalaciones para llevar a cabo el evento, según reveló el propio Coubertin: en realidad, Suecia no quería eclipsar su propia tradición, los Juegos Nórdicos, que habían comenzado en 1901, impulsados por Victor Balck, “padre del deporte sueco” y especie de mano derecha de Coubertin a la hora de fundar los Juegos Olímpicos modernos.

Pero la creciente popularidad de los deportes de invierno, elegante pasatiempo de las burguesías y clases altas de Europa, el centro de poder del deporte moderno, provocó que Coubertin y compañía desearan durante años romper ese monopolio nórdico. Cuando la competencia regresó en 1920 con una grilla que incluía patinaje y hockey sobre hielo, la decisión del Comité Olímpico Internacional ya era tajante: había que atraer bajo su paraguas a los deportes invernales.

La determinación se concretó un año más tarde, durante la reunión del COI en Lausana en 1921: una vez que París fue aprobada como sede de 1924 los franceses comenzaron a empujar

hacia organizar, al margen de la cita olímpica, una “semana de deportes de invierno”. Había dudas: el Comité Olímpico había enfatizado siempre que no apoyaría ningún evento al margen de su cita cuatrienal. Pero tras mucha deliberación, decidieron apoyar la organización de un evento que tendría lugar en Chamonix en aquel 1924: aquellos son considerados hoy los primeros Juegos Olímpicos de Invierno de la historia. También se determinó la entrega de una medalla olímpica para la más relevante expedición alpinista de los cuatro años entre Juego y Juego, una presea que se entregó tres veces y que dio su primera medalla de forma póstuma.

Como las docenas de medialunas que traen 14, la semana olímpica de Chamonix duró 11 días, casi lo mismo que un Juego Olímpico, y con toda la parafernalia ceremonial que acompaña el evento coubertiniano. Habían llegado para quedarse. Comenzó entonces la tradición de sostener una competencia de deporte invernal, en el mismo año y el mismo país de los Juegos Olímpicos “de verano”, aunque tras tres ediciones el evento había crecido tanto que era imposible para cualquier país organizar el doblete: así fue que, en 1948, antes de los Juegos de Londres, la localidad suiza de St. Moritz repitió como sede de los Juegos invernales.

Los Juegos de verano, en tanto, viajarían tras Amsterdam 1928 a Los Ángeles, donde tuvo lugar otra de las máximas paradojas de la historia olímpica: desarrollados durante la Gran Depresión, muchas naciones no viajaron (el número se recortó de 46 a 37 países, y de casi 3 mil atletas a 1.332). Pero la fiesta debía continuar, un lema que el olimpismo repetiría a través de atentados, crisis económicas y guerras en su historia. Hubo numerosas protestas en la previa para denunciar el financiamiento que el Estado aportaba a la organización, y como se volvería costumbre, el Comité minimizó los gastos oficiales y preparó unos Juegos austeros, sin grandes edificaciones, que no consiguieron atenuar las protestas. Pero estas tampoco, finalmente, afectaron los Juegos.

También silenció el COI, en tiempos de escasez, los negocios millonarios que se gestaban para la competencia: “El reporte oficial indicaba que no debía filtrarse ni una sola gota de comercialismo (...) pero en silencio la organización pactaba con *sponsors* y prestadores de servicios. Esos pactos comerciales se convertirían en parte integral de la estructura política-económica de los Juegos” (Boykoff, 2016, p. 66).

Cierto es que el germe del comercialismo existió desde el inicio en los Juegos, conviviendo con la narrativa amateurista y purista del deporte sostenida desde las élites europeas. “Las primeras olimpiadas de la era moderna contenían también el germe del deporte espectáculo y de consumo. Las concepciones ideológicas de Coubertin no eran a priori hostiles a la participación empresarial del deporte olímpico, ni mucho menos” (Corriente-Montero, 2011, p. 127). Fue, de hecho, uno de los motivos para llevar los Juegos a las Exposiciones, en los inicios: los costos se abarataban, pero, además, se garantizaba un flujo de público. Y publicidad gratuita para el evento naciente.

En aquellos Juegos de 1928, los únicos deportes que incluían participación femenina eran el tenis, el golf, la arquería, el patinaje, la natación y la esgrima. El ingreso de las mujeres en los Juegos Olímpicos se dio en 1900, donde apenas 12 atletas sobre un total de 1.066 fueron parte de las pruebas de exhibición de tenis y golf. Coubertin, entonces presidente del COI, no quería

que las mujeres ingresaran en el programa olímpico, motivo por el cual hasta 1920 las medallas femeninas no valían lo mismo que las masculinas, y razón por la cual los deportes fueron agregando ramas femeninas con cuentagotas.

Pero en 1928 la presión de las mujeres comenzaba a dar resultado, encabezadas por la revolución de Alice Milliat. Practicante de varios deportes, como los *gentlemen* de la época, la atleta francesa se convirtió en presidenta en 1919 de Federación Francesa de Clubes Femeninos (recordemos que la mayoría de los clubes no permitía el ingreso de las mujeres, y aunque eso fue cambiando, aún hoy hay clubes que segregan) y “desde su puesto de gestora del deporte trató sin éxito de incluir el atletismo femenino en el programa olímpico. El fuerte rechazo encontrado entre los dirigentes olímpicos basándose en supuestas limitaciones científicas de la mujer, especialmente en el atletismo, propició la celebración del Primer Meeting Atlético Femenino en Montecarlo” (Piedra de la Cuadra, 2016, p. 24).

Un año más tarde, inició una revolución: nucleadas en la Federación Deportiva Femenina Internacional, Milliat y compañía organizaron en París los primeros Juegos Olímpicos de la Mujer, aunque tuvieron que cambiar el nombre a Juegos Mundiales de la Mujer porque el COI era dueño de la marca olímpica. Fueron un éxito mediático y de público, al igual que la segunda edición en 1926, en Göteborg: las mujeres ponían así contra las cuerdas al movimiento olímpico, que decidió entonces en 1928 incluir algunas de las modalidades atléticas para las mujeres.

Pero el prejuicio persistiría:

“En los Juegos Olímpicos de 1928, celebrados en Ámsterdam, el relato (falso) de los medios de comunicación sobre unas desfallecidas atletas tiradas en el suelo después de la carrera de 800 metros, causó tal desagrado entre los médicos y críticos deportivos que el acontecimiento fue considerado peligroso para la salud femenina. ‘Esta distancia requiere demasiado esfuerzo a las mujeres’, rezaba un artículo del New York Times. Después de aquellos Juegos, todas las pruebas femeninas de más de 200 metros fueron excluidas sumariamente del olimpismo durante los siguientes 32 años. No fue hasta los Juegos Olímpicos de 2008, cuando por fin las mujeres consiguieron tener las mismas pruebas de atletismo que los hombres” (Epstein, 2014, p. 77).

A pesar de las resistencias, el deporte femenino avanzaba y presionaba: en 1920 habían participado solo 20 atletas de los Juegos Olímpicos, pero para 1936 el número había trepado a 331. Para Milliat no era suficiente, motivo por el cual organizó una tercera edición de los Juegos Mundiales de la Mujer, en Praga, y una cuarta, en Londres. Estaban en lo cierto: aquello era apenas el comienzo de una larga lucha por conseguir igualdad de posibilidades en el programa olímpico que recién consiguió su objetivo en 2018.

“Pierre de Coubertin se oponía a la participación de las mujeres (en los Juegos Olímpicos) porque estaba convencido de que ellas debían cumplir el papel de espectadoras del valor y la destreza de los hombres. Al igual que otros varones de élite con instrucción clásica, Coubertin consideraba que así eran las cosas

en la antigua Grecia. Su convicción era producto de la conveniente omisión - por parte de los académicos de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX que apoyaban el renacimiento olímpico- del hecho de que las antiguas griegas participaban en los Juegos en honor a Hera, la esposa de Zeus" (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 183).

En efecto, de los Juegos Hereos poco se sabe, y nadie, desde ya, en el conjunto de hombres que dictó las reglas del deporte en el siglo XIX pensó en investigar el asunto.

A bordo de las ideas que comulgaba Coubertin, el deporte moderno nació segregado, separando roles de género de manera binaria y ayudando a cimentarlos en el escenario internacional. Esta herencia, esta separación entre hombres y mujeres, no solo nunca se sacudiría, sino que se reforzaría a medida que el deporte moderno se convertía en un fenómeno global. La relación del deporte con el sexo y el género "podría haberse configurado de otras maneras fuera de Occidente, pero debido a la dominación europea y norteamericana de las organizaciones deportivas y de las estructuras económicas globales, todos los deportes están basados en culturas occidentales; y por añadidura, la parte del león de la economía global del deporte se comercializa como un espectáculo masculino" (Besnier, Brownell, Carter, 2018, 183). Las implicancias de la conformación de este binomio hombre-mujer son profundas: a través de su institucionalización en el deporte, afectan desde entonces de forma profunda la historia del deporte femenino, y parte de una suposición que cierra las puertas a otros tipos de cuerpos e identidades sexuales.

## 2.5. Berlín 1936

Aun austeros, los Juegos de 1932 aportaron el primer vistazo al potencial de espectáculo del evento. Pero del otro lado del océano, el deporte comenzaba a revelarse no solo como una potente herramienta de lucro, sino, al calor de los nacionalismos de la época, como una vía para el reclutamiento y el fortalecimiento de las convicciones políticas y el orgullo patriótico de la ciudadanía.

Tras el agotamiento del período de efervescencia revolucionaria de la Europa de posguerra, despuntó en el horizonte político la Italia de Mussolini, seguida más tarde por la Alemania de Hitler. "Ambos régimes, a diferencia de las democracias liberales clásicas, comprendieron muy pronto y explotaron a fondo las ventajas políticas que podía ofrecerles la propaganda por el deporte", explican, al respecto, Corriente y Montero (2011, p. 182). Y agregan: "Si la retórica fascista italiana exaltó el deporte como mística de la camaradería viril, estética vitalista de la violencia y culto a la juventud, el nacionalsocialismo imprimió a su particular concepción del deporte y de la educación física una vuelta de tuerca biologicista fundamentándola en el mito de la raza" (Corriente y Montero, 2011, p. 230).

Todas estas tendencias hicieron eclosión en los Juegos Olímpicos de 1936, desarrollados en Berlín en pleno auge del nazismo: fueron Juegos marcados por la discriminación y el enfrentamiento deportivo como alegoría política, y también fueron los primeros Juegos verdaderamente

fastuosos de la historia, con un estadio para cien mil personas construido para la ocasión, una venta de entradas que cosechó 7.5 millones de Reichsmark, un costo oficial para Berlín de 16.5 millones de Reichsmark y un costo estimado, real, de más de 30 millones para el Estado alemán.

La misión de semejante inversión era clara: mostrar la gloria de la raza aria y del modelo alemán. Cuando en enero de 1933 Hitler llegó al poder, los Juegos ya estaban en marcha. Hitler los había resistido, debido a sus iniciativas internacionalistas, liberales y pacifistas, pero el ministro de Instrucción Pública y Propaganda, Joseph Goebbels, convencería al mandatario de que los Juegos eran una oportunidad excepcional para interpretar el papel de anfitrión internacional y ganarse así a la opinión pública mundial. Hitler, poco afín a los deportes, estuvo casi todos los días en el flamante Estadio Olímpico de Berlín para observar las acciones.

Convencido por Goebbels, Hitler prometió dar autonomía al Comité Olímpico Alemán, pero la cosa comenzó mal: apenas un mes más tarde, echó a Theodor Lewald, cabeza del Comité Olímpico Alemán, por tener una abuela judía. El COI fue consistente con el que sería su accionar futuro: se volvía evidente que, lejos de la neutralidad que enarbola la Carta Olímpica, los Juegos eran en Alemania una cuestión de Estado, y el Comité Olímpico Internacional miró simplemente hacia otro lado.

Pero las noticias desde Alemania hacían ruido, y el Comité Olímpico Estadounidense, empujado por ciertas agrupaciones de peso, comenzó a amenazar con “rechazar la invitación” para tomar parte de las Olimpiadas de Berlín, “hasta que los obstáculos a la participación de deportistas judíos desapareciesen no solo de derecho, sino también de hecho”. La carta fue suavizada por el presidente del comité estadounidense, Avery Brundage, que veinte años más tarde sería presidente del COI y que tenía cierta afinidad por las ideas nazis: empujado por quienes proponían boicotear los Juegos, Brundage viajó finalmente a Alemania a investigar las acusaciones. Se entrevistaría con atletas judíos (siempre en presencia de oficiales nazis) y concluiría que todo era normal. Mientras tanto, la persecución antisemita recrudecía, al punto de que en 1935 se promulgaron las Leyes de Nuremberg, que prohibían la competición entre arios y judíos, entre cuestiones más graves, como privar de la ciudadanía alemana a estos últimos.

Brundage, sin embargo, insistió: su sesgo estaba claro (en varias de sus misivas privadas habla de conspiraciones de judíos que controlan la prensa) pero aprovechó la máxima olímpica de que deporte y política no se debían mezclar para utilizarla como tesis central de su folleto “Fair Play for American Athletes” (1935). No convenció a nadie, y el boicot parecía cada vez más cercano. En ese marco, el entonces presidente del COI, el conde Henri de Baillet-Latour, exigió a Hitler decretar una suspensión temporal de la propaganda antisemita durante los Juegos. Hitler cedió, e incluso accedió a incluir una atleta judía en el equipo (Helene Mayer sorprendería al ganar la plata y, desde el podio, saludar con el brazo en alto). Y Goebbels aceptó reducir las menciones raciales en sus diarios. Escribe Jefferson Lenskyj que Brundage pactó con el mismísimo Hitler, como una forma de aplacar a los boicoteadores de Estados Unidos, “la remoción de carteles anti-judíos de las calles, la censura de contenidos mediáticos racistas y la suspensión de las leyes anti-homosexuales por la duración de los Juegos” (2020, p. 39). Pero a pesar de las

mínimas concesiones, la esvástica volaría durante todo el evento al lado de la bandera olímpica, o más alto incluso. Apenas terminaron los Juegos, claro, se reanudó la persecución a los judíos.

El COI permitió así a Alemania mostrar al mundo el rostro feliz y exitoso que deseaba, en un evento que recuerda inexorablemente a los argentinos a aquel “somos derechos y humanos” del Mundial 78. Como entonces, el mundo pareció suspender durante dos semanas el pensamiento crítico, y publicaciones de todo el planeta se dejaron sorprender por las faraónicas construcciones de unos Juegos que, además, fueron los primeros en transmitirse en vivo por televisión. Berlín 1936 también inauguró la tradición del recorrido de la antorcha olímpica, desde Atenas a Alemania, un ritual que simbólicamente imaginó el Reich para mostrar a Alemania como la heredera de la gran civilización occidental. El recorrido final lo realizaron solo muchachos arios de ojos azules.

El fastuoso aparato propagandístico se completó con la película de los Juegos: la cineasta Leni Riefenstahl, realizadora del filme nazi “El triunfo de la voluntad”, tuvo acceso exclusivo para rodar “Olympia”, no solo la primera película sobre los Juegos sino, además, una cinta de vanguardia, de innovadoras tomas y planos bellísimos para retratar la armonía deportiva. Como todos en aquel verano del ‘36, la cineasta puso su foco en un tal Jesse Owens, la gran estrella de los Juegos: la leyenda cuenta que Hitler se negó a darle la mano tras ganar una de sus cuatro medallas doradas por ser negro, pero el propio Owens siempre negó la versión, y llegó a afirmar que fue mucho más “digno” que el presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, que no le envió ni un saludo telefónico tras su gesta. Owens pondría en escena las tensiones y diferencias raciales en Estados Unidos en los años subsecuentes.

Brundage, en tanto, se ganó por su rol clave en la realización de los Juegos, un lugar en el Comité Olímpico que presidiría desde 1952. En uno de sus discursos tras los Juegos de Berlín, afirmó que el Movimiento Olímpico “debería ser una toxina que neutralice las infecciones de guerras futuras. No es natural que los humanos deseen pelear con aquellos que conocen como amigos, con aquellos con los que han sido buenos rivales en el campo del honor”. Sus palabras, claro, se revelarían vacías de peso, superficiales y artificiales, cuando tres años más tarde el mundo se sumergió en la Segunda Guerra Mundial, en respuesta a la ofensiva de la Alemania imperialista.

Para hablar de esta serie de Juegos Olímpicos en el panorama europeo de imperios y guerras de principios de siglo XX, el historiador Mark Dyreson toma prestado el concepto de “juego profundo” que Jeremy Bentham utilizó para describir a la clase alta europea que desfilfarraba su fortuna en apuestas deportivas sobre las que no tenía control y que no tenían aparente rédito en relación al gasto ejercido. Los Juegos de preguerra y entreguerras implicaron en ese sentido que en medio de profundas crisis económicas los países organizadores “gastaron voluntariamente significativos recursos en el deporte”. ¿Para qué? Dyreson estima que sirvió a los imperios del Nuevo Mundo “como fuerza de trabajo en las conciencias comunes de cada dominio” (2019, p. 354). En ese sentido, Berlín no solo fue el Juego Olímpico nazi: considerado el primer megaevento de la historia, marcó un camino, y fue la primera cita olímpica en parecerse, en su parafernalia estructural y ritual retransmitida de forma global a

través de la televisión, al anabolizado carácter que adquirirían los Juegos Olímpicos a medida que fueron revelándose como un campo de batalla simbólico gracias a cobrar relevancia cultural mundial, a transformarse en una vidriera global.

## Referencias

- Besnier, N.; Brownell, S.; Carter, T. F. (2018). *Antropología del deporte: emociones, poder y negocios en el mundo contemporáneo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Boykoff, J. (2016). *Juegos de Poder. Historia política de los Juegos Olímpicos*. Nueva York: Verso Books.
- Brundage, A. (1935). *Fair Play for American Athletes*. Recuperado de <https://digital.library.illinois.edu/items/ede7fdb0-34fd-013a-7ba8-02d0d7bfd6e4-9>
- Dyreson, M. (2011). Imperial “Deep Play”: Reading Sport and Visions of the Five Empires of the “New World”, 1919-1941. *The International Journal of the History of Sports*, no.17, 2421-2447.
- Coubertin, P. (2000). *Olympism. Selected Writings*. Lausana: COI.
- Corriente, F.; Montero, J. (2011). *Citius, altius, fortius. El libro negro del deporte*. La Rioja: Pepitas de calabaza.
- Epstein, D. (2014). *El Gen Deportivo: un atleta excelente, ¿nace o se hace?* Madrid: Indicios.
- Piedra de la Cuadra, J. (2016). *Deporte y Género. Manual de iniciación*. Barcelona: Inde.

# CAPÍTULO 3

## Los Juegos de la Guerra Fría (Primera Parte)

### 3.1. Los Juegos de la Austeridad

Entre los sueños de Barón Pierre de Coubertin al crear los Juegos Olímpicos se encontraba la esperanza de que el evento gestara una tregua olímpica en el planeta, un momento donde el disparo de los cañones y los rifles se detuviera en los países del mundo para atender al encuentro. El deporte olímpico no sería así solo un símbolo de paz entre las naciones, el escenario de una rivalidad sana, sino el responsable de alcanzar una paz real en el mundo.

Avery Brundage, presidente del COI entre 1952 y 1972, apuntaría a continuar ese legado: era un férreo creyente en los ideales de Coubertin, y resistió en sus dos décadas al mando los embates de un mundo en profunda transformación política, económica e ideológica. Sería el último de los cruzados, de los puristas, y el protagonista de una gran paradoja: durante su mandato, la escalada de enfrentamientos bélicos y la amenaza de una guerra nuclear entre las dos potencias que nacieron de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética, se multiplicaron. Lejos de la tregua olímpica, los conflictos geopolíticos una y otra vez salpicaron los Juegos, que se volvieron paulatinamente en un campo de batalla simbólico, transmitido globalmente por televisión. Las dos batallas fundamentales de Brundage, la supuesta apoliticidad del movimiento olímpico y el rechazo a comercializar sus valores, terminaron en dos grandes derrotas.

Pero antes estuvo Londres 1948. “Una liberación del espíritu”, diría a la prensa el ilustre corredor checo Emil Zatopek: “Después de tantos días de oscuridad y guerra, de bombardeos y matanzas y hambruna, el renacer de los Juegos en Londres fue como si el sol volviera a salir de repente. De pronto, no había más fronteras, no había barreras, solo gente encontrándose” (Hampton, 2012, p. 99).

Los Juegos de Londres de 1948 fueron los primeros en llevarse a cabo luego de que la Segunda Guerra Mundial estallara y frenara toda posibilidad de reunión deportiva. En el recuerdo, Londres 48, a la que acudieron cuatro mil atletas de 59 países, un récord absoluto, fueron los Juegos que más se acercaron a la utopía pacifista imaginada por Coubertin, la cálida y humana respuesta internacionalista al nacionalismo recio de 1936, que fueron la evidente antesala simbólica de la Segunda Guerra Mundial.

“Los Juegos Olímpicos no pueden forzar la paz, pero dan oportunidad a los jóvenes del mundo a darse cuenta de que todos los hombres del planeta son hermanos. Sin nada del nacionalismo ostentoso que travistió el espíritu olímpico en Berlín, podemos sentir un modesto orgullo en reconocer en los Juegos de Londres, los más exitosos de la historia”, lanzaba en su último discurso al frente del COI el sueco Sigfrid Edstrom, que presidió el Comité entre 1942 y 1951. “Los Juegos de posguerra son recordados como pequeños y encantadores, hasta edénicos: son los Olímpicos, antes de ser mancillados por los imperativos políticos y económicos y sujetos a la seguridad hipermilitarizada. Una era dorada de los Juegos, sin la intromisión de los problemas sistemáticos de doping, boicots políticos y costos inflados”, escribe al respecto el historiador del deporte David Goldblatt (2016, p. 196). El autor explica que hay algo de nostalgia en esta mirada, aunque fueron, de hecho, Juegos más pequeños y amenos que el circo berlínés, y también que la explosión que vendría en las siguientes décadas, pero mostraban también las señales de un futuro alejado del edén de Coubertin.

La pequeñez y la nostalgia que los tiñe ha apodado a los Juegos de Londres “los Juegos de la Austeridad”, un mote que se ajusta a su pequeño presupuesto (un poco más de tres millones de dólares, sin grandes inversiones en infraestructura). Los Juegos están repletos de anécdotas que ensalzan esta “austeridad”: la mayoría de las estructuras se improvisaron y se retocaron muy poco, y se le llegó a pedir a los atletas que llevaran sus propias toallas (aunque el comité organizador aportó el jabón). Algo lógico en un período en que Inglaterra, como todo Europa, intentaba reconstruirse: los Juegos incluso enfrentaron el rechazo de parte de la población y de algunos políticos, que no querían generar gastos superfluos en tiempos de vacas flacas, aunque quienes defendieron la realización afirmaron que la clase comercial podría beneficiarse con la prestación de servicios. Una versión de este debate se daría en casi todas las ediciones posteriores de los Juegos.

Los cínicos (o realistas) no se convencían tampoco del poder del espíritu olímpico para curar las heridas de la Guerra tan reciente: Europa había participado en un combate infernal que había fracturado el mapa y vuelto tensas las relaciones, por lo que un regreso a la batalla deportiva embanderados con los colores de las naciones vencedoras y derrotadas era el equivalente, para muchos, de agitar el avispero. El periodista Brian Henry escribía en la antesala que “lo que se discute es si los Juegos Olímpicos podrán construir efectivamente buena voluntad entre las naciones”, algo similar a lo que pensaba otro periodista y poeta, Dudley Carew: “Los Juegos alienan simplistas y falsas generalizaciones sobre nuestras naciones según su desempeño en el campo de juego, que solo exacerbaban la estereotipación y el nacionalismo. Como resultado de la amarga experiencia, Occidente ha aprendido que las políticas son decididas por la política internacional, y que los atletas que unen sus brazos un año, pueden estar enfrentándose al año siguiente”. Del otro lado, respondían que “la llama olímpica fue interpretada por todos como un símbolo de un futuro que todas las gentes del mundo anhelan” (Bill Collins, quien organizó el paseo de la llama de Atenas a Londres). Al respecto, Goldblatt sostiene que “nuestra nostalgia por los Juegos de Londres no es por un tiempo en que los Juegos podían alcanzar sus objetivos

internacionalistas, sino por un tiempo en que sus defensores todavía creían que podrían alcanzarlos” (el debate se cita en Goldblatt, 2016, p. 210). Pero, de todos modos, accede que los Juegos de 1948, y las siguientes dos ediciones, mostrarían la faceta más cercana al internacionalismo pacífico que imaginaba Coubertin y que vio Zatopek en Londres, un espacio de hermandad a pesar de toda diferencia, un lugar donde dejar atrás los conflictos.

La narrativa de la pureza de estas ediciones de posguerra se alimenta también de la ausencia casi total de la televisión: en Londres no tuvo todavía protagonismo el comercialismo que traería la pantalla, con sus *sponsors* y publicidades, y también la tendencia de las ondas católicas de alimentar ciertas narrativas beligerantes y cargadas de paranoia a la población. Los Juegos solo se transmitieron en vivo para los ingleses, luego de que la BBC pagara algo más de 1.500 dólares por los derechos. En aquella Inglaterra de posguerra, apenas se transmitió para unos 90 mil televisores: cada pantalla chica tenía un costo de 50 libras, es decir, dos meses de sueldo para cualquier trabajador en la devastada isla. Serían los últimos Juegos en no ser transmitidos en vivo a una audiencia global.

También faltó en aquellos Juegos un condimento clave que marcaría el significado de las posteriores ediciones: no estuvo la Unión Soviética, ausente desde la Revolución Rusa por considerar burgueses y capitalistas las competiciones globales (en los años 30 realizaron algunas expediciones deportivas, pero tras las esperables derrotas el Partido determinó que el costo de salir y perder era más alto que el de permanecer encerrados). Su ausencia colabora con el mito extendido desde Occidente de unos Juegos idílicos.

Por lo tanto, no hubo todavía Guerra Fría en el escenario deportivo. Pero los beneficios de una potencial victoria en el escenario deportivo global se volverían una tentación demasiado importante: los soviéticos realizarían una gran inversión en el deporte y desembarcarían en Helsinki 1952, iniciando en el campo de juego batallas de alto valor simbólico que se convirtieron en cuestiones de Estado muy rápidamente: “Las siguientes décadas mostrarían una ausencia de guerra directa entre las potencias militares mundiales; en su lugar, esa rivalidad se disputaría en guerras subsidiarias en países del Tercer Mundo, y en una amarga competición en el escenario olímpico”. (Boykoff, 2016, p. 79).

Así, imaginados originalmente como una alternativa a la guerra, como un espacio de paz donde las divisiones se disolvieran y todos se hermanaran en el deporte, los Juegos Olímpicos modernos iniciaban su camino a convertirse en una forma de guerra de baja intensidad, como la carrera espacial. Un enfrentamiento entre las dos potencias dominantes que cambiaría para siempre el paisaje de las Olimpiadas.

### **3.2. Guerras de baja intensidad**

Helsinki 1952 marcaría la llegada a los Juegos de dos fuerzas clave para explicar las Olimpiadas entre los ‘50 y los ‘70: la Unión Soviética, y Avery Brundage, presidente del COI. Es casi un ascenso contradictorio: la URSS volvería la competición una cuestión política, casi bélica,

mientras tomaba el trono del Comité Olímpico un acérrimo defensor de los valores de Coubertin, que afirmaba por entonces que “el deporte no debe ser utilizado por las naciones para sus propósitos egoístas. Combatiremos activamente la introducción de la política en el movimiento olímpico y no permitiremos el uso de los Juegos como herramienta o arma de ninguna organización”.

Despótico, “Esclavitud” Brundage (así lo llamaban a sus espaldas), ciego a la evolución del deporte, un soldado fanático de los valores promulgados por Coubertin (llegó a decir que el deporte “es el único lenguaje universal” y que “el movimiento social más importante del mundo son los Juegos Olímpicos”, esto en una era de estallido social y grandes fuerzas sociales dando forma a un nuevo mundo) tenía sus propias ideas sobre el deporte femenino y las razas. Y también era un ferviente anti-comunista, aunque esto no le impidió aceptar el ingreso de la URSS en el COI, en mayo de 1951.

Aunque gran parte del cuerpo gobernante de los Juegos era europeo, aristocrático y liberal, la Carta Olímpica impedía al COI discriminar a un país por su política. Se dieron algunos debates velados, pero se impuso la lógica, a pesar de que sería motivo de acalorado debate si la URSS no violaba la regla del amateurismo: sus atletas eran inscriptos en trabajos estatales que no realizaban, y se dedicaban al deporte a tiempo completo. Lo que es más, las victorias eran reconocidas con importantes premios en metálico. El COI, que no podía meterse en la política de cada país, se terminaría resignando a realizar algunas recomendaciones al Comité Olímpico soviético, esperando que cumplieran. Para el Comité, el ingreso de la URSS era una demostración de que el olimpismo se imponía ante las reglas divisorias del mundo real; para los soviéticos era una evidencia más de que eran un jugador poderoso, que ya nadie podía ignorar, en el mapa del planeta.

Un mapa que probaba ser complejo para el COI: su insistencia de permanecer al margen de la política iba a revelarse imposible en esta época donde las naciones se dividían y reagrupaban, estallaban las guerras civiles y los levantamientos, y todos pedían ingresar al Comité Olímpico como una forma de legitimar sus gobiernos. Había, en ese mapa, dos Alemanias, dos Coreas y dos Chinas, que traerían numerosos dolores de cabeza al Comité.

El deporte era un arma en los asuntos internacionales. Y también un arma en el arsenal del capitalismo: el comité organizador de Helsinki licitó los servicios a varias multinacionales que todavía permanecen en la “familia olímpica”, desde Omega a Coca-Cola: el primer paso de Brundage hacia unos Juegos puros, sin comercio, sin profesionales, era en falso...

### **3.3. Los boicots olímpicos**

Aunque hoy incluidos en la narrativa romántica que envuelve a Londres 1948, los Juegos de la década del ‘50 reflejaron el mundo convulsionado en el que se desarrollaban. Melbourne 1956, por ejemplo, sería recordado como los “Juegos amistosos”, un evento donde el enfrentamiento entre potencias no tendría la carga simbólica que tendrían después, unos Juegos de rivalidades

cosmopolitas, amables, entre formas de ver el mundo, donde se dio la situación inédita de que todos los países marcharon juntos en la ceremonia de clausura.

Pero, a la vez, el evento fue boicoteado por Egipto, como consecuencia del conflicto por el Canal de Suez que desembocaría en la Guerra del Sinaí. A Egipto se unieron Iraq y Líbano, mientras que Holanda y España faltaron en protesta a la brutal incursión de la Unión Soviética en Hungría, que pedía una flexibilización del puño de hierro comunista que gobernaba: una revolución que fue aplastada. Hungría tendría revancha en el campo de juego, durante un tremendo duelo de waterpolo apodado “Sangre en el agua”, porque no importó tanto la pelota como golpear al rival. Hungría ganó y terminaría consiguiendo la medalla dorada.

En los siguientes años, el COI también tuvo que lidiar con el problema de las dos Alemanias y las dos Chinas. Alemania se había dividido entre los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, y en 1952 el comité organizador no extendió invitación a la Alemania de signo comunista, la República Democrática Alemana, pero sí a la República Federal Alemana. Cuatro años después, la RDA mostró su interés por ser parte de los Juegos, y el COI reconoció ambos comités olímpicos, pero los obligó a participar del evento bajo una sola bandera. Promocionado como un triunfo del olimpismo sobre la política, el equipo unificado alemán estuvo sumido en todo tipo de internas y conflictos.

De los Juegos de 1952 también fue parte la República Popular China, tras un conflicto que llevaba ya un lustro: en 1949, la RPC, comunista, ascendió al poder, echando a los nacionalistas, que escaparon a Taiwán. Ambos, sin embargo, decían gobernar el país y, por lo tanto, se abogaban el derecho a participar de los Juegos bajo bandera china. En 1952, la URSS impulsó el ingreso de la RPC a los Juegos, y el COI cedió a la presión y en nombre de los “valores olímpicos” envió invitaciones a las “dos” Chinas: Taiwán ya había sido invitada, mientras que China recibiría el mensaje solo dos días antes de los Juegos. Al enterarse de la invitación, sin embargo, fue Taiwán la que se bajó, retirándose de la Villa Olímpica. China aprovechó: habiendo ganado la batalla, llegaría a los Juegos apenas un día antes del cierre de las competencias.

Brundage, que había votado por el ingreso de la URSS, no estaba de acuerdo en permitir el ingreso de un gobierno comunista que Occidente se empeñaba en pensar como provisional, hasta el regreso de los nacionalistas. Nada pudo hacer, sin embargo, ante la voluntad de una mayoría empujada por la URSS: fue la primera de varias pulseadas perdidas. Y la primera muestra de cómo cambiaría el centro del poder olímpico en los siguientes años en el Comité Olímpico, alejándose de las fuerzas de poder tradicionales, europeas y aristocráticas.

Cuatro años más tarde, se dieron vuelta las tablas: la China comunista llegó a la Villa Olímpica para encontrar que ya se había instalado la China nacionalista bajo la bandera china. El COI se negó a expulsar a Taiwán, y la República Popular China se marchó de Melbourne. El debate en torno de las dos Chinas continuaría hasta 1958: cuando tras los Juegos la presión interna, impulsada por los soviéticos, forzó a Brundage a pedirle a Taiwán que cambiara su nombre para seguir siendo parte del COI (la China nacionalista gobernaba solo una isla lejos de la China continental, pero se abogaban el derecho a controlar el olimpismo de toda China), el mundo

occidental reaccionó contra el Comité y su presidente, a quienes acusaban de volverse serviles a los intereses comunistas.

China finalmente dejaría el movimiento olímpico en 1958, en medio de la disputa, y tras la Revolución Cultural el deporte chino se sumiría en el caos y el aislacionismo. Volvería al COI recién en 1979, y a los Juegos en 1984 (curiosamente, los Juegos boicoteados por todo el arco comunista soviético). Taiwán, en tanto, participó de los Juegos de 1960 bajo su nueva denominación. Ingresaron al estadio, en la ceremonia olímpica, con un cartel pintado a mano donde se leía: “Bajo protesta”. La protesta fue transmitida, en vivo, por todo el mundo: había llegado la era de la televisión.

### **3.4. Los Juegos y el espectáculo**

Roma 1960 representa un quiebre en la historia olímpica: la irrupción de la transmisión televisiva global en un momento en que la pantalla chica se empezaba a instalar en los hogares de la clase media de forma masiva potenció profundamente el alcance de los Juegos Olímpicos, impulsándolos a un futuro donde las austeras reuniones se convertirían en eventos gigantes.

“En los ‘60, impulsadas por la televisión, las dimensiones deportivas de los conflictos globales volverían insostenibles la caballerosidad amateur y el internacionalismo apolítico del movimiento olímpico”, escribe Goldblatt (2016, p. 200), y agrega: “Hasta Roma, los conflictos simbólicos de la Guerra Fría eran un subtexto, una narrativa subterránea: en la ausencia de cobertura televisiva global, la histeria que generaría la competencia por las medallas tendría que esperar hasta 1960” (Goldblatt, 2016, p. 228).

En una década, entre 1960 y 1970, los Juegos se alejarían de forma brutal y para siempre de la austerioridad de los Juegos de la década del ‘50: las ediciones de 1948, 1952 y 1956 promediaron un gasto de no más de 5 millones de dólares; Roma alcanzó los 30 millones solo en gastos oficiales (como siempre, se estima un gasto real mucho mayor), y Tokio 1964 daría un salto increíble, con más de 2.800 millones de dólares gastados entre los costos de los Juegos y los costos de infraestructura de la ciudad en la previa. Es que Tokio aprovechó la cita olímpica para reformar sus rutas y desagües, su transporte público y sus hospitales, en el comienzo de la burbuja de productividad que la volvería potencia mundial tras una década de reconstrucción y pobreza después de la Segunda Guerra. Los Juegos serían su intento de mostrarse recuperado ante el mundo, aunque las heridas internas y la pobreza no habían sido curadas aún. Tokio desplazaría a miles de habitantes de sus zonas de residencia con el objetivo de construir nueva infraestructura: la evicción en nombre de la construcción y la “higienización” de las ciudades es hoy una habitual tendencia de cualquier “megaevento” deportivo, que utiliza la excusa deportiva para construir y elevar los precios inmobiliarios. La gentrificación es uno de los grandes beneficios privados de la organización de este tipo de eventos.

Tokio, escribió Robert Whiting en una reciente serie publicada en The Japan Times, tuvo un impacto profundo y negativo en la ciudad (Whiting, 2014). El costo oficial de Tokio relacionado

solo a los Juegos se estima en cerca de los 300 millones de dólares, una cifra que Múnich superaría en la edición de 1972, gastando 500 millones para ser huésped del evento: la apuesta de estos países, Italia, Japón, Alemania, también México, era mostrar al mundo que habían dejado atrás las derrotas de la Guerra, y estaban listos para ser potencias. Los Juegos fueron escenarios para reflejar su crecimiento industrial y su poderío político recobrado tras la Guerra. Y, escribe Goldblatt (2016, p. 133), “la intersección entre esta ambición simbólica y el arribo de la televisión global hizo inevitable la expansión de los Juegos”.

No perseguían entonces las sedes la supuesta bonanza turística que prometen desde los albores los Juegos Olímpicos: de hecho, antes que recuperar las inversiones en turismo, las sedes lo harían gracias a la venta de derechos televisivos, que no interesaba al COI de Brundage. El presidente, siempre dispuesto a mantenerse alejado de toda comercialización de sus preciados valores, había cedido la negociación de los derechos a los comités organizadores de cada Juego: en 1960 Roma vendió los derechos internacionales a 400 mil dólares, para la transmisión de los Juegos en Europa y Estados Unidos; en 1964, Tokio implementó la transmisión en vivo vía satélite y vendió la transmisión al mundo por un total de 1,6 millones, cuatro veces el valor de Roma. Los Juegos de Tokio fueron un éxito también para la transmisión local: el 98% del país vio alguna parte de los Juegos, y las conexiones de TV en las casas japonesas aumentó de 2 millones a 16 millones. México vendería al mundo la transmisión por un total de 10 millones de dólares, y Múnich recaudaría 18 millones de dólares por su emisión: para 1972, Brundage, en su último año en el poder, se lamentaba por no haber hecho usufructo de los derechos, argumentando que el COI apenas tenía dinero para hacer “los cambios significativos que deseaba”. Durante dos décadas, el Comité Olímpico bregaría hasta conseguir otra vez ser el dueño absoluto de los derechos de tevé; una década más le llevaría controlar no solo los derechos, sino también la transmisión, que se cedía a productoras locales como la BBC o la NHK, según el evento.

Con la irrupción de la tevé como un jugador crucial en la arquitectura olímpica, comenzó el lento goteo del *sponsoreo*: dotar a un atleta de ropa no violaba directamente las leyes del amateurismo, a pesar de que se inició entonces un potente debate en el seno del COI; y mostrar la marca al mundo a través de la pantalla chica era una oportunidad publicitaria poderosa que las grandes marcas no pudieron resistir. Como las marcas ya mencionadas, Adidas tendría mucho que ver en la forma futura de los Juegos Olímpicos.

### **3.5. Brundage: el show debe continuar**

La década del '60 que se abrió con los Juegos de Roma será particularmente turbulenta, con cambios sísmicos en la hegemonía mundial y, por consecuencia, en las ideologías dominantes alrededor del mundo: las viejas nociones de política daban lugar a nuevas posibilidades, Estados Unidos se agrietaba con la lucha interna por los derechos civiles y en todo el mundo estallaban guerras por conseguir gobiernos independientes de las metrópolis. El Tercer Mundo bregaba por tener su lugar en el mapa geopolítico... pero aunque intentaría

romper con las potencias y no quedar atrapado en la telaraña de la Guerra Fría, los conflictos internos y su debilidad económica y política obligaría casi siempre a pedir ayuda y alinearse con Estados Unidos o la Unión Soviética.

El proceso de descolonización comenzó tras la Segunda Guerra. Pero las colonias “no solo tuvieron que luchar para acceder a la independencia: una vez obtenida, también tuvieron que hacerlo para tener voz y voto en las instituciones internacionales (deportivas o no) dominadas por Occidente” (Corriente y Montero, 2011, p. 308): el proceso llevó tiempo.

Sin embargo, el ingreso paulatino de los países del Tercer Mundo generaría un desequilibrio clave en el futuro del COI, dominado hasta entonces por las potencias occidentales: constituían votos clave a la hora de ciertas decisiones, y a medida que más naciones de África y Asia ganaban su independencia, construían su propia organización y se sumaban al COI, se hacían más fuertes como bloques. Brundage llegó a pedir, en una reunión en 1963, que “países que tienen una gran población deportiva tengan más votos que un país recién afiliado”. Pero el sistema de votación permaneció, y una década más tarde las naciones emergentes se convertirían en una pieza clave en el ajedrez del poder del COI.

Corrían tiempos contrahegemónicos, tiempos de boicots al poder olímpico y protestas en el escenario deportivo: los ‘60 serían también la década del primer desafío abierto a la organización olímpica, cuando, en 1963, Indonesia decidió organizar su propio evento deportivo mundial. Todo comenzó dos años después de Roma 1960: Indonesia no invitó a los Juegos de Asia a Taiwán e Israel, una decisión abiertamente política, y cuando el COI amenazó con no reconocer los Juegos por la marginación e Indonesia no cedió, el Comité suspendió al país asiático de las competencias olímpicas. La venganza sería terrible: el presidente Sukarno decidió organizar los Juegos de las Nuevas Fuerzas Emergentes, que desde su fundación se presentaron como un desafío a los ideales del olimpismo.

“Los Juegos Olímpicos ya han probado ser una herramienta imperialista: ahora podemos decir, con franqueza, que los deportes tienen algo que ver con la política. Indonesia propone ahora mezclar deporte y política, establecer estos Juegos de las Nuevas Fuerzas Emergentes, contra el viejo orden establecido”, lanzaba Sukarno sobre los JNFE, reflejando que “en opinión de Sukarno y de la mayoría de los restantes dirigentes del movimiento de los países no alineados, el conflicto más importante de la posguerra no era el que enfrentaba a los bloques presididos por Estados Unidos y la URSS, sino la confrontación entre las nuevas fuerzas emergentes del anti-colonialismo y las viejas fuerzas establecidas” (Corriente-Montero, 2011, p. 303).

El mensaje antiimperialista y anticolonialista acercó a los países africanos y asiáticos, y también a los latinoamericanos, que atravesaban su propia década convulsa: el yugo de las colonias era para ellos lejano, pero pesaba sobre ellos el grillete del dominio económico de las potencias. También se sumó China, fuera del COI y para muchos el ideólogo de estos “contra-Juegos” (sin duda, fue el bolsillo más profundo de la organización).

El COI respondió amenazando con prohibir entrada a los Juegos Olímpicos a aquellos que fueran parte del JNFE, por lo cual muchos países terminarían mandando equipos pequeños o

“clase B”; pero de todas formas 2.200 atletas de 48 países, entre los que se encontró Argentina, se reunieron en Indonesia en noviembre de 1963.

Los Juegos debían repetirse cada cuatro años, según se decidió en aquella edición inaugural, pero Sukarno fue depuesto, y Egipto, la sede de los Juegos de 1967, no quería pagar el alto costo de hospedar la competencia. Los JNFE duraron solamente una edición, aunque parecían haber puesto de manifiesto la inevitable naturaleza política de la competencia. Y, de hecho, el COI continuaría su inevitable participación en la arena política apenas un año después, cuando decidió la exclusión de Sudáfrica debido a sus políticas segregacionistas.

Brundage, fiel a sus convicciones, no quería castigar al deporte sudafricano por lo hecho por sus políticos, pero la presión internacional contra el *apartheid* era enorme y sus compañeros de Comité entendieron que la segregación permeaba claramente la estructura del deporte sudafricano, ya que, pequeño detalle, no permitía que los atletas de raza negra representaran al país en el exterior. Fue un argumento convincente para borrar a Sudáfrica: la Carta Olímpica tiene entre sus valores no discriminar, lo que determinó que no se invitara a Sudáfrica a Tokio ni México, y que, en 1970, finalmente, se echara del olimpismo al país, luego de que, ante los repetidos pedidos del COI y el mundo de rever sus políticas, el primer ministro repitió que las organizaciones deportivas continuarían segregadas y que ningún equipo racialmente mixto representaría a Sudáfrica. Para el COI aquellos años fueron complicados de navegar, un campo minado de tensas rencillas políticas. Y el olimpismo, lejos de lograr mantenerse al margen, se estaba convirtiendo, crecientemente, en un escenario para que esas peleas se desplieguen frente al mundo.

Los intensos Juegos de México de 1968 encerraron dentro de un puñado de semanas todos los conflictos del mundo. Los propios mexicanos protestaron los Juegos en la previa, en el marco de un momento complejo en el país, de crecimiento pero también de marginalización y violencia. Los protestantes reclamaban todo tipo de mejoras, pero uno de los ejes era combatir la realización de los Juegos, que quitaban financiamiento a los programas sociales. “No queremos Olimpiadas, queremos revolución”, fue una de las consignas de aquel verano trágico: ante la escalada de las protestas y la cercanía de los Juegos, el gobierno envió un mensaje reprimiendo a los manifestantes una noche de octubre. En la masacre de la Plaza de Tlatelolco habría 300 muertos y más de mil heridos.

Brundage no dudó en sostener los Juegos. No quería, llegó a lanzar desafiante, hippies o beatniks en el campo de deporte. La sangre de la masacre de Tlatelolco no estaba seca cuando John Carlos y Tommie Smith levantaron el puño desde el podio de los 200 metros llanos, un hito olímpico cuya historia comienza en 1967, con la organización del Proyecto Olímpico por los Derechos Humanos, encabezado por el sociólogo Harry Edwards (autor de un libro fundamental sobre deporte y raza, “La revuelta del atleta negro”).

El PODH se organizó en el marco de las desigualdades raciales que había en Estados Unidos, y en su primera manifestación política exigió la destitución de Brundage por antisemita y anti-negro, además de pedir que se devuelva el título a Muhammad Ali, aumentar la participación de entrenadores y directivos negros en el deporte estadounidense y evitar la

presencia de Sudáfrica en cualquier competición deportiva: 65 atletas estadounidenses firmaron la lista que prometía no acudir a los Juegos de México si invitaban a Sudáfrica, y la lista incluía figuras como Arthur Ashe, Wilt Chamberlain, Jackie Robinson y, claro, Carlos y Smith, por lo que fue imposible ignorar la petición.

La presión internacional ganó con relación a Sudáfrica y el PODH dejó que cada atleta decidiera si viajaría a México. Smith y Carlos fueron con la promesa de protestar si ganaban y, como el mundo entero sabe, levantaron el puño enfundado en un guante negro desde el podio, y por su osadía fueron echados de la Villa Olímpica y suspendidos de la actividad atlética, con Brundage, estadounidense, al frente de la expulsión: oficialmente, su postura era, otra vez, que el uso de la plataforma olímpica para hacer política era inaceptable. Como argumentó Allen Guttmann (1984), en Berlín el saludo nazi y la esvástica fueron parte de la ceremonia de clausura, incluso, pero el saludo de poder negro era, por alguna razón, político.

Checoslovaquia no necesitó de directivas del COI para impedir que, tras los Juegos de México, la díscola medallista dorada Vera Caslavská viajara al exterior o compitiera. La gimnasta había firmado la petición contra la hegemonía soviética en su país durante la Primavera de Praga, previo a los Juegos, y cuando las fuerzas soviéticas invadieron para aplastar el levantamiento, se escondió y entrenó, como pudo, hasta los Juegos, apenas un par de meses después: a pesar de llegar al evento en condiciones menos que óptimas, ganó cuatro oros y dos platas, venciendo a las poderosas atletas soviéticas. Pero cuando sonó el himno ruso, en protesta, agachó la cabeza. El gesto le costó carísimo: la URSS presionó al gobierno checo, de influencia soviética tras el acallamiento de la Primavera, y Caslavská no volvió a competir.

Era un mundo convulso, donde la guerra solo era “fría” en comparación con los enfrentamientos mundiales de antaño y la amenaza atómica. Conflictos armados y levantamientos sociales estallaban en todo el mundo, y los Juegos, todo un espectáculo global para Múnich 1972, se habían vuelto un poderoso espacio para escenificar estos conflictos, como reflejaría la infame final de básquet de aquel Juego, en la que Estados Unidos perdió su primera final olímpica en el deporte ante la URSS, en un final hecho para la controversia.

En retrospectiva, la convulsión política de los Juegos anteriores parecía haber preparado el terreno para que, el 5 de septiembre, un grupo militar palestino irrumpiera en la Villa Olímpica y secuestrara a once atletas y entrenadores israelíes, matando además a dos de ellos. Los terroristas escaparon al aeropuerto, buscando huir en un avión, y allí se dio el enfrentamiento final: los nueve israelíes, cinco palestinos y un policía alemán murieron.

¿Qué hacer tras una matanza de ese calibre? Brundage, otra vez, no dudó: el show debía continuar, y así fue, increíblemente. “No podemos permitir que un puñado de terroristas destruya este núcleo de cooperación internacional y buena voluntad que son los Juegos Olímpicos”, lanzó inmediatamente tras la matanza en un comunicado (Reeve, 2000, p. 138).

### 3.6. Lo que cuenta el medallero

La historia del cuarto de siglo entre los Juegos de posguerra y Múnich 1972 que hemos repasado refleja con notable fidelidad un momento turbulento en la historia, un momento de alta conflictividad, de guerras de liberación, guerras civiles, crisis y dos visiones de mundo, capitalismo y comunismo, que se debatían la hegemonía. El COI de Brundage imaginó un olimpismo limpio de rencillas políticas, y no solo le tocó presidir una etapa sin precedentes en cuanto a la intrusión del mundo en su edén deportivo: además, los mismos Juegos demostraron ser un indicador político objetivo del éxito en la Guerra Fría de las dos potencias dominantes.

Porque el medallero de esos años habla, y muestra quién ganaba y quién perdía aquella batalla estratégica por el control del mundo: la URSS ingresó con gloria al olimpismo en 1952, consiguiendo un segundo lugar en el medallero solo superado por Estados Unidos, cuando, además, como hemos relatado, la competencia deportiva no se había convertido todavía en sinónimo de la lucha política. Pero desde 1956 hasta 1964, mientras la guerra simbólica tomaba temperatura, el comunismo dominó el medallero.

A mediados de la década del '60, los JNEF mostraban la falta de viabilidad de un movimiento de países no alineados y tercumerdistas, mientras la influencia de Estados Unidos en el mapa global crecía. Apenas la derrota en Vietnam y algunas victorias soviéticas en África permitieron sostener la ilusión de un enfrentamiento parejo entre las potencias, pero ya el medallero mostraba el futuro: Estados Unidos comenzaba a mediados de los '60 a retomar el liderazgo mundial y a asentar a nivel global la supremacía de su modelo de vida, el capitalismo. De la misma forma, aunque todavía restaban dos décadas de enfrentamientos en el marco de la Guerra Fría, los Juegos comenzaban el camino para alejarse de la lucha entre imperios, y se acercaban paulatinamente a un modelo "apolítico", en el sentido más liberal del término: todos hermanados bajo la bandera del comercio tras el "fin de la historia" que parecía avecinarse luego de la caída del Muro de Berlín.

Para eso faltaba, pero 1976 marcaría, en este sentido, un nuevo quiebre en la historia olímpica: ya sin Brundage en el poder, los Juegos se volverían el espectáculo más grande del mundo.

## Referencias

- Boykoff, J. (2016). *Juegos de Poder. Historia política de los Juegos Olímpicos*. Nueva York: Verso Books.
- Corriente, F.; Montero, J. (2011). *Citius, altius, fortius. El libro negro del deporte*. La Rioja: Peperitas de calabaza.
- Goldblatt, D. (2016). *Los Juegos. Una historia global de las Olimpiadas*. Nueva York: Norton.
- Guttmann, A. (1984). *The Games Must Go On: Avery Brundage and the Olympic Movement*. Nueva York: Columbia University Press.

- Hampton, J. (2012). *The Austerity Olympics: When the Games Came to London in 1948*. Londres: Aurum Press.
- Reeve, S. (2000). *One day in September: the full story of the 1972 Munich Olympics massacre and the Israeli revenge operation Wrath of God*. Nueva York: Arcade Publishing.
- Whiting, R. (24 de octubre de 2014). Negative impact of 1964 Olympics profound. *The Japan Times*.

# CAPÍTULO 4

## Los Juegos de la Guerra Fría (Segunda Parte)

### 4.1. Comienza la era de los gigantes

Los Juegos de 1972 trajeron a la primera mascota olímpica, un perro salchicha multicolor llamado Waldi. Serían los últimos Juegos del presidente Brundage, el perro guardián del COI.

"Su reinado de dos décadas llegó a su final, pero se fue pateando la puerta: según las misivas del comité ejecutivo del COI, detestaba el modo en que los Juegos comenzaban a ser explotados por motivos comerciales. Veía en Waldi el emblema de una comercialización creciente, a pesar de que era un detalle apenas pintoresco comparado con el festival corporativo que seguiría. Lord Killanin asumió al terminar los Juegos. Brundage murió en 1975: alguien sugirió que el epitafio de su lápida dijera "por una vez, se dio por vencido". Una nueva era en la historia olímpica estaba comenzando, y los Juegos de 1976 fueron el puntapié inicial" (Boykoff, 2016, p. 115).

Michael Morris, tercer Barón de Killanin, era parte del círculo aristocrático que controlaba el Comité Olímpico Internacional por aquellos días. Había estudiado en Eton y La Sorbona, se había codeado con las élites mundiales, pero también tenía un pie en la tierra: había combatido en la Segunda Guerra Mundial, donde fue parte del Día D, y había iniciado una carrera como periodista que lo había llevado a cubrir otros conflictos internacionales. Era un lord, pero también era un aventurero, y un hombre del pueblo: esa posibilidad de estar entre dos mundos lo convirtió en el candidato perfecto para encarnar los tiempos de cambio que se volvían evidentes tras Brundage.

El Lord Killanin tuvo un accidentado mandato de una década, presidiendo las Olimpiadas más deficitarias hasta ese momento y luego el masivo boicot norteamericano a Moscú 1980, pero también fue el presidente que flexibilizó las reglas del amateurismo, haciendo la vista gorda mucho más a menudo que Brundage a los atletas *esponsorizados*. También fue el dirigente que se percató de que el COI, contrario a lo que creía su predecesor, debía conseguir una parte del ingreso por los derechos de transmisión televisiva.

Era el comienzo de otra era, y Montreal '76 sería un punto de partida particularmente revelador de lo que vendría. La ambición del Comité Organizador, y en particular del alcalde Jean

Drapeau, no tendría límites: de un presupuesto estimado en el inicio de 125 millones de dólares, los Juegos terminarían teniendo un costo de 1.500 millones. Montreal ingresó en el terreno del déficit fiscal camino a los Juegos, y, como ya era evidente la malversación que venía ocurriendo, el gobierno federal decidió no salvarlos: el Comité Organizador consiguió mantenerse operativo gracias a una de las primeras alianzas profundas entre deporte y corporaciones como Coca-Cola y Adidas, que aportaron dinero y materiales para llevar adelante los Juegos. Estas marcas volverán a aparecer en este texto: “La idea de que las corporaciones tenían un rol vital en la ‘Familia Olímpica’ se intensificaría y se convertiría en parte integral de los Juegos en la próxima década” (Boykoff, 2011, p. 126).

Así, con el apoyo del mundo privado, los Juegos pudieron existir. Y aunque algunos empresarios del universo local (particularmente, empresas constructoras y bancos) se beneficiaron, la deuda pública que quedó fue brutal. “Hay tantas chances de que los Juegos sean deficitarios como de que un hombre tenga un bebé”, había anunciado Drapeau dos años antes del evento: dos años después de que Montreal terminó de pagar la deuda pública contraída en los Juegos, en 2008, un hombre trans, Thomas Beatie, tuvo un bebé. El pueblo de Montreal tardó tres décadas en recuperarse de haber sido sede de un Juego Olímpico.

A pesar de todo, los Juegos de Montreal entregarían 15 días con momentos icónicos: fueron los Juegos en que Nadia Comaneci, con solo 14 años, deslumbró al mundo con siete “diez” (nadie había alcanzado el puntaje máximo antes, al punto de que el tablero no estaba preparado: marcó 1.00) y tres oros; los Juegos donde Lasse Viren repitió (enfundando en sus Asics, en medio de una guerra de marcas) lo hecho en 1972, ganando los 5.000 y los 10.000 (solo un hombre había repetido el doblete antes: Emil Zatopek); compitieron el futuro presidente del COI Thomas Bach, oro en esgrima; el futuro primer ministro de Japón, Taro Aso, en tiro; y la Princesa Ana, que fue la única deportista que no tuvo que someterse a la verificación de sexo que era obligatoria desde 1967.

Alemania del Este había encontrado, de todos modos, la forma de pasar la verificación de sexo con atletas ahogadas en esteroides; también consiguieron pasar los precarios controles antidoping que habían comenzado en 1968: energizados por el suero mágico, alcanzaron el segundo lugar en el medallero, por encima de Estados Unidos. Todas las jeringas utilizadas fueron descartadas en el vecino río Saint Lawrence.

## 4.2. Una breve historia del doping (I): Guerras de esteroides

Para Montreal 76, estaba claro que los Juegos crecían en importancia en la arena simbólica de la Guerra Fría. El atentado de Múnich parecía confirmar ese lugar que había ganado el megaevento durante el siglo XX en el inconsciente colectivo: una vidriera gigantesca que, cada cuatro años, concentraba la atención del mundo entero. Las naciones, embarcadas en sus renecillas, sabían que era un escenario que tenían que dominar. El dopaje, un largo hábito del deporte moderno cuyo modelo de performance (más rápido, más alto, más fuerte) invita a empujar el

límite, no es un problema de manzanas podridas, sino parte de los valores deportivos que empujan siempre a más y, como escribieron Corriente y Montero (2011, p. 350), “los deportistas de élite y sus preparadores no tienen otra opción que recurrir al *doping* de forma generalizada”. En aquellos años, simplemente, comenzó a perfeccionarse desde los propios Estados.

El dopaje estatal tiene un momento muy claro de nacimiento, pero el dopaje individual, en cambio, ha sido parte del deporte desde siempre. En 1904 Thomas Hicks ganó la maratón ingeriendo una mezcla de un veneno, estricnina (o sulfato de estricnina, según las versiones), brandy y huevos crudos. No hubo ocultamiento: muchos de los “estimulantes” le fueron dados durante la carrera por sus entrenadores. Y al término de la carrera, incluso, la autoridad deportiva de Estados Unidos, Charles Lucas, declaró: “La maratón, desde el punto de vista médico, ha demostrado que las drogas son de gran beneficio para los atletas”.

Claro que aquel caso también mostró los peligros de las drogas: Hicks atravesó la meta y colapsó. Sobrevivió, una suerte que ocho años antes no había tenido el ciclista galés Arthur Linton, el primer muerto por dopaje de la historia del deporte debido a una combinación letal de cocaína, cafeína y estricnina bajo la tutela de su entrenador, que les daba a sus pupilos “botellas mágicas”. Hicks llegó un poco más entero a la meta: vivo. Lucas describió la piel descolorida, los ojos hundidos y sin brillo, el cuerpo pesado y duro de Hicks al final de la carrera, pero, en línea con las declaraciones de Coubertin tres años antes, celebró esa persecución de llevar al cuerpo al extremo por todos los medios posibles, afirmando que el atleta debería ser considerado un héroe por poner su cuerpo en riesgo en servicio de la nación. Un discurso que, de forma velada, recorrería todo el siglo XX.

De hecho, en aquellas primeras décadas del siglo XX, el *doping* no solo era aceptado, tolerado. Durante mucho tiempo fue práctica común, una ventaja más que buscar en la persecución de medallas, en el marco de un deporte que no legislaba y perseguía el dopaje. No era trampa. “Ninguna regla prohibía el uso, y los atletas operaban bajo la premisa de que lo que no estaba prohibido era permitido”, escribió Richard Pound. “Los atletas hasta les contaban a sus amigos de sus descubrimientos, y así el uso se expandía” (2006, p. 55).

Sin reglas contra el dopaje, la utilización de sustancias se extendería en la primera mitad del siglo XX como una de las tantas formas tempranas de experimentación en busca de los límites del rendimiento. En algunos deportes, como el ciclismo, incluso, se transformó en la norma, y lentamente comenzaron a aparecer las primeras voces en contra del mejoramiento físico a través de sustancias químicas, en forma de protestas tras derrotas y voces que criticaban la moral detrás de esas ayudas extra.

Pero el coro no se hizo escuchar hasta que la Guerra Fría hizo aumentar el valor simbólico de las medallas olímpicas: en el marco de una feroz competencia por el resultado del medallero final, y tras perder la competencia en los Juegos de 1956 y 1960, Estados Unidos comenzó a alzar la voz respecto de las prácticas de su rival soviético, refiriendo al modo en que los cuerpos de sus atletas parecían poco “naturales” y a los rumores que llegaban del otro lado de la Cortina de Hierro sobre los métodos de entrenamiento químico. Es que “protagonistas durante la Guerra Fría de una batalla para ganar los corazones y mentes del mundo, Estados Unidos y la Unión

Soviética llegaron a ver al deporte de élite como parte de una rivalidad mayor, una rivalidad científica" (Hunt, 2011, p. 2).

Es decir, la Guerra Fría del deporte se trasladaba a los laboratorios deportivos: una carrera de armas, una carrera de esteroides de la que participaron, diga lo que diga el mito, ambas partes. O como dice una célebre frase acuñada al calor de la disputa entre rusos y estadounidenses, se trata de ver si "nuestras bombas atómicas están alimentadas de mejores esteroides que sus bombas atómicas".

Las sospechas de Estados Unidos sobre lo que ocurría en los campos de entrenamiento de sus rivales hicieron que el dopaje comenzara a ser considerado como una ofensa, un problema mayor, ya no un detalle. El catalizador final que hizo que el Comité Olímpico Internacional pusiera en marcha algún tipo de política se dio el 26 de agosto de 1960, cuando Knud Jensen, ciclista danés de 23 años, se cayó de su bicicleta y se fracturó el cráneo. Su entrenador y la autopsia revelaron que el atleta había ingerido roniacol, un vasodilatante que le habría producido el desmayo fatal.

El tema del *doping* hasta entonces era ignorado, considerado por el COI como un problema de relaciones públicas, o el problema de otro, antes que un problema médico o ético. Los reportes y denuncias de uso de distintos estimulantes y el uso temprano de testosterona eran desestimados sin más investigaciones. Avery Brundage, entonces presidente, además, lo consideraba un problema menor, en absoluto extendido, y por lo tanto no valía la pena desplegar los preciados recursos del olimpismo en la era previa al ingreso de la tevé y las marcas a combatir este mal menor.

Pero la muerte de Jensen generó suficiente presión internacional para que el COI se viera obligado a tomar cartas en el asunto, aunque más no fuera de forma simbólica. Se libraría desde entonces una batalla en el seno del Comité: Brundage no quería que el COI se hiciera cargo de los costos, y creía que la institución no estaba capacitada para combatir el *doping*, ni en términos logísticos ni en términos de conocimiento, pero se vio obligado a crear la Comisión Médica, que empujó hacia la regulación del dopaje en el marco de los Juegos Olímpicos.

Así, en 1963 se alcanzó una primera definición oficial de dopaje, amplia, ambigua: era un procedimiento ilegal utilizado por ciertos atletas, en la forma de drogas, medios físicos y medidas excepcionales que alteran de forma positiva o negativa la capacidad física o fisiológica de una criatura viviente, hombre o animal, en el deporte competitivo. La definición de *doping* se volvió más sofisticada y, en la actualidad, la Agencia Mundial Antidopaje tiene un extenso libro que determina exactamente qué es dopaje y qué no; pero los problemas de aquella primera definición subyacen: ¿qué son medidas excepcionales? ¿Qué constituyen drogas y qué no? ¿Ingresan las vitaminas, los suplementos, las bebidas energizantes como el café? ¿Y qué pasa con entrenar en la altura? ¿Es una "medida excepcional"? Todavía hoy, los límites entre lo permitido y lo prohibido continúan siendo difusos, y a menudo el dopaje está respaldado en determinaciones científicas sin sustento, o, directamente, prejuicios.

Contra los deseos de Brundage, la Comisión Médica consiguió realizar una serie de pruebas antidopaje en Tokio 1964, antesala del debut oficial del antidoping en 1968 (junto, como ya explicamos, a las pruebas de sexo: porque las sospechas de Occidente sobre sus rivales también señalaban que algunas mujeres soviéticas eran en realidad hombres). Las pruebas, curiosamente, le dieron la razón a Brundage: el COI no estaba preparado. De 670 atletas testeados con evaluaciones que rastreaban diferentes químicos en orina, sólo dos dieron positivo, por anfetaminas, pero los científicos encontraron que más de la mitad de los testeos presentaba rastros de sustancias químicas no identificadas. Además, todavía no había una forma concreta de detectar dopaje por testosterona, hormona que era la droga de elección en el momento. Y, claro, para colmo, el testeо solo se realizó en el lugar, en el momento del evento, cuando la mayoría de los atletas, incluso en aquellos tiempos de poco testeо, utilizaba el *doping* para entrenar, no para competir, llegando “limpios” al momento de la competencia.

De todos modos, un año más tarde “el COI fue unánime en su aplauso al esfuerzo de la comisión médica en los Juegos de México”, aunque insistieron en que “las políticas antidopaje deberían limitarse al período inmediatamente anterior y posterior a los Juegos” (Hunt, 2011, p. 39). El COI de Brundage simplemente no quería pagar los costos de perseguir a los atletas por el mundo, lo cual además entrañaba problemáticas legales de jurisdicción. Decidieron hacer responsables a las federaciones, y durante años no habría una fuerza ni criterios centralizados para combatir el dopaje, y como consecuencia cualquier esfuerzo antidopaje se vería truncado desde la raíz. Durante años, hubo que luchar contra la resistencia del poder deportivo y su indiferencia y tendencia a minimizar el tema; las dificultades científicas para encontrar los químicos, determinar niveles y definir incluso *doping*; y las complicaciones políticas ante un sistema deportivo internacional fragmentado. Por esta combinación, hasta muy recientemente las políticas de dopaje eran formuladas como una forma de minimizar controversias públicas. Una maniobra de *marketing*.

La laxitud de las normas permitió en gran medida el fenómeno de Alemania del Este: ingresó de forma independiente en la competencia en 1968, quedando quinta en el medallero; cuatro años más tarde era tercera, consiguiendo casi 15 veces más medallas per cápita que Estados Unidos; y ocuparía finalmente en Montreal 1976 y Moscú 1980 el segundo lugar del podio de medallas, solo detrás de la Unión Soviética. En 1976, además, postergando al país norteamericano al tercer puesto, el peor puesto en toda su historia hasta ese momento (solo repetido en Seúl 88).

El éxito era químico, sin lugar a duda: “La policía secreta de la República Democrática Alemana instituyó un régimen de *doping* esponsoreado por el Estado que administró peligrosos fármacos a más de 10 mil atletas” (Hunt, 2011, p. 4). Los candidatos eran elegidos con los mencionados criterios biométricos y luego sujetos a una fuerte experimentación química sin importar el riesgo. Muchos eran menores, y la mayoría ni siquiera sabía que estaba siendo parte de un experimento.

Ahora, “el foco en los horrores ocurridos en Alemania Oriental ha entorpecido la exploración de las maneras en que el *doping* se desarrolló en paralelo con la globalización durante y después

de la Guerra Fría. El *doping* fue, y es todavía hoy, un sistema global”, escriben Besnier, Bronwell y Carter (2016, p. 134): la concentración en aquel entonces en estos casos aberrantes, organizados desde el Estado para ganar la batalla deportiva simbólica (la guerra por otros medios o, como escribió George Orwell, “la guerra sin disparos”) impidió reflejar cómo el dopaje siempre había sido una práctica transnacional, parte como hemos establecido del ADN del deporte moderno y su presión por el triunfo constante y perpetuo.

De hecho, mientras Estados Unidos presionaba desde los foros mediáticos para que se permitiesiera al “milagro” alemán, sus propios atletas reconocían sistemas organizados para el dopaje en su país: quizás no a nivel estatal, pero sí orquestado desde las federaciones, con todo el mundo jugando al distraído. En 1968, por ejemplo, el decatleta Tom Waddell declaró que un tercio del equipo de atletismo utilizaba anabólicos. Y una encuesta no oficial previa a los Juegos de Múnich 1972 señaló que el 68% del equipo norteamericano utilizó en algún momento algún tipo de droga anabolizante. El país más poderoso del mundo en materia deportiva continúa hasta el presente manipulando los discursos en torno del dopaje, a menudo convirtiendo a su contraparte soviética en el chivo expiatorio de una conducta sostenida por todo el universo deportivo, y a pesar de sus propios escándalos: el criterio norteamericano tras el tercer puesto en el medallero de Montreal fue, por supuesto, ensordecedor.

### 4.3. Los Juegos de Moscú

Los Juegos de Montreal estuvieron plagados también de otros problemas de índole política. Taiwán se fue de la Villa Olímpica, porque el gobierno canadiense solo reconocía a una China, y no les permitió utilizar la palabra “China” en su ropa. También faltaron veintidós países africanos, luego de que el COI no escuchara el pedido para prohibirle a Nueva Zelanda participar en los Juegos: el seleccionado de rugby había roto las prohibiciones de las diversas federaciones deportivas internacionales y había jugado una serie de partidos en la Sudáfrica del *apartheid* y marginada del movimiento olímpico. “La solidaridad y calidad de los Juegos se ha visto severamente erosionada”, dijo del boicot el New York Times. “Y los cinco anillos, que corresponden a las cinco partes del mundo, ya no están unidos”.

Cuatro años más tarde, Moscú, Rusia. Como en toda la Guerra Fría, los Juegos seguían siendo una especie de continuación de la batalla en el campo de deportes, que cada cuatro años tenía lugar para determinar qué modelo de vida era más exitoso. Probablemente, de hecho, haya sido esa pulseada la que llevó a la televisión estadounidense a pagar más y más millones por transmitir los Juegos vía satélite: la NBC desembolsó 85 millones para los Juegos de Moscú 1980, y perdió buena parte de ese dinero cuando Estados Unidos se bajó del evento y desde el gobierno norteamericano decidieron que no se transmitiera la boicoteada competencia.

Los Juegos de Moscú (y los posteriores en Los Ángeles) debían demostrar la capacidad de las Olimpiadas de tender puentes en el mundo. En lugar de ello, demostrarían su poder para convertirse en parte de la estrategia de guerra, de forma bastante explícita: cuando Rusia invadió

Afganistán, en 1979, Jimmy Carter exigió la retirada soviética o no enviaría atletas a Moscú. Durante meses, mientras se debatía el asunto, sus delegados y embajadores (incluido Muhammad Ali) se pasearon por el mundo en busca de apoyo internacional al boicot.

En el exterior no había demasiadas intenciones de sumarse a lo que claramente era un conflicto entre las dos potencias, pero dentro de Estados Unidos el consenso era total, con los legisladores pasando todo tipo de normas y apoyos al boicot, y el Comité Olímpico nacional aceptando la decisión bajo la amenaza de perder los apoyos financieros estatales y las exenciones de impuestos. Killanin observó el debate por televisión y encontró todo el asunto “de un nacionalismo muy embarazoso”: eran, claro, días en que el pueblo norteamericano volvía a hermanarse frente a la gran amenaza soviética, camino a la presidencia de Ronald Reagan y a “Rocky IV”.

Lo curioso es que, en el medio del asunto, se llevaron a cabo los Juegos de Invierno, en Lake Placid, Nueva York. Las instancias de invierno y verano todavía tenían lugar en la misma temporada, y sin el boicot estadounidense a Moscú confirmado, los soviéticos sí viajaron a Norteamérica, entregando uno de los grandes capítulos deportivos de la Guerra Fría: el enfrentamiento entre los estadounidenses y los soviéticos en la competencia de hockey sobre hielo.

La historia oficial, narrada por Disney en “Milagro sobre hielo” (Steven Hilliard Stern, 1981), muestra a los estadounidenses como aficionados, nobles amateurs que no tenían ninguna chance de vencer a la máquina robótica soviética, colmada de superprofesionales mantenidos por el Estado con una sola misión: aplastar al capitalismo (leer con un pesado acento ruso). En rigor, los estadounidenses eran parte de la élite colegiada de su país, y pasarían de los Juegos al profesionalismo de la NHL; los soviéticos, en tanto, eran aparentemente invencibles, tras ganar el oro en 1956, 1964, 1968, 1972 y 1976. Pero no se habían convertido en potencia por ser una máquina descerebrada de burócratas sobre patines, sino tras haber revolucionado el deporte con un estilo que privilegiaba la creatividad sobre la violencia del deporte. Buena parte de aquel equipo soviético emigraría más tarde al profesionalismo norteamericano.

Lake Placid sería la anteúltima batalla olímpica entre Estados Unidos y la URSS: el boicot norteamericano a Moscú 1980 se impuso y arrastró al bloque de aliados, que incluyó a la Argentina de la Junta Militar (no es, desde ya, casualidad esta alianza entre el Norte y nuestro país: iba mucho más allá del deporte). La NBC recurrió al seguro y salvó el dinero que podía: Moscú hizo su despliegue de parafernalia para impresionar al mundo con su poderío, pero el mundo occidental miró en aquel verano de 1980 hacia otro lado.

Y, desde ya, el montaje soviético tuvo un costo. El sistema soviético comenzaba a mostrar algunas grietas camino a su apertura al mundo y posterior caída, una década más tarde, pero la política del Kremlin siempre sería mostrar al enemigo la potencia del modelo comunista: el deporte era parte de una misión más grande, motivo por el cual el Estado habría desembolsado una suma de entre 3 mil y 5 mil millones de dólares para sus Juegos.

Sin la tevé norteamericana, y con un sistema de venta de *marketing* todavía naciente, sin desarrollo, fue un duro golpe para las arcas rusas: “Moscú solo ocurrió porque el Leviatán soviético podía comandar a la fuerza los masivos recursos necesarios”, escribió el historiador David Goldblatt (2016, p. 291).

Pero el costo de los Juegos no solo reflejaba la ambición soviética: también mostraba que el modelo olímpico, tras dos eventos altamente deficitarios, estaba en crisis. La dependencia del dinero de la tevé era absoluta y no parecía alcanzar para que todos los interesados en ser sede se arriesgaran a cambio de promesas de *boom* turístico y bonanza económica. De hecho, cuando llegó la hora de elegir sede para 1984, solo Los Ángeles podía cumplir con los requisitos, y a través de un modelo más austero, una pausa en el creciente “gigantismo” de los Juegos: reutilizó sus estructuras y se aseguró de recuperar cada centavo a través de *sponsors* y televisión. Los paralelismos con el presente (boicot contra los rusos, modelo financiero de la arquitectura olímpica en crisis y Los Ángeles en el horizonte) no son mera coincidencia.

Parecía que los Juegos habían tocado su techo, que no podían seguir creciendo, y quizás corrían riesgo: ese era el estado de cosas que intentaba atacar, por entonces, uno de los nombres más relevantes de esta parte de la historia olímpica. Horst Dassler, hijo del fundador de Adidas, que había dado una gran mano económica a Moscú para organizar sus Juegos y tenía ideado un plan para la explotación de las Olimpiadas: Dassler era uno de los pocos que se percató a fines de la década del '70 de que el interés por los Juegos iba en aumento, pero la estructura tradicional del COI parecía al borde del colapso, sin fuentes de ingresos reales y sostenidas, sin noción de cómo sacar provecho de las posibilidades del *marketing* global. En la siguiente década, pondría en el trono del COI a Juan Antonio Samaranch y daría inicio a la era del comercio en los Juegos Olímpicos.

#### **4.4. ¿Quién paga la fiesta? El ingreso de Adidas y el TOP**

Establecer a los Juegos Olímpicos como una “marca global”, la idea de Dassler para quitarles dinero a las empresas y llevarlo al deporte, hoy parece algo obvio. No lo era entonces. De hecho, “el movimiento olímpico de Samaranch estaba muy lejos del imaginado por el expresidente olímpico que declaró que ‘los Juegos no son un negocio y aquellos que deseen hacer dinero con el deporte no son bienvenidos’. Hoy aquellos que quieren hacer dinero del deporte son bienvenidos” (Simson-Jennings, 1992, p. 11).

Pero aunque la propuesta de Dassler era novedosa, fue recibido con los brazos abiertos: desde el desastre económico de 1976 la sangre nueva del COI se había percatado de que los Juegos crecían y crecían, con el empuje de los televidentes y la ambición de las sedes de publicitar sus países, pero también crecía la boleta final. De alguna manera había que pagar, y Dassler traía un plan perfecto, donde pagarían terceros y se beneficiarían las federaciones.

Los Dassler trabajaban en el deporte desde hacía décadas: fueron los primeros en empujar de forma activa y agresiva (con todo tipo de estrategias, como sobornar a los trabajadores del puerto para que no lleguen las zapatillas de la competencia) a los atletas a usar sus productos, entendiendo que la foto del ganador enfundando Adidas valía todos los esfuerzos. Incluso, en secreto por obvios motivos, Adi Dassler, padre de Horst, creó zapatillas especiales para que Jesse Owens corriera con Adidas en Berlín 1936.

Adidas controlaba el atletismo, pero la compañía rival Puma (no eran rivales solamente comerciales: Puma había sido fundada por Rudolph Dassler, hermano de Adolph Dassler, padre de Horst) decidió en la temporada de 1968 entrometerse y ganarse un lugar: lo hizo con un zapato para velocistas que en lugar de tapones tenía una especie de cepillo metálico en la suela, que brindaba mayor estabilidad y agarre. Adidas utilizó sus influencias para conseguir que no se permita correr con la novedosa zapatilla, en unas guerras comerciales tan escandalosas que acabaron con Avery Brundage, entonces presidente del COI, decidiendo que los logotipos de las prendas irían cubiertos.<sup>3</sup>

El siguiente presidente, Lord Killanin, sin embargo, flexibilizaría la medida impuesta por Brundage, mirando hacia otro lado: entendía que el mundo cambiaba y que el movimiento olímpico iba a necesitar del dinero de las corporaciones para sobrevivir. Killanin también modificó otra regla fundamental de Brundage, que había decidido que el COI no tuviera nada que ver con el dinero de la tevé, un monto que crecía Juego a Juego: el público estaba cada vez más interesado en esta guerra deportiva, particularmente en Estados Unidos. Los derechos de Múnich se habían vendido por 17 millones; Montreal, por 34; la NBC había pagado 85 millones por transmitir Moscú, antes del boicot; Los Ángeles llevaría la cifra a 225 millones.

Los números no solo dan la razón a Killanin, sino que demuestran la visión de Dassler: los Juegos se habían convertido en una gran vidriera para todas las marcas, no solo para Adidas. Dassler comenzó hacia fines de los 70 a convencer a las corporaciones del potencial publicitario de los Juegos, aunque algunos cambios en el reglamento olímpico tendrían que llevarse a cabo para que su visión integral pudiera ver la luz. Con las corporaciones sentadas en la mesa, el emprendedor empresario alemán entusiasmó a las federaciones que estaban al margen del poder tradicional del COI, prometiéndoles que ese dinero de los privados terminaría llegando al deporte de sus países, y acaparando lentamente el capital político para poner al próximo presidente en el trono del COI.

Las promesas no eran vacías, sino un plan que Dassler ya había probado con éxito: el empresario fue contactado en 1974 por Joao Havelange, luego de que el patriarca brasileño ganara las elecciones de FIFA prometiendo a las naciones más postergadas por la federación de fútbol y la economía global dinero para desarrollar allí el deporte. Una vez elegido, sin embargo, Havelange no tenía el dinero, así que contactó a Dassler para recaudarlo, comenzando así la carrera del hombre de las zapatillas en el mundo del *marketing*.

Dassler utilizaría una estrategia similar para llevar a Samaranch al poder: aprovechó que el modelo tradicional de financiación de los Juegos estaba en crisis, y que las federaciones olfateaban el creciente dinero aportado por la televisión, para tentar a los dirigentes. Si llegaba más dinero, todos participarían de la fiesta olímpica. África, cuyas federaciones luchaban para conseguir los implementos mínimos para la práctica deportiva, fue particularmente receptivo, y el continente aportaba suficientes votos para desestabilizar el centro histórico del poder olímpico. La

<sup>3</sup> Las guerras de zapatos siguen hoy: Nike, que está en el centro de la familia olímpica por encima de Adidas, mostró en Tokio 2020 el poder de su nueva zapatilla, la primera en correr una maratón debajo de dos horas y que, dicen los expertos, otorga una ventaja de 4% a los atletas que corren con ellas.

campaña de Samaranch también la apoyaría la Unión Soviética, cuyos Juegos de Moscú habían sido empujados por Dassler: curiosa alianza, teniendo en cuenta que Samaranch, acérrimo franquista, había pasado casi toda su vida persiguiendo comunistas. “Manipulando de forma astuta a aquellos que precisaban de asistencia deportiva, Dassler creó la estructura del actual mundo del deporte internacional dominado por los negocios. En el proceso, convirtió a Adidas e ISL en dos de las más influyentes instituciones deportivas del mundo” (Simons-Jennings, 1992, p. 22).

La idea de Dassler era simple: menos publicidades, pero más exclusivas, y a nivel global. Un puñado de marcas pagaría elevadas sumas de dinero para, durante cuatro años, tener el derecho de utilizar los emblemas olímpicos, y ese halo de pureza, en sus productos. Por supuesto, ya existían las empresas multinacionales, pero no eran como las conocemos hoy: la mayoría tenía descentralizadas sus diversas sedes, por lo que para conseguir que Coca-Cola pagara por los derechos globales, había que hablar con las cabezas de cada sede internacional de la marca.

Eso mismo hizo Dassler para la FIFA: el empresario recordaría tiempo después que la movida le llevó años y que la última reunión fue particularmente acalorada, aunque finalmente la empresa de gaseosas decidió sumarse al proyecto. Dassler se pasearía por Montreal 1976 mostrando ese logro a las federaciones olímpicas del mundo, convenciéndolas así de ceder sus derechos a comerciar con los emblemas olímpicos al COI, para poder comenzar así el TOP, el Programa Mundial de Patrocinio de los Socios Olímpicos, según el cual un grupo exclusivo de marcas desembolsaría millones de dólares por los derechos de *marketing* del olimpismo. Encargado de conseguir a esos socios estaría, nombrado por Samaranch (electo tras Moscú), Dassler y su compañía de *marketing* global ISL, International Sports and Leisure.

La cesión de los derechos de las federaciones nacionales al COI (ese dinero tampoco lo aportó Dassler, sino las marcas, y si este sistema les parece espurio, es porque lo era: el movimiento de dineros y el flujo de sobornos terminó causando el escandaloso cierre de la mencionada ISL) implicó para el Comité la recuperación de otro aspecto que Brundage había brindado a las organizaciones locales para evitar “comercializar” sus queridos Juegos, profundizando su conversión de organización no gubernamental a una gran empresa global. Aunque, claro, nunca de forma oficial: el Olimpismo se sigue considerando una asociación sin fines de lucro (con las correspondientes exenciones impositivas que ello implica).

## 4.5. Nos vemos en Disney

El movimiento acompañó así el proceso de globalización y políticas neoliberales que comenzaba a extenderse en el mundo occidental, con las políticas de Reagan y Thatcher (en Argentina, impulsadas por el gobierno militar) dominando los programas económicos internacionales mientras el polo soviético comenzaba a resquebrajarse, camino a un futuro dominado por el capitalismo. Las políticas neoliberales incluían achicar los gastos del Estado, y las federaciones nacionales en casi todo el mundo occidental no pudieron evitar perder fondos, motivo por el cual se

volvieron durante los '80 más dependientes del dinero privado: tanto Dassler como las corporaciones ganaban poder en el movimiento olímpico. La televisión llegaría incluso a dictar cambios en las reglas de los deportes (todavía presiona hoy) y los *sponsors* del TOP exigirían que los estadios, antes fuente de ingreso para el comité organizador mediante las publicidades, limpiaran toda marca para que el mundo olímpico fuera dominado completamente por sus logotipos.

“Bajo el mandato de Samaranch comenzó una nueva etapa en la historia del olimpismo: la de la transformación del COI en una gran empresa global. Tras el batacazo económico de Montreal '76 y Moscú '80, Samaranch dio el paso decisivo para revolucionar la financiación de los Juegos y convertirlos en un negocio muy lucrativo”, dice sobre esta nueva era que nacía el historiador olímpico Goldblatt (2016, p. 312).

“Los cinco anillos son hoy uno de los más codiciados *commodities*. Hace un cuarto de siglo tenían un valor mucho más raro: no podían comprarse. Brundage lanzaba comunicados constantes desde Lausana negando a los competidores y las federaciones el derecho a llevar logos comerciales en su ropa. Hasta erigió la Comisión para la Protección de los Emblemas Olímpicos, para evitar que los anillos sean explotados por los auspiciantes. Samaranch lo reemplazó por la Comisión para Nuevas Fuentes de Financiamiento, que se encarga de vender el emblema al precio más alto que el mercado ofrezca” (Simson-Jennings, 1992, p. 100).

Al frente de ese programa, creado en 1982, estaba, claro, Dassler y su ISL, que crearía el TOP después de los Juegos de Los Ángeles 1984: en su primera intervención aportaría 100 millones de dólares al esfuerzo olímpico.

Los Ángeles ya estaba en pleno proceso de organización cuando Samaranch trajo a bordo, de forma oficial, a Dassler, pero, obedeciendo al espíritu de la época, su comité organizador estaba siguiendo ideas similares a la cabeza de Adidas: dirigidos por Peter Ueberroth, los Juegos de 1984 se organizaban siguiendo las leyes neoliberales que ya decretaba en Estados Unidos Ronald Reagan. La privatización se imponía, y el empresario y lobista dirigiría los esfuerzos para acercar corporaciones a los Juegos.

“No quiero que mis impuestos se gasten en Los Ángeles como se gastaron en Montreal”, disparaba entonces Ueberroth: prometió unas Olimpiadas austeras, haciendo uso de las estructuras existentes; impulsó impuestos olímpicos que brindaron a la ciudad 19 millones de dólares; impulsó el acuerdo récord con la tevé estadounidense, que ascendió a 225 millones de dólares. Había una convicción ideológica detrás de los esfuerzos: Estados Unidos quería mostrar los beneficios de una economía de libre mercado como la que bregaban por imponer al mundo. Los Juegos se apoyaron en los subsidios y servicios públicos (transporte, comunicación, seguridad) y también se aprovecharon de esa tropa de “voluntarios” que son el combustible de todo Juego; pero también consiguió una ganancia de más de 200 millones

de dólares (la mayoría, claro, fue para los privados, no para la ciudad, pero el Comité Olímpico de Estados Unidos se llevó un 40%, cumpliendo con la idea de que esos millones de la publicidad terminaban derramando en el deporte).

Los Ángeles fue el último Juego en conseguir ganancias. Un evento festivo, un evento espectacular y grandilocuente a-lo-Estados- Unidos, empujado por las nuevas tecnologías, y montado sobre el dinero privado: fue un momento clave en el que los Juegos Olímpicos se introdujeron en su camino a la *disneyificación*, según estimaría el sociólogo deportivo Alan Tomlinson: un entretenimiento gigantesco, *sponsoreado* por las principales corporaciones mundiales y vendido a todo el mundo, lo cual precisaba de una higienización y homogeneización de la “marca olímpica”. Desde ese momento, la impronta personal que había tenido cada Juego desaparecería: las Olimpiadas se transformarían en “no-lugares”, distintos entre sí como son distintos los aeropuertos en cada país, con sus mascotas infantilizadas para vender peluches y sus diseños, aque- llos preciosos diseños olímpicos, homogeneizados, forzados a perder su personalidad hacia una estética “moderna” y aséptica. Samaranch, Los Ángeles y Dassler habían abierto las puertas del libre mercado en los Juegos.

La arquitectura futura de los Juegos se asentó en aquellos años: los *sponsors* y la tevé ponen el dinero grande, lo que les daría el derecho de comenzar a pedir cambios de reglas para un deporte más atractivo y televisable; la organización corre en gran medida a cargo del dinero público, que apenas se beneficia de los tratos de *sponsoreo*. Vendiendo los anillos, susurraba Dassler al oído de los dirigentes, a la hora de organizar los Juegos, el Comité Olímpico no pone dinero. Solo lo recibe.

## 4.6. El final de la Guerra Fría

Los Ángeles serían los Juegos de Carl Lewis y sus cuatro oros que igualaron la marca de Jesse Owens. También fueron, claro, el escenario del otro gran boicot olímpico: el de la venganza del bloque soviético. El relato aceptado es que la URSS no tenía demasiadas intenciones de viajar a Estados Unidos luego de que la delegación norteamericana boicoteara los Juegos de Moscú, aunque la historia profunda es bastante más compleja: el mando soviético, en momentos de una crisis profunda que desembocaría en el quiebre de la Unión, probablemente no deseara medir fuerzas deportivas con sus rivales políticos de visitante. Pero el boicot soviético comenzó, en realidad, con un intento de manifestantes estadounidenses de prohibir la llegada del equipo rojo.

Es que un año antes del evento, los soviéticos derribaron un vuelo comercial de Corea del Sur que sobrevolaba su espacio aéreo, matando a cientos de civiles. La protesta en Los Ángeles fue una manifestación menor, pero instaba a los atletas rusos a desertar, y el politburó escuchó con temor las amenazas y bajó a todo el bloque, excepto la rebelde Rumania de Nicolae Ceaușescu. Así, sobre el campo de batalla simbólico del deporte, la Guerra Fría

estaba más gélida que nunca, con ocho años sin enfrentamientos entre las principales potencias en la arena olímpica.

Y podrían haber sido doce: en medio de problemas diplomáticos con las Coreas, los soviéticos amenazaron con no viajar a Seúl 1988, pero el COI y Samaranch tomaron las riendas y forzaron a los países miembros del Comité Olímpico Internacional a participar o hacerse cargo de los costos de cualquier boicot, una estrategia que también protegía al principal accionista, la televisión, tras la debacle de Moscú 1980. Además, el Comité enviaría las famosas invitaciones, que antes mandaba cada Comité Organizador y que había disparado tantas rencillas en el pasado. Corea del Norte faltó a los Juegos y algunos se aliaron en solidaridad, pero fueron ausencias mínimas: participaron un récord de 159 naciones, y desde entonces ya nadie organizó un boicot masivo a los Juegos.

Se trató de una prueba más del triunfo del modelo comercial y neoliberal en los Juegos: todas las naciones estarían unidas por el deporte como lo estarían en el mercado apenas tres años después, con la caída de la Unión Soviética. Pero para que el mercado se instale dentro del deporte, claro, había que derribar una barrera más: Samaranch eliminó de la Carta Olímpica apenas asumió, en 1981, el precepto que obligaba a los atletas a ser amateur y, desde ese momento, comenzó el paulatino ingreso del profesionalismo: Seúl 1988 sería el primer Juego con algunos deportistas pagos, aunque debían ser menores de 23 años y de un puñado de deportes como el tenis y el fútbol, que ya tenían una larga historia como deportes profesionales, lo que hacía compleja la búsqueda de atletas para el evento olímpico. Barcelona 1992 sería el primer evento con todos los profesionales a bordo, incluido el histórico desembarco de los jugadores de la NBA.

Seúl, eternamente recordada por ser sede de “la carrera más sucia de la historia” (los 100 metros en los que el canadiense Ben Johnson venció a Carl Lewis, en la que la mayoría de los corredores volaba bajo la influencia de sustancias prohibidas –parece que no solo en el Bloque Oriental se dopaban...–) fue también el primer Juego del TOP que recaudó más de 100 millones de dólares para los esfuerzos olímpicos, que se sumaron a los 400 de la televisión: el comité que negociaba los derechos de tevé, poblado de burócratas militares del régimen coreano, soñó con conseguir 1.000 millones, y casi hace caer los Juegos. Intervendría Samaranch, que colocaría a su propio hombre para alcanzar un acuerdo con la pantalla chica.

Claro que todo ese dinero no fue para la construcción de recintos deportivos y demás infraestructura: eso seguía siendo responsabilidad del Comité Organizador en alianza con el dinero público.

“El modelo de financiamiento de Seúl fue una aproximación a la forma futura de los Juegos mucho más cercana que Los Ángeles: la gran mayoría del capital para los grandes proyectos que comenzarían a ser parte integral de los Juegos –en el caso de Corea, la casi total reconstrucción de Seúl–, sería pagada gracias al bolsillo público” (Goldblatt, 2016, p. 291).

El Comité Olímpico embolsaba el dinero del TOP y lo derramaba a los comités nacionales y federaciones internacionales, pero la cuenta de cada Juego Olímpico la pagaba la ciudad organizadora. ¿Qué atraía, entonces, a los países organizadores? En el caso de Corea del Sur, como ocurriera con el Mundial '78 en Argentina o con Berlín 1936 y Moscú 1980, la misión del país organizador era mostrarse al mundo. Corea, atravesando un lento proceso de democratización, quería a finales de los '80, con el modelo soviético en reciaída, mostrarse abierto a hacer negocios con el mundo. Como varios de los Juegos nombrados, y otros como México 1968 o Roma 1960, las sedes pretendían mostrar el orden “restaurado” en esos países de recientes turbulencias para atraer a posibles inversores: en Corea, como en tantos países, ese orden fue conseguido en base a gas lacrimógeno, balas de goma y persecución política.

## Referencias

- Besnier,N.; Brownell, S.; Carter, T. F. (2018). *Antropología del deporte: emociones, poder y negocios en el mundo contemporáneo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Boykoff, J. (2016). *Juegos de Poder. Historia política de los Juegos Olímpicos*. Nueva York: Verso Books.
- Corriente, F.; Montero, J. (2011). *Citius, altius, fortius. El libro negro del deporte*. La Rioja: Peperitas de calabaza.
- Goldblatt, D. (2016). *Los Juegos. Una historia global de las Olimpiadas*. Nueva York: Norton.
- Hunt, T. M. (2011). *Drug Games*. Texas: Universidad de Texas.
- Pound, R. (2006). *Dentro de los Juegos Olímpicos*. Nueva York: Wiley.
- Simson, V., Jennings, A. (1992). *Los Señores de los Anillos*. Barcelona: Norma.

# CAPÍTULO 5

## Un mundo nuevo

### 5.1. Historias desde el fin de la historia

“La expansión del deporte en el siglo XIX no fue meramente coincidente con la expansión del capitalismo, sino que fue una parte integral de esa expansión, no sólo en términos de organización económica, sino en términos de significado ideológico”, escribió el historiador Tony Collins en “Deporte y la sociedad capitalista” (2003, p. 13). ¿Qué pasaría entonces tras la caída de la Unión Soviética, que marcaba el final de la Guerra Fría y el virtual triunfo del modelo capitalista de vida sobre otras posibilidades?

El teórico Francis Fukuyama señalaba por ese entonces el fin de la historia: si la historia estaba hecha de conflictos, la caída del bloque soviético señalaba la comunión final bajo una bandera, la del mercado. Con su marca global y su estructura transnacional, los Juegos Olímpicos parecían haber estado construidos para la ocasión, y así se comportaron durante el fin del siglo XX y el principio de nuestro siglo, impulsando la comercialización de las Olimpiadas y su marca global a nuevas fronteras e instaurando un festival de corporaciones, negocios y corrupción bajo la bandera de la desregulación de las actividades financieras que capturaba la imaginación del mundo tras la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Para Fukuyama el fin de la historia significa el fin de las guerras y las revoluciones sangrientas: los hombres satisfarían sus necesidades a través de la actividad económica sin tener que arriesgar sus vidas en ese tipo de batallas. Su postulado sería largamente criticado, y desmentido por un siglo XXI poblado de conflictos, levantamientos y la crisis del supuesto “modelo final”: de la misma forma en que ese final de la historia escondía mil conflictos, los Juegos del fin de la historia también contaron mil historias. Todas, a través de una televisión que terminaría de convertirse en la gran aliada de los grandes espectáculos deportivos en aquella década del ‘90.

“Hasta la década del 80, los canales de televisión de la mayoría de los países se hallaban bajo el control del Estado. El punto de inflexión se produjo en el contexto del giro mundial hacia el neoliberalismo (...) En un país tras otro, los gobiernos dejaron de monopolizar la propiedad de los canales de televisión y abrieron el mercado al capital privado, que comenzó a desempeñar un rol cada vez más importante en los deportes. La competencia feroz que siguió entre los

canales de propiedad privada (...) dio origen a un aumento sideral en las cifras que los canales estaban dispuestos a pagar para transmitir los eventos deportivos más importantes" (Besnier, Brownell, Carter, 2018, p. 249)

El primer Juego de esa nueva era fue Barcelona '92, el sueño de Juan Antonio Samaranch, que llevaba los Juegos a su pueblo. Con gran astucia, el día de la votación, hizo elegir primero la sede de los Juegos de Invierno, en los cuales ganó Albertville: la elección de la localidad francesa dejaba virtualmente fuera de competencia a París, la gran rival de Barcelona para los Juegos de Verano.

Barcelona fue el primer Juego Olímpico tras la disolución del bloque soviético, la primera Olimpiada del nuevo mundo: la batalla gélida entre las potencias había terminado y los Juegos solidificaban en la ciudad catalana su nueva fisonomía, una cara sonriente y festiva donde no había lugar para el conflicto: incluso cuando habría protestas en las siguientes ediciones, sonoras, como la de Cathy Freeman en Sídney 2000, no serían desestabilizantes, sino parte del show. De todos modos, y aunque buena parte del deporte del siglo XXI abraza ahora el activismo como una herramienta de *marketing*, el COI sigue en el presente sosteniendo su postura de neutralidad política y prohíbe las manifestaciones políticas en el escenario olímpico; para los Juegos de Tokio, flexibilizó un poco las reglas, pero dejó fuera de los podios las celebraciones activistas.

La Regla 50 es la que regula las manifestaciones políticas en los Juegos Olímpicos: con un mundo en llamas por una crisis sanitaria que exacerbó el enojo de los desposeídos, camino a Tokio los movimientos sociales recibieron un importante impulso que estalló en el deporte. En cuestión de meses, Brasil amagó un boicot contra la Copa América 2021, los jugadores de fútbol se arrodillaron antes de cada partido de la Euro 2021, donde algunos capitanes lucieron brazaletes arcoiris para protestar por el retroceso en materia de derechos LGBTQI+ en algunos países europeos, mientras del otro lado del mundo la violencia policial contra los negros en Estados Unidos encendía protestas multitudinarias y conseguía incluso frenar a la NBA. El paro de septiembre de 2020 del básquet se volcó a otros deportes, incluido el tenis, donde Naomi Osaka consiguió frenar el Masters 1000 de Cincinnati. "Antes que deportista, soy una mujer negra, y ver el continuo genocidio de personas negras a manos de la policía me enferma el estómago", lanzó.

Atónito, Trump alcanzó a mostrar la hilacha: "La NBA", protestó, "se ha convertido en una organización política". Es la idea del establishment: jueguen y cállense. Pero hoy, mucho más que en el pasado, los atletas pueden jugar y hablar: las redes sociales han habilitado ese movimiento sísmico en la estructura deportiva. Hoy las estrellas no dependen del deporte: son íconos globales que exceden lo deportivo. Messi, Cristiano, LeBron son mucho más que las marcas COI, FIFA, UEFA, Conmebol. El dinero los sigue a ellos. Incluso marcas como Nike han cambiado su estrategia de marketing, desechando atletas de la vieja escuela por jóvenes con fuertes opiniones: uno quizás no haya visto nunca un partido de fútbol americano, pero conoce el rostro de Colin Kaepernick, que en 2016 se arrodilló durante el himno en un encuentro para protestar por la desigualdad racial. Fue expulsado de la NFL, pero Nike lo hizo el eje de su nueva campaña de publicidad.

En ese contexto, el COI se encontraba en una encrucijada: no quería perder el control de su evento, pero tampoco podía ser ciego a la creciente pulsión de los atletas de utilizar su voz; necesitaba sostener esa neutralidad que lo hacía global, pero no quería quedar de espaldas a la apetecible audiencia joven. No querían que los Juegos se conviertan en un “mercado de manifestaciones”, como tiró el presidente del COI Thomas Bach, pero tampoco volverse obsoletos.

Entonces, en Lausana se dispusieron a revisar la Regla 50, avisando que la legislación “no quiere silenciar a los atletas, sino mantener la neutralidad política de los Juegos Olímpicos”. Así fue que, un hecho inédito, el COI escuchó a los atletas, al menos de forma performática: durante 11 meses, la Comisión de Atletas del COI realizó encuestas a unos 3.500 deportistas para determinar qué hacer con la Regla. ¿Está bien protestar en el podio olímpico?, les preguntaron. El 70% respondió que no, y la Comisión pidió entonces que la Regla se sostuviera, con algunas modificaciones y recomendaciones: la regla revisada indica que los atletas podían expresar sus opiniones, pero no en la Villa Olímpica, los podios o cualquier ceremonia oficial. Los lugares designados para protestar son las conferencias de prensa, las redes sociales, las reuniones de equipo. La Regla también establece ahora lo que es inaceptable, e incluye el uso de brazaletes y gestos como arrodillarse o elevar el puño.<sup>4</sup>

Con esta fantasía de Juegos sin política, los Juegos siguen abrazando así el credo del fin de la historia, mostrando su felicidad *disneyzada* para el consumo vía satélite de las familias de todo el mundo: Barcelona, como los Juegos que seguirían, hizo énfasis en el espectáculo antes que en el deporte, ayudado por el hecho de que fueron los primeros Juegos sin restricción alguna para los profesionales, lo que permitió el desembarco de varios íconos globales, marcas caminantes, como las estrellas del *Dream Team*.

Era la culminación de un largo proceso de flexibilización que iba de la mano con volver más imponente el espectáculo y permitir una mayor participación en la familia olímpica del sponsoreo: el *Dream Team* coronaba la profesionalización de las Olimpiadas con gran éxito, deslumbrando al mundo entero con su magia y consiguiendo la medalla dorada. En la ceremonia, seis jugadores se cubrieron la marca que auspiciaba al equipo, Reebok, con una bandera norteamericana, porque eran atletas de Nike (la escena puede verse en “The Last Dance”, la serie sobre los Bulls de Jordan).

Nike, que por ese entonces cumplía recién un cuarto de siglo, ganaría terreno lentamente en la familia olímpica, donde ya estaba establecida desde los albores del evento Coca-Cola: el sponsor primigenio quería, cuatro años después de Barcelona, llevar los Juegos a su ciudad, Atlanta, y su lobby y su billetera surtieron efecto. La ciudad estadounidense sería elegida sede de las Olimpiadas de 1996, desplazando a Atenas, la lógica elección porque, claro, se cumplían cien años del primer Juego Olímpico.

La efeméride no importó: Coca-Cola aportó millones al comité organizador (el evento terminaría convirtiéndose en un festival de *marketing* de la bebida: nada es gratis), deslizó algunos *billeteros* (primeras señales de la fiesta de sobornos y corrupción que llegaría dos años más tarde,

<sup>4</sup> La regla actualizada puede consultarse en: <https://olympics.com/athlete365/es/expresion-del-atleta-norma-50/>

también impulsada por Estados Unidos, erigida tras el escándalo de Sochi 2014 –curiosamente– en la policía del mundo) y hasta consiguió cambiar algunas legislaciones para lubricar el desembarco olímpico.

“Coca-Cola retorció los brazos de la política cuando hizo falta, detrás de escena, para conseguir excepciones. Los Juegos se apodaron, rápidamente, de las Olimpiadas de Coca-Cola” (Boykoff, 2016, p. 142). Con el dinero de Coca-Cola y privilegiando, como hiciera Los Ángeles 1984, el influjo de dinero privado para financiar el evento (aunque, como siempre, el costo de las operaciones recayó en el Estado, particularmente en cuanto a gastos de seguridad e infraestructuras necesarias para el desembarco de miles de atletas, periodistas y turistas), Atlanta fue escenario de otro gran espectáculo norteamericano, similar al que quizá algunos alumnos recuerden del Mundial 1994: estridencia, espectacularidad, mucho color y muchísimas marcas vendiendo a todo momento. *Disneyficación* pura, completada con una mascota de estética animada: Whatizit, alias Izzy, un personaje antropomórfico de color azul, realizado con animación por computadora, que puede transformarse en diferentes formas.

## 5.2. Ecologismo y transparencia

Cuatro años más tarde llegaría Sídney 2000, aunque, en medio, hubo varios eventos que definieron el ecosistema olímpico: emergió la evidencia del desastre ecológico que habían significado los Juegos de Albertville '92, y también evidencias de sobornos en torno de la elección de Atlanta como sede de 1996, primero, y de Salt Lake City, que sería sede de los Juegos de Invierno de 2002, después.

El COI, que para entonces era ya una multinacional cuyo valor no era el deportivo sino el de vender un espectáculo imbuido de ciertos valores a las marcas que quisieran adoptar como propia el aura de los Juegos, necesitaba limpiar su imagen. Así fue que, camino a Sídney 2000, el movimiento olímpico abrazó la retórica ecologista: en 1995 agregaron una regla a la Carta Olímpica que dictaba que “los Juegos se realizarán en condiciones que demuestren una responsable preocupación por el medio ambiente” (Comité Olímpico Internacional, 1995, p. 13). Cuatro años después, lanzaron un programa que prometía que sus Socios (los sponsors miembros del TOP) integrarían el desarrollo sustentable en sus políticas y actividades.

Eran apenas declaraciones para barnizar la marca olímpica. Auspiciaba el lavado de cara ecologista Shell, uno de los socios del TOP, por lo que no extraña que Sídney, que dejó una deuda a los contribuyentes de 1.700 millones de dólares, obviara las protestas de cientos de activistas y decidiera construir un estadio para diez mil personas en Bondi Beach, considerada por los australianos como “la playa más hermosa del mundo”, un hermoso y natural frente de arena que ahora sería atacado, durante los Juegos “más verdes de la historia”, por decenas de miles de ruidosos turistas que llegarían con sus desechos de plástico para ver un poco de *beach volleyball*. Es que mandaba la tevé: la NBC, el canal estadounidense que quería el fondo paradisíaco de la sede para su transmisión y había pagado 600 millones por los derechos. Bondi Beach fue

sede del vóley playa. Respecto de esta nueva retórica “eco” del COI, escribe Boykoff: “A menudo, el discurso de la sustentabilidad es un velo embellecido que oculta la rapacidad incesante del capitalismo. La recién descubierta narrativa verde del Movimiento Olímpico se parece más a marcar una casilla eco que a ambientalismo consecuente” (2016, p. 147).

En la misma línea, los de Sídney fueron los primeros Juegos bajo el gobierno de AMA, la Asociación Mundial Antidopaje que entró en funcionamiento en 1999: el escándalo de Seúl ‘88, con Ben Johnson a la cabeza y todo tipo de versiones sobre lo que allí aconteció, impulsó a una década de debates sobre cómo enfrentar el problema del dopaje. El COI había instaurado los tests a mediados de los ‘60, pero delegaba la responsabilidad a las federaciones y gobiernos locales, afirmando, en los días austeros de Avery Brundage, que nada podía hacer con sus recursos sin la voluntad del mundo, y el mundo no tenía demasiados deseos, en aquellos días donde el campo de deporte era un campo de batalla, de permitir el ingreso de un privado a controlar a sus ciudadanos. Nada se hizo durante décadas, pero Seúl cambió todo, y el COI impulsó la creación de una organización independiente con la capacidad de operar en todos los países miembros del Olimpismo. Como se hizo evidente con la revelación del dopaje de Estado en Rusia que derivó en la suspensión del país de los Juegos de 2016, la AMA es todavía un organismo limitado por las voluntades de los Estados de colaborar.

No solo la vergüenza impulsó al COI a cambiar su política anti-dopaje: también, cambiaba el mundo y el Comité eligió ponerse al día.

“La resistencia ejercida por el sistema político internacional contra los esfuerzos anti-doping comenzó a ceder hacia fines de la Guerra Fría. El estatus en el orden emergente mundial derivaba ahora de la reputación de justicia y responsabilidad. Las autoridades nacionales comenzaron a tomar un rol más directo para combatir las sustancias que mejoran el rendimiento en el deporte internacional” (Hunt, 2011, p. 4).

En el nuevo mundo, la “transparencia” era un bien preciado, y estaba en boca de todos los políticos del orden mundial neoliberal: la apertura de los mercados mundiales se oponía a las fronteras cerradas que sostenían secretos y violaciones a los derechos humanos. El triunfo del libre mercado era el triunfo de un sistema de valores más democrático. Ecologismo y transparencia: palabras que figuran en cualquier manual de comportamiento corporativo en este siglo XXI.

Entonces como ahora, bajo la máscara de la “transparencia” y el “greenwashing”, el COI, en un reino sin fronteras ni regulaciones, continuaba operando todo tipo de negocios. De hecho, aquella fue la era más escandalosa para el Comité Olímpico Internacional, un tiempo que comenzó con las revelaciones de que Salt Lake había comprado por al menos 3 millones de dólares en numerosos sobornos (eso es lo que encontraron) la posibilidad de ser sede de los Juegos de Invierno en 2002 (un par de despidos simbólicos más tarde, Salt Lake igual fue sede). Quedaba claro que, tras el éxito económico de los Juegos de Barcelona, que desarrollaremos más abajo, todos soñaban con reinventar sus ciudades gracias a los Juegos Olímpicos, y gracias a este COI de Samaranch, generoso para los inversores, todos olfateaban las oportunidades económicas

que traían las Olimpiadas: esa puesta en valor del evento daba al COI mucho poder para exigir a las ciudades condiciones estrañamente favorables. Las ciudades, desesperadas, inflarían sus propuestas y los Juegos se volverían, en los siguientes años, faraónicos.

El aumento en los costos de ser sede, que recaía sobre los municipios que debían *aggiornar* sus rutas, su hotelería, sus accesos y sus hospitales para poder acceder a un Juego Olímpico, volvió rápidamente no sustentables las Olimpiadas: si el negocio de ser sede siempre había sido dudoso, a medida que avanzaba el siglo XXI parecía evidente que los eventos eran financiados por el bolsillo público en su mayoría, y que los negocios los hacían los privados.

Entonces, el discurso ecológico y otras palabras mágicas hicieron su ingreso con fuerza en el léxico del Comité Olímpico:

“Se volvía cada vez más obvio, incluso para el COI, que los argumentos de rutina sobre los beneficios económicos de los Juegos que impulsaba la realeza global de las empresas consultoras de gestión no podían sostenerse. Cada investigación racional del tema demostraba que las ganancias netas de ser sede, en términos de inversiones, crecimiento, empleo, sueldos y turismo, iban de lo minúsculo a lo negativo. Así, el movimiento olímpico comenzó a recostarse sobre otros argumentos: en particular, las mejoras ambientales que llegaban con ser sede, y los legados deportivos y sociales que dejaban los Juegos” (Goldblatt, 2016, p. 383).

Del legado ambiental ya hemos hablado en el caso de Sidney. En cuanto al legado social, ya mencionamos cómo Tokio marcó una tendencia olímpica: la infraestructura construida a menudo implicó un aumento del costo de vida en las regiones renovadas y una importante especulación financiera que marginó a la parte menos adinerada de la ciudad. En cuanto al legado deportivo, casos desastrosos como el de Atenas 2004 que se avecinaba, demuestran que se construye y luego se abandona: los costos para mantener esas estructuras son elevados, y el uso que se les da es a menudo ínfimo, sobre todo en países sin tanta cultura deportiva. Daño colateral de todo megaevento, el COI también ha incluido en su Carta Olímpica en los últimos años la necesidad de organizar Juegos ambientalmente y financieramente sustentables, también una condición para las ciudades organizadoras que construyen ahora estadios desmontables y camas de cartón.

### **5.3. Elefantes blancos y gentrificación**

La “sustentabilidad” apareció con Sídney en el horizonte de la narrativa olímpica, frente a las crecientes acusaciones de “gigantismo”: todos los aspirantes a ser sede olímpica decían ser sustentables, presentando propuestas con una expectativa de costos ínfimos que luego se convertía en un fastuoso gasto real, a menudo pagado con el dinero de los impuestos de los ciudadanos. Y Atenas 2004 fue, sin duda, el más grande ejemplo de esta tendencia: a pesar de encontrarse ya económicamente inestable, gastó 15 mil millones de dólares para construir una manada de

elefantes blancos, estadios gigantescos sin ninguna perspectiva de uso futuro que plagan hoy el paisaje de la ciudad. Nueve mil de esos millones los pagaron las arcas estatales; los Juegos perdieron unos 14 mil millones de dólares: el costo de organizar el evento ha sido citado como un factor mayoritario en la crisis política y económica que atravesaría tres años después Grecia. Como no podía ser de otra forma, 21 de los 22 recintos construidos para la ocasión están hoy abandonados y en ruinas.

Eso no impidió que cuatro años más tarde Beijing invirtiera alrededor de 40 mil millones para organizar los Juegos de 2008: las Olimpiadas debían ser la culminación de un proceso de apertura de China al mundo (al mercado), por lo que no debían escatimarse gastos en mostrar el rostro feliz y globalizado de un país abierto para negocios. La llegada de los Juegos al enclaustrado país asiático parecía simbolizar la caída de toda frontera mundial.

“La marcha de 204 equipos nacionales en el estadio durante la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Beijing 2008 marcó el momento en que el sistema mundial de Estados nacionales (...) llegó a su culminación lógica. Por primera vez en la historia, cada milímetro habitado del planeta había sido asignado a la jurisdicción de un comité olímpico nacional. Aunque había algunas entidades que reclamaban ser reconocidas como países a los propósitos olímpicos habían confabulado para tener su propia representación separada (...) De allí en adelante, la aparición de nuevas delegaciones sólo podría resultar de la escisión de jurisdicciones de comités olímpicos previamente unificados” (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 275).

Así, por haberse desarrollado a la par del nacionalismo moderno durante más de un siglo, los Juegos Olímpicos se habían convertido en el mayor escenario público para anunciar la existencia de un país a una audiencia mundial: o, como explicaba John MacAllon, “para ser una nación reconocida por otras y ser real para sí mismo, un pueblo debe marchar en el desfile de la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos” (1991, p. 42).

Y China, como Moscú en 1980, no tenía problemas debido a su sistema político autoritario para acceder a los fondos públicos, implicara lo que implicara para su población: todo debía lucir perfecto. Eso implicó no solo faraónicas construcciones, sino incluso enviar a una niña que representaba la belleza hegemónica a hacer de cuenta que cantaba en la ceremonia inaugural, mientras detrás de escena prestaba su preciosa voz al esfuerzo nacional una niña menos hegemónica. Aquella ceremonia incluyó también fuegos artificiales falsos para la transmisión televisiva.

Pero esto es apenas un poco de maquillaje, inocuo frente a otras medidas que el gobierno oriental tomó para mostrar una China “derecha y humana”. “Confiamos en que con los Juegos visitando China no solo se promoverá la economía, sino que mejorará la situación de todos los sectores sociales, incluyendo educación, salud y derechos humanos”, lanzaba Wang Wei, oficial del comité organizador (Jefferson Lenskyj, 2020, p. 41). Nada de eso ocurrió: al contrario, el gobierno reprimió violentamente toda protesta y aprovechó los Juegos, la algarabía y el supuesto

peligro de ataques terroristas para gastar 6 mil millones en un circuito de vigilancia y en dar más poder a su aparato represivo.

“Las autoridades se cebaron con las minorías tibetana y uigur. Unos meses antes del comienzo de las Olimpiadas, y mientras se reprimía brutalmente las protestas conmemorativas del fallido levantamiento tibetano de 1959, se cerraron decenas de restaurantes musulmanes en Beijing”, describen Corriente y Montero (2011, p. 339). Desde 2008, diversas investigaciones han demostrado que fueron desatinadas las predicciones de que los Juegos servirían para acelerar la democratización china, como la realizada por el miembro etíope del COI Fékrou Kidané, que apelando a la mística de los Juegos anticipó que “China evolucionará en la dirección correcta gracias a los Juegos” porque “el ideal olímpico, unificador por esencia, puede hacer la diferencia y servir para construir un mundo más pacífico” (Kidané, 2001, p. 45).

Kidané acertó más cuando afirmó que, antes que los derechos humanos, “el principal tema de conversación era el mercado que se abre para las multinacionales. La ética y la moral no se citan en la Bolsa” (2000, p. 46). Y así fue que ningún agente internacional dijo o hizo nada, porque los Juegos representaban la posibilidad de llevar sus productos al poderoso mercado chino: algunas empresas estadounidenses tuvieron problemas porque una ley de su país prohibía exportar tecnología a China para sus fuerzas de seguridad, luego de la masacre de la plaza Tiananmen, pero le encontraron la vuelta gracias a algún vericuento legal. Las corporaciones de todo el mundo se hicieron un festín con los miles de dólares que el gobierno chino estaba dispuesto a gastar en seguridad y fuerza de choque: el capitalismo vencía a la geopolítica y parecía darle la razón a Fukuyama.

Claro que estas historias eran difíciles de contar porque el gobierno chino vigilaba celosamente lo que se escribía en los medios, e incluso entregaba a cada periodista que ingresaba al país un folleto con “sugerencias” sobre los temas que convenía, y que no convenía, tratar en sus reportes. En 2008, China figuraba en el puesto 167, sobre 173 países, en el ranking de libertad de prensa elaborado por Reporteros Sin Fronteras; hoy, lejos de haber mejorado gracias a la apertura que promovieron los Juegos Olímpicos, es el país número 175 de 180.

Los Juegos de Beijing “se celebraron en un país presidido por una casta política armada hasta los dientes contra su propia población y que ha aprovechado la ocasión que se brindaba para probar nuevas leyes y poner a prueba nuevos mecanismos y tecnologías de control social” (Corriente-Montero, 2011, p. 344). El atentado ocurrido en Atlanta 96 y la amenaza del terrorismo internacional tras la caída de las Torres Gemelas en 2001 profundizaron la paranoia e impulsaron el crecimiento del negocio de la seguridad en los países organizadores.

También aprovecharon las autoridades chinas para lanzarse a otro lucrativo mercado: el de la especulación inmobiliaria. Con la excusa de los Juegos, el gobierno chino desplazó a millones de personas de sus hogares para construir sus faraónicas estructuras, en tierras que, como en Barcelona, triplicaban su valor, corriendo de hecho a quienes quedaran todavía allí. “Para cumplir los objetivos, las autoridades municipales no dudaron en destruir barrios enteros ni expulsar a los residentes del centro de la ciudad en el marco de un proceso de urbanización salvaje en el que los *bulldozer* arrasaron gran parte de los 4.500 quinientos *hutongs* (callejuelas en las que las

viviendas dan paso a un patio cuadrado) que conformaban el casco antiguo de Beijing y que fueron construidas en los alrededores de la Ciudad Prohibida durante las dinastías Yuan, Ming y Qing" (Corriente-Montero, 2011, p. 340).

Así, mientras el gobierno chino intensificaba el acoso político a las minorías y el control social sobre el conjunto de la población, la organización Beijing se esforzaba por poner a punto la imagen de una ciudad limpia y moderna. "Con ese pretexto se invirtieron enormes sumas en la construcción de edificios de diseño como el Estadio Olímpico, el nuevo Teatro Nacional o la sede de la televisión pública CCTV, obras que generaron una enorme especulación inmobiliaria y los siguientes actos de resistencia ante los desalojos" (Corriente-Montero, 2014, p. 340). Este proceso, llamado gentrificación, se había vuelto moneda corriente alrededor de las construcciones olímpicas y las reconstrucciones del espacio urbano que se hacían en cada Juego: en China, los que rechazaban el desalojo eran enviados a los infames "campos de reeducación"; Beijing fue premiada tras los hechos de 2008 con otra Olimpiada: sería sede de los Juegos de Invierno 2022.

"El gobierno dice que los extranjeros politizan las Olimpiadas", decía un vecino de Beijing al Washington Post, en medio de los pedidos internacionales de suspender los Juegos en un país donde los derechos humanos son sistemáticamente violados, "pero a la vez convierten a los Juegos en un tema político: nosotros no creemos que nuestras casas fueron tiradas abajo por las Olimpiadas; la verdadera razón es que quieren hacer dinero".

El proceso de gentrificación es desde Barcelona central en el plan olímpico, uno de los principales beneficios que impulsa a los empresarios de una ciudad a empujar para la realización de un evento olímpico en la esquina de su barrio: a caballo del dinero público, ciertos espacios de una ciudad, abandonados, se reconstruyen con la excusa del evento olímpico, que provoca un aumento de los alquileres o del coste habitacional en estos espacios. Muchos habitantes del barrio son forzados a dejar el lugar por orden municipal; el alza en el nivel del espacio lleva a un alza en los alquileres que provoca el abandono del resto. Los habitantes tradicionales del barrio dejan lugar a una clase acaudalada, y los dueños de aquellos edificios, comprados a precios bajísimos, casi abandonados y que ahora, gracias al dinero público, han sido revalorizados, son los grandes ganadores de la jugada. Jugadores privados, no públicos, que ganan gracias a una inversión de las arcas públicas.

Así, el mito de que Barcelona fue "la gran ganadora" de sus Juegos comienza a resquebrajarse. Pero al día de hoy, de todos modos, Barcelona '92 sigue siendo considerado el modelo ideal de Juego Olímpico, debido a que "los Juegos fueron puestos al servicio de un plan preexistente, en lugar del típico patrón de desarrollar la ciudad al servicio de los Juegos" (Zimbalist, 2016, p. 73). El "modelo Barcelona" implicaba que ciudades emergentes utilizaran los Juegos para recaudar fondos que permitieran terminar procesos de reconstrucción (en Barcelona, la reinvencción había comenzado a mediados de los '70), y, de paso, mostrar esa nueva ciudad al mundo: Barcelona, de hecho, se convirtió durante algunos veranos en la ciudad más visitada de Europa.

Todos quieren todavía copiar el modelo catalán, como prueba que, mientras una sola ciudad estuvo en condiciones de presentarse como sede en 1984, Los Ángeles, una década más tarde ya eran cinco las que optaban para los Juegos de 1996; en el 2000, ocho, y en 2004 fueron once.

El sueño de las sedes de ser la próxima Barcelona dio poder al COI, que se volvió mucho más exigente a la hora de considerar sedes, habilitando la era de las gigantescas construcciones, las coimas y la malversación de fondos públicos que venimos explorando.

Ahora, aunque se reportó una ganancia para la organización y un crecimiento sustentable de la ciudad tras 1992, es difícil, por la naturaleza escurridiza de los balances de las Olimpiadas, los gastos extra-oficiales y las inversiones en infraestructura de la ciudad, saber a ciencia cierta cuánto se gastó. El registro oficial muestra una erogación de 11.500 millones de dólares, con dos tercios del bolsillo público. Teniendo en cuenta la profunda mejora de la infraestructura de la ciudad y el habitual porcentaje de participación privada en las inversiones, que los privados hayan costeado un tercio de los Juegos asoma ideal: claro que a cambio fueron parte de la repartija resultante del mencionado proceso de gentrificación y especulación inmobiliaria, que elevó el costo de vida 250% en las áreas centrales de Barcelona.

Pero más feroz fue la “limpieza social” de Atlanta, cuatro años más tarde: la ciudad arrestó a miles de *homeless* (no se necesita ser la China autoritaria para querer ocultar la pobreza) e incluso “a algunos *homeless* y pobres los enviaban con boletos de ida a Alabama y Florida. La demonización de los pobres de Atlanta de parte de las élites poderosas no comenzó en los Juegos, pero ser sede de las Olimpiadas le dio a la práctica esa adrenalina que necesitaba para convertirse en la prevalente, incluso feroz, política pública principal” (Boykoff, 2016, p. 143).

¿Por qué un pueblo democrático permitiría estos abusos? Aunque siempre hay protestas, Boykoff se refiere a la tendencia del público general a desoír los reportes de abuso y opresión camino a un Juego Olímpico como “capitalismo de celebración”. El académico traza un paralelismo con el “capitalismo de desastre” descrito por Naomi Klein, que implica que cuando un desastre azota la tierra, el contribuyente, el ciudadano de a pie, está dispuesto a delegar sus libertades a quienes prometan soluciones. Y quienes prometen soluciones son sociedades público-privadas que favorecen a las corporaciones mientras generan fuertes cargas en el bolsillo del contribuyente. Boykoff plantea que, camino a un Juego Olímpico, con tal de que el evento se lleve a cabo, los ciudadanos aceptan todo tipo de negociados, restricciones y abusos.

El público, de todos modos, no siempre está tan predisposto. De hecho, los escándalos de dopaje y corrupción que plagaron las presidencias de Samaranch y Jacques Rogge provocaron una pérdida de legitimidad para la impoluta marca olímpica, y un crecimiento en las manifestaciones en contra de los Juegos: Londres 2012 y Río 2016 se realizaron bajo importantes protestas.

En el caso de Río, las quejas eran lógicas. Brasil había ganado la sede, y también la chance de hospedar la Copa del Mundo de la FIFA, durante un período de crecimiento, y estaba, como China, ansiosa por mostrarse como una potencia emergente ante el mundo. Pero aquel período ya había llegado a su fin: Brasil estaba sumida en la recesión más profunda de su historia cuando llegó su turno de ser sede olímpica, una oportunidad que implicó una erogación de 13 mil millones de dólares, 11 mil millones provenientes del dinero de los impuestos de los ciudadanos; y atravesaba, de paso, una profunda crisis política, tras el escándalo del Lava Jato que derivó en la destitución de la presidenta Dilma Rousseff. En todo el país, manifestantes protestaban a favor y en contra de Dilma, mientras Temer miraba los Juegos por tevé, a cargo del país.

El Mundial de 2014 se había realizado de forma austera, y Río 2016 también cumplió, sin demasiados contratiempos y con todos los decorados en su lugar, aunque bastantes cuestiones estaban atadas con alambre detrás de escena: pero la aventura de “salir al mundo” generó una pérdida de 2 mil millones de dólares. Pocas fotos quedan de aquellas protestas de 2012 y 2016, opacadas por las hazañas de Usain Bolt, Michael Phelps y Simone Biles, y también por el fuerte control mediático que se cierne en torno de los Juegos y un espectáculo tan grande que ahoga las decenas de artículos críticos que se escriben: en la era del capitalismo de celebración, después de todo, el público quiere celebrar, no amargarse.

Eso sospechó Boris Johnson, que en 2012 era el alcalde de Londres y que luego fue Primer Ministro, en parte gracias al éxito de aquellos Juegos: en la previa, cientos de ciudadanos londinenses protestaban la apropiación del espacio público para negocios privados y la fastuosa erogación de dinero para reformas que favorecerían la especulación inmobiliaria mientras el Gobierno nacional decretaba leyes de austeridad. El costo de los Juegos de Londres pasó de casi 4 mil millones en la previa a 18 mil millones cuando se bajó la persiana, pero Johnson fue contundente: “Basta de lloriquear”, pidió a los protestantes que llamaba la “coalición arcoiris”. “Vamos a tener el mejor show del mundo en la mejor ciudad del mundo”.

## 5.4. Breve historia del dopaje (II): El asunto ruso

Aquellos Juegos tendrían 82 medallistas rusos, pero en los subsiguientes años serían reducidos a 66: había perdido 16 medallas, entre ellas 6 oros, tras comprobarse retrospectivamente, a través de muestras de sangre y orina almacenadas por AMA, que habían incurrido en dopaje.

El número no era casualidad: el Estado ruso había, tras los magros resultados de los Juegos de Invierno Vancouver 2010, organizado un sistema de dopaje estatal. Si en los primeros años del siglo XXI los casos de dopaje más resonantes fueron todos estadounidenses,<sup>5</sup> esos escándalos serían totalmente eclipsados por el ardid ruso para colocar a sus atletas en el podio a través de ayudas químicas, resultados positivos que se desvanecían y operativos dignos de películas de espionaje. El sistema era orquestado desde el Ministerio de Deportes y la inteligencia rusa,

<sup>5</sup> La velocista Marion Jones fue encontrada culpable y terminó presa luego de que el gobierno de Estados Unidos descubriera que un misterioso anabólico indetectable estaba saliendo de los laboratorios BALCO, un caso que involucró a un centenar de atletas de altísimo perfil del país; como resultado, se destapó el uso rampante de esteroides en la Liga Profesional de Béisbol, y al investigar también a la NFL y la NBA se descubrieron políticas menos que adecuadas para combatir el evidente dopaje que también era común en aquellos vestuarios; un lustro más tarde, le quitaban sus siete Tour de France a Lance Armstrong, uno de los organizadores del más espectacular sistema de dopaje de la historia del deporte, y eso que era parte de un deporte que en el giro de siglo había descubierto que un equipo, el Festina, había intentado pasar drogas por la frontera entre España y Francia, porque las necesarias sustancias se conseguían en las farmacias del vecino país; y hasta el equipo profesional de Nike con base en Oregon, donde entrenaba Mo Farah, cerró sus puertas luego de que suspendieran a su entrenador, Alberto Salazar, por cuatro años por ofensas de dopaje (por cierto, el programa de Nike en Oregon fue objeto de fuertes denuncias de atletas mujeres, impulsadas por las acusaciones de abuso físico y emocional de Mary Cain). Pero el relato oficial del país del norte siempre fue que sus dopados eran “manzanas podridas”, un puñado de malos frutos dentro de un sistema sano (a pesar de las evidentes fallas en las políticas antidopaje señaladas). En cambio, la narrativa gira 180° al hablar de los países del este: con el recrudecimiento de esta nueva Guerra Fría entre Estados Unidos, Rusia y China, los norteamericanos volvieron a señalar con el dedo las prácticas de sus principales rivales en el campo deportivo y político.

que suministró a sus atletas de sustancias ilegales (pidiendo incluso el 5% de las ganancias obtenidas en la pista) e hizo desaparecer los casos positivos que de tanto en tanto aparecían, por algún control sorpresivo o alguna dosis que se corrió de lo establecido. La historia la destaparon varios “arrepentidos”, que se comunicaron con AMA y hasta consiguieron salir en un documental de la ARD alemana denunciando el caso para meter presión. Como consecuencia, el COI escuchó las recomendaciones del informe McLaren de la AMA y tomó por primera vez medidas concretas contra un caso de *doping* organizado: a buena parte de la delegación olímpica (incluido todo el equipo de atletismo, excepto un puñado que se había testeado fuera de Rusia) se le prohibió participar de los Juegos de 2016, y el país no pudo competir, directamente, en 2018 o 2021, luego de que se encontraran nuevas evidencias de manipulación de pruebas. Atletas rusos pudieron competir bajo bandera neutral y con el nombre de Atletas Olímpicos de Rusia, pero quedaron relegados de los deportes de equipo.

Los atletas rusos que denunciaron el dopaje rampante dijeron ser mera carne de cañón: debían doparse para poder competir con sus propios compañeros, ya que todos se dopaban, y a los que perdían o eran encontrados culpables, el Estado les soltaba la mano. Estaban solos, eran meros juguetes del poder en una nueva batalla que escapaba a lo deportivo.

La prohibición implicó que Rusia no pudiera participar como país en los Juegos de Invierno 2022, otra vez en Beijing, en medio de reportes que informaban que lejos de haber ayudado, los Juegos de 2008 demostraron que los gobernantes chinos “podían salirse con la suya con cualquier cosa” (Coca, 2019). Y cerca además de campos de concentración montados para contener a la minoría uigur y musulmana del país, perseguida desde antes de 2008.

Atletas rusos viajaron a Beijing ahora bajo el nombre de Comité Olímpico Russo, pero sin que el himno pudiera sonar en los podios: el resultado, negociado tras la prohibición de cuatro años que AMA lanzó contra Rusia en 2019 ante la reincidencia del laboratorio de dopaje de Moscú, parecía un castigo simbólico prácticamente irrelevante. Pero Rusia sería noticia mucho más allá: cuatro días después del final de los Juegos, antes de la realización de los Paralímpicos, profundizó su invasión a Ucrania, quebrando la tregua olímpica. La comunidad internacional, en particular el poder occidental, bramó. Y utilizó el deporte como una sanción simbólica y económica, impidiendo al país competir en eventos internacionales que incluyeron el Mundial de fútbol celebrado en Qatar. El Comité Ejecutivo del COI emitió un comunicado, días después de la invasión, recomendando a sus federaciones deportivas miembros marginar a Rusia de la competencia (Comité Olímpico Internacional, 2022). Un año más tarde, sin embargo, y como casi todo el mundo deportivo, el COI comenzó a construir el camino para que el equipo ruso esté en París, compitiendo como neutrales. La propuesta despertó quejas en todo Occidente, con algunas amenazas de boicot resonando en el horizonte. Ecos de la Guerra Fría.<sup>6</sup>

El debate por Rusia refuerza una idea impulsada desde el olimpismo: el dopaje como aberración. Ya hemos comentado, sin embargo, que las ayudas químicas han sido parte integral de la historia

<sup>6</sup> Entre discusiones y tensión internacional, 15 deportistas rusos y bielorrusos finalmente fueron a París bajo la designación de “Atletas Neutrales Individuales”. Al ganar el único oro del “equipo”, sonó en la ceremonia una canción instrumental sin referencias nacionales en lugar del himno.

del deporte moderno, que sostiene el modelo de la *performance*. Siempre hay que ir “más rápido, más alto, más fuerte”: el dopaje aparece en el deporte como una mera consecuencia de esa cultura. Y si debe perseguirse es, sobre todo, por los efectos que pueden tener estos abusos químicos sobre el físico de esos atletas que, por empujar siempre hacia el límite, terminan quemados.

Física, pero también mentalmente, como pusieron sobre la mesa los Juegos Olímpicos de Tokio, el límite también está en la mente: la idea de que “la presión es un privilegio” fue desmontada por figuras como Simone Biles. Durante años, el deporte moderno construyó una “épica de la destrucción”, que, de hecho, es parcialmente responsable del control sobre los cuerpos y los consecuentes abusos que han sufrido numerosos deportistas por parte de sus entrenadores: el ambiente deportivo habilitaba esa explotación física, en nombre del rendimiento, de la performance, y brindaba por lo tanto impunidad a los directores de los programas deportivos para operar esos cuerpos como quisieran. De nuevo, aunque los casos de abuso en el deporte se revelaron globales, desde Occidente intentaron desviar la atención, recuperar la narrativa de la “aberración” e incluso culpar a la “cultura soviética”, señalando, por ejemplo, a los entrenadores rumanos Béla y Marta Károlyi, que condujeron a Nadia Comaneci antes de radicarse en Estados Unidos, de establecer allí las bases para un programa de gimnasia que culminó en cientos de denuncias de abuso sexual.

Los atletas, con voces amplificadas por las redes sociales, intentan desmontar estos relatos y construcciones opresivos en torno al alto rendimiento, relatando sus propios casos de *burnout* deportivo. Quizás esas redes sociales sean parte del problema, capaces de alienar con sus críticas constantes a los deportistas, como le ocurriera a Delfina Pignatiello y a tantos más; pero, sobre todo, obligando al atleta a promocionarse constantemente, a vender su propia marca, en una economía uberizada donde todos somos emprendedores. Es lo que el filósofo Byung-Chul Han apoda “sociedad del rendimiento” (2017): si los problemas de salud mental son el mal del siglo, es porque vivimos en un tiempo donde el neoliberalismo ha provocado que el trabajador sea un empleador de sí mismo, que éste se autoexplote.

## 5.5. Historias de Tokio y más allá

Los últimos Juegos Olímpicos de verano tuvieron lugar en Tokio, como en 1964. Y repitieron algunas de las dinámicas de aquella edición: camino a la celebración del evento que debía celebrarse en 2020 y se retrasó (por primera vez en la historia) hasta 2021, por la pandemia, Japón sufrió una catástrofe natural devastadora que provocó un desastre nuclear. Y entonces decidió llamar a su fiesta deportiva “los Juegos de la recuperación”, igual que aquellos que casi seis décadas antes habían anunciado al mundo el renacimiento del país oriental tras la derrota en la Segunda Guerra.

“Acorde a los principios de la industria olímpica, las propagandas de Tokio 2020 promocionaron tres conceptos clave: Alcanzar la mejor marca personal, La unidad en la diversidad y Conectando al mañana. Un concepto adicional, Recuperación, se sumó cuando los organizadores se dieron cuenta de que Tokio tenía espacio insuficiente para el fútbol, el *softball* y el *basketball*: estos deportes fueron relocalizados a prefecturas que habían estado en el camino del terremoto y tsunami de 2011, y así es que procedieron a renombrar al evento ‘los Juegos de la recuperación’” (Jefferson Lenskyj, 2020, p. 55).

El *marketinero* “giro” fue desafiado por los activistas, “no solo por su oportunismo sino porque los evacuados no se habían ‘recuperado’ de ninguna manera de sus problemas físicos, mentales y financieros. En otra iniciativa de relaciones públicas, el comité organizador nombró a Fukushima como el punto de partida del relevo de la antorcha” (2020, p. 56).

El show debía continuar, como demostró luego la pandemia de COVID que azotó el planeta y que amenazó severamente con cancelar los Juegos. El COI optó, en medio de una crisis global que incluía fronteras cerradas e incertidumbre total, aplazar el evento un año, y aunque hubo severos problemas para definir las plazas de los atletas clasificados en ese contexto de casi nula competencia, y aunque los deportistas ni siquiera pudieron prepararse adecuadamente, Tokio 2020 (que no cambió su nombre a pesar de su modificación en el calendario) se llevó a cabo.

Es que los Juegos no eran para los deportistas. Las federaciones internacionales precisaban del dinero que el COI obtiene en cada Juego para continuar funcionando: el deporte todo está adherido al tronco olímpico, lo que muchas veces explica la falta de disenso interno. Además, como en cada edición, el dinero del erario público fluyó hacia manos privadas para que éstas realizaran obras de infraestructura. Mucho dinero: el presupuesto oficial final fue de 5,8 mil millones de dólares, más del doble de lo planificado, pero existen sospechas de que en realidad el gasto fue de más de 10 mil millones. El interés, entonces, también era de los empresarios de diversas compañías japonesas por obtener esos dineros públicos; de hecho, varias corporaciones se encuentran acusadas de sobornar a oficiales del deporte internacional para conseguir ser sede, primero, y luego de pagar sobornos para convertirse en auspiciantes del evento.

Así, las dudas sobre la realización del evento en plena pandemia fueron aplastadas como las protestas tokiotas por la realización en medio de una crisis sanitaria, con dinero público malversado, kilómetros de bosques talados para unos Juegos supuestamente sustentables, establecimientos construidos por trabajadores migrantes en condiciones deplorables. Lo habitual en el mundo de los megaeventos.

Ante la evidencia del costo financiero y de las problemáticas que suscitan, las protestas contra la organización de los Juegos Olímpicos crecen, al punto de que se está transformando en un verdadero problema para el COI. Camino a la elección de la sede de 2024, se bajaron Hamburgo, tras realizar un referendo, Roma, citando dificultades económicas, y finalmente Budapest, también por presiones de su ciudadanía. Solo quedaron París y Los Ángeles, y como el COI no quería arriesgar otro proceso con deserciones de cara a 2028, decidió adjudicar un Juego para cada ciudad.

En el pasado, Europa organizó 16 Juegos, y Norteamérica 6; desde 2000, los Juegos fueron dos veces a Europa, y el resto se repartieron entre Asia (2), Oceanía (1) y Sudamérica. Los últimos tres Juegos de Invierno se realizaron en Rusia, Corea del Sur y China: el Movimiento Olímpico busca nuevos aliados, más dispuestos a desembolsar fondos que un mundo occidental que ya no ve con tan buenos ojos los Juegos Olímpicos, y donde incluso se han despertado movimientos activistas anti-olímpicos: para 2016 hubo cuatro ciudades finalistas (en lugar de las habituales cinco), y solo dos eran del hemisferio norte occidental; para 2020, fueron solo tres las candidatas, y solo una, Madrid, europea. Ya hemos narrado el proceso hacia 2024.

En los últimos años, sin embargo, en el marco del recrudecimiento de las tensiones entre el polo occidental y el oriental, el poder tradicional ha intentado recuperar el control del mundo deportivo: organizará los próximos dos Juegos Olímpicos y el Mundial de fútbol: quizás, tras algunos años de aparente fin de la historia, el deporte y el olimpismo estén recuperando su lugar como una arena de disputa simbólica y económica central.

## Referencias

- Collins, T. (2003). *Sports in Capitalist Society*. Nueva York y Londres: Routledge.
- Besnier, N.; Brownell, S.; Carter, T. F. (2018). *Antropología del deporte: emociones, poder y negocios en el mundo contemporáneo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Boykoff, J. (2016). *Juegos de Poder. Historia política de los Juegos Olímpicos*. Nueva York: Verso Books.
- Byung-Chul H. (2017). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Coca, N. (2019). Beijing's Olympics paved the way for Xianjing's camps. *Foreign Policy*.
- Comité Olímpico Internacional (1995). *Carta Olímpica*. Recuperado de [https://stillmed.olympic.org/Documents/Olympic%20Charter/Olympic\\_Charter\\_through\\_time/1995-Olympic\\_Charter.pdf](https://stillmed.olympic.org/Documents/Olympic%20Charter/Olympic_Charter_through_time/1995-Olympic_Charter.pdf)
- Comité Olímpico Internacional (2022). IOC EB recommends no participation of Russian and Belarusian athletes and officials. *Olympics.com*. Recuperado de <https://olympics.com/ioc-news/ioc-eb-recommends-no-participation-of-russian-and-belarusian-athletes-and-officials>
- Corriente, F., Montero, J. (2011). *Citius, altius, fortius. El libro negro del deporte*. La Rioja: Pepitas de calabaza.
- Goldblatt, D. (2016). *Los Juegos. Una historia global de las Olimpiadas*. Nueva York: Norton.
- Hunt, T. M. (2011). *Drug Games*. Texas: Universidad de Texas.
- Jefferson Lenskyj, H (2020). *The Olympic Games*. Emerald Publishing: Bingley.
- Kidané, J. (2001). Open letter to a friend. *Olympic Review*, 27, 45-46.

- MacAloon, J. (1991). The Turn of Two Centuries: Sport and the Politics of Intercultural Relations. En Fernand Landry, Marc Landry y Madeleine Yerles (comps.), *Sport... the Third Millennium. Proceedings of the International Symposium, Québec, Canada 21-25 May 1990* (31-44). Québec: Presses de l'Université Laval.
- Zimbalist, Andrew (2016). *Circus Maximus. The economic gamble behind hosting the Olympic Games and the World Cup*. Washington DC: Brookings.

# CAPÍTULO 6

## La arquitectura de los Juegos Olímpicos

### 6.1. Un megaevento en evolución permanente

Hemos visto cómo en su camino a su actual forma, los Juegos Olímpicos fueron incorporando elementos a su arquitectura y evolucionando. Después de un período de experimentación y errores, de marchas y contramarchas, Berlín '36 aparece como un mojón en esa evolución: no solo fueron los infames Juegos nazis, también fueron el primer megaevento de la historia.

El megaevento no es solamente una cita masiva: también los Juegos de la Antigüedad congregaban multitudes, pero no eran verdaderamente globales, marca indispensable de este tipo de eventos que Berlín vio antes que nadie, alcanzando y abrazando esa “significancia internacional” (Besnier, Brownell, Carter, 2018, p. 242) para contar en ese escenario un relato nacional.

Parte de esa narrativa era el relevo de la antorcha, creado para aquellos Juegos: un recorrido que realizaba el fuego sagrado desde Grecia a Alemania pero, sobre todo, desde la civilización griega al Tercer Reich. Es uno de los elementos que señala John MacAloon para explicar la preeminencia de los Juegos Olímpicos a partir de Berlín: allí aparece el prototipo de los actuales Juegos, con sus ritos y su programa deportivo segmentado, un despliegue corporal grandioso, la fiesta y el espectáculo, que lo convirtieron “por encima de todos sus rivales en la celebración espectacular del proceso histórico mundial” (1981, p. 271).

El historiador Mark Dyreson propone otra explicación: en Berlín, además de aparecer la estructura de los Juegos y sus rituales en su esplendorosa espectacularidad por primera vez, apareció la televisión. Los nazis emitieron en circuito cerrado las competencias, y allí nació una alianza fundamental para entender la conformación y el alcance de los megaeventos deportivos (Dyreson, 1997, pp. 30-39).

La pantalla llevaría esa “significancia internacional” a través de toda frontera (y aniquilaría las ferias, experiencias que solo tenían sentido en la presencialidad, volviendo sus reuniones de una escala infinitamente menor que la de los megaeventos televisados). Como hemos visto, la privatización del aire televisivo a partir de la década del '90 en casi todos los países, además, implicó una puja por los derechos de transmisión que significó para el COI y para el mundo deportivo en general un aumento sideral en sus ingresos.

La era neoliberal ha terminado de transformar el deporte de sus años de meras reuniones de amistades a esta industria espectacularizada, global y gigante: “El aumento masivo de las ganancias y el número de simpatizantes hizo que, a partir de los años noventa, la mayoría de los deportes se reestructurasen de maneras significativas para maximizar sus oportunidades comerciales” (Besnier, Brownell, Carter, 2018, p. 252). En ese marco, deportes y clubes todos compiten por la atención del público (también lo hacen con otras propuestas para ver por televisión: se disputan hoy el tiempo no solo con otras ligas u otros deportes, sino además con las series y películas que ofrecen las plataformas). “Y la demanda de consumo y la inversión corporativa se focalizan en ‘lo espectacular’” (Besnier, Brownell, Carter, 2018, p. 252), lo que ha llevado a múltiples modificaciones reglamentarias en los deportes, desde tiempos más acotados de juego al tamaño y color de las pelotas (y también a la incorporación de nuevos deportes al autobús olímpico) en busca de mayor vértigo para la teleaudiencia.

## 6.2. Los símbolos olímpicos

Televisados, entonces, a todo el mundo, megaeventos como los Juegos Olímpicos y el Mundial, que concentran la atención de miles de millones de personas y que, por su periodicidad, paralizan al mundo, se convirtieron en indicadores temporales y culturales identitarios que las naciones utilizaban para construir el relato de país, propiciando “la formación de una cultura pública internacional para la expresión de las identidades nacionales dentro de un mundo internacional de naciones” (Besnier, Brownell, Carter, 2018, p. 245). El deporte como escenario para mostrar “el relato de país”, un escenario común a todo el mundo, que produce una poderosa fantasía de unidad que fortalece la sensación de ser parte de una comunidad única, una comunidad imaginada. En esa realidad globalizada se instala cómodamente el mundo armónico a través del deporte que pretende lograr el Comité Olímpico Internacional.

De hecho, la simbología casi religiosa promovida por el COI es clave en esta fantasía de unidad: “Con sus desfiles, sus ceremonias y su *marketing* de eslóganes y símbolos de unidad, los megaeventos deportivos como la Copa Mundial de la FIFA y los Juegos Olímpicos desempeñan un importante papel en tanto incentivan a tomar conciencia de la humanidad como conjunto”, escriben Besnier, Brownell y Carter (2018, p. 319). Los ritos olímpicos no son solo *show*. “¿En qué momento se materializa el concepto abstracto del Olimpismo, un movimiento en pro de la paz y el entendimiento internacional? En las ceremonias”, escribía MacAloon (1996) sobre el primero de los grandes símbolos olímpicos: un desfile que incluye a la vez un relato nacional a través del arte que expresa la unidad del país sede en su diversidad, y la marcha de todos los atletas del mundo, unidos en armonía bajo un mismo escenario. “Las ceremonias de apertura y clausura son componentes tan importantes de los Juegos como las competiciones deportivas”, reza la bibliografía oficial del COI (Comité Olímpico Internacional, 2019).

Ideadas por el propio Pierre de Coubertin, como el propio lema olímpico, “*citius, altius, fortius*”, que pronunció en la inauguración de Atenas 1896, las ceremonias tuvieron lugar desde los primeros Juegos, en 1896, pero en este mencionado “prueba y error”, no tuvo ceremonia, por ejemplo, en París 1900, donde fue parte de la Feria Mundial, y algunos de los elementos ceremoniales, como el relevo de la antorcha mencionado, no aparecieron hasta cuatro décadas después.

Hoy, luego del desfile de las naciones y el programa artístico, la ceremonia continúa con un discurso del presidente del Comité Organizador, seguido por el presidente del COI y el presidente del país sede, que declara inaugurados los Juegos. Luego, ingresa al estadio la bandera olímpica y suena el Himno Olímpico. La bandera debe flamear durante la duración de los Juegos en un mástil ubicado en una posición prominente del principal estadio, según la Carta Olímpica (Comité Olímpico Internacional, 2015). Un concierto de naciones en armonía bajo la protección de los anillos olímpicos: la bandera flameante y la llama custodian la tregua olímpica, un concepto tomado de los primeros Juegos de la Antigüedad, cuando se dispuso un acuerdo para no atacar a la sede y dar libre paso a los atletas que viajaran a competir. Hoy, se invita a los países miembros a observar la tregua olímpica, avalada por las Naciones Unidas. Sin embargo, en tres ocasiones la tregua fue quebrada: en 2008, durante la guerra ruso-georgiana, sin consecuencias; en 2014, en el inicio del actual conflicto entre Rusia y Ucrania, cuando Rusia anexó Crimea, provocando un “boicot diplomático” de Estados Unidos y el Reino Unido de los Paralímpicos de Invierno; y en 2022, cuando entre Juegos Rusia atacó a Ucrania. Al país agresor no se le permitió participar de los Juegos Paralímpicos, y todavía hoy se discuten sanciones mientras la guerra continúa: el COI ha adoptado una actitud más laxa, promoviendo el regreso de los atletas rusos con bandera neutral, aduciendo la necesidad de sostener la neutralidad deportiva, pero muchas federaciones deportivas se han declarado en rebeldía, lo que complicaría el proceso de clasificación para los deportistas soviéticos.

Lo cierto es que la imagen de los cinco anillos entrelazados que custodia la tregua olímpica es un símbolo en sí mismo, que “expresa la actividad del Movimiento Olímpico y representa la unión de los cinco continentes y el encuentro de los atletas del mundo en los Juegos Olímpicos” (Comité Olímpico Internacional, 2019, p. 32). “La bandera olímpica, de color blanco con el símbolo olímpico en color en el centro, fue diseñada por Pierre de Coubertin y se presentó por primera vez en el Congreso Olímpico de 1914” (Comité Olímpico Internacional, 2019, p. 42).

En la ceremonia, después del ingreso de la bandera, un atleta, un juez y un entrenador del país organizador recitan luego el Juramento Olímpico, la promesa de competir de forma justa y respetar las reglas. Y llega entonces el momento culmine de la apertura de un Juego Olímpico: el encendido del pebetero olímpico, con una llama olímpica que se enciende en Olimpia (Grecia) bajo la autoridad del COI, y se pasea luego por el mundo hasta arribar a la sede, donde una figura deportiva prominente del país organizador enciende el fuego sagrado que, como la bandera, deberá permanecer encendido durante la duración del evento.

Así comienza el deporte, y con el deporte las medallas, ceremonias que también han evolucionado con el tiempo. “En las primeras ediciones, se solían entregar las medallas todas juntas al final de los Juegos. En los Juegos Olímpicos de San Luis 1904 se adjudicaron por primera vez

medallas de oro, plata y bronce respectivamente al primero, segundo y tercer clasificados. El podio se introdujo en los Juegos Olímpicos de Invierno de Lake Placid 1932” (Comité Olímpico Internacional, 2019, p. 42). Los atletas del podio reciben además una mascota olímpica en peluche. Y suena el himno del país vencedor, mientras se alza su bandera en el estadio.

Este proceso que debe ser llevado a cabo y vigilado de manera férrea demuestra el aspecto ritual que Guttmann negaba al deporte moderno y que lleva a Brownel a rescatar un giro en la concepción que realiza Henning Eichberg: si Guttmann llamó a su obra “Del ritual al récord”, imaginando una evolución en las sociedades hasta llegar a un estadio moderno desritualizado, Eichberg hablará de “el ritual de los récords” (Brownell, 2001, p. 36).

### 6.3. Cómo se financia un Juego Olímpico

En los albores, las ceremonias y símbolos sirvieron al Olimpismo como una manera de presumir de prestigio a través de esta ligazón imaginada con un pasado mitológico. Al calor de la creciente comercialización de los Juegos a lo largo de sus ediciones, los *sponsors* mostraron interés en adosar su imagen a la de un evento retransmitido al mundo entero e imbuido de valores universalistas y humanistas: si los Juegos Olímpicos se balancean delicadamente en la turbulenta arena geopolítica internacional no es tanto en defensa de aquellos valores de armonía y paz del mito olímpico pergeñado por Coubertin, sino para mantener impoluta, despolitizada, a la marca olímpica. Mientras menos comprometida políticamente, más global se vuelve la marca: por eso, los auspiciantes no protestaron Beijing como sede, de la misma forma que tampoco protestaron Qatar como escenario del Mundial de fútbol. De hecho, tras décadas organizando Juegos casi exclusivamente para el mundo Occidental, el siglo XXI ha visto cómo el Comité Olímpico Internacional se ha aliado crecientemente con las potencias del Este: Rusia, China, Corea del Sur y Japón llevaron sus marcas a nuevos mercados pujantes. Excepto China, todos esos países organizaron además una Copa del Mundo de fútbol en este siglo. La selección de sedes del COI (que se realiza en varias etapas: hay una fase de invitación a las ciudades interesadas, una etapa donde las sedes presentan su candidatura, y finalmente la elección de la sede, que resulta de la votación de los miembros del COI en una de las Sesiones Extraordinarias que se celebran en el Movimiento Olímpico) “refleja agendas geopolíticas complejas, como es evidente con los casos de Beijing 2008 y 2022 y Sochi 2014. Con la creciente comercialización de los Juegos Olímpicos, las elecciones a menudo sirvieron al interés de los *sponsors*” (Jefferson Lenskyj, 2020, p. 40). Pero esa compleja agenda geopolítica implica que Occidente, ahora, ha regresado a reclamar su reino: organizará los próximos tres Juegos Olímpicos, París 2024, Cortina d’Ampezzo 2026 y Los Ángeles 2028.

Los auspiciantes son uno de los principales ingresos del Comité Olímpico Internacional, y el más estable: el Programa Mundial de Patrocinio de los Socios Olímpicos, TOP, que ya hemos comentado y que se engendró a fines de la década del ‘70, implica que un grupo exclusivo de marcas desembolsa millones de dólares a cambio de poder utilizar su marca junto a los anillos

olímpicos. Esos socios aportan durante los cuatro años de ciclo olímpico, no solo al realizarse un Juego, una solución importante a las finanzas del COI.

Según cifras oficiales (Comité Olímpico Internacional, 2022, p. 173), el Programa TOP embolsó el 30% de los ingresos olímpicos; el 60% corresponde a los derechos de retransmisión. El total de ingresos para el ciclo olímpico 2017-2020/21 fue de 7,6 mil millones de dólares: el Comité Olímpico Internacional es una organización sin fines de lucro, por lo que redistribuye el 90% de sus ingresos, reservando el 10% para costos operativos. Ese 90% alimenta las arcas de los Comités Olímpicos Nacionales, las federaciones deportivas internacionales, el programa de Solidaridad Olímpica, que intenta promover el desarrollo deportivo en países en desarrollo, y las Agendas 2020 y 2020+5, programas que pretenden transformar el Movimiento Olímpico. Es decir, el Olimpismo alimenta, es el principal sustento, del sistema deportivo internacional.

Pero casi nada de esos dineros va a la organización del Juego en sí, que recae casi exclusivamente en la sede olímpica y su comité organizador, que debe buscar fondos del esponsoreo privado y el erario público para llevar adelante su visión. El caso de Tokio 2020 sirve para explicar cómo se financia un Juego Olímpico: el presupuesto total del evento ascendió finalmente a 5,8 mil millones de dólares, el doble de lo planificado, pero ese costo solo contempla los gastos realizados por el comité organizador, pago a través de auspicios privados. A esa cifra, el COI aportó unos 800 millones de dólares.

Pero el costo “total” de los Juegos, como se explica en el reporte presentado por el comité organizador, fue en realidad de 13 mil millones de dólares, contando los gastos que la ciudad y el gobierno nacional tuvieron que afrontar para el mejoramiento de sedes, transporte, adecuaciones pandémicas y otras operaciones.<sup>7</sup> Ese excedente de 7,2 mil millones partió casi exclusivamente del dinero público, sin aporte del COI. Como señala Jefferson Lenskyj, “la sede provee el establecimiento para el banquete; el Comité Olímpico aporta el banquete” (2020, p. 72).

El costo podría ser aún mayor, de no ser por el trabajo voluntario, la principal mano de obra: “Los Juegos Olímpicos y otros megaeventos no serían factibles a nivel financiero de no ser por el inmenso número de voluntarios, muchos de ellos oriundos de otros países, que pagan por su viaje y alojamiento para ocuparse de acompañar a las delegaciones, dirigir a las multitudes, trabajar como traductores, recolectar declaraciones de los atletas para los periodistas de todo el mundo, publicar resultados y récords y una miríada de otras tareas”, escriben Besnier, Brownell y Carter (2018, p. 267). Los antropólogos relatan el curioso caso de Río 2016, donde debido a recortes presupuestarios se recortó la cantidad de voluntarios (hay que vestirlos y alimentarlos). “¿Existe alguna otra ocasión en que treinta mil personas que están dispuestas a trabajar gratis deban ser rechazadas?”, se preguntan los autores. La masa voluntaria atraviesa fronteras para, durante dos semanas, trabajar gratis, por una sencilla razón: el encanto del mito olímpico. Quiieren ser parte.

---

<sup>7</sup> Las cifras pueden consultarse en: [https://olympics.com/ioc/news/tokyo-2020-organising-committee-publishes-final-balanced-budget#:~:text=Organising%20Committee%20budget&text=the%20International%20Olympic%20Committee%20\(IOC,billion%20\(USD%200.5%20billion\)%3B](https://olympics.com/ioc/news/tokyo-2020-organising-committee-publishes-final-balanced-budget#:~:text=Organising%20Committee%20budget&text=the%20International%20Olympic%20Committee%20(IOC,billion%20(USD%200.5%20billion)%3B)

## 6.4. Ser o no ser parte

Similar motivación suelen tener las ciudades organizadoras, que para ser sede atraviesan un escrutinio detallado de sus propuestas, desembolsan millones de dólares e incluso están dispuestas a protagonizar grandes escándalos de corrupción sobornando oficiales para recibir votos. Y esto, a pesar de lo problemático que se han revelado, en términos financieros, sociales y ecológicos, los megaeventos, y el rédito aparentemente nulo desde lo económico para las sedes.

“Ser sede de los Juegos Olímpicos y otros megaeventos deportivos implica siempre una reestructuración a gran escala de las ciudades anfitrionas: la construcción de nuevas instalaciones deportivas y complejos habitacionales, a veces la destrucción de barrios enteros para dar lugar a nuevas urbanizaciones, y la renovación de algunas infraestructuras de la ciudad como la red de transporte público, los sistemas de tratamiento de residuos, la fuerza de trabajo y los alojamientos para turistas. El costo financiero social y humano de estas transformaciones suscita de manera invariable cuestionamientos de amplio espectro, acalorados debates políticos y a menudo furiosas protestas”. (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 261)

En su libro “Los Juegos Olímpicos”, Jefferson Lenskyj explica cómo estos cambios se promueven y fuerzan: una vez que la sede ha sido seleccionada, ingresa en un estado de “cuenta regresiva” que justifica medidas extremas. Mientras tanto, la construcción de infraestructura ofrece una interesante oportunidad para los empresarios locales para mover dinero público al ámbito privado. Sus construcciones, realizadas por trabajadores migrantes que viven en condiciones límite, a menudo aumentan el costo de vida en los barrios, un proceso de gentrificación que termina expulsando a miles de sus hogares, si es que antes no fueron echados ya por la fuerza para hacer lugar a autopistas y recintos deportivos: el reporte de COHRE, el Centro de Derecho a la Vivienda y Evicciones, titulado “Fair Play for Housing Rights” (2007), habla de desplazamientos de 720 mil personas en Seúl y 1,25 millones en Beijing. La promesa de la “mirada del mundo” posada sobre la ciudad justifica esta “limpieza”. Todo, a cambio de “ganancias intangibles: fervor patriótico, orgullo cívico, una experiencia de una vez” (Jefferson Lenskyj, 2020, p. 8).

Al calor de estas polémicas es que han surgido numerosos movimientos activistas contra los Juegos Olímpicos: tanto París 2024 como Los Ángeles 2028 ya tienen los suyos, Saccage 2024 y NOlympics LA, así como también Tokio 2020 tuvo a sus protestantes. Casi todos los Juegos, de hecho, son escenario de protestas de sus ciudadanos contra estos “Juegos de ricos pagados por los impuestos de los pobres” (Hanscom y Warren, 1998): las manifestaciones son a veces reprimidas, y en general diluidas en los medios de comunicación como mero ruido de fondo. Sin embargo, el ruido ha cobrado cierto efecto: las potenciales sedes se están negando a ofuscar a sus votantes. Solo hubo tres finalistas pujando por los Juegos de Invierno de 2010,

2014 y 2018, y solo dos por los de 2006, 2022 y 2026. También desde allí se entiende la alianza de los megaeventos con potencias emergentes, más dispuestas a pagar el costo político de organizar un Juego Olímpico para reposicionarse y transformar su imagen en el concierto internacional de las naciones.

Ante el aluvión de protestas, el Comité Olímpico Internacional ha prometido transformaciones profundas a través de sus programas Agenda 2020 y Agenda 2020+5, que prometen “transformar desafíos en oportunidades” (Comité Olímpico Internacional, 2021): en ambos casos se delinean nuevas políticas para los organizadores, atentos a la sustentabilidad fiscal y ecológica, a la vez que se prometen reformas en los requisitos para ser sede, para bajar los costos y permitir un mayor uso de infraestructura ya existente y estadios desmontables. Son cambios en principio discursivos (las camas de cartón de Tokio poco pueden hacer para evitar el impacto ecológico de un Juego Olímpico, que involucró por ejemplo la tala indiscriminada en Japón para las obras necesarias), pero necesarios desde una perspectiva de *marketing*, para sostener un mito-marca limpio y seguir siendo apetecible para los *sponsors*. Muchas de estas promesas ya han sido rotas en el pasado, y sobran los elefantes blancos para atestiguarlo.

Teniendo en cuenta el alto impacto de un megaevento en lo ambiental, en lo político, en lo económico, ¿por qué entonces siguen las ciudades queriendo ser sedes olímpicas? Los Juegos pueden ser espacios interesantes para el empresariado y la especulación inmobiliaria, pero la ciudad organizadora suele jugar a pérdida. El debate en torno a las supuestas ganancias por el influjo de turistas a corto (durante los Juegos) y largo plazo (después de los Juegos) continúa siendo motivo de discusión, pero el consenso es que, aunque es difícil determinar en qué medida los turistas visitan una ciudad porque fue sede de un Juego Olímpico, el impacto económico directo del turismo es pequeño comparado con los altos gastos organizativos.

Sin embargo, las ciudades sí han logrado a través de un Juego Olímpico ayudar a relanzar la “marca ciudad” al mundo, como fue el caso de Barcelona en 1992: los Juegos le permitieron ofrecer una imagen distinta, y atractiva, de una ciudad, para reposicionarla en el mercado turístico internacional en el marco de un proyecto de transformación más amplio. El impacto directo es a menudo menos económico que simbólico: el mito olímpico nutre esa nueva imagen global pretendida para la ciudad y el país organizadores.

“Los gobiernos se esmeran por mostrarse aptos como jugadores en la economía capitalista global. La capacidad de ser el anfitrión de megaeventos como los Juegos Olímpicos es cada vez más una prueba de fuego para que ciudades y países reclamen estratégicamente un estatus de talla mundial. Las sedes intervienen para transformar, si no controlar, sus propias circunstancias en la economía política global. Eso es parte de la economía de las apariencias: son performances culturales autoconscientes, necesarias para atraer inversiones de capital” (Besnier, Brownell, Carter, 2018, p. 271).

Dyreson (2011, p. 2424) relata cómo en los albores de los Juegos Olímpicos, las sedes parecían participar de un “juego profundo”, donde parecían tener más para perder que para ganar. Sin embargo, “para cada uno de esos imperios en decadencia o en auge, el deporte servía como un emblema de poder y como una expresión de sus aspiraciones mundiales”.

*Soft power*: poder blando, una manera de ejercer influencia política en la escena internacional a través de medios no coercitivos, aunque, hemos visto, también han sido los Juegos Olímpicos escenario de sanciones simbólicas muy parecidas a las sanciones económicas impuestas a los países que no se comportan de manera adecuada en la arena internacional.

Londres, por ejemplo, se relanzó en 2012 “como una ciudad vibrante, abierta y moderna” (Jefferson Lenskyj, 2020, p. 41). Diez años más tarde, celebró los 10 años de la fiesta olímpica con discursos de la clase política apuntando a aquellos Juegos como un horizonte deseable de apertura y armonía. Sin embargo, en esa década, Inglaterra endureció sus políticas de inmigración y hasta se salió de Europa. En ese sentido, un Juego Olímpico funciona para las ciudades como la promoción de una cierta imagen, de un cierto relato a una teleaudiencia de miles de millones. El deporte es un texto que a las culturas contar los cuentos que ellas se cuentan sobre sí mismas.

## Referencias

- Besnier,N.; Brownell, S.; Carter, T. F. (2018). *Antropología del deporte: emociones, poder y negocios en el mundo contemporáneo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brownell, S. (2001). The Problems With Ritual and Modernization Theory, and Why We Need Marx: A commentary on From Ritual to Record. *Sport History Review*, 32(1), 28-41.
- Centre on Housing Rights and Evictions (2007). *Fair Play for Housing Rights*. Ginebra: COHRE.
- Comité Olímpico Internacional (2015). *Carta Olímpica*. Lausana: Comité Olímpico Internacional.
- Comité Olímpico Internacional (2019). *Manual de Administración Deportiva*. Lausana: Comité Olímpico Internacional.
- Comité Olímpico Internacional (2021). Agenda 2020+5. Recuperado de <https://stillmedab.olympic.org/media/Document%20Library/OlympicOrg/IOC/What-We-Do/Olympic-agenda/Olympic-Agenda-2020-5-15-recommendations.pdf>
- Comité Olímpico Internacional (2022). *Annual Report 2021*. Lausana: Comité Olímpico Internacional.
- Dyreson, M. (1997). *Making the American Team. Sport, Culture and the Olympic Experience*. Urbana: University of Illinois Press.
- Dyreson, M. (2011). Imperial “Deep Play”: Reading Sport and Visions of the Five Empires of the “New World”, 1919-1941. *The International Journal of the History of Sports*, (17), 2421-2447.
- Hanscom, K. y Warren, L. (16 de marzo de 1998). Colorado refused to play. *High Country News*.
- Jefferson Lenskyj, H (2020). *The Olympic Games*. Emerald Publishing: Bingley.

- MacAloon, J. (1981). *This Great Symbol. Pierre de Coubertin and the Origins of the Modern Olympic Games*. Chicago: University of Chicago Press.
- MacAloon, J. (1996). Olympic ceremonies as a setting for intercultural Exchange. En De Mora-gas, M., MacAloon, J. y Llinés, M. (comps.). *Olympic Ceremonies: Historical Continuity and Cultural Exchange*. Lausana: Comité Olímpico.

## **SEGUNDA PARTE**

---

**El Movimiento Olímpico en argentina**

# CAPÍTULO 7

## El nacimiento de la Argentina olímpica

### 7.1. El primer olímpico

Argentina ha tenido una fuerte ligazón histórica con el movimiento olímpico. La inclusión de José Benjamín Zubiaur en la lista de 13 miembros fundadores del Comité Olímpico Internacional marca un hito desde el preciso nacimiento del movimiento olímpico el 23 de junio de 1894, aunque el país no participaría de un evento olímpico hasta 1924: los primeros años de vida olímpica revelan una Argentina atravesada por la convulsión política y las peleas por fondos estatales para el esfuerzo olímpico que se volverían habituales, todo durante un comienzo de siglo donde fuerzas populares y conservadores se debatirían el dominio de la política y también del deporte.

Para aquel miembro fundador las cosas tampoco irían bien: el Comité Olímpico Internacional expulsó a cuatro miembros en su primer medio siglo de vida, y los dos primeros fueron argentinos. El primero fue Zubiaur, ex rector y profesor de Filosofía del Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, el único miembro latinoamericano entre los 13 que fundaron aquel 23 de junio de 1894 el Comité Olímpico Internacional, dando nacimiento al movimiento olímpico. Pero aunque su nombre figura en la lista fundadora, Zubiaur no estuvo allí, en París, el día en que nacieron los Juegos Olímpicos modernos. Y quizás, incluso, el Barón Pierre de Coubertin nunca le avisó que estaba incluido: Coubertin confesaría tiempo después que nadie se había dado cuenta de que habían designado a personas casi todas ausentes. La mayoría de los nombres de la lista aparecían para dar una imagen internacional al movimiento naciente. El nombre de Zubiaur aparece mal escrito. Y hasta lo bautizaron Juan. El London Times dijo que era uruguayo.

En rigor, Zubiaur y Coubertin solo se vieron una vez en su vida: cinco años antes de aquel momento fundacional, coincidieron en el Congreso Internacional para la Propagación de Ejercicios Físicos, en el marco de la Exposición Universal de París de 1889, y compartieron su entusiasmo por el modelo anglo-estadounidense de ejercitación en las escuelas. El primer olímpico argentino había ido al Congreso en su rol de pedagogo: influenciado por las ideas de la Generación del '80 y Juan Bautista Alberdi. Defensor del conocimiento y el progreso como objetivos de la sociedad, y también abogado, Zubiaur fue un educador popular que vivió con la esperanza de ampliar cada vez más la esfera de la igualdad, “un pensador progresista que recomienda públ-

camente el valor del deporte para que sea incluido en la currícula escolar”, según el propio Coubertin. Su camino y el del deporte olímpico apenas cruzarían rutas en aquel momento de 1894: Zubiaur seguiría luego ligado a la educación. Se caracterizó por sus ideas pedagógicas renovadoras orientadas a ampliar la enseñanza a todos los sectores sociales, incorporando contenidos como la educación física, la educación industrial y las actividades prácticas, así como modalidades como la escuela nocturna, las escuelas rurales y la educación conjunta de ambos sexos. “Podría haber pasado a la historia como el Coubertin sudamericano. Prefirió mantenerse fiel a sus ideas de transformar la educación escolar” (Fernández Moores, 2010, p. 92).

Su desempeño como miembro del COI fue, por ello, meramente nominal. De hecho, cuando Coubertin le pidió apoyo para adjudicar los Juegos de 1904 a St. Louis, respondió tres meses después de que la decisión hubiera sido tomada. Faltó a todas las reuniones: no era, como buena parte de los miembros del Comité, un aristócrata que pudiera costearse los viajes a las sesiones del Comité por todo el mundo, tampoco viajar a los Juegos, o ausentarse de sus tareas. Por eso, en la novena sesión, en 1907, lo declararon “dimisionario”. Zubiaur reaccionó en una misiva a Coubertin, explicando que apenas recibía invitaciones y que no merecía el destrato. No importó, y tras poco más de una década, dejó el COI y continuó su carrera como educador.

“Zubiaur no llegó a ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública porque se oponía a la Iglesia Católica y no tenía afiliación política con el poder. Además, no pertenecía a las élites porteñas. Eran los dueños del deporte en Argentina: a ellos sí les fascinaban los ideales olímpicos de Coubertin”, escribe Ezequiel Fernández Moores en su “Breve historia del deporte argentino” (2010, p. 95): en el giro del siglo, aunque comenzaban a reproducirse los clubes de índole popular, el deporte argentino era de los apellidos ingleses y las élites porteñas.

De hecho, en la misma reunión de 1907 en La Haya en la que echó a Zubiaur, el barón francés designó a Manuel Quintana: era abogado, pero más importante, terrateniente de familia patricia. Su padre era el expresidente Manuel Quintana. Y él vivía en París.

## 7.2. El primer olímpico (II)

Aquejada por los mismos problemas que Zubiaur (la lejanía, los costos), pese a ser uno de los miembros fundadores del COI, Argentina no movilizó un equipo a los Juegos Olímpicos hasta 1924. Pero siempre hay un argentino: 24 años antes del debut oficial, en los Juegos que también se celebraban en París estuvo Francisco Carmen Camet, esgrimista nacido en Mar del Plata que firmó un excepcional quinto puesto en la que hoy es considerada la primera actuación nacional en la cita olímpica.

Camet nació en 1876 en La Trinidad, el rancho que su padre francés tenía en Mar del Plata. A los 14 años se fue a Francia, donde se enamoró de la esgrima: tendría destacadas actuaciones en la especialidad espada que lo llevarían, con 24 años, a París 1900, donde quedó quinto entre 103 competidores. Los registros oficiales lo señalaron como francés: su padre lo era, y él vivió muchos años en el Viejo Continente. Pero tras los Juegos, Camet volvería a Argentina. Antes de

morir en Miramar, tendría dos hijos. Uno de ellos, Carmelo Félix Camet, participaría en Ámsterdam 1928 de una gesta del deporte argentino: el equipo de florete nacional, compuesto también por Luis y Héctor Lucchetti, Raúl Anganuzzi y Roberto Larraz, consiguió la medalla de bronce, única a nivel olímpico para la esgrima.

Cuatro años antes, Argentina enviaba su primera delegación olímpica, compuesta por 77 atletas (ninguna mujer). A aquellos Juegos parisinos debía concurrir otro esgrimista eximio, Juan Domingo Perón: campeón durante una década a nivel militar y nacional en la especialidad espada, Agustín P. Justo, entonces ministro de Guerra, le prohibió participar porque había enviado una carta criticando la designación de Pedro Nazar Anchorena, amigo del presidente Alvear, como capitán de la delegación argentina, según cuenta la leyenda. Lo reemplazó otro Lucchetti, el maestro Alberto. Esta repetición de apellidos ilustres y la presencia nacional fuerte en un deporte como la esgrima refleja con claridad que el deporte, en Argentina, todavía era cuestión de élites.

El deporte era un gesto de clase: la clase acaudalada realizaba en su juventud un “*grand tour*”, viaje iniciático hacia Europa, donde incorporaban las pautas socioculturales del Viejo Continente. Muchos volvían aficionados al “*sport*”. “El deporte fue un medio para ser *gentleman*. Esto se debió a que fue una manera simbólica de expresar ciertos aditamentos propios de una posición acomodada, como el tiempo libre y la riqueza. Pero el deporte también fue un medio para ser *gentleman* porque sirvió como una forma de educación corporal para inculcar los comportamientos apropiados” (Losada, 2021, 205).

Camet, el primer olímpico, era parte de esa élite. Sin embargo, durante años no fue considerado el primer olímpico: su caso fue descubierto recién en 1988, y quitó a H. Torromé, misterioso patinador, el honor de ser el primero. El atleta cuyo nombre habría sido Horatio o Héctor, nació en Río y se radicó en Londres, siguiendo el trabajo de su padre, importador de té y café. Compitió bajo bandera británica en el Mundial de 1902, pero pidió hacerlo con la bandera argentina cuando clasificó a Londres 1908, ya con ¡47 años de edad! No le fue demasiado bien, pero al menos se convirtió en el primer argentino que figuró como tal en las planillas del COI. El tercero en la lista llegaría en Amberes 1920: Ángel Rodríguez, peso pluma, inauguró la actividad pugilística del país en los Juegos, deporte que le daría la mayor cosecha de medallas al país en su historia y que ya en la siguiente cita olímpica traería cuatro preseas.

Más allá de estas presencias, sin embargo, Argentina faltó oficialmente a los tres primeros Juegos, algo que molestó a Coubertin, que quería para su movimiento la mayor cantidad de naciones participantes. El COI urgió entonces, a través de su miembro Manuel Quintana, al país a participar en la cita de Londres 1908. Y Quintana estaba convencido de que, a pesar de la crisis en casa, el deporte argentino debía responder al llamado internacional. Los Juegos, además, eran en Londres, en tiempos donde el deporte argentino hablaba en inglés, era patrício y amateur, y los clubes populares eran apenas nacientes.

Sin embargo, sin fondos era imposible enviar a una delegación numerosa al otro lado del Océano Atlántico a competir durante un par de semanas, alojarse en la ciudad y ausentarse de

sus vidas unos meses. Quintana encabezó el esfuerzo en Europa para impulsar al Estado argentino a liberar fondos para el esfuerzo olímpico. El esfuerzo tuvo un epicentro: la Sociedad Sportiva Argentina encabezó el *lobby*. Nacida de la Sociedad Hípica Argentina, la Sociedad Sportiva, que incluía entre sus fundadores a Julio Argentino Roca, era el epicentro de la élite porteña, gracias a los esfuerzos de su presidente, el barón italiano Antonio De Marchi. Desde ese espacio no fue difícil conseguir las voluntades de los políticos argentinos para que se otorgue el subsidio: en aquellas élites de *sportsmen* porteños se veía la chance de participar por primera vez en un Juego Olímpico como una forma de insertar a la nación en el mundo civilizado, la misión que desvelaba a los regímenes conservadores de aquellos tiempos. También, como una manera de “civilizar” a los muchachos y enseñarles el tesón contra la amenaza anarquista y comunista que arreciaba en aquella tierra de terratenientes.

“Los muchachos dedicados a los *sports* serán sustraídos a la pulperia y el truco. El desarrollo muscular no es tan solo importante para el desarrollo armónico de lo moral del hombre, sino que puede servir en un momento dado para obtener triunfos que decidan la suerte de la patria”, afirmaba, para convencer a sus pares, el legislador Mariano Demaría. “El deporte forma soldados que han de defender alguna vez la integridad y la tradición valiente de la raza”, agregaba Federico Pinedo, ministro de Justicia e Instrucción Pública.

Pero el Comité Pro-Juegos Olímpicos de la Sociedad Sportiva, finalmente, no conseguiría su objetivo. “No se consiguieron los fondos, ni privados ni públicos, para asistir. Lo mismo ocurrió ante los Juegos de Estocolmo 1912 y de Amberes 1920, ya que los de 1916 se suspendieron, debido a la Primera Guerra Mundial”, cuenta Víctor Lupo en su “Historia política del deporte argentino” (2004, p. 78). En aquella primera ocasión, luego de que el proyecto pasara por Diputados, el Senado votó en contra del subsidio olímpico por 15 contra 3. La versión oficial indica que eran tiempos donde el Estado promovía la austeridad de un Estado en crisis. Si se concedía dinero de las arcas públicas al deporte, argumentaron, debía ser para fomentar la educación física entre las clases populares, y no los Juegos de Coubertin con su halo aristocrático. La versión extraoficial indica que fue el presidente Figueroa Alcorta quien envió a vetar el subsidio como una venganza contra De Marchi, el yerno de su enemigo, el expresidente Roca.

### 7.3. Los Juegos Olímpicos del Centenario

Como tantos otros hombres porteños de principios del siglo XX, De Marchi pensaba lo contrario al Senado, y abrazaba la idea del deporte en sintonía con las ideas de Coubertin, como símbolo de virilidad y vehículo para una nación fuerte: el deporte era una forma de hacer política por otros medios, una idea de política conservadora como la que ejerció siendo parte de la Liga Patriótica, la organización de ultraderecha a la que también perteneció Manuel Quintana y que tuvo una participación profunda en La Semana Trágica, la masacre sufrida por el movimiento

obrero argentino en la que fueron asesinadas cientos de personas en Buenos Aires, en la segunda semana de enero de 1919, bajo el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen. La misma incluyó el único pogromo del que se tiene registro en América.

Una matanza que comenzó a gestarse una década antes, en las vísperas de los festejos por el Centenario de la Revolución de Mayo: en noviembre de 1909 Simón Radowitzky, un anarquista ucraniano, asesinó al jefe de la Policía Ramón Falcón, desatando una importante persecución a los obreros en lucha en el país. En mayo de 1910, 200 mil obreros, cansados de las matanzas y de la situación económica general, se declararon en huelga durante dos semanas, llevando a la declaración de estado de sitio. Y también, a la creación de un órgano de represión paraestatal, la Policía Civil Auxiliar: entre los jóvenes de la clase alta que salieron a “auxiliar” el esfuerzo de seguridad (que incluyó saqueos, violaciones, la destrucción de las sedes de varios organismos socialistas y judíos y la quema de libros) habría estado De Marchi y varios miembros de la Sociedad Sportiva, el centro de la aristocracia porteña. De Marchi impulsó, junto a la Sociedad Sportiva y el legislador Manuel Carlés (hermano del fundador de la Liga Patriótica), la implementación de los “batallones escolares”, es decir, que los alumnos realicen su educación física en los barracones militares, un proyecto que no le aprobaron finalmente, pero que planteaba un debate que continúa todavía hoy: ¿cuál era la razón por la que el Estado debía impulsar el deporte?

La decisión de salir aquella noche de mayo a perseguir trabajadores y sindicalistas tenía una segunda motivación, además de sus ideas políticas: en el marco de las celebraciones por los cien años de la Revolución, estaba encargado de organizar una competencia multideportiva a la que apodó los Juegos Olímpicos del Centenario, para la que viajaron atletas de toda América, además de deportistas de Bélgica, Alemania, Francia, Italia y España, incluida la leyenda Dardo Pietri, quien cruzó primero la línea de la maratón en los Juegos de 1908 en dramática forma, a punto de desmayarse y auxiliado por miembros del público (entre ellos, Arthur Conan Doyle) y que por esa ayuda sería descalificado.

Los Juegos finalmente se llevarían a cabo en una Argentina convulsionada, con algunos reportes señalando el éxito y otros el fracaso del evento, una lógica propia de esa eterna grieta que divide al país. Pero la “travesura” de De Marchi enojó a Coubertin, a quien nada le gustó que se usara el nombre “Juegos Olímpicos” sin autorización y en contra de lo señalado en la Carta Olímpica. Como consecuencia, expulsó a Quintana del COI por 16 votos contra 1 y decidió “no reemplazarlo”, según figura en el acta de su 11° sesión, celebrada en junio de 1910. Argentina se quedaba sin representante olímpico y se abría una grieta entre el país y el olimpismo que llevaría 14 años cerrar.

## 7.4. El Comité Olímpico Argentino

Tras la expulsión de Quintana, Argentina tampoco conseguiría fondos para ir a los Juegos de 1912 y 1920. En el país soplaban vientos de renovación, que marcarían el desembarco en el

poder de Hipólito Yrigoyen y la Unión Cívica Radical en 1916, tras 42 años del régimen conservador del Partido Autonomista Nacional: ganaron las primeras elecciones en 1874, luego de que Sarmiento estableciera la ley 623, según la cual al lado del voto figuraba el nombre del votante. Muchos no iban a votar por miedo o votaban según lo indicado. También, en aquellos tiempos, votaban los muertos.

El fraude mantuvo a los conservadores en el poder casi medio siglo, hasta que, en 1912, en el marco de una interna del partido y como un modo de evitar que el creciente descontento popular terminara echándolos del poder, se sancionó la ley Sáenz Peña, que estipulaba el voto universal (pero sin las mujeres, todavía), secreto y obligatorio. La ley, sancionada por las élites para sostener el poder, terminó provocando su salida en 1916 y el ingreso del radicalismo: eran tiempos de cambio, y ello se reflejaba también en el deporte, con la aparición de cientos de clubes de barrio por todo el país apropiándose y criollizando la actividad deportiva y el avance del fútbol en la esfera pública. El clima de época, sumado a los esfuerzos fallidos por procurar fondos para los Juegos de 1912, provocaron la paulatina desaparición del centro de la escena de la Sociedad Sportiva Argentina de De Marchi.

Argentina, además, volvía a tender un puente hacia el olimpismo, con la designación de Marcelo Torcuato de Alvear, entonces embajador en Francia, como miembro del COI en 1921. Alvear era el emblema del *sportsman*, un hombre de la élite criolla, adinerado y aficionado a una multiplicidad de deportes, ganador de la primera carrera a motor de la historia argentina, nadador, esgrimista, tirador y boxeador; un *dandy* que desafió a la sociedad con su casamiento y que dilapidaría en sus aventuras su increíble fortuna.

“En 1919, siendo ministro plenipotenciario en Francia del presidente Yrigoyen, Alvear fue nombrado presidente honorario del Comité de los Juegos Olímpicos, que trabajaba arduamente para que nuestro país estuviera presente en los Juegos de Amberes del año 1920, cosa que no sucedió porque el Congreso Nacional no llegó a autorizar los fondos para solventar el viaje de los atletas argentinos. Esto lo marcó a Alvear”, escribe Lupo (2004, p. 73): apenas tres años más tarde, se convertiría en presidente de la Nación, elegido por Yrigoyen para sucederlo, e iniciaría el intento más profundo hasta el momento de impulsar el deporte de alto rendimiento al Estado.

Con resultados mixtos: porque cuando el presidente Alvear pidió fondos para que la delegación argentina forme parte de lo que serían los primeros Juegos Olímpicos con un equipo nacional, los de París 1924, el Congreso ni siquiera votó el proyecto, como ya le había ocurrido en 1920: el debilitado *lobby* de la desfalleciente Sociedad Sportiva (De Marchi se había marchado a la Primera Guerra para combatir por Italia, y volvió a un país donde se habían celebrado por primera vez elecciones libres) tampoco había podido empujar al tratamiento del proyecto en las cámaras. Alvear dictó entonces un decreto, el 31 de diciembre de 1923, asignando una partida de 250.000 pesos para sufragar los gastos de la participación, con fondos de premios no cobrados de los beneficiarios de la Lotería Nacional. En el mismo decreto, creó el Comité Olímpico Argentino.

Pero ya había otra organización con intenciones de nuclear a las distintas federaciones deportivas nacionales: la Confederación Argentina de Deportes había sido fundada en 1921 por

“las federaciones deportivas, que cada vez más distanciadas del patriciado, aprovecharon el momento para crear la CAD” (Fernández Moores, 2010, p. 78).

La CAD emergió a partir del fracaso del Comité Pro-Juegos Olímpicos, encabezada por el esgrimista Eugenio Pini y con De Marchi en el grupo, para conseguir fondos en 1920. Tras la derrota en la legislatura, “el Comité Pro-Juegos Olímpicos estuvo prácticamente inactivo durante el año que siguió al frustrado intento por enviar la delegación a Amberes, lo cual exasperó a varios dirigentes deportivos, quienes percibieron una oportunidad para crear una institución alternativa que nucleara a las federaciones deportivas y proveyera de sostén al deporte nacional” (Daskal, Torres, Sazbón, 2021, p. 13). Así el 4 de julio se formó la CAD, una institución que pensaba el deporte más allá del alto rendimiento olímpico, y cuyos miembros ya habían protestado el carácter exclusivista del Comité Pro-Juegos Olímpicos (Daskal, Torres, Sazbón, 2021, p. 11). CAD y COA encarnarían ideas y modelos deportivos enfrentados. Pero a la vez, se fusionarían durante buena parte del siglo XX.

Es que Alvear, como miembro del COI, había prometido a Coubertin no solo la presencia argentina en los Juegos, sino además la creación de un comité olímpico nacional, misión en la que había fallado Quintana. Pero las federaciones se organizaron bajo la CAD, más preocupadas por la organización local que por la participación en los Juegos Olímpicos (a los que hasta ese momento Argentina no había concurrido), generando una lucha de poder en el seno del deporte olímpico que el presidente Alvear resolvería justo antes de su salida, reconociendo en 1927 a la CAD como el Comité Olímpico Argentino. “Para esto la CAD debió reformar sus estatutos, a fin de encargarse de la intervención de los deportistas en los Juegos Olímpicos” (Lupo, 2004, p. 78). En aquel año nació la CAD-COA, que regiría el deporte hasta su separación en 1956.

Lo cierto es que Alvear lo logró: en sus primeros años de gobierno, creó un comité olímpico nacional y envió una comitiva argentina a París 1924. 77 atletas viajaron a la Ciudad de la Luz y trajeron seis medallas, incluido un oro: la del polo, conquistada con un equipo formado por una mayoría de apellidos ingleses. Aunque faltaron dos nombres en aquel equipo: los descendientes de ingleses Johnny Traill y Louis Lawrence Lacey, los dos primeros handicap 10 de la historia nacional del polo, habían competido siempre bajo bandera británica y hasta habían combatido para el imperio durante la Primera Guerra Mundial. Pero conocida la participación en el torneo de Argentina, ambos se negaron a competir contra su hogar y se bajaron del equipo inglés. Argentina sorprendió al mundo con la potencia de sus caballos y su estilo de cabalgar y se posicionó como la potencia mundial del polo que sigue siendo hoy. Lamentablemente, el deporte sólo tuvo otra aparición olímpica, en 1936, donde Argentina volvió a ser oro en un torneo de apenas cinco equipos.

Aquel oro del polo en 1924 fue una de las dos primeras medallas argentinas: el mismo día, el rosarino Luis Brunetto sorprendía al conquistar la plata en salto triple (con récord olímpico). Completaban la cosecha de preseas en 1924 las cuatro conquistas del boxeo: los triunfos de los púgiles argentinos continuarían en 1928, con dos oros y dos platas, y sumados a la conquista de la presea plateada por parte del equipo de fútbol (que rompería con el amateurismo y se profesionalizaría dos años más tarde) reflejaron la creciente criollización del deporte en la vida nacional.

La cosecha de aquellos Juegos la completaron el mencionado bronce de la esgrima y una medalla que nunca más se repetiría: un oro en natación, que llegó de la mano de Alberto Zorrilla en los 400 libres.

Los de 1928 fueron los últimos Juegos de Alvear. Lo sucedió Yrigoyen, bajo quien, en 1929, se aprobaron por primera vez fondos públicos para el esfuerzo olímpico: en septiembre de ese año se acordó por ley un subsidio a la Confederación Argentina de Deportes para concurrir a las ediciones IXº y Xº de los Juegos Olímpicos, Los Ángeles 1932 y Berlín 1936. Así terminaba de nacer la política deportiva en Argentina.

## 7.5. La popularización

La primavera democrática llegaría rápido a su fin en Argentina, sin embargo, a Alvear lo sucedió Yrigoyen, pero su segundo mandato duraría solo dos años, interrumpido por el golpe de Estado impulsado por el general José Félix Uriburu y la Standard Oil. Dos años más tarde, el presidente de facto dejaría el cargo tras unas elecciones fraudulentas en las que el radicalismo estuvo proscripto: asumió entonces el antiguo ministro de Guerra de Alvear, Agustín Pedro Justo, quien había sido testigo de las transformaciones del deporte de un entretenimiento de élites a una pasión popular. No era un hombre de deportes, como Alvear, pero olfateó que había posibilidades de utilizar de forma política el deporte. Una idea que quizá nació el 27 de septiembre de 1924, cuando la Selección Argentina de Fútbol enfrentó en la cancha del Club Sportivo Barracas al campeón olímpico, Uruguay: ganó Argentina, 2 a 1, y “tras un gol argentino de Cesáreo Onzari, producto de un tiro de esquina, el público invadió el campo de juego para expresar su alegría, por lo que debió suspenderse el partido. Se siguió jugando el jueves 1º de octubre de 1924, con un alambrado alrededor del campo para evitar la invasión de público. Desde entonces se denombra ‘olímpico’ al gol convertido mediante un córner y, también, al alambrado que rodea a la cancha” (Lupo, 2004, p. 89).

Agustín Pedro Justo estuvo en la cancha aquel día y fue observador de ese desborde de pasión: cuando asumió el mando, ya había percibido “la profunda influencia política y social del deporte, fundamentalmente del fútbol. Iba al fútbol con frecuencia, pero no por vocación. Toda su aproximación al deporte era racional e intelectual”, escribió al respecto el historiador Rosendo Fraga, para quien las políticas en torno del deporte anticiparon las de Perón, una década más tarde. “Se dio cuenta de la posibilidad de hacer una utilización política y social del deporte” (Lupo, 2004, p. 88).

La evidencia del poder del deporte forzaba a los sectores conservadores de la sociedad a cambiar su perspectiva sobre el mismo, que tenía un lugar central en la vida social del país, impulsado por el espacio que ganaba en la conversación pública en alianza profunda con los medios: como en todo el mundo, el deporte encontró en los diarios, revistas y radios compañeros de ruta que aumentarían las concurrencias a los estadios y las ganancias alrededor de cada evento, empujando a la profesionalización, particularmente del fútbol.

La revista El Gráfico ocuparía un lugar central en esa alianza: desde el lugar marginal de la cultura popular se introduciría en la cuestión sobre el ser nacional y la identidad argentina: “Intervinieron con una construcción identitaria no legítima (porque el lugar legítimo es la literatura o el ensayo), pero pregnante en el universo de sus públicos. Así el fútbol se transformó en la revista El Gráfico, soporte hegémónico de esta práctica desde los años 20, en un texto cultural, en una narrativa que sirve para reflexionar sobre lo nacional y lo masculino” (Lupo, 2004, p. 62).

“La identidad nacional de los argentinos se formó gracias a los polistas, futbolistas y bailarines de tango, que desde muy temprano en el siglo nos representaron en el exterior. Siempre se habló de la importancia de la exportación de carnes y granos, pero no eran las mercancías más importantes, si tomamos en cuenta que los ídolos de la música y del deporte fueron los que crearon la imagen romántica que en el exterior se tenía de los argentinos”, explicó al respecto, en una entrevista, el antropólogo Eduardo Archetti (Libedinsky, 1999), quien en sus textos “El potrero, la pista y el ring” y “Masculinidades: fútbol, polo y tango en Argentina”, define diferentes formas del ser nacional a partir del deporte, estereotipos que, explica, fueron diseminados desde medios como El Gráfico.

El fútbol, el boxeo y el automovilismo, los deportes de mayor popularidad (y venta de revistas) se transformarían con el correr de los años en el centro de la revista, pero por entonces todavía persistía la cultura multideportiva de las élites inglesas en el imaginario argentino, y Juan Carlos Zabala, heroico oro y récord olímpico en la maratón de Los Ángeles 1932, tuvo su tapa, una de las cuatro medallas que consiguió la pequeña delegación de 32 atletas que viajó a Estados Unidos (el boxeo cosechó las restantes tres preseas, incluidos dos oros).

El tamaño de la delegación se debió a que Justo había tomado la decisión de reducir al máximo el presupuesto destinado a la representación argentina en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 1932, aduciendo las dificultades económicas generadas por la Gran Depresión que afectaba al mundo: el recorte provocó un conflicto con un grupo de deportistas que no conseguían la forma de afrontar los gastos de entrenamiento, transporte y estadía, un conjunto de atletas encabezado por el abanderado de aquella delegación, el ya oro olímpico Alberto Zorrilla, que ante la falta de respuestas decidió excluirse del equipo argentino. Oficialmente se informó que Zorrilla estaba enfermo.

Justo fomentó el recorte de gastos ante la crisis, pero su interés en la utilización política del deporte era firme, al punto de anotar a Buenos Aires como potencial sede en 1936 y 1940, aunque no se completaron los pasos burocráticos: la primera candidatura consumada fue para los Juegos Olímpicos de 1956, perdida en 1949 por un voto ante Melbourne, a la que le siguieron postulaciones para los de 1968 y 2004. Los Juegos del '40 fueron adjudicados a Tokio, y luego, en el marco del comienzo de la segunda guerra chino-japonesa, pasaron a Helsinki, antes de ser finalmente cancelados por la Segunda Guerra Mundial.

Los Juegos del 36, claro, fueron los de Berlín: Argentina nutrió un poco más su delegación, subiendo a bordo del Cap Arcona, el crucero que sería hundido en el final de la Segunda Guerra, 51 atletas. Y entre los deportistas que atravesaron durante 21 días el océano se encontraba Jeanette Campbell, la primera mujer argentina en ser olímpica, y única mujer a bordo del Arcona.

Viajaba, además, con pena en el corazón, porque su novio (luego marido) Roberto Peper, que había competido en 1932, no pudo subir al barco por falta de fondos. “Me la pasaba todo el día practicando en una pequeña piscina del barco con mi entrenador, Juan Carlos Borrás, quien compró un gomón al cual me ataba y en una pileta de dos metros de largo; mientras yo braceaba, el gomón me tiraba para atrás”, contó Campbell tiempo después.

Autodidacta, Campbell compitió por primera vez en la escena internacional solo un año antes: en 1935 se autorizó por primera vez a las mujeres para competir en los campeonatos sudamericanos, y allí Jeanette bajó récord tras récord mientras era secretaria en el frigorífico Swift ocho horas por día y con apenas 19 años. Un año después, el 10 de agosto de 1936, Campbell se lanzaba en la final de los 100 libres olímpicos: “Pese a una mala largada, enseguida estuvo adelante, pero no pudo aguantar el final de la holandesa Rita Maestenbroek, que logró conseguir el récord olímpico con un tiempo de 1:05.09. La argentina consiguió el segundo lugar en los 100 metros libres con un tiempo de 1:06.4 (récord sudamericano que recién fue quebrado 28 años después) y de este modo logró la primera medalla de plata olímpica femenina para nuestro país” (Lupo, 2004, p. 106).

Campbell fue una fuerza de la naturaleza: perdió solo tres pruebas en diez años, pero la Segunda Guerra Mundial frustró su chance de buscar el oro olímpico en 1940. Se retiró en 1941, se casó con Peper y tuvieron a Susana, que compitió en los Juegos de 1960: en aquellos Juegos, Jeanette llevó la bandera como un resarcimiento a su carrera y a aquella chance perdida.

Argentina completó su cosecha en 1936 con el mencionado oro del polo, cuatro preseas más para el boxeo (incluido un oro) y un bronce del remo (Horacio Podestá y Julio Curatella). Al año siguiente, Justo impulsó la Ley Nacional 12.345, que en su artículo 29º creó una Comisión Asesora Honoraria para administrar el Fondo de los Deportes. El nombre prometía pero, acorde con los tiempos que corrían, el dinero del fondo sería utilizado mayoritariamente para colaborar en la construcción de los estadios de fútbol y ganarse el favor del público.

## Referencias

- Archetti, E. (2001). *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Daskal, R., Sazbón, D., Torres, C. (2021). *Historia de la Confederación Argentina de Deportes (1921-2021)*. Escobar: GES Deportes.
- Fernández Moores, E. (2010). *Breve historia del deporte argentino*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- Libedinsky, J. (2001). Fútbol, polo y tango, los tres pilares de la identidad argentina. *La Nación*.
- Losada, L. (2021). *La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial: Bernal.
- Lupo, V. (2004). *Historia política del deporte argentino*. Buenos Aires: Corregidor.

- Pochat, V. (2012). *Coronados de Gloria: la historia inédita de las medallas olímpicas argentinas*. Buenos Aires: Corregidor.
- Rodríguez, E. (2016). *Libro II de los Juegos Olímpicos*. Buenos Aires: Deporte de la Nación.
- Rodríguez, E. (2012). *Ser Olímpico*. Buenos Aires: Ediciones Al Arco.
- Scher, A.; Blanco, G. y Búsico, J. (2010). *Deporte Nacional. Dos siglos de historia*. Buenos Aires: Emecé.

# CAPÍTULO 8

## El deporte en la era de Perón

### 8.1. Las políticas de Perón

“El mejor hombre no es el sabio ni el físicamente poderoso, ni el poderoso espiritualmente; el hombre mejor es el que coordina en forma más completa estas tres conquistas del hombre sobre sí mismo. La grandeza del hombre está en su equilibrio y no en ningún desequilibrio; en su inteligencia, su alma y cuerpo...”: la frase es de Juan Domingo Perón (citada en Rosas, 1987, p. 77), que como presidente, entre 1946 y 1955, transformaría profundamente el deporte argentino, que se convertiría bajo su mandato en una cuestión de Estado.

Perón apoyaría durante su presidencia al alto rendimiento, además de ensanchar con una serie de políticas públicas la base deportiva, que era hasta hace pocos años un recodo de las élites. Sin embargo, como el país, cuya fuerza trabajadora crecía tras años de inmigración y urbanización, el deporte, particularmente el fútbol y siempre el boxeo, había ganado fuerza en las masas: Perón impulsaría a ese sector social al centro de la escena, y eso incluyó extender la popularización del deporte más allá de los confines del fútbol, mostrándoles a miles de jóvenes otras posibilidades deportivas, y mostrando al deporte como una de las tantas vías para integrar a la clase popular al mercado.

Pero el deporte no solo tendría ese rol social: Perón veía al deporte como un símbolo del ascenso social, el sueño peronista; y a los deportistas exitosos como embajadores del éxito del modelo impulsado durante su presidencia. Fueron los nuevos héroes, símbolo de una nueva era.

Esta nueva etapa de la historia argentina se abrió al cerrarse la “Década Infame”: Agustín P. Justo fue el emblema de aquellos años ‘30, en los que mediante golpes y fraude se retrocedió en las medidas populares tomadas por los gobiernos radicales en la década previa. Pero los años de Justo fueron también los primeros en los que el deporte se convirtió en una cuestión de Estado, una relación que se profundizaría en la siguiente década, cuando el péndulo de la política argentina volviera a lanzarse hacia el otro lado: con la llegada de Juan Domingo Perón al poder, el deporte nacional de base y de alto rendimiento iniciaría una verdadera revolución impulsada por las frondosas arcas del Estado nacional durante la posguerra, un período de eventos deportivos en suelo patrio, campeones mundiales, gran representación olímpica y una verdadera popularización del deporte, más allá del fútbol.

Perón llegó al poder en 1946, pero la “Década Infame” culminó su proceso en 1943, con el golpe del Grupo de Oficiales Unidos al presidente Ramón Castillo. Y ya desde ese momento comenzó a prepararse la escena para las políticas deportivas que sostendría el gobierno nacional desde 1946:

“Algunos de los cortes históricos para el deporte que marcó el peronismo se prefiguraron desde junio de 1943, cuando un golpe de Estado encabezado por el Grupo de Oficiales Unidos, del que Perón formaba parte, derrocó al presidente Ramón Castillo y cerró la etapa que había inaugurado otro golpe, el de 1930. No estuvieron todavía las políticas estatales activas dirigidas al deporte, pero sí perdieron espacio ciertos dirigentes del orden conservador que pesaban mucho en algunas instituciones deportivas” (Scher, Blanco y Búsico, 2010, p. 283).

El coronel Juan Domingo Perón estableció una alianza precaria con los sindicatos, principalmente los socialistas, para hacerse cargo del irrelevante Departamento de Trabajo: lo transformó en la Secretaría de Trabajo y Previsión e impulsó desde allí un programa de reformas laborales de acuerdo con las reivindicaciones sindicales tradicionales que se convertiría en la base de su popularidad con una masa laboral que la política nunca había considerado, excepto para reprimir. Fue desde ese cargo que comenzó a construir una idea de Estado fuerte, amplio, sostenido por un fervor de los históricamente postergados trabajadores al filo del sentimiento nacionalista y alimentado por la capitalización de las arcas argentinas gracias a la situación de un mundo sumido en un proceso de guerra y posguerra que dejaría devastada a Europa.

El deporte sería una parte crucial de esa arquitectura. Y Perón, como ya adelantamos, era un hombre de deporte. Durante su juventud había practicado con particular excelencia el boxeo y la esgrima, además de tiro, polo, natación, fútbol, esquí y básquetbol, entre otros deportes, acorde a la usanza de aquellas épocas en las que el deporte todavía no se había especializado y era más bien un entretenimiento pasajero para caballeros. De todos modos, bien podría haberse dedicado exclusivamente a la práctica de la esgrima: fue durante una década la espada más destacada del país.

“A partir de 1918 y por espacio de 10 años consecutivos, desde el grado de teniente a mayor del Ejército Argentino, Don Juan Perón retuvo el título de campeón militar y nacional de espada. Su dirección en la actividad colectiva se puso de manifiesto cuando adiestró al equipo que en 1926 se adjudicó el título en el Campeonato Militar de Fútbol. Seleccionado en esgrima para participar en los primeros Juegos en los que intervino Argentina (los Juegos Olímpicos de París 1924), no pudo concurrir, siendo una de sus grandes frustraciones deportivas, al decir de algunos, por ser denegado el permiso solicitado como oficial al entonces ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, quien justificó la negación, por el hecho de haber ‘muchos militares argentinos

estudiando en Europa'. Al decir de otros, porque el teniente Perón, como militar, no aceptó que la capitánía de la delegación estuviera a cargo de Pedro Nazar Anchorena (un aristócrata amigo del presidente Marcelo T. de Alvear). Su reemplazante en el equipo fue Alberto Lucchetti, hijo de su profesor de esgrima, José Lucchetti, un italiano oriundo de la provincia de Pavia, que era maestro del Ejército Argentino" (Lupo, 2004, p. 122)

También fue avezado boxeador: el periodista Ariel Scher, en su libro "La Patria Deportista", revela que "con un dinero ganado por su derrota por nocaut en una pelea de boxeo frente al 'malevo entrerriano' Tapia, en la provincia de Entre Ríos, fundó el Boxing Club de Paraná, entidad pugilística pionera del Interior del país. Perón fue un fanático de este deporte (admirador de J. Suárez, Gatica, Selpa y Prada) y hasta en la 'catedral boxística' del Luna Park conoció a quien sería su segunda esposa, Eva Duarte" (Scher, 1996).

Su pasado deportivo colocó, desde su llegada al poder, al deporte en el centro de la construcción de la nueva Argentina que imaginaba. El deporte fue "un dispositivo eficaz para la construcción de una nueva referencialidad nacional", escriben Alabarces y Rodríguez (1997). "Conocedor de la importancia de los triunfos deportivos para fortalecer internamente a la sociedad y sostener el imaginario de una Argentina que aspiraba al liderazgo continental, fomentó la competición de los representantes nacionales en los eventos más importantes. En cuanto a los destacados desempeños conseguidos tanto a nivel local como internacional, fueron generalmente interpretados como un importante aporte para el país, si bien algunas veces eso rozó la ingenuidad", agregan Scher, Blanco y Búsico (2010, p. 282). Además, "la ampliación de las actividades deportivas le sirvió a Perón, un hombre aficionado al deporte, para desarrollar una comunicación de signo particular con sus seguidores", agrega Scher (1996).

Motivado por estas posibilidades del deporte, Perón sería quien hiciera realidad la noción, entonces inédita, del deporte como un derecho del pueblo. Durante años se había avanzado sobre la importancia de la actividad física en la población, pero entre los usos y costumbres de una era donde buena parte de los clubes (la mayoría, excepto los futbolísticos) eran para las élites y las reglamentaciones que cambiaban con cada color político, el deporte organizado no había sido apoyado nunca desde el Estado.

"Perón es el primer gobernante que hace el gran cambio con respecto a la mentalidad argentina en el deporte. Incluye al deporte entre otros derechos sociales y lo propicia, entre otras cosas, como una manifestación cultural. El pueblo irrumpió en un campo antes destinado a una franja más pequeña de la población y esa irrupción permitió a muchos chicos descubrir nuevos deportes, que el deporte era algo más que patear la pelota un domingo", explica el fenómeno Osvaldo Arsenio en "Breve historia del deporte argentino", de Ezequiel Fernández Moores (2010, p. 138). Al igual que con el resto de sus políticas, Perón garantizó con una serie de leyes el acceso de una fuerza trabajadora históricamente oprimida a espacios inéditos, concibiendo el deporte como una herramienta más para la integración de una clase social pulsante. Como describe Raanan Rein (2018, p. 27), "el peronismo enfatizó el valor moral, estético e higiénico del deporte, aunque muy especialmente resaltó su aspecto social". Además, agrega, "el impulso

dado a los deportes que no tuvieran que ver con el fútbol se presentaba también como una manera de romper el monopolio de la oligarquía sobre determinadas disciplinas”.

“La importancia que tiene este período para indagar en la relación entre deporte y nacionalismo, reside en tres aspectos que aparecen como datos fuertes de estos años: la expansión deportiva –ya sea desde el punto de vista comunitario como el de alto rendimiento–; el auge y la consolidación de la industria cultural de sólido rasgo intervencionista; y la irrupción en la esfera política de un nuevo actor social, las clases populares, llamadas a ser el protagonista y el destinatario de las políticas de Estado. Esta aparición en escena de las clases populares y su nominación como “pueblo”, al tiempo que define la interpellación populista como marco del período al convertir a las masas en pueblo y al pueblo en Nación, colocó al deporte como un dispositivo eficaz en la construcción de una nueva referencialidad nacional (...) Este imaginario nacional no discurría despegado de lo que efectivamente se implementaba desde el Estado. Su fortaleza derivaba también de una verdadera redistribución del Producto Bruto Interno que permitía la asignación de recursos a políticas sociales en general. Inscripciones en el marco de una participación democrática ampliada, las políticas deportivas estaban destinadas a la participación deportiva comunitaria. Pero también a mejorar el desempeño del Alto Rendimiento, para lo cual se creó un marco regulador innovador para la época” (Alabarces, Rodríguez, 1997).

Perón inició su gestión aumentando el presupuesto para el deporte y la actividad física, y durante los primeros años se destacaron grandes obras de infraestructura (unas 75.000 realizadas en su primer gobierno), entre ellas algunos de los principales estadios de fútbol del país, el Autódromo, el Velódromo, los Centros de Educación Física, el predio de Ezeiza y otros. El gobierno además cedió terrenos fiscales para la creación de clubes y centros deportivos que, protegidos desde el Estado, florecieron y se convirtieron en el corazón del deporte.

El alto rendimiento, por primera vez, tendría un apoyo consistente y sostenido de parte del Estado: se acababan (provisionalmente) los años de pelear en el Congreso por unas monedas para poder viajar a los Juegos Olímpicos o competir internacionalmente. En una era de deporte todavía amateur en la mayoría de sus disciplinas, el apoyo estatal, que a menudo expendía viáticos y se materializaba en premios o en algún cargo simbólico en la administración pública que permitía dedicarse a la actividad deportiva sin distracciones, implicó un fuerte impulso a la Argentina olímpica. De hecho, en 1950 se dictó un decreto para conceder licencia a deportistas que trabajaran en la Administración Pública Nacional, para que puedan dedicarse a la preselección, selección y participación en los Torneos Internacionales. Esta disposición es el primer antecedente de la vigente Ley 20.596/73 de “Licencia Especial Deportiva”.

La segunda parte de la política deportiva de Perón apuntaba a ampliar la base de deportistas facilitando el acceso a todo tipo de actividades deportivas desde la infancia, desde los Campeonatos Evita, que permitió a miles de chicos conocer actividades reservadas para las clases altas.

Lanzados desde la Fundación Eva Perón, los Evita, que en apenas tres ediciones pasaron de congregar 15 mil jóvenes a reunir más de 100 mil, se financiaban con un 60% de fondos que provenían de la donación anual de dos jornales que efectuaban los trabajadores argentinos (el del 1º de mayo y el 17 de octubre), y solo podían participar quienes se realizaran un examen médico preventivo, gracias a otro decreto del gobierno nacional influenciado por las ideas del Dr. Ramón Carrillo, una política que permitió al Estado tomar por primera vez contacto con el Estado de salud de miles de infancias marginadas. Los Campeonatos conjugaron la actividad física con los controles de salud y la detección precoz de enfermedades, a las que accedía una población masiva de forma simple: en 1954 los participantes superaron los 200 mil jóvenes.

Por supuesto, en una era de profunda grieta política, no todos celebraron aquellos torneos nacionales escolares a pesar de sus evidentes beneficios: “En la mirada peronista, se destacó que fue la posibilidad de miles de chicos de acceder a lo que les venía resultando imposible. En la mirada antagónica, se percibió a los Campeonatos Evita como un camino más para captar adhesiones políticas” (Scher, Blanco y Búsico, 2010, p. 284). No es un dato anecdótico, teniendo en cuenta el modo virulento en que se desarticularían políticas valiosas tras el golpe a Perón, en 1955.

## 8.2. La grieta

Las políticas deportivas fueron un éxito: más allá de múltiples campeones del mundo y representaciones frondosas en Juegos Olímpicos y mundiales, en pocos años floreció en Argentina una profunda cultura deportiva, con arraigo en los clubes de barrio y con una diversidad de ofertas para todos los ciudadanos que constituyó un auténtico fenómeno social para la época. “Esos diez años fueron ejemplares y no hubo, posteriormente, otros intentos sistemáticos de vincular al deporte con la nación a través de políticas estatales claras y articuladas”, escribió Archetti (2005, p. 28).

Pero en Argentina había una división profunda, heredada de las rencillas políticas del pasado: la irrupción de las clases populares en los espacios públicos no hizo sino profundizar esa grieta. Antes del golpe, impulsado por la oligarquía, un profundo sentimiento antiperonista comenzó a crecer, y a medida que en los años del peronismo progresaron las posturas políticas ese sentimiento recrudeció, gestando las condiciones de la llamada Revolución Libertadora de 1955.

De esa tensión entre peronistas y antiperonistas también sería parte el deporte, durante y después del gobierno peronista: “De un lado, los peronistas, del otro, los antiperonistas. De un lado, los que decían que sí, que por fin, que la hora de que alguien se ocupara del pueblo a través del deporte había llegado y que ese alguien era Juan Domingo Perón; del otro, los que decían que no, que no había un interés genuino en la gente, que lo que hacía Perón –con el deporte, con el país, con todo– era pura demagogia”, escriben Scher, Blanco y Búsico (2010, p. 281): el antiperonismo sostenía que la inversión en deporte era otra medida personalista, para ganar votos y fidelidad, de Perón con su base de votantes. Propaganda política que, además,

insuflaba en el pueblo sentimientos nacionalistas que muchos consideraban peligrosos a la salida de la violencia y destrucción de una Segunda Guerra Mundial impulsada por histéricos sentimientos nacionalistas.

Y es cierto que es imposible separar las políticas deportivas de Perón de su intención de crear un sentimiento nacionalista, la idea en el pueblo, y en todo el mundo, de una nueva Argentina: el presidente solía decirles a los atletas exitosos que los consideraba embajadores, como escuchó el entrenador de la selección campeona mundial de básquet en 1950, Jorge Canavesi: “A mí no me preocupan las ideas políticas que tengan. Lo que ustedes acaban de hacer por la Argentina es mejor que el trabajo de cien embajadores”, les dijo a los campeones Perón; y al billarista Ezequiel Navarra: “Los deportistas son los mejores embajadores que tiene el país”.

El deportista era símbolo de la nueva Argentina, porque era símbolo de la movilidad social y expresaba el poderío de una nación que emergía como una potencia en aquellos años de posguerra. Por eso no dudó, por ejemplo, en lanzar la carrera europea de Juan Manuel Fangio. “Todo el mundo se empeña en disimularlo, pero Fangio fue un campeón peronista. Perón le arma la campaña en el exterior. No hubiera existido Fangio sin peronismo”, dice Alabarces en la “Breve historia” de Fernández Moores (2010, p. 158): efectivamente, el peronismo le compró dos autos para correr, y le pagó un sueldo como agregado en la Embajada argentina en Roma hasta 1950. “Sin apoyo económico, Fangio, que era hijo de un albañil, empezó a trabajar a los 11 años en un taller y ni siquiera logró terminar la escuela primaria, jamás habría llegado a Europa. El chacarero estaba lejos de tener el origen terrateniente de otros celebrados pilotos” (Fernández Moores, 2010, p. 158). Fangio corría entre hombres de élite, y por eso su filiación al peronismo ha sido diluida en las historias oficiales del piloto.

El caso Fangio explica la importancia de la política deportiva en aquellos tiempos. Eran tiempos donde no había estructura legal para apoyar de forma sistemática al alto rendimiento, que además obligaba en la mayoría de los deportes a un amateurismo que hubiera sido infringido con cualquier tipo de política de financiamiento (de hecho, se discutía mucho la política de la URSS, que decía que todos sus atletas eran soldados pero que en realidad recibían una renta para entrenar). Pero con viáticos, licencias laborales y premios, el peronismo consiguió permitirles a sus atletas dedicarse al deporte, viajar por el mundo, competir y prepararse de la mejor forma para los grandes eventos. “A cambio, sus triunfos eran ‘nacionalizados’, expresados como el triunfo de una patria popular que reflejaba los ideales de movilidad social e igualdad de oportunidades” (Scher, Blanco y Búsico, 2010, p. 283): en su campaña para la reelección, Perón se mostraría con el fruto de su primera gestión, los Fangio, los Cabrera, los Pascual Pérez, las Terán de Weiss. Los exitosos deportistas que la gestión política había creado y que, entre el impulso de la propaganda nacional y el crecimiento de una cultura deportiva profunda en el país, se habían convertido en los nuevos héroes populares. Varios de ellos, incluso, saltarían al cine y la televisión, convertidos en celebridades.

### 8.3. Los primeros éxitos del modelo

El apoyo peronista al deporte de alto rendimiento tuvo inmediato éxito: dos años después de la llegada de Perón al poder, Argentina viajó a Londres para disputar los Juegos Olímpicos de 1948 con el apoyo del Estado, en la que terminaría siendo la cita más exitosa de la historia olímpica del país.

Las siete medallas igualaron la marca de Amsterdam y Berlín, mientras que los tres oros sólo fueron igualados por la actuación en Amsterdam y, 68 años más tarde, por la actuación en Río, aunque en 2016 Argentina trajo cuatro medallas en total. Argentina llevó a Londres, además, su comitiva de atletas más numerosa de la historia hasta Río 2016: para tomar dimensión, los 242 deportistas que compitieron en Londres lo hicieron en unos Juegos con 136 eventos en 17 deportes; en Río, la cita que más se acercó a esa histórica cifra de competidores argentinos, hubo 213 deportistas nacionales en un Juego que tuvo 306 eventos en 28 deportes. (La cifra de representantes en Londres varía según la fuente).

El boxeo fue otra vez el gran aportante de medallas para el país en aquellos Juegos: Mauro Cía, uno de los atletas del peronismo que luego se volcaron al cine, se llevó el bronce, y sumaron dos oros Rafael Iglesias y un emblema del deporte peronista, Pascualito Pérez, el peso mosca que seis años más tarde se convertiría en el primer argentino campeón del mundo.

Pascual Pérez nació en Mendoza en el seno de una familia de clase trabajadora, y desde muy pequeño trabajó como labrador para el grupo familiar: el oro de Londres, sin embargo, le permitió iniciar una carrera exitosa primero en el amateurismo y luego como profesional, impulsada desde el gobierno peronista. Fue uno de los emblemas deportivos de la gestión, un ícono peronista a la altura de Gatica, aunque este último era bastante más odiado por sus formas polémicas. Tan odiado por los antiperonistas era José María que tomaban partido por su clásico rival, el rosarino Alfredo Prada, pero Prada era tan peronista como Gatica, que le contó a Fernández Moores en su “Breve historia” que a Perón tampoco le gustaban las actitudes desafiantes de Gatica.

“Pascual Pérez es el caso más dramático de ascenso social y en ese sentido es el deportista que mejor representa al peronismo, pero en términos culturales Gatica es el peronismo en estado puro. ¿Qué hubiera pasado si le ganaba a Ike Williams? Pero Gatica tenía que perder con Williams, porque pierde con Williams por negro, disipado, borracho, mujeriego, con lo cual también es un buen peronista”, dispara en esa entrevista, picante, Prada (Fernández Moores, 2010, p.155).

La Argentina patricia aportó dos medallas de plata: Carlos Enrique “Patoruzú” Díaz Sáenz Valiente, también reconocido automovilista, quedó segundo en la prueba de 25 metros con pistola rápida (calibre 22) de tiro, única medalla del deporte para Argentina; y la vela comenzó su aporte con la plata de la clase 6 metros. El yate Djinn ganador de la plata estaba conformado por varios veteranos de la navegación y tres miembros de una misma familia: Julio Sieburger (56 años), Enrique Conrado Sieburger (50 años), Enrique Adolfo Sieburger (24 años), hermanos e hijo, fueron acompañados por Emilio Homps, Rufino Rodríguez de la Torre (47 años) y Rodolfo Rivadear (20 años).

Fueron, sin embargo, los grandes Juegos del atletismo argentino, que conquistó un oro y una plata, además de varias actuaciones destacadas: quedaron al filo del podio Alberto Ubaldo Triulzi en los 110 vallas, y Enrique Kistenmacher (hermano de Jorge, el preparador físico del Estudiantes campeón del mundo) en decatlón; Ricardo Bralo fue séptimo en los 10.000 metros e Ingeborg Mello fue 8° en disco y 9° en bala. A la distancia, estas actuaciones resultan de incommensurable valor.

Pero sin duda, el momento más impresionante lo dio la maratón: Argentina clasificó a sus tres corredores entre los 10 mejores de una prueba en la que partieron 41 hombres. Sensini fue noveno. El favorito era Guiñez, que terminaría quinto: en el kilómetro 32 sintió el muro, sufrió una molestia y cuenta el mito que le dijo a Delfo Cabrera: “Negro, ganá vos; yo ya no puedo”. El “Negro” era Delfo Cabrera, bombero de la Policía que había comenzado a correr inspirado en el oro de maratón de Juan Carlos Zabala y que, exactamente 16 años después de su hazaña en 1932, repetía el oro en maratón para Argentina: desde entonces, el 7 de agosto se celebra el Día de la Maratón en el país.

¡Y de qué manera ganó Delfo! El primero en ingresar al estadio londinense para rematar la faena con dos vueltas alrededor del estadio fue el belga Gailly, pero estaba notablemente cansado. Y enseguida ingresó Cabrera, “erguido, lo que destaca la bien proporcionada personalidad del argentino, quien seguramente también mostraba signos de cansancio, pero que aparece como un fresco y alegre participante, para ganar la maratón”, escribió *The Times* en su crónica. La película de esta llegada aún sigue emocionando a los argentinos.

Cabrera era otro símbolo del atleta de Perón: nacido en el pequeño Armstrong, Santa Fe, trabajó desde muy corta edad recogiendo maíz a mano, e incluso tuvo que abandonar el atletismo en plena adolescencia tras la muerte de su padre, que lo obligó a hacerse cargo del mantenimiento del hogar. Saldría campeón de maratón con 29 años.

Distinta era la historia de Noemí Simonetto: nacida en Avellaneda, desde pequeña se dedicó al atletismo y mostró enorme talento, consagrándose campeona sudamericana con apenas 15 años. Con 22 años, saltó en Londres 5,60m en el salto en largo, y quedó segunda solo detrás de Olga Gyarmati, que consiguió marcar 5,69. Fue una de las diez mujeres que viajaron a la cita, y se trajo la segunda medalla femenina para el deporte argentino.

Simonetto iba a estos Juegos a competir principalmente en los 100 metros llanos pero también participó en los 80m con vallas (estaba con un tiempo de dos décimas sobre el récord mundial), prueba en la que llegó a la semifinal: “No clasificó por un fallo polémico, al quedar en tercer lugar, cuando la francesa Monginou se le cruzó en su andarivel chocándola para llegar segunda, postergando a la argentina. Ningún dirigente reclamó el fallo y Noemí debió apostar todo al salto en largo”, cuenta Víctor Lupo (2004, p. 145).

La revancha llegaría en el salto en largo, y tras aquella plata se convertiría en la atleta argentina con mayor cantidad de títulos y medallas en Sudamericanos: 11 títulos, 3 medallas de plata y 3 de bronce. En el ranking mundial ocupó el primer lugar en 1945, en los 80m vallas (11.05) y en salto en largo con 5,76m. En salto en alto con 1,55m ocupó el quinto lugar a nivel mundial. En 1946 estuvo tercera en 80m con vallas, cuarta en salto en alto y séptima en salto en largo; por lo

que fue elegida como la mejor atleta del año, y la casa Election le regaló un reloj, pero ella antes de aceptarlo pidió permiso a la Federación Argentina de Atletismo para que no la fueran a considerar “profesional”. Cuenta la historia que al regreso, un periodista le preguntó a Noemí si le dedicaba el triunfo a Perón, como se estilaba en aquella época. Ella se negó, y se lo dedicó a la Patria. “Y la relegaron un poco, pero no se doblegó y siguió luchando”, contó una compañera.

## 8.4. La Argentina deportiva emerge

El éxito de Londres 1948 fue la plataforma sobre la que Argentina se construyó en los siguientes años como una potencia deportiva emergente: la posguerra devoraba los recursos de la mayoría de los países europeos pero llenaba las arcas nacionales, y Perón estaba deseoso de mostrar esa nueva patria rica y reflejar a través del deporte la nueva posición de Argentina en el mapa global.

Es por eso que, durante su gestión, la realización de eventos deportivos de escala global se volvieron una costumbre: se organizaron competiciones como la Carrera Automovilística Buenos Aires-Caracas (1948), el Mundial de Tiro (1949), el Campeonato Mundial de Básquet de 1950, las Vueltas de la Argentina en 1952, los Grandes Premios de Fórmula 1 Internacional (a partir de 1953), las Olimpiadas de Ajedrez (1954) y el Campeonato Mundial de Billar (1954).

Incluso, durante el gobierno de Perón Argentina se presentó en 1949 como candidata a ser sede de los Juegos Olímpicos de 1956: la Argentina estaba tan bien considerada que estuvo a un voto de ganar la sede de los Juegos, finalmente asignados a Melbourne. La votación final del COI terminó 21-20 y el voto decisivo, se dijo siempre, fue de un dirigente latinoamericano que prefería viajar a Australia antes que a una Buenos Aires que ya conocía.

El consuelo fue ser sede de los primeros Juegos Panamericanos, en 1951: Buenos Aires había sido elegida para hospedar la versión inaugural del evento en 1940, pero la Segunda Guerra Mundial había suspendido la realización. En Londres 1948, una reunión de dirigentes determinó que aquella idea debía materializarse ahora que el combate había terminado, y ratificó a la capital del país como sede.

Argentina no escatimó gastos buscando aprovechar el evento para mostrar una nueva nación al mundo. Se terminó el Aeropuerto Ministro Pistarini, en la localidad de Ezeiza; el nuevo estadio del Racing Club de Avellaneda, con capacidad para 100.000 espectadores, inaugurado el 3 de septiembre de 1950 y en el que se llevó a cabo la fiesta inaugural de los Panamericanos, el 25 de febrero de 1951; además del Velódromo Municipal. El estadio de Huracán fue sede del fútbol, la General Paz hospedó las pruebas de ciclismo y ruta, y también fueron escenarios de los Juegos el Luna Park, la cancha de River Plate, el tradicional Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, la cancha de Independiente, el Lawn Tennis Club, la pista del Tigre, el Tiro Federal y el Colegio Militar de la Nación. El peronismo desplegó sus banderas durante el evento, con Evita como oradora principal de la ceremonia de apertura y la presencia constante de Perón, en lo que fue una fiesta del deporte argentino: se conquistaron 154 medallas y Argentina lideró el medallero

por única vez en su historia, postergando a Estados Unidos, que envió 175 atletas, al segundo lugar. En México 1955, la segunda edición, EE.UU. se tomaría revancha, quedando primera, pero Argentina conquistaría un meritorio segundo lugar que repetiría en 1959: serían sus tres mejores participaciones históricas, a pesar de que Argentina volvería a ser local en 1995, aunque entonces clasificó cuarta.

## 8.5. El último oro

Argentina viajó a los Juegos Olímpicos de Helsinki 1952 envalentonada por el éxito de 1951, y aunque con una delegación más pequeña (123 atletas, solo 8 mujeres), cosechó cinco medallas y un oro. Como siempre, el boxeo aportó lo suyo: el mediopesado Antonio Pacenza cayó en la final contra Norvel Lee, que había sido bronce en 1951, aunque como pesado; y Eladio Herrera fue bronce, tras cruzarse con el húngaro László Papp, quien fue oro en 1948, 1952 y 1956. Humberto Selvetti logró la primera medalla argentina en el levantamiento de pesas, al conquistar el bronce como pesado. Reinaldo Gorno ingresó detrás del increíble Emil Zatopek al estadio olímpico en la maratón para brindarle al país su tercera medalla en la prueba.

Pero aunque la cosecha fue menor que en 1948, Argentina demostró la profundidad de su cultura deportiva cosechando 15 diplomas olímpicos en una gran variedad de deportes: vela, lucha, ciclismo, equitación, tiro, natación, esgrima, atletismo y, claro, el básquet. La selección argentina llegaba como campeona mundial, en la prueba disputada en 1950 en Argentina que convirtió en estrellas a sus jugadores, al punto de que al gran Oscar Furlong le ofrecieron un contrato de 10 mil dólares por seis meses de la naciente NBA, que él rechazó.

Fue una de las grandes hazañas de la historia. En aquel Mundial, que desató furiosa pasión durante su realización, Argentina aprovechó que Estados Unidos no viajó con profesionales (no competían en Juegos Olímpicos ni mundiales) y tampoco con lo mejor de sus universitarios, teniendo en cuenta que la fecha coincidía con el torneo universitario. De todas maneras, EE.UU. llegó a la final y aquel gran equipo argentino los derrotó en la recordada “Noche de las Antorchas”, una final con algo de polémica: el árbitro pitó 38 faltas contra el visitante.

“Estados Unidos se avivó y a los Panamericanos del 51 mandó una selección: nos ganaron por siete tantos”, recordaba el entrenador del equipo, Jorge Canavesi. Subcampeona en 1951, y subcampeona panamericana otra vez en 1955, incluso venciendo a Estados Unidos, pero segunda por *goal average*, Argentina llegaba con grandes expectativas a Helsinki 1952, pero solo pudo clasificar cuarta, tras caer dos veces con Uruguay. Dato no menor: Uruguay había renunciado al Mundial de 1950, luego de que no le dieran la visa a periodistas de radio Colonia, que era antiperonista.

El punto alto de Helsinki 1952 lo aportaron para el país Tranquilo Cappozzo y Eduardo Guerrero, quienes brindaron el único oro argentino de los Juegos en el doble par de remos sin timonel. Cappozzo y Guerrero solo habían corrido seis carreras juntos, antes de los Juegos de Helsinki: Cappozzo, campeón argentino y sudamericano, había participado como singlista en los

Juegos de Londres de 1948 y por su edad había pensado en no presentarse en Helsinki, pero los dirigentes del Club Canottieri Italiani, del Tigre, al que pertenecía, le propusieron formar un equipo con Eduardo Guerrero, otro remero que pertenecía al Club de Regatas *La Marina*, diez años menor, que había ganado el campeonato argentino en 1950, con el objetivo de clasificar a las Olimpiadas. “Él va a ser la fuerza, vos el conductor”, le susurraron al oído.

El resto es historia, aunque no desprovista de sus obstáculos: la dupla compitió con un pesado bote prestado por el Club Regatas de San Nicolás, de 36 kilos, mucho más pesado que los botes de 25 kilos que usarían sus contrincantes, que encima llegó roto a Helsinki. Los argentinos no tenían los repuestos que necesitaban para repararlo, pero el equipo de remo soviético les prestó lo necesario. En la prueba de 2.000 metros que se corrió en el fiordo de Meilahti, la dupla derrotaría a los soviéticos y se quedaría con el oro.

No lo sabía entonces el deporte argentino, pero aquel oro conquistado un 23 de julio de 1952 sería la última medalla dorada olímpica por 52 años, hasta que el fútbol y el básquet, en un mismo día de 2004, rompieron el maleficio.

## 8.6. El final

Entre 1946 y 1955, las políticas deportivas gestaron un país con cinco millones de deportistas sobre 16 millones de habitantes. Un país con varios logros deportivos a nivel internacional, en diversas disciplinas. Pero la Revolución Libertadora pondría fin a todo: en 1955 derrocaría a Perón e identificaría a todas sus políticas como deleznables, procediendo a tacharlas. También intervendría todas las organizaciones deportivas y proscribiría a todos los campeones peronistas, acusándolos de profesionalismo velado y desterrando para siempre de sus deportes a grandes valores deportivos.

Y era apenas el comienzo: la Libertadora, con furia y violencia, iniciaría un proceso de desinversión y desinterés político en el deporte, en el marco, además, de un país cada vez más convulsionado políticamente, que experimentaría la democracia como una excepción durante las siguientes tres décadas, y con crecientes tendencias liberales que promovían el achicamiento de la inversión del Estado en políticas públicas. El deporte dejaba de ser prioridad. El deporte argentino se sumió en una profunda oscuridad: durante los próximos años se achicaron las delegaciones, a pesar de que los Juegos Olímpicos crecían en cantidad de pruebas, y hasta 1996 no volvería a ganar más de dos medallas en un Juego Olímpico.

## Referencias

Alabarces, P. y Rodríguez, G. (1996). *Fútbol y patria: la crisis de la presentación de lo nacional en el fútbol argentino*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani.

- Archetti, E. (2005). El deporte en Argentina (1914-1983). En *Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas* no. 7, vol. VI, junio- septiembre de 2005. Santiago del Estero: Argentina
- Daskal, R., Sazbón, D., Torres, C. (2021). *Historia de la Confederación Argentina de Deportes (1921-2021)*. Escobar: GES Deportes.
- Fernández Moores, E. (2010). *Breve historia del deporte argentino*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- Lupo, V. (2004). *Historia política del deporte argentino*. Buenos Aires: Corregidor.
- Pochat, V. (2012). *Coronados de Gloria: la historia inédita de las medallas olímpicas argentinas*. Buenos Aires: Corregidor.
- Rein, Ranaan (2018). *La cancha peronista*. Buenos Aires: Unsam Edita.
- Rodríguez, E. (2016). *Libro II de los Juegos Olímpicos*. Buenos Aires: Deporte de la Nación.
- Rodríguez, E. (2012). *Ser Olímpico*. Buenos Aires: Ediciones Al Arco.
- Rosa, J.M. (1987). El deporte. En *Historia contemporánea argentina*, Tomo 2. Buenos Aires: Di Giacinti, pp. 65-80.
- Scher, A. (1996). *La patria deportista*. Buenos Aires: Planeta.
- Scher, A.; Blanco, G. y Búsico, J. (2010). *Deporte Nacional. Dos siglos de historia*. Buenos Aires: Emecé.

# CAPÍTULO 9

## Deporte cercenado

### 9.1. La Libertadora y el cercenamiento de las políticas peronistas

El 23 de septiembre de 1955 la Revolución Libertadora derrocó a Perón y, acto seguido, desmanteló todas sus políticas y castigó a todos sus seguidores. El deporte, pieza central de las políticas peronistas, también fue intervenido y desarticulado, iniciando la etapa más oscura para la actividad: con el Estado cada vez más lejos del deporte y un clima volátil en cuanto a lo político y económico en el país, desde 1956, primer Juego Olímpico posterior al gobierno peronista, a 1984, Argentina ganaría apenas ocho medallas (y ningún oro), verdaderas hazañas en el marco en que fueron conseguidas.

“El deporte había sido una herramienta nada menor en la construcción política del peronismo, de modo que la confrontación con el gobierno anterior implicaba confrontar con el modelo y con los símbolos deportivos a los que se asociaba con ese gobierno. Dada la visibilidad del deporte, evidenciar cambios en lo deportivo era evidenciar un país que cambiaba”, explican Scher, Blanco y Búscico (2010, p. 337) sobre el accionar de la Revolución Libertadora, que entre sus primeras medidas decidió desarmar la arquitectura deportiva peronista y castigar a los atletas que habían sido abanderados del gobierno anterior con suspensiones de 99 años. Es que, explica Alabarces:

“En el plano deportivo, la desperonización se juzga, desde las políticas oficiales, como imprescindible, reconociendo indirectamente la eficacia simbólica de las políticas pasadas. El gesto es, entonces, la despolitización, pero no en el sentido de proponer una imaginaria autonomía de las políticas deportivas, sino en el rumbo más drástico (y lamentable) de la desaparición de las políticas deportivas públicas” (Alabarces, 2007, p. 81).

La Libertadora inicia así un largo ciclo donde el Estado abandonará al deporte, justificando su ataque frontal a las políticas deportivas públicas “en la política discriminatoria que hizo en algunos casos el peronismo a los campeones no peronistas” (Fernández Moores, 2010, p. 155): recién llegada, disolvió la Dirección de Educación Física e intervino instituciones y federaciones deportivas, incluida la CAD-COA. La intervención devino en la separación, después de 30 años, de CAD y COA: el Comité Olímpico Argentino, que era en rigor una nueva institución, fue aprobada

desde el COI el 26 de septiembre de 1956, dos meses antes de los Juegos, como la nueva institución rectora del olimpismo argentino, encargada de enviar una delegación pequeña a Melbourne, con la misión de distanciarla “del modelo de financiación del peronismo”, un apoyo estatal al deporte que la Libertadora consideraría lindante al prohibido profesionalismo pero, sobre todo, una intromisión de la política en el deporte en busca de captar votos a través de la popularidad de sus estrellas. En ese sentido, el COA “tomaría las medidas necesarias con los dirigentes y deportistas que habían violado el código amateur” (Daskal, Sazbón y Torres, 2021, p. 47).

Esa labor la haría tras el trabajo de la infame Comisión Investigadora de Irregularidades Deportivas N° 49, que funcionaba en dependencias de la Vicepresidencia de la Nación a cargo del almirante Isaac Rojas y que tuvo su máxima expresión en el vergonzoso Decreto N° 4161/56, mediante el cual se investigó a decenas de atletas por infringir el código del amateurismo al aceptar apoyos y premios del Estado peronista. Pero la excusa “no era el eje” del asunto, recuerdan Scher, Búsico y Blanco: de hecho, una comisión análoga suspendió a cientos de jóvenes atletas de la Unión de Estudiantes Secundarios, y allí no había problemas de reglamentación y amateurismo. “De fondo, estaba la intención de hacer un señalamiento hacia el proceder del peronismo, al que se imputaba haber ganado adeptos mediante prebendas. Como algunos deportistas destacados habían recibido premios o facilidades de algún orden en manos de Perón, se los castigaba. No importaban tanto ellos como lo que ellos implicaban” (Scher, Blanco y Búsico, 2010, p. 338).

La mayoría de las sanciones fueron por 99 años, aunque muchas se levantaron luego de asestarles el mayor golpe posible a los atletas y al deporte argentino: los dejaron fuera de los Juegos Olímpicos de 1956. Así le ocurrió a Osvaldo Suárez, una de las principales esperanzas argentinas de medalla en el torneo: “El día que me lo anunciaron volví solo y llorando. No lo podía creer. Esos eran mis Juegos”, recordaba años después quien apenas un año más tarde, en la San Silvestre largada a la medianoche del 31 de diciembre de 1957, le ganó al ruso Vladimir Kutz, bicampeón olímpico en Melbourne. Walter Lemos, otro atleta argentino marginado por la Libertadora, vencería en la misma carrera al *recordman* inglés Gordon Pirie.

“De los Juegos de Melbourne me sacaron los dirigentes y los militares que decidieron investigarme. Se les ocurrió que estaba acomodado y por más que les explicara que nadie era capaz de dejarme ganar en los Panamericanos y que mis tiempos eran de los mejores en el mundo, me dejaron afuera de la delegación antes de subir al avión. Siendo peronista de corazón, jamás me había involucrado en la política”, afirmó Suárez años más tarde, en la “Historia política del deporte argentino” de Víctor Lupo (2004, p. 229).

Del mismo procedimiento de gran arbitrariedad (y enorme violencia: los atletas eran sujetos a humillantes interrogatorios, innecesarios además, teniendo en cuenta que la condena ya estaba escrita) fue víctima una gran generación deportiva, que incluyó a la excepcional tenista Mary Terán de Weiss, a Eduardo Guerrero, oro en 1952, y al equipo de básquet campeón mundial en 1950: entre 1957 y 1958, 34 basquetbolistas fueron sancionados por profesionalismo. En la lista, estaban los campeones del mundo de 1950, los campeones universitarios de 1953 y el equipo de Racing. Se los perdió Argentina, para siempre.

El procedimiento de la Libertadora fue llamado por varios estudiosos, incluidos Víctor Lupo, Alfredo Aguirre y Osvaldo Arsenio, “genocidio deportivo”, un nombre que cuesta aceptar considerando el genocidio que acontecería apenas unos años más tarde. Los historiadores lo justifican afirmando que aquel golpe fue tan severo para el deporte argentino que aún no ha podido recuperarse totalmente. La estadística les da la razón: Argentina, una potencia deportiva incluso antes de Perón, pasaría 52 años sin ganar un oro olímpico. Pero otras causas, incluidas las continuas crisis económicas que alejaban a Argentina de los métodos de avanzada del mundo, el clima de inestabilidad política y violencia que parece haber abierto aún más profundamente esa herida, y una continuidad de políticas que, en el momento en que el deporte pasaba a convertirse en un gran espectáculo para especialistas, dejaron al deporte librado al azar y al esfuerzo (es el inicio de una narrativa ligada al deporte olímpico argentino donde solo se valorará el “sacrificio”: con la cultura deportiva desarticulada por las decisiones políticas y las crisis profundas del país en los años subsiguientes, el deportista olímpico dejó de ser cubierto y analizado por el periodismo; cada cuatro años, sin embargo, aparecían estos atletas que, sin apoyo ni reconocimiento, eran capaces de hazañas, traducidas en los medios como pruebas del tesón del deportista argentino).

El COA armó una delegación solo con aquellos atletas con posibilidades de clasificar entre los 6 mejores, y con una generación de atletas suspendidos, Argentina igual viajó a Melbourne 1956, pero llevó apenas un puñado de representantes: 242 deportistas habían viajado a Londres en 1948, y 123 a Helsinki, en 1952, pero en 1956, a los Juegos de los que Buenos Aires casi fue sede, fueron apenas 28 atletas (una sola mujer, Isabel Avellán, sexta en lanzamiento de disco), todo un testimonio de las políticas de cercenamiento. En enero de 1956, con la CAD-COA intervenida pero todavía conformando una sola institución,

“estimó que la delegación contaría con 71 deportistas, pero clarificó que el básquetbol y el boxeo, los dos contingentes más numerosos, viajarían sólo si las respectivas federaciones los financiaban. El 5 de octubre, cinco días antes de la fecha límite para enviar las inscripciones, la delegación se había reducido a 48 deportistas. Ni el básquetbol, sobre el que sobrevolaba la acusación de profesionalismo y cuyo interventor no intentó recaudar fondos, ni el remo, que había sido descalificado por la respectiva federación deportiva internacional por violaciones al código amateur, figuraban en la delegación. Al final, la lista solo incluyó 28 deportistas en ocho deportes”. (Daskal, Sazbón y Torres, 2021, p. 48).

De acuerdo con el informe presentado luego por el COA sobre la participación nacional en Melbourne, la reducción en el número de deportistas se debió a la acusación de profesionalismo que pesaba sobre numerosos deportistas, surgida del accionar de la CIID 49 y de los interventores de las federaciones nacionales. La delegación regresó con dos medallas y una buena cosecha de diplomas olímpicos, diez: es decir, la mitad de la delegación quedó entre los primeros diez de sus pruebas, resultado sin duda del impulso de la edad de oro del deporte argentino que

ya había terminado. El boxeo aportó su medalla, un bronce conquistado por Víctor Zalazar, y el halterófilo Humberto Selvetti, bronce en 1952, mejoró su participación alcanzando plata en 1956, una medalla agridulce: Selvetti compitió a la par del gran favorito, el estadounidense Paul Anderson, al punto de que, en la suma de los tres movimientos, arranque, dos tiempos y *press*, ambos sumaron 500 kilos, pero Selvetti fue plata porque pesaba cinco kilos más que su rival.

## 9.2. El país sin oro

La siguiente participación argentina en un Juego Olímpico, en 1960, sería otra vez bajo gobierno democrático: al frente del país estaba Arturo Frondizi, pero debido a que no parecerse al peronismo constituyó un rasgo que atravesó todo el ciclo deportivo desde el golpe de 1955 hasta el siguiente, de 1966, el deporte desaparecería del mapa político.

Frondizi ensayó apenas algunas políticas relacionadas con recuperar el espacio de la Educación Física en la educación, y Arturo Illia, el siguiente presidente constitucional (con un golpe en el medio de ambos: entre 1962 y 1963 gobernó José María Guido tras el derrocamiento de Frondizi) hizo algo más, creando una Comisión Especial de Deporte por decreto en 1965 para tratar el proyecto de Ley del Deporte presentado por el entonces diputado nacional Raúl Alfonsín, que creaba un Fondo Nacional del Deporte. Pero aquel proyecto se frustró por un nuevo golpe de Estado.

Onganía llegó al poder en 1966, y bajo su mandato, en 1969, se decretó la primera Ley del Deporte del país y se determinó que el 50% de las ganancias de los Casinos Nacionales se destinaran a la promoción del deporte a través del Fondo Nacional del Deporte. Sin embargo, Argentina se sumergía en años turbulentos, por lo que la ley no redundó en grandes beneficios organizativos o financieros para las estructuras del deporte.

Los resultados conseguidos en aquella década del '60 se pueden explicar como excentricidades, pero también a partir del impulso de los clubes que, contra viento y marea, seguían operando y eran los artífices de la popularización no solo del fútbol, sino de otros deportes de equipo. Por un lado, esto implicará un cambio en la cultura deportiva argentina, concentrada cada vez más en los deportes practicados en la mayoría de los clubes: fútbol y básquet, los más populares, y luego vóley, hockey, rugby, handball. El resto de los deportes, algunos costosos, otros orientados al individuo (y para los clubes no era particularmente conveniente destinar espacios y recursos a prácticas que realizaban tres o cuatro deportistas, lo que explica un aspecto del auge del deporte por equipos en un país siempre en crisis, siempre trabajando con recursos escasos), comenzaban a disolverse en el mapa deportivo local, diluyéndose lentamente las tradiciones, el conocimiento fino, la presencia de maestros.

Pero además, el impulso de los clubes, que sobrevivían sin apoyo estatal y en el marco de los vaivenes económicos del país, no era suficiente en una era donde el deporte comenzaba su agigantamiento, camino a la hiperprofesionalización y especialización, en el marco

de una Guerra Fría en la que el deporte era un campo de batalla más entre los modelos políticos hegemónicos.

Fue una década donde las pocas medallas olímpicas llegarían con el resto de impulso de las políticas peronistas o en deportes alejados de lo popular, vinculadas por sus altos costos y tradición a las élites y, por lo tanto, más blindadas frente a las vicisitudes económicas. El medallero panamericano muestra un mapa de aquella abrupta caída de Argentina en el deporte mundial: en 1959 volvió a ser segunda en el medallero (con 9 oros contra 115! del local, Estados Unidos), aprovechando los últimos pasos de los deportistas forjados en la anterior etapa política, pero Argentina sería cuarta en el medallero en 1963 y en 1967, y ya para 1971 había caído al sexto puesto, cada vez más lejos, deportivamente, de las potencias continentales.

“Los vaivenes políticos de un país siempre en contorsiones -cayó Frondizi, subió José María Guido, asumió Illia, lo voltearon- impidieron demasiadas cuestiones, entre ellas la edificación de una política de Estado para el deporte que tuviera largo alcance. Para quienes prestaban especial interés al deporte de alto rendimiento, estos sacudones y el vértigo que iba adquiriendo el fenómeno deportivo en otros sitios fueron dejando a Argentina en un lugar menos expectante que el de décadas -no solo las del peronismo- anteriores” (Scher, Búsico y Blanco, 2010, p. 339).

A Roma viajaron 90 atletas (parte de aquella delegación fue Carlos Bilardo, cuyo gol sobre la hora contra Dinamarca no alcanzó para clasificar a las semifinales en el torneo que marcó el regreso del fútbol olímpico tras 32 años), y Argentina cosechó dos preseas: la vela, un deporte algo más ajeno a los vaivenes de la política deportiva, se trajo una plata gracias al Tango tripulado por Jorge Salas Chávez (46 años), Héctor Calegaris (45 años) y Jorge Del Río (41 años) en la clase Dragón; y el boxeo hizo lo suyo: Zalazar con su bronce en 1956 y Abel Laudonio (que había competido en 1956 con 17 años y que más tarde le arrebataría el título nacional a Nicolino Locche) con su bronce en 1960 continuaron la tradición de los púgiles, que habían conquistado medallas en cada Juego desde 1924. Pero de las 24 medallas que Argentina ganaría en boxeo, solo dos llegarían tras aquella de Laudonio: los bronces de Mario Guilloti en 1968 y Pablo Chacón en 1996. Testimonio de la crisis del deporte argentino, también refleja cómo los deportes amateurs iban perdiendo terreno en el mapa deportivo argentino: “El boxeo se mantenía en Argentina como la ruta que les quedaba a muchos para salir de una economía injusta. No obstante, Tokio 1964 ratificó que pocos perseveraban en el amateurismo que exigía el mundo olímpico, y por primera vez no hubo medallas desde el *ring* para Argentina” (Scher, Blanco y Búsico, 2010, 346).

De hecho, para aquellos Juegos de 1964 quedaba claro que

“ya no era suficiente el activo movimiento institucional de los clubes con el que Argentina acumuló logros en sus primeras participaciones olímpicas. Y ya no estaba el flujo del dinero estatal que había dispuesto invertir el peronismo. El deporte de alta competición se había achicado en el país, al menos de cara a un mundo que lo agrandaba como tema de la agenda política y como posibilidad

de negocios. No había carencia de lógica en esa medalla única de 1964. Y tampoco era extraño que la medalla viniera de la equitación, una práctica con muy buenos ejecutantes en Argentina, pero claramente lejana de las preferencias populares" (Scher, Blanco y Búsico, 2010, p. 345).

La plata de Carlos Moratorio, que dos años más tarde sería campeón mundial, fue una excepción, y en Tokio debutaron otras dos excepciones del deporte argentino: Alberto Demiddi, campeón mundial en 1970, bronce olímpico en 1968 y plata olímpica en 1972; y Luis Nicolao, uno de dos argentinos en romper récords mundiales (Alberto Zorrilla, el otro), a quien en materia de Juegos Olímpicos lo persiguió el infortunio. En 1964 la prueba en la que era dueño de la mejor marca de la historia, los 100 mariposa, no era olímpica; en 1968, no pudo competir por un embotellamiento en el tráfico que lo dejó afuera en semifinales. Nicolao había llegado cuatro meses antes para adecuarse a la altura y "estaba en excelente estado". Pero el día de la semifinal se corría la maratón: "Los dirigentes argentinos no me avisaron, porque seguramente estarían paseando, como siempre", contó Nicolao, que se perdió la chance de participar de una final que hubiera sido histórica, con los tres últimos recordistas mundiales de la prueba (estaban también Mark Spitz y Doug Russell) en la pileta. Demiddi, admirador de "Nico", rompió en lágrimas al enterarse.

### 9.3. El declive de los '60

Los Juegos de 1964 fueron los últimos en democracia para Argentina por dos décadas: Illia, en el poder desde 1963, no terminaría su mandato, cercenado por la Revolución Argentina de Onganía, en 1966, que a pesar de dictar la primera Ley de Deporte, no apoyó el viaje de Argentina a Canadá para los Juegos Panamericanos de 1967. El COA recibió apenas 40 millones de pesos para viajar, iniciando una tendencia en tiempos de dictadura: el viaje se solventó con contribuyentes privados, algunas rifas y dinero del bolsillo de los deportistas.

Los éxitos que llegaron vinieron, otra vez, gracias a la resistencia del deporte en los clubes: el deporte seguía siendo "central en la cotidianidad del país (...), un ritual fuertísimo, en los clubes y en las calles, y era parte de los modos de nuclearse de todos los segmentos de la sociedad" (Scher, Búsico y Blanco 2010, p. 441), pero, como ya hemos mencionado, en la escala mundial no alcanzaba: en los Juegos de México de 1968, Argentina cosechó dos de las últimas tres preseas que ganaría en los siguientes 20 años, los mencionados bronces de Demiddi y Guilloti; Demiddi ganaría la plata en 1972 y luego, vino una sequía que duró tres Juegos.

La plata de Demiddi oculta otra historia desoladora: el gran remero dejó todo para ser campeón olímpico, pero cayó por medio bote frente a su gran rival, el ruso Yuri Malishev, a quien había vencido para ser campeón mundial apenas dos años antes. "Esta fue la peor frustración deportiva, porque me entrené a fondo para el oro", declaraba Demiddi apenas finalizada la

prueba con Malishev ganador. “Justo este remero que nunca le había podido ganar una competencia al argentino, en toda su carrera. ‘Cuando el alemán oriental Gueldenpfenning se me acercó para saludarme y me dijo ‘tú debiste haber ganado’ me dieron ganas de llorar...’, describía el remero argentino” (Lupo, 2004, p. 261).

“Argentina fue a esos Juegos de 1972 como venía yendo a todas las competiciones multideportivas internacionales: con grandes esfuerzos de deportistas, entrenadores y dirigentes sueltos y sin un proceso integral desde el que se resolviera qué hacer con la alta competición”, relatan Scher, Blanco y Búsico (2010, p. 409): los años de la Revolución Argentina dejaron un puñado de legislaciones (además de la Ley de Deporte, se creó la Subsecretaría de Estado) pero ni el financiamiento ni las iniciativas político-deportivas crecieron notablemente: la decisión de crear una dependencia específica dentro de lo público pareció tener que ver más con seguir las tendencias de algunos países líderes que con cambiar de manera drástica el curso de la historia.

Sin embargo, un año más tarde de los Juegos de Múnich, el deporte se entusiasmaba: volvía la democracia, y volvía Perón, el hombre que había hecho del deporte, dos décadas antes, un aspecto central de su política.

## 9.4. Perón y la Ley del Deporte

“El regreso definitivo a la patria del General Juan Domingo Perón, luego de 18 años de exilio, y su asunción a la Presidencia de la Nación por tercera vez, el 12 de octubre de 1973, merced al voto popular sumado al gran acuerdo nacional logrado con el dirigente de la oposición Ricardo Balbín, tuvo su expresión en el área deportiva. Fue la aprobación en el Congreso de la Nación, el 29 de noviembre de 1973, de la Ley 20.596 de Licencia Especial Deportiva, promulgada por el Decreto 645 del 22 de febrero de 1974 y el 21 de marzo de 1974 de la Ley Nacional del Deporte 20.655” (Lupo, 2004, p. 28).

En sus primeros años de gobierno Perón volvía a insuflar vida al deporte, reinaugurando los Evita y determinando bajo la nueva Ley de Deporte que todas las decisiones recaerían bajo la responsabilidad del Consejo Nacional del Deporte, compuesto por organismos públicos y privados que tenían las riendas del deporte en el país, promoviendo una política deportiva descentralizada y federal con la participación de todos los arcos de la actividad.

Pero, aprobada el 21 de marzo de 1974, no se la reglamentó (por lo tanto, no se la cumplió) hasta el 13 de noviembre de 1989. “Según uno de los participantes (en varias reuniones en la Capital Federal para realizar su reglamentación), el Sr. Eduardo N. Bernal, representante de Chubut (...), ‘naturalmente cuando llegó el momento de su puesta en marcha ocurrió lo de siempre. Quienes detentaban el poder no quisieron compartirlo y el Consejo Nacional del Deporte, quedó a la espera de mejores tiempos’” (Lupo, 2004, p. 29).

Perón estaba ya enfermo cuando la Ley pasó, y murió apenas tres meses después de la sanción. Con su fallecimiento comenzó otra etapa de desarticulación de políticas en el país de la

cual el deporte no estuvo exento. De hecho, hubo oposición a la nueva Ley de Deporte, que colocaba a la actividad bajo la órbita del Ministerio de Bienestar Social, y no bajo Educación, un detalle para nada menor, ya que la oposición sospechaba de la concentración de poder de ese ministerio donde reinaba José López Rega y desde donde funcionó desde 1974 la Triple A, que con Perón ya muerto asesinó al legislador Rodolfo Ortega Peña en agosto de 1974: era extenista, referente de la izquierda peronista, y él también se había opuesto a la letra chica de la Ley. Era apenas el comienzo de otra masacre.

## 9.5. La noche más oscura

El 24 de marzo de 1976 asumió la Junta Militar que derrocó a María Estela Martínez de Perón. Ese día, los militares silenciaron todo, menos el fútbol: exceptuaron de la cadena nacional a los canales y radios que transmitieran Argentina-Polonia. Toda una metáfora de lo que vendría. Tres meses más tarde, se llevaron a cabo los Juegos de Montreal 1976: una pequeña delegación viajó y no trajo medallas, pero el deporte era lo de menos en un país convulsionado. Igual, como todos los demás aspectos de la vida, se teñiría de sangre.

La represión fue brutal en el país, y dejó su huella en una generación de deportistas. La Plata, por su actividad estudiantil, fue una de las ciudades más atacadas por el gobierno cívico-militar, que desapareció a Luis Ciancio, jugador de Gimnasia, y a veinte jugadores de La Plata Rugby Club.

Los deportistas desaparecidos ascienden a 220, entre los que se encontraban el arquero de Almagro Claudio Tamburrini, hoy filósofo del deporte, al que llevaron a la Mansión Seré (la historia de su heroico escape se cuenta en la película “Crónica de una fuga”, de 2006); y otro atleta ligado a la ciudad de La Plata, Miguel Benancio Sánchez, que había hecho inferiores en Gimnasia y era un poeta y militante peronista, además de prometedor atleta, discípulo de Osvaldo Suárez. Su vida era el deporte, al que le escribió en su conmovedor poema “Para vos atleta”:

*Para vos atleta  
 para vos que sabés del frío, de calor,  
 de triunfos y derrotas  
 para vos que tenés el cuerpo sano  
 el alma ancha y el corazón grande.  
 Para vos que tenés muchos amigos  
 muchos anhelos  
 la alegría adulta y la sonrisa de los niños.  
 Para vos que no sabés de hielos ni de soles  
 de lluvia ni recores.  
 Para vos, atleta*

*que recorriste pueblos y ciudades  
uniendo Estados con tu andar  
Para vos, atleta  
que desprecias la guerra y ansías la paz.*

Desde 2012, en la ciudad de Buenos Aires existe una calle Miguel B. Sánchez que suplantó a Crisólogo Larralde desde Av. Del Libertador hasta Lugones: allí se levanta el Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo. Otros atletas desaparecidos por la dictadura tienen hoy sus nombres en monumentos y placas, aunque durante muchos años la dirigencia deportiva evitó hacerse cargo de esa herencia bajo el argumento de no mezclar política y deporte.

Desde ya, no hubo en aquellos años rumbo ni planes para el deporte. “No hubo proyecto político deportivo militar ni tampoco un modo de jugar de la dictadura. Lo que existió fue una decisión de ubicar a militares o civiles que adherían a los postulados de la dictadura en lugares claves de las instituciones deportivas. El caso más notorio fue el del Comité Olímpico Argentino, en el que al extirador Pablo Cagnasso lo reemplazaron con el coronel Antonio Rodríguez, esgrimista en Londres 1948, quien se acostumbró y allí permaneció hasta 2005”, relatan Scher, Búsico y Blanco (2010, p. 445).

El Estado nacional y los provinciales aparecían para la foto (como aquella que se tomaron en el Mundial 78: el fútbol fue apoyado por la dictadura para mostrar una imagen lavada al mundo –“derechos y humanos”– y esa fue la única articulación entre política y deporte en los ocho años de gobierno de facto), pero no para la construcción estratégica y silenciosa del deporte. Algunos deportistas, igual, accedían a grandes torneos por los azares de sus historias individuales, por la contención familiar y la cultura del club, que aguantaba los golpes de una nación que sangraba y sufría: los clubes seguían siendo un refugio en los barrios, exentos de lo que ocurría en la calle.

Los clubes “fueron una de las únicas, sino las únicas instituciones donde se siguió votando y eligiendo autoridades” (Gruschetsky, 2019, p. 35). Además, contra el cierre del debate y la persecución en el espacio público que caracterizó a la época, “los clubes de fútbol, sociales y deportivos vivieron en general una época de expansión de su masa societaria” (Gruschetsky, 2019, p. 42). Los socios aumentaron, pero no la venta de entradas para el fútbol, que, al contrario, sufrió un declive en tiempos de dictadura. Las explicaciones, plantea Gruschetsky, deben explorarse, aunque plantea como posibles hipótesis una excepcionalidad del fútbol y los clubes como espacios amparados y exceptuados por ser considerados “apolíticos”, como el deporte en general. En paralelo, agrega el autor, los clubes fueron “espacio de refugio durante el régimen militar, que, salvando las distancias, es un rol que también fue señalado en varios ámbitos para los clubes durante la crisis social y económica que atravesó la Argentina durante el 2001” (Gruschetsky, 2019, p. 43).

“En este oscuro período, los casi 6.000 clubes con que cuenta nuestro país, y que desarrollan sus actividades en el marco del derecho de libertad de asociación establecido en el Art. 14 de la Constitución Nacional, siguieron siendo ámbitos de participación democrática de nuestro pueblo, eligiendo voluntariamente

a sus autoridades y en algunos de ellos, admitiendo representantes de la minoría en sus Cuerpos Directivos. Los clubes volvían a demostrar que han sido y son cuna, escuela y muchas veces ‘refugio’ de los dirigentes democráticos de nuestro país” (Lupo, 200.; p. 30).

En el marco de esa cultura de club que resistía y refugiaba, entrenaban esos atletas excepcionales que, contra un panorama desolador, y sin apoyos, conseguían resultados. Pero esa generación vio sus sueños deportivos cortarse cuando la dictadura, que combatía “la amenaza de la izquierda” en el país, no tuvo problemas en plegarse al boicot de Moscú 1980, torneo que esperaban con ansias numerosos deportistas ya clasificados y con esperanza de medallas.

El básquet, que tras el vaciamiento de su generación campeona se había reconstruido en los clubes y era uno de los más importantes deportes del país, se sentía con chances de hazaña, por ejemplo, tras un gran Preolímpico donde venció a Brasil, tercero en el Mundial de 1978, y a Cuba, en el que era su regreso al olimpismo desde Helsinki 1952. También había sacado pasaje Jorge Luis Portelli, gran esperanza del judo que fuera 4° en 1976. Y Tito Steiner se encontraba en su apogeo: subcampeón panamericano de decatlón en 1979, y campeón nacional universitario en Estados Unidos en 1977, 1979 y 1981, a fines de 1979 comenzó a entrenarse con exclusividad para los Juegos, en los que era uno de los candidatos a obtener una medalla y a los que no lo dejaron viajar. En 1982 fue ubicado primero en el ranking mundial de la disciplina.

## 9.6. El final de una historia de terror

De los 28 años retratados en este capítulo, solo diez gozaron de democracia. Inestable, además: en tres décadas hubo cuatro golpes de Estado, y ningún gobernante elegido terminó su mandato.

Pero, en los últimos años de la dictadura cívico-militar iniciada en 1976, como hemos señalado, el deporte había sido un espacio atacado, pero también de resistencia, que “funcionó como un refugio para muchos que vieron cercenadas sus áreas de acción en otros campos” (Scher, Búsico y Blanco, 2010, p. 445). Algo de eso estalló en octubre de 1982, cuando después del fiasco de la Guerra de Malvinas el Luna Park se vestía de fiesta para hospedar el Mundial de voley.

Dirigidos por el coreano Young Wan Sohn (con un tal Julio Velasco de ayudante), la selección que había perdido todos sus partidos en el anterior Mundial, un equipo profundamente amateur y sin disciplina, alcanzaría el bronce. Esa noche, Argentina aplastó 3-0 a Japón y el público, desatado, comenzó a cantar: “Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar”. En aquel Luna, la fiesta no era como aquella ingenua de 1978, la de un país que no quería ver: aquello era la euforia, la voz de la resistencia, el levantamiento de las voces silenciadas a fuerza de plomo y sangre durante seis años. El final de la larga noche se respiraba en el aire.

## Referencias

- Alabarces, P. (2007). *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Daskal, R., Sazbón, D., Torres, C. (2021). *Historia de la Confederación Argentina de Deportes (1921-2021)*. Escobar: GES Deportes.
- Fernández Moores, E. (2010). *Breve historia del deporte argentino*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- Gruschetsky, M. (2019). Esplendor y auge de los clubes sociales y deportivos durante los años de la dictadura. En Rein, R., Gruschetsky, M., Daskal, R. (comps.), *Clubes de fútbol en tiempos de dictadura* (25-43). Buenos Aires: Unsam Edita.
- Lupo, V. (2004). *Historia política del deporte argentino*. Buenos Aires: Corregidor.
- Pochat, V. (2012). *Coronados de Gloria: la historia inédita de las medallas olímpicas argentinas*. Buenos Aires: Corregidor.
- Rodríguez, E. (2016). *Libro II de los Juegos Olímpicos*. Buenos Aires: Deporte de la Nación.
- Rodríguez, E. (2012). *Ser Olímpico*. Buenos Aires: Ediciones Al Arco.
- Rodríguez, M. (2016). *Historia de las participaciones argentinas en los Juegos Olímpicos*. Buenos Aires: Editorial Medrano.
- Scher, A. (1996). *La patria deportista*. Buenos Aires: Planeta.
- Scher, A.; Blanco, G. y Búsico, J. (2010). *Deporte Nacional. Dos siglos de historia*. Buenos Aires: Emecé.
- Veiga, G. (2019). *Deporte, desaparecidos y dictadura*. Buenos Aires: Ediciones Al Arco.

# CAPÍTULO 10

## El deporte en democracia

### 10.1. El deporte en el alfonsinismo

Con el regreso de la democracia, se intuía que el deporte volvería a ser derecho de todos y prioridad del Estado. Pero el camino no sería nada lineal: la década de los '80 estaría marcada por problemas urgentes que no dejaron lugar al deporte, los '90 serían tiempos de neoliberalismo profundo con algunos apoyos para el deporte pero crisis económicas que diezmaron los clubes de barrio, y luego vendría el 2001, un colapso que llevó mucho tiempo recuperar.

Entonces, al final, el deporte continuó sobreviviendo como pudo, mientras los políticos hacían y deshacían en materia de programas para el desarrollo deportivo: no había ya ataques sistemáticos al área, pero los efectos de la eterna grieta también se manifestarían en democracia, en el deporte como en la vida.

"En 1983, gracias a la vuelta de la vida democrática, con la presidencia del Dr. Raúl Alfonsín, se comenzó a discutir el Modelo Deportivo a llevarse a cabo en nuestro país. Pero en los primeros seis convulsionados años (con Rodolfo O'Reilly y Osvaldo Otero, secretario y subsecretario de Deporte, dependientes del Ministerio de Acción Social) no se reglamentó la Ley 20.655 (la Ley del Deporte que había quedado pendiente desde último mandato peronista), pese al nombramiento de un asesor para ese tema y los infructuosos pedidos de legisladores nacionales y dirigentes deportivos" (Lupo, 2004, p. 31).

Un resumen de un gobierno que en seis años tuvo que lidiar con tres alzamientos carapintadas y una hiperinflación, todo en un país que todavía acusaba las heridas profundas, todavía sangrantes, imposibles de cicatrizar, de la última dictadura. Fueron tiempos dramáticos en el país, de una democracia frágil, naciente: en ese marco, la Ley del Deporte fue quedando guardada en los cajones del Congreso para un debate futuro que no llegó, incluso ante la presión de varios legisladores nacionales del peronismo y el pedido de numerosos dirigentes deportivos.

"Hubo gobiernos institucionales a los que no les interesó el deporte, o tuvieron otras prioridades, o no tuvieron tiempo. Con Alfonsín la prioridad fue recuperar las heridas en otros ámbitos y se intentaron hacer cosas en el deporte social", explica Osvaldo Arsenio en la "Breve historia del

deporte argentino” de Ezequiel Fernández Moores (2010, p. 224). “El deporte aparecía menos urgente que las otras cuentas pendientes de una sociedad que emergía del horror político y con una monumental deuda externa”, agregan Scher, Búsico y Blanco en su “Deporte Nacional” (2010, p. 495).

Sin embargo, eran tiempos también donde el Estado procuraba abrazar todas aquellas áreas marginadas por la dictadura cívico-militar: se desarrollaron por eso “múltiples programas destinados al deporte social, bajo la idea de recuperar derechos que amplias franjas de la sociedad habían perdido durante el gobierno militar” (Scher, Blanco y Búsico, 2010, p. 496), como el programa “Deporte para todos”, desarrollado por el Secretario de Deportes O'Reilly y criticado por mirar solo hacia Capital Federal.

En ese mismo sentido, el radicalismo intentó incluso terminar con el mandato en el Comité Olímpico Argentino de Antonio Rodríguez, coronel del Ejército que había representado al país en pentatlón en los Juegos Olímpicos de Londres 1948 y había sido elegido por la Junta Militar para liderar el área durante la dictadura. El gobierno de Alfonsín impulsó su propio candidato en las elecciones, pero Rodríguez, que sería elegido miembro COI en 1990, no solo ganaría aquel proceso electoral, sino que permanecería en el cargo hasta 2005.

## 10.2. Volver a los Juegos en democracia

Ante ese panorama, sin más posibilidad que, otra vez, romperse el alma para estar, Argentina viajó en 1984 a Los Ángeles para los Juegos Olímpicos. Fueron 83 atletas, y como en 1976 (y 1980, cuando la Junta boicoteó los Juegos de Moscú), nadie volvió con medallas: una actuación comprensible, teniendo en cuenta que desde 1955 Argentina arrastraba un proceso de escaso apoyo al deporte de base y de alto rendimiento, más allá de algunas políticas esporádicas. En ese período, mientras Argentina se separaba del mundo envuelto en una cruenta lucha política, y mientras las crisis económicas recurrentes dificultaban cada vez más los viajes y la compra de elementos para la práctica deportiva, en el mundo el deporte se había organizado, especializado, y era ahora un área hiperprofesional para la cual el país no era rival. No podía ser rival.

Los milagros deportivos, de todos modos, continuaron incluso en aquellos años de sequía: contra todo, un joven Juan Curuchet, de 19 años y participando en su primer Juego Olímpico, fue 5° en la prueba por puntos del ciclismo, obteniendo uno de los seis diplomas olímpicos de la delegación; también quedaron en los primeros puestos de sus pruebas Marcelo Alexandre (doble diploma olímpico en pruebas de bicicleta), el remero Ricardo Ibarra, que ya había sido sexto en 1976, el púgil Pedro Rubén Décima, y aquel seleccionado de vóley que fuera desafiante bronce mundial dos años antes.

Porque siempre que llovió paró, la racha de doce años sin medallas se cortó un 1° de octubre de 1988, en los Juegos Olímpicos de la lejana Seúl, gracias al revés mágico de Gabriela Sabatini, que por entonces contaba solo 18 años, pero que ya era una figura importante en la WTA. De

hecho, considerada una de las grandes estrellas del deporte argentino, Sabatini fue la abandonada de aquella delegación, y pagaría la confianza con plata, tras alcanzar la final de un disputadísimo torneo femenino del que participaron Zina Garrison, Pam Shriver, Manuela Maleeva, Chris Evert y, claro, Steffi Graf, que la derrotó en la final por doble 6-3.

Argentina tuvo suerte por partida doble: justo cuando Sabatini estaba en estado de gracia, el tenis volvía a ser parte de un Juego Olímpico por primera vez desde 1924 (fue deporte de exhibición en 1968 y 1984), y el COI votaba permitir el ingreso de profesionales a la competencia, siempre que cada federación lo considerara. Solo se registraron participaciones en deportes que llevaban selecciones de jóvenes, como el fútbol, pero mientras que la mayoría de los deportes esperaría a 1992 para abrir las compuertas, el tenis sumó a las figuras de sus circuitos profesionales en Seúl.

Un día después de la conquista de Sabatini, la selección de voley completó una década memorable: de no ganar ningún partido en el Mundial de 1978, el equipo que había sido obligado a madurar bajo la conducción estricta del coreano Sohn en 1982 cosechó un bronce de oro, más aún teniendo en cuenta que en el partido por el tercer lugar derrotó a Brasil, en un ajustado, épico partido que Argentina ganó en el quinto set.

En un país que había perdido su diversidad deportiva por años de desinversión, el deporte por equipos se convertiría en la gran esperanza durante las siguientes décadas: era ese deporte, forjado en los clubes de barrio que resistieron a todo, o el talento natural de una Sabatini, lo único que parecía poder hacer frente al grado de profesionalización que había alcanzado el mundo. Sin embargo, en aquel momento, la medalla de Seúl para el voley fue la primera presea en un deporte de conjunto para Argentina desde la consagración del polo en 1936: habían pasado 52 años.

### **10.3. La Ley del Deporte se reglamenta**

Un año después de Seúl, cambiaba el gobierno: Alfonsín salía, jaqueado por los problemas económicos, y asumía el peronismo encabezado por Menem, que había prometido en su campaña reglamentar la postergada Ley del Deporte. El nuevo presidente cumplió, y aquella primera etapa de su mandato se considera, en cuanto a política deportiva, su momento “más peronista”: reglamentó la Ley que convertía a la Conade, un organismo democrático con la participación de públicos y privados de todo el país, en la máxima autoridad del deporte nacional, pero además remodeló a nuevo el Cenard, la casa de los deportistas que se encontraba en estado de abandono, dictó una Ley que brindaba una jubilación especial a los atletas que habían ganado medallas, elevó a Deportes a la categoría de secretaría con nivel de Ministerio y adjudicó a la cartera el 17% de lo recaudado por el PRODE: “Con esto se logró pasar de un presupuesto casi cero en 1989 a \$6.500.774 en 1990 y a \$ 50.009.626 para 1993”, explica Lupo (2004, p. 32). Parecía el final de la época donde los subsidios al deporte eran otorgados de acuerdo al *lobby* de ciertas

federaciones y al amiguismo político, y el inicio de la construcción de una política deportiva sostenida en el tiempo.

Bajo la gestión de Fernando Galmarini y con la guía federal, democrática y largoplacista de la Conade, el deporte aprovechó sus fondos conquistados para volver a realizar los Evita, además de los Campeonatos Universitarios, los Juegos de la Araucanía, los Juegos del Mercosur y, lo más relevante, desarrollar el Plan federativo de 1990 a 1995, que trajo técnicos del exterior para potenciar el alto rendimiento y que para la administración sería la causa principal de los muy buenos resultados obtenidos en los Juegos Panamericanos de Mar del Plata 1995 y Winnipeg 1999.

“Paradójicamente, en un escenario de progresivo achicamiento del Estado, el deporte contó con un incremento presupuestario y una serie de políticas públicas que, más allá de cómo se las evalúe, parecieron mucho más profundas que las apariciones de Menem jugando al fútbol o al básquetbol”, opinan Scher, Blanco y Búsico (2010, p. 557), aunque no sería suficiente en la primera incursión olímpica del menemato para elevar a Argentina otra vez a la altura del deporte mundial: la delegación de 84 atletas que viajó a Barcelona '92 trajo solo una medalla (otra vez el tenis, de la mano de Frana y Miniussi). El desembarco del deporte profesional en los Juegos Olímpicos de forma total y definitiva alejaba otra vez de las mieles del éxito al país.

Sin embargo, destaca Alejo Levoratti, ya en esa gestión de Galmarini aparecen elementos de la futura política deportiva argentina: si el secretario de Deportes hasta 1992 se encargó de ensalzar la necesidad de la práctica social deportiva, alineado con las ideas peronistas de salud e inclusión social, también manifestó en su libro “en forma reiterada la inefficiencia que caracterizó al Estado en la administración de los recursos económicos en materia deportiva, haciendo énfasis en la discrecionalidad y en las prácticas clientelares que habrían realizado tanto civiles como militares en la distribución de los fondos” (Levoratti, 2016).

El papel que había desempeñado el Estado como empresario administrando los servicios públicos, resultaba incompatible para los objetivos neoliberales de achicamiento y eficiencia. En el terreno deportivo, “ello se expresa en los principios de su propuesta donde el Estado no es el único responsable por el financiamiento del deporte nacional, por eso plantea como necesaria la participación del sector empresarial y de la sociedad civil, empleando para ello una retórica similar a la del presidente”.

Así, tras esta actuación olímpica, cambiaría la conducción de la Secretaría de Deportes, y ahora sí el área se contagiaría de las políticas neoliberales de la administración: el deporte de base, que no había recibido particular impulso más allá del regreso de los Evita (“no se logró volver a poner a los clubes de barrio como centro de la acción”, explica Lupo), dejaría de ser seductor para una administración que quería mostrarse moderna y globalizada. En el deporte la persecución del éxito como única misión recortaba los planes a largo plazo y desplazaba todo aquello que no se orientara a la conquista del oro (el deporte de base) al margen, a sostenerse por sus propios medios, a sobrevivir o morir según dictaran las leyes del mercado.

El deporte dejó de ser una política del Estado (pasó de tener un presupuesto de 50 millones a solo 11 entre 1993 y 2001), de un Estado que sí promovió los grandes espectáculos (el regreso

de la Fórmula 1 al país, por ejemplo), y también al deporte “grande”, como una forma de “vender” la marca Argentina, de integrar al país al mercado mundial. El gobierno “instaló un nuevo modelo de país, liberal, privatista, de empresas faraónicas y salpicado por la corrupción. No en la primera gestión, signada por la reglamentación de la Ley del Deporte y evaluada como lo más peronista del menemismo, pero sí fuertemente en la segunda, la gran apuesta fue el alto rendimiento: se buscaron triunfos, medallas, títulos, se firmaron becas de excelencia deportiva y hasta el golpe de efecto de postularse para los Juegos de 2004” (Scher, Búsico y Blanco, 2010, p. 535). El gobierno, como mencionan los autores, lanzó un plan de becas de Excelencia Deportiva, que consistió en apoyar económicamente a los atletas con vistas a podios olímpicos, pero esos beneficios estuvieron apuntados solo al alto rendimiento, a aquellos que se destacaban en sus disciplinas. Las estructuras seguían obsoletas y el deporte de base, postergado.

Así, el alto rendimiento ensayó un tímido acercamiento a la excelencia deportiva, el primero desde 1955, ayudado también por la convertibilidad (un dólar, un peso, una política que facilitaba viajes para competir y que fomentaba la importación, permitiendo a los deportistas algo impensado hoy: comprar equipamiento de primer nivel). El tenis, el golf, también la náutica, que tuvo a su campeón de la década, el futuro gobernador Daniel Scioli, se pasearon por el mundo, y otros deportes aprovecharon el clima de época y organizaron sus federaciones. En el Plan federativo de la primera etapa y el apoyo al alto rendimiento en esta segunda parte, muchos encuentran una explicación de los resonantes éxitos argentinos en el comienzo del siglo XXI, justo cuando Argentina atravesaba, otra vez, una crisis con aroma apocalíptico. Eran políticas de corto plazo y alto impacto político, diseñadas para colgarse medallas mientras las bases quedaban abandonadas a su suerte: como reflejo de este brusco giro en materia deportiva, en 1993 Livio Forneris, secretario de Deportes tras Galmarini, disolvió el Conade por resultar “caro”, una excusa perfecta en una década marcada por el achicamiento del Estado.

El poder de las decisiones deportivas regresó así, analiza Lupo, a las viejas élites porteñas: en el COA, vale recordar, continuaba mandando el coronel Rodríguez, e, incluso, el jefe de la delegación que viajó a Barcelona fue el general Alais, que moriría cumpliendo una condena por delitos de lesa humanidad. Bajo su férrea conducción, Argentina se olvidó de anotar en la competencia a la atleta Ana María Comaschi, que vivió unos días en la Villa Olímpica escondida, hasta que le informaron que no iba a poder competir gracias al buen trabajo de sus dirigentes.

## 10.4. Deporte y neoliberalismo

El daño más grande de la década de los ‘90 al deporte argentino, sin embargo, no fue la falta de inversión en la base, la falta de un plan integral y de largo plazo o los deslices dirigenciales de siempre, sino la destrucción de un espacio crucial para el desarrollo deportivo: los clubes, dueños de gran parte de la infraestructura y el conocimiento deportivo del país, sobrevivieron a la dictadura y vivieron un auge en la década del ‘80, convirtiéndose en el corazón de los barrios, cubriendo funciones que el Estado no deseaba o no podía cumplir, pero no pudieron competir con

el ingreso de los privados en el negocio del deporte, apoyados por las legislaciones neoliberales que fomentaban la inversión privada y el ingreso de multinacionales extranjeras, y, sobre todo, con un cambio cultural que tuvo lugar en esos años: la cultura colaborativa, comunitaria, que se había tejido en los clubes de barrio, epicentro de la resistencia que en base a solidaridad soportó uno tras otro los golpes de la realidad argentina, pasaba a ser considerada obsoleta, una reliquia de esas que comentan los abuelos, un discurso con olor a naftalina, rancio, frente a la seductora narrativa del neoliberalismo, que impulsaba el triunfo individual, el perfeccionamiento personal y otras mentiras que pueblan los libros de autoayuda, como el máximo objetivo del ciudadano.

En el país donde antes había un club cada cinco cuadras, ahora había también un gimnasio, el espacio ideal para ese perfeccionamiento individual que se convirtió en un gran negocio (la fiebre del *fitness* continúa hasta hoy, impulsado por las grandes marcas deseosas de llevar sus productos a través de las fronteras internacionales, a las que invitaba aquel gobierno liberal). También proliferaron las canchas de fútbol 5, tenis, pádel, todo para alquilar: espacios privados, no comunitarios como los clubes, a los que se iba a hacer un poco de ejercicio “útil”, que servía para mejorar la forma física antes que para tejer lazos, construir valores y aprender una disciplina. Aparecieron las escuelitas de fútbol, en la misma línea: el deporte no era más un lugar de esparcimiento y amistad, sino que debía cumplir una función, construir a un futuro atleta económicamente exitoso. La especialización, la profesionalización, tenía que llegar cuanto antes. Los clubes, y particularmente el fútbol, resistieron como asociaciones civiles los embates de privatización (al menos, hasta el presente, aunque se olfatea otra oleada privatista en el horizonte en los últimos años); en otros países, siguiendo el ejemplo thatcherista de la Premier League, los clubes se convirtieron en sociedades anónimas. Luego, “las tribunas populares fueron cerradas y se le asignó un asiento individual a cada espectador. De un solo golpe, toda una forma de vida colectiva había sido clausurada” (Fisher, 2020, p. 12).

Pero la resistencia para buena parte de los clubes de barrio cuyas actividades no están sostenidas por la actividad profesional del fútbol, se volvió una tarea de supervivencia al límite, con la actividad física crecientemente privatizada y los embates constantes de las crisis capitalistas y pandémicas. Mientras los clubes se las rebuscan y desfallecen a la vez, sobrevuela en el aire la nostalgia por lo que fue, un discurso melancólico e impotente, cimentado a la perfección en la película de Juan José Campanella, “Luna de Avellaneda”. Fisher define ese tipo de discursos espirituales, ideologías del pasado que sobrevuelan en el presente, como “hauntología”: “El hecho de que nada goza de una existencia positiva. Todo lo que existe es posible únicamente sobre la base de una serie de ausencias, que lo preceden, lo rodean y le permiten poseer consistencia e inteligibilidad” (Fisher, 2018).

El discurso neoliberal vació las estructuras locales (los clubes, las empresas nacionales, los trenes, todos quedarían al borde de la extinción), pero lo consiguió porque pudo seducir al país, que viajaba a Miami y podía comprar las marcas más top en su centro comercial: esta “apertura” al mundo implicó, en el deporte, la candidatura de Buenos Aires para organizar los Juegos Olímpicos de 2004. La sede quedó preseleccionada, gracias a un proyecto que incluía la construcción del famoso “corredor olímpico” que se reutilizaría para los Juegos Olímpicos

de la Juventud de 2018, y la promesa de sanear el Riachuelo. El sueño costó 10 millones de dólares: “Argentina se imaginó olímpica. Pero no tenía atletas ni nadadores olímpicos. Tampoco interés. El día de la votación, en Roma, Madrid y Ciudad del Cabo miles de personas aguardaban el resultado en las calles. En Buenos Aires apenas se juntaron unos doscientos voluntarios, un excomisario y ningún deportista en el Teatro San Martín. La sede fue para Atenas”, escribe Fernández Moores (2010, p. 226).

## 10.5. Los Juegos Panamericanos de 1995

Con este panorama de bases abandonadas pero apoyo inusitado al alto rendimiento, un apoyo que se brindaba desde el Estado por primera vez en cuarenta años, Argentina organizó en 1995 los Juegos Panamericanos, que tuvieron sede en Mar del Plata y permanecen hasta la fecha como los segundos mejores para el país en toda su historia, luego de aquellos primeros Juegos Panamericanos organizados en Buenos Aires en 1951.

Aprovechando la localía, que no solo aporta apoyo del público sino también la elección estratégica de ciertas disciplinas para el programa deportivo y la participación de una cantidad mucho más grande de atletas, Argentina cosechó 40 oros, 28 menos que en 1951, pero 159 medallas, cinco más que en aquella primera edición. Los Juegos generaron un entusiasmo sin precedentes en la Argentina democrática para un evento multideportivo, al punto de que los diarios del país volvieron a abrir sus tapas a deportes que llevaban cuatro décadas sin figurar en los grandes medios.

El Estado desembolsó 50 millones de dólares para convertir a Argentina en potencia, como sede y como delegación deportiva (dinero que, fiel al estilo de aquella época, terminó envuelto en escándalos de administración fraudulenta), y la erogación permitió superar a potencias continentales como Brasil y México, pero no pudo hacer milagros: Estados Unidos, Canadá y Cuba, ejemplos de países con políticas deportivas claras desarrolladas durante décadas y mirando siempre al futuro, superaron a aquel país de perpetua apuesta por el corto plazo.

Pero “el jolgorio de los Juegos se dio de cara con la realidad al año siguiente” (Scher, Blanco y Búscico, 2010, p. 556): en Atlanta 96, Argentina llevó su delegación más numerosa desde 1948 (178 atletas) y mejoró lo hecho en Barcelona, pero cosechó solo tres medallas, y ningún oro. El postergado primer puesto parecía un hecho cuando a la selección de fútbol le tocó Nigeria en la final, pero la defensa tiró el *offside* en el último tiro y el oro fue para los africanos: al fútbol le seguía siendo esquivo el primer lugar en el podio olímpico, y a pesar de llegar como favorito se tenía que conformar con una plata que marcaba, de todos modos, el regreso al medallero para el fútbol tras 68 años.

Los Juegos Olímpicos de 1996 también vieron el regreso al podio del boxeo nacional, gracias al bronce de Pablo Chacón, primera medalla para el pugilismo nacional desde 1968 (y última hasta la fecha), y la primera medalla de Carlos Espínola, una plata en *windsurf* que repetiría en Sídney 2000.

Otra crisis acechó tras Atlanta '96 al país, que determinó la salida del poder del justicialismo y el regreso del radicalismo, de la mano de la Alianza y con Fernando de la Rúa al frente de la fórmula: este gobierno de aliados del arco opositor llegaba al poder prometiendo cerrar una década de neoliberalismo pero, debido al viejo vicio de dar marcha atrás con todo en Argentina, decidió deshacer lo construido en el deporte y bajó de jerarquía a la Secretaría de Deportes, que primero pasó a depender del Ministerio de Desarrollo Social y luego, toda una declaración de principios, de Turismo (mismo espacio que ocupa hoy, tras ser parte de Desarrollo Social durante los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner y perder el rango de secretaría durante el gobierno de Macri). El deporte perdió jerarquía y presupuesto, y los intentos de gestar un programa nacional de apoyo al deporte presentados en dos ocasiones por legisladores nacionales fueron a parar al cajón.

## 10.6. ¡¡Oro!! Se quiebra el maleficio

¿Cómo se explica que Argentina tuviera, entonces, su cuarta mejor actuación panamericana en 1999 (con 25 medallas doradas, 72 en total) y que aumentara la cosecha de medallas en los Juegos Olímpicos de 2000 a cuatro? ¿Cómo se explica que cuatro años más tarde, mientras el país intentaba dejar atrás una violenta crisis económica que había provocado el paso de cinco presidentes por la Casa Rosada en once días, Argentina volviera al oro olímpico? Desde ya, las explicaciones son múltiples, diferentes para cada caso, para cada medalla; pero las políticas deportivas no generan resultados inmediatos sino a largo plazo y, como ocurriera con el quinto puesto en Lima 2019 tras cuatro años de desinversión en el deporte, los resultados llegaban gracias a una década de apuesta en el alto rendimiento.

Una apuesta que había favorecido el desarrollo del seleccionado de hockey femenino, que en aquellos años pasó de ser un conjunto improvisado y alegre a una selección profesional, con apoyos de *sponsors* y las mejores instalaciones para entrenar y recuperarse. Las Leonas nacieron en aquellos Juegos del 2000 donde se pusieron por primera vez la camiseta con el logo felino (la actual secretaria de Deportes, Inés Arrondo, diseñó el logo) cuando llegaron a la segunda ronda con pocas chances de clasificar a semifinales y con la obligación de vencer a Holanda. Una muy joven Luciana Aymar y la gran Soledad García, por duplicado, marcaron en el 3-1 que decretó la creación de una leyenda que alcanzaría la plata olímpica (la primera de cuatro preseas consecutivas en Juegos Olímpicos para el hockey femenino). Las Leonas fueron acompañadas en el medallero por el aporte por triplicado de la vela: Espínola volvió a ser plata en *windsurf*, y Serena Amato en la clase Europa, y Javier Conte y Juan De La Fuente en la 470 aportaron bronces.

Mientras tanto, Argentina seguía sin oros olímpicos. Tuvieron que pasar 52 años y 36 días para que volviera a sonar el himno nacional en un Juego Olímpico, y, curiosamente, se dio por duplicado: el 28 de agosto de 2004 el fútbol y el básquet alcanzaron la gloria en Atenas, un oro

hijo del semillero de los clubes tanto como de las únicas dos ligas profesionales que tenía el país, el torneo de la AFA y la Liga Nacional de Básquet creada dos décadas antes por León Najnudel.

“Najnudel y quienes lo acompañaron en la propuesta advertían que el deporte de alta competición había ingresado en una fase que requería de mucha profesionalización, pero que no reparaba en medios para alcanzar un rendimiento ganador y no ponía el foco en los que no eran los mejores. El dibujo de la Liga Nacional atendió las dos cosas: demandó excelencia profesional, pero enfatizó no quebrar cualquier límite moral para lograr el resultado”, cuentan el proceso Scher, Blanco y Búsico (2010, p. 498). El recuerdo de aquel oro se queda con la palomita de Manu en el primer encuentro, venganza contra el equipo que los había postergado al segundo puesto en el Mundial de 2002 (con alguna ayudita de los árbitros), o con el histórico triunfo contra Estados Unidos en semifinales, que provocó que por primera vez en su historia que un equipo NBA no alcanzara el oro olímpico y provocó un cambio sísmico en la liga más importante del deporte. A Najnudel lo recuerdan los especialistas, que disfrutan mostrando el mapa de los clubes de barrio que existían en Bahía Blanca, Córdoba y Santa Fe, donde se había gestado la selección más federal de la historia de una Argentina siempre unitaria.

Atenas 2004 fue un evento que desafió la lógica para Argentina: el país escapaba malherido de la crisis de 2001, y llevaba apenas un año con un presidente electo después del desfile de presidentes provisionales que se dio tras la salida forzada de De la Rúa, pero la delegación traería de la tierra madre de los Juegos su mejor cosecha de medallas desde 1952: seis medallas, incluidos los oros del básquet y el fútbol, y cuatro bronces. Otra vez el tenis (Paola Suárez y Patricia Tarabini en dobles, esta vez), otra vez la vela (una vez más Espínola, ahora con Santiago Lange en la clase Tornado), otra vez el hockey femenino y, por primera vez desde 1936, la natación (la medalla sorpresiva de una muy joven Georgina Bardach, cuando el deporte acuático había quedado relegado en la agenda deportiva hace años) completaron la cosecha que se repitió casi idéntica en la lejana Beijing, en 2008.

Con gran aporte, otra vez, de los deportes colectivos, en 2008 el fútbol repitió su oro, el hockey su bronce, la Generación Dorada quedó tercera, Espínola y Lange volvieron al tercer escalón del podio en la Tornado. Y sorprendió el judo, con la enorme Paula Pareto logrando un glorioso tercer lugar en un deporte sin gran tradición en Argentina (más allá, claro, de la huella que dejaba algunos años antes Daniela Krukower, campeona mundial). Beijing vio también la coronación de Juan Curuchet, seis veces olímpico y que finalmente tuvo premio: fue oro en la Madison, prueba en duplas del ciclismo, junto a Walter Pérez, en otra competencia épica, marcada a fuego en el recuerdo de quienes fueron testigo vía televisión de aquella conquista.

Y pensar que la carrera olímpica de Curuchet comenzó en un cuartel: al ciclista, en 1984, casi no lo dejan viajar a Los Ángeles. Hacía la colimba, y quedó retenido en el cuartel simplemente por abuso de poder de sus superiores, que “lo raparon, lo enviaron a una cuadra y le dieron una caja con ropa de fajina. Su primera noche en el regimiento fue fatal porque lo bailaron junto a sus compañeros, y los saltos de rana eran mortíferos para sus piernas y la ducha de agua fría a las cinco de la mañana, peligrosa para su salud”, recuerda Marcelo Maller en la biografía del dorado olímpico. De aquellos Juegos volvió con un quinto puesto y un diploma olímpico.

Beijing 2008 marcó el cierre de una década en la que el Estado no aportó al deporte de alta competencia, con algunas políticas tímidas y algo de financiamiento para el deporte amateur, sobre todo aquel sin autonomía económica, y el deporte de base. La presencia estatal en el deporte “pobre” había crecido desde 2004, con el resurgimiento de los Torneos Bonaerenses y los Evita, pero el deporte no era prioridad. Había una profunda crisis, no sobraba dinero y, por lo tanto, la inversión deportiva fue mucho menor que la de sus vecinos. Del quinto lugar en Winnipeg 1999, Argentina pasó a asentarse en el séptimo lugar de las competencias continentales hasta Lima 2019.

## 10.7. Enard y después

Sobre el cierre de la década, sin embargo, tuvo lugar una revolución para la Argentina olímpica: el alto rendimiento, que en el país donde siempre falta dinero no había tenido lugar en el presupuesto estatal desde los años menemistas, pasaría a gestionarse con el dinero cosechado por el Ente Nacional de Alto Rendimiento, organismo público no estatal y autárquico, sin fines de lucro, de gestión público-privada, creado por Ley N° 26.573 sancionada el 2 de diciembre de 2009, que comenzó a funcionar en agosto de 2010.

El Enard es un unicornio en la historia política deportiva nacional: el financiamiento provenía de un fondo especial formado con el 1% del abono que las empresas de telefonía celular cobran por los servicios de telecomunicaciones, lo que garantizaba que los fondos para el alto rendimiento se sostuvieran sin importar las recurrentes crisis económicas del país ni las decisiones en torno a la política deportiva de los gobiernos de turno (al menos mientras la gente usara celulares). El Enard funcionaba al margen, hasta que la administración de Mauricio Macri decidió por decreto reorientar ese 1% a sus arcas: los abonos por celular se multiplicaban, y el Estado atravesaba una nueva crisis de liquidez, por lo que no dudó en absorber ese impuesto y prometer que el dinero para el Enard provendría de las arcas públicas. Entre la devaluación y las urgencias, el presupuesto del deporte argentino, naturalmente, se desplomó.

El deporte terminó siendo en la gestión macrista una Agencia, una figura que en teoría iba a permitir libertad para conseguir financiamiento de privados, aunque parecía ser una forma de que se alquilen y vendan inmuebles ligados al deporte, como el Cenard, ubicado en la zona más cara de Buenos Aires. Si los pagos de becas y el dinero disponible para viajes ya habían comenzado a ser discontinuados tras el cambio por decreto de la forma de financiación del Enard, con la creación de la Agencia de Deporte Nacional comenzaron todo tipo de irregularidades y denuncias de corrupción y malversación. Un regreso a lo peor de los ‘90, aunque, como paradoja, una época en que Argentina volvería al quinto lugar en Juegos Panamericanos, gracias al impulso de las políticas pasadas.

Argentina es pendular en su historia. También el deporte: con el cambio de color en el gobierno nacional, el mundo deportivo esperaba la rejerarquización presupuestaria y en el organigrama político del deporte, y la derogación de aquel decreto macrista para que el Enard regrese

a su forma primera de financiamiento. La primera llegó, con el deporte compartiendo un ministerio con Turismo; la segunda no. Y luego atacaron la pandemia y una aguda crisis inflacionaria (que devaluó las becas y complicó la salida a competencias para los atletas). La recuperación del 1% y el deporte, otra vez, quedaron relegados entre las prioridades del país.

El deporte de alto rendimiento pasó así sus primeros años de vida blindado de la convulsión: nada realidad económica argentina, gracias a su método de financiamiento, pero desde el decreto que modificó su estructura ha ingresado de lleno en la vorágine: el valor de la beca en dólares se redujo a la mitad (en la página oficial del Enard se pueden revisar los vaivenes en los montos a lo largo del tiempo), volviendo a los tiempos no tan lejanos donde los deportistas organizaban rifas y vendían pizzas para viajar a las distintas competiciones, y el régimen de la moto-sierra de Javier Milei desde 2023 recortó profundamente el área, lo que implica, además, menos becas. Para el deportista de alto rendimiento y quienes aspiran a serlo, el deporte ya no es una carrera sustentable, y menos un horizonte deseable. Mientras tanto, también las bases deportivas (los clubes, los torneos, las escuelas) acusan el golpe, cada vez más atomizadas por los ciclos frecuentes de crisis y desfinanciamiento. París 2024 (con 136 atletas argentinos en participación, la menor cantidad desde 1992, pero 3 medallas) no mostró todavía las heridas del retroceso: lo que se hipoteca siempre es el futuro.

## Referencias

- Fernández Moores, E. (2010). *Breve historia del deporte argentino*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- Fisher, M. (2018). *Los fantasmas de mi vida: Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Fisher, M. (2020). *Rayos Solares Barrocos*. Edición p2p.
- Levoratti, A. (2016). Un estudio sobre política pública deportiva en Argentina: nociones del deporte social en el menemismo y el kirchnerismo. En *Movimento*, 22(4), octubre-diciembre, 2016, 1091-1104- Rio Grande do Sul: Escola de Educação Física.
- Lupo, V. (2004). *Historia política del deporte argentino*. Buenos Aires: Corregidor.
- Pochat, V. (2012). *Coronados de Gloria: la historia inédita de las medallas olímpicas argentinas*. Buenos Aires: Corregidor.
- Rodríguez, E. (2016). *Libro II de los Juegos Olímpicos*. Buenos Aires: Deporte de la Nación.
- Rodríguez, E. (2012). *Ser Olímpico*. Buenos Aires: Ediciones Al Arco.
- Rodríguez, M. (2016). *Historia de las participaciones argentinas en los Juegos Olímpicos*. Buenos Aires: Editorial Medrano.
- Scher, A. (1996). *La patria deportista*. Buenos Aires: Planeta.
- Scher, A.; Blanco, G. y Búsico, J. (2010). *Deporte Nacional. Dos siglos de historia*. Buenos Aires: Emecé.

# CAPÍTULO 11

## Cómo se forma un atleta olímpico

### 11.1. Breve historia del Enard

“El incipiente proyecto comenzado a fines de 1940 durante el primer gobierno de Juan Domingo Perón fue interrumpido y cortado de cuajo por el brutal golpe de 1955 y sus réplicas sucesivas. Desde allí los gobiernos democráticos solo coincidieron en una apabullante falta de continuidad: diez secretarios de Deporte durante el período democrático y objetivos poco claros”, escribía en 2008 Osvaldo Arsenio (2008, p. 60), entrenador de natación, Director Nacional Técnico-Deportivo desde 2004 hasta 2010 y especialista en política deportiva. Cuando, un año más tarde, nacía el Enard, parecía que los tiempos de despistes y falta de rumbo que mencionaba Arsenio quedarían atrás para siempre.

Pero, como siempre, no fue así: desde 2010, año en que comenzó a operar el Enard, a la actualidad, cinco funcionarios asumieron el máximo cargo en la organización del deporte argentino (Morresi, Espínola, Mac Allister, Diógenes de Urquiza y Arrondo), la secretaría pasó a ser agencia y luego secretaría de nuevo, y el propio Enard, que parecía al margen de los vaivenes políticos, desarmó su forma de financiarse y cayó preso del desfinanciamiento. Argentina: una historia circular.

En diciembre de 2009 el Congreso Nacional sancionó la Ley N° 26.573 que dictaba la creación del Ente Nacional de Alto Rendimiento Deportivo, iniciando su gestión como tal en agosto de 2010: el Enard se revelaría rápidamente como un organismo clave en la historia del deporte argentino. Un organismo único: nunca antes en la historia deportiva argentina habían dispuesto los atletas del alto rendimiento de una herramienta que garantizara apoyos financieros a mediano plazo, permitiendo entrenar con las adecuadas herramientas y un equipo de especialistas alrededor; planificaciones que ya eran moneda corriente en el mundo deportivo; viajes que elevaron la competitividad, el famoso “roce” de los deportistas; y, claro, la profesionalización de hecho de los atletas, que pudieron dedicarse de lleno al entrenamiento.

Organismo autárquico, el Enard no solo fue un unicornio por no tener precedentes en un país acostumbrado a entrenar sin apoyos y a mendigar fondos al Estado nacional ante cada competencia grande. También lo era porque el dinero que garantizaba a los deportistas se conseguía esquivando la vieja dicotomía de a quién debía apoyar el Estado, deporte de alto

rendimiento o bases, al finanziarse a partir de un cargo del 1% aplicado sobre el abono que las empresas de telefonía celular facturaron a sus clientes (el Estado se comprometía en la Ley a duplicar ese 1% con fondos propios provenientes del presupuesto de la Secretaría de Deportes). No solo desactivaba esta forma novedosa de finanziarse las rencillas políticas en torno de las partidas presupuestarias: al hacerlo, posibilitaba pensar políticas a largo plazo, consiguiendo desmarcarse del ánimo político, social e incluso económico (los cargos del celular seguían la línea inflacionaria) del momento en el país. Esos vaivenes en la arena pública habían provocado que el deporte, durante décadas, navevara sin rumbo, yendo un día hacia allí, otro día hacia allá.

Así funcionó el Enard al menos en su primera etapa, con resultados evidentes. Ciento es que no consiguió superar en los siguientes dos Juegos Olímpicos las seis medallas de Atenas 2004 y Beijing 2008, pero, como ya hemos sostenido, en este siglo XXI las medallas olímpicas argentinas constituyen todavía rarezas, más atadas a los exabruptos de talento individual (caso del judo con Paula Pareto) o a talentos organizados por federaciones que trabajaron al margen de las políticas deportivas imperantes (el caso del básquet o del fútbol, que no precisaban de apoyo estatal para funcionar de forma profesional; el hockey femenino fue, junto al vóley y el handball, uno de los pocos casos donde se mezcló el apoyo privado y el aporte estatal, y algo menos del 10% del presupuesto de la Secretaría de Deportes para el alto rendimiento fue para financiar la campaña de Las Leonas en aquellos años). En cambio, el medallero panamericano, un torneo donde Argentina participa con delegación numerosa, representativa de su presente deportivo, y donde enfrenta un nivel de competencia alto (aunque variable, según cada Juego), sí parece reflejar el éxito o fracaso de las políticas deportivas del país.

Argentina compitió en su primer Juego Panamericano bajo la óptica del Enard en Guadalajara 2011: aunque resulta imposible adjudicar del todo aquella actuación al Ente, que apenas llevaba un año de funcionamiento, es evidente que una mejor preparación permitió a los atletas de aquella generación llegar en las mejores condiciones posibles. Argentina sumó 10 medallas doradas más respecto de Río 2007 (de 11 a 21) y 16 más en el total (de 59 a 75), pero la cosecha no le alcanzó para salir del 7º lugar que ocupaba desde Santo Domingo 2003.

Un año más tarde, llegaron los Juegos Olímpicos de 2012, celebrados en Londres. Argentina clasificó un atleta menos que a Beijing, 137, y trajo cuatro preseas: el oro sorpresivo de Sebastián Crismanich, cargado de épica; dolorosa plata del que fuera quizás el mejor equipo de Las Leonas, como habían demostrado siendo campeonas del mundo en 2010, y los bronces de Lucas Calabrese y Juan de la Fuente (que había sido bronce en Sidney 2000) en vela, y del renacido Juan Martín Del Potro en tenis. Argentina traía menos medallas que en Beijing, pero más diplomas olímpicos (10, contra 4 del evento chino y 7 de Atenas 2004), lo que evidenciaba un pequeño crecimiento de la presencia y diversidad del deporte argentino en la élite mundial.

El mundo deportivo pensaba Londres como apenas el prólogo de lo que se podía gestar a través de la planificación deportiva a mediano y largo plazo bajo el paraguas del Enard. Los Juegos Panamericanos de 2015, en cambio, asomaban como la primera prueba de fuego de la

delegación nacional, que debía viajar a Toronto y demostrar la fuerza del Enard. El resultado fue agridulce: Argentina igualó la actuación de 2011, con 75 medallas, pero conquistó seis oros menos. El torneo, claro, había elevado su nivel de competencia: Canadá llevó a todas sus figuras y Estados Unidos aprovechó la cercanía y le dio un poco más de importancia de la que suele darle al torneo continental (a pesar de lo cual solo en dos oportunidades no quedó en la cima del medallero: Buenos Aires 1951 y La Habana 1991).

En ese sentido, Río 2016 daba revancha: la cercanía permitía una mejor aclimatación para los argentinos, y el hecho de que Brasil clasificara a varios de sus equipos automáticamente permitió que Argentina llevara la segunda delegación más grande de su historia, con 213 atletas presentes en tierras cariocas, solo detrás de los 242 deportistas que viajaron a Londres en 1948. Aunque estacionada en cuatro medallas, en aquellos Juegos Argentina conquistó tres oros (Paula Pareto, Lange y Carranza y Los Leones, a las que se sumó la plata de Delpo), una hazaña solo igualada por las actuaciones de Amsterdam 1928, Los Ángeles 1932 y Londres 1948. Otros tiempos.

Fueron seis años de estabilidad, y el sistema parecía a prueba de vaivenes políticos. Pero no lo estaba. En diciembre de 2017, la Reforma Tributaria impulsada por el oficialismo en una Argentina que comenzaba a dar señales de atravesar una profunda crisis económica decidió quitar ese 1% que tributaban los usuarios de la telefonía celular. Lo hizo en la letra chica, sin avisar, quedándose con ese impuesto para las arcas del Estado, aunque prometiendo, al descubrirse la modificación (que derogaba un artículo de la Ley del Enard), que la fuente de financiamiento vendría del Poder Ejecutivo Nacional, que incluiría en cada proyecto de Ley de Presupuesto de la Administración Nacional el monto anual a transferir al Enard. Esto, desde ya, implicaba que el Enard dejaba de ser autárquico: ahora dependía del Estado, y era el Estado el que determinaría qué parte del presupuesto público le correspondería. A pesar de las promesas, entre la fuerte devaluación del dólar y la crisis económica, en los siguientes dos ejercicios el presupuesto para el deporte de alto rendimiento se desplomó.

El *timing* de la modificación parecía curioso: Buenos Aires sería sede ese año de los Juegos Olímpicos de la Juventud. El recorte ya había comenzado: en 2016 la Secretaría de Deportes administró, entre lo pautado en la Ley de Presupuesto y partidas agregadas, unos 1.315 millones de pesos (equivalentes a 87,6 millones de dólares); en 2017, el Presupuesto fue de 1.433 millones de pesos (unos 75 millones de dólares); en 2018, unos 1.096 millones (unos 27,4 millones de dólares); y en 2019, los recursos fueron de 990 millones de pesos, unos 20 millones de dólares (imposible medir con exactitud, debido a la fluctuación del dólar aquel año). En estos últimos dos años, el presupuesto del alto rendimiento emergió exclusivamente del Estado, lo que implicó una doble desfinanciación del Enard al perder el 1% de los celulares: sucumbía a la devaluación y también al recorte estatal en el área deportiva.

El Gobierno de Mauricio Macri esperó a la finalización de los Juegos Olímpicos de la Juventud para continuar su avance hacia el deporte: en enero de 2019 creó la Agencia de Deporte Nacional, provocando que el deporte perdiera jerarquía de secretaría, poniéndola en la posición más baja del organigrama del Estado desde que la cartera fuera creada en 1967 como Dirección

Nacional del Deporte, por decreto del gobierno de facto encabezado por el general Juan Carlos Onganía. Ente autárquico, sostuvo en su primer año de ejercicio su presupuesto y estructura, “pero al conformarse jurídicamente como una entidad mixta, técnicamente queda habilitada para establecer contratos privados y generar recursos a partir del alquiler o venta de bienes y espacios deportivos, arancelamiento de actividades y todo tipo de acuerdo comercial; es decir, una virtual privatización del deporte estatal”, explicaba Ernesto Rodríguez, periodista especializado que sospechaba profundamente que el cambio de nominación se debía al deseo de hacer negocios (alquilar, vender, construir) con las valiosísimas tierras que eran parte de la Secretaría, incluido el Centro Nacional de Alto Rendimiento, ubicado en el lujoso Núñez. De hecho, apenas terminaron los Juegos Olímpicos de la Juventud, Gerardo Werthein, presidente del COA y el Enard, comenzó a impulsar la mudanza del deporte al predio de Villa Soldati, construido para el evento juvenil: el grupo W, de su familia, tenía planes para esas valiosas tierras del Cenard.

El apresuramiento del Gobierno por ejecutar el cambio (realizado por decreto, semanas antes del comienzo de las sesiones legislativas que hubiesen generado que la cuestión se debata) levanta sospechas, y los motivos oficiales del cambio no tranquilizan. Estos motivos los expusieron algunos deportistas que replicaron, presionados, un mensaje en redes sociales: “La creación de la Agencia es positiva para el deporte y un salto de calidad para los deportistas. ¡Ahora va a ser más rápido el cobro de becas y subsidios y, por primera vez, las provincias van a poder participar de estas decisiones!”. La figura de la Agencia, se sostenía desde el oficialismo, desengancharía al deporte de los tejes y manejos burocráticos, aunque para el alto rendimiento no parecía tener más función que la que ya cumplía el Enard. Del deporte de base y su rol social no se hablaba, y parecía haber sido borrado de hecho en el nuevo organigrama.

En medio de este torbellino, atrapado a la vez en el tornado mayor que vivía la situación económica en Argentina en aquellos días, llegaron los Juegos Panamericanos de 2019. Eran tiempos de recorte en el deporte: Argentina viajó a Lima 2019 con la espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza, luego de que se conociera la idea, nunca confirmada, de que aquellos que no subieran al podio perderían su beca inmediatamente (es decir, no se esperaría a fin de año para culminar la beca, a pesar de que se otorga por temporadas). Con todo, Argentina protagonizó su mejor cosecha de medallas en tierra extranjera de la historia: se trajo 100 preseas, con 33 oros que le permitieron, por primera vez en 20 años, superar el 7º lugar del medallero y acomodarse en un sorpresivo quinto puesto. Como en Atenas 2004, los resultados de una política deportiva se veían con el paso de los años, y estallaban en un momento de incertidumbre para la política y el deporte. Las tres medallas de Tokio 2020 (sin oros, una plata y dos bronces, todas preseas logradas en deportes de equipo), una merma respecto de las 4 medallas, 3 oros de Río, se puede leer como una consecuencia de las sucesivas crisis del deporte y la inflación, entrelazadas entre sí, a las que se sumó la crisis de la pandemia que no permitió una preparación ideal para los atletas argentinos, que atravesaron una extensa cuarentena.

## 11.2. Cuánto cuesta una medalla olímpica

Algunos análisis se apresuraron en decir que, si las 101 medallas habían sido logradas gracias a un presupuesto de casi mil millones de pesos, cada una había costado unos 10 millones de pesos, que al cambio del momento significaban unos 200 mil dólares por medalla. Las comparaciones no cesaban ahí, mencionando además que Coldeportes, encargada del Deporte en Colombia, había invertido 160 millones de dólares (entre 6 y 8 veces más que Argentina, según las cuentas, inexactas por la fluctuación de la moneda verde en el país) para quedar en séptimo lugar.

Desde ya, son números que cuentan una historia parcial: primero, porque la inversión no se puede reducir a un solo año, sino que es fruto de años de planificación e inversión de un país, por un lado, y del propio atleta, por el otro. Pero por otro, porque el costo de las medallas variará enormemente según el modelo deportivo de cada país, y cada uno es una mezcla única e intrincada de aportes públicos y privados. Es decir: es lógico, por ejemplo, que a Argentina cada medalla le “cueste” más que a un país con una cultura deportiva más desarrollada, porque desarrollar un talento en “tierras áridas”, sin tradición, herramientas ni modelos a seguir, costará mayor “inversión”; pero también es lógico que le “cueste” más que a un país que basa su sistema deportivo del alto rendimiento en la inversión privada, o que apoya solamente talentos consumados.

Cada país, reiteramos, es un universo de legislaciones en torno del deporte, pero se pueden distinguir tres modelos básicos: la inversión en talentos consolidados, el modelo piramidal y el modelo selectivo-intensivo, delineados por Osvaldo Arsenio (2008, p. 62) y ampliados aquí.

**Inversión en talentos ya confirmados:** se trata de un sistema que suelen asumir los países con presupuestos exiguos para el deporte, donde el Estado decide concentrar los pocos recursos en un puñado de atletas ya consagrados, para apuntalarlos y ayudarlos a sostenerse en el alto rendimiento.

Adoptado por países como Kenia y Etiopía para sus corredores de larga distancia, o Jamaica para su tropa de velocistas (aunque, en este caso, el desarrollo de la velocidad se encuentra imbricado con los multitudinarios torneos escolares en los que se captan los talentos futuros), este “sistema” es, desde ya, lo contrario a una política deportiva de largo plazo: la intervención del Estado es mínima, y solo interviene sobre atletas que ya han conseguido, de alguna forma (la biología, el milagro) sobreponerse al entorno. No hay plan para la población general en términos de deporte, pero tampoco para promover el crecimiento de jóvenes talentos.

**Sistema piramidal:** el sistema piramidal procura desarrollar un deporte de base amplia (es decir, acercar a la mayoría de la población a la práctica deportiva) y que, por un proceso de decantación natural, los más aptos vayan progresando en la escalera hacia el alto rendimiento. Las ventajas son claras: una población deportiva es una población saludable, conseguida además con un bajo impacto económico. Sin embargo, en su forma pura, el sistema no potencia a sus “campeones” ni consigue “captarlos” y desarrollarlos de forma específica desde temprana

edad, además de promover políticas deportivas de alto rendimiento laxas, sin enfoque, ya que lo que importa, y hacia dónde van los recursos, es la base de la pirámide y no el desarrollo de la punta.

Este es el modelo adoptado (aunque, al igual que en el caso Jamaica, no de forma “pura” sino con modificaciones y apoyos a lo largo de la escalera piramidal) por los países nórdicos, de los que se suele decir que a cambio de una participación masiva del pueblo en los deportes (y los consecuentes excelentes índices de salud) obtiene magros resultados en los medalleros olímpicos. La frase hecha oculta que dominan los Juegos de invierno (Noruega, por ejemplo, lideró las conquistas en 2018), aunque es cierto que en los Juegos de verano los países nórdicos obtienen resultados similares o peores que los de Argentina, con todo lo que implica, teniendo en cuenta las diferencias económicas entre unos y otros. La economía es un indicador crucial a la hora de hablar de políticas deportivas, no solo por la profundidad de los bolsillos sino porque, por ejemplo, economías más estables a lo largo del tiempo también promueven una mayor participación de la población en el deporte, al encontrarse más nutridos y con mayor tiempo de ocio.

**Detección selectiva:** como contracara al sistema piramidal (aunque ya veremos que a menudo se complementan e hibridan), surge la idea de captar tempranamente los talentos deportivos (a través de escuelas, competiciones y pruebas) y concentrar los recursos económicos en este pequeño grupo, desarrollando su talento a partir de entrenamientos planificados, de alta intensidad y a largo plazo, proceso del cual emerge la élite deportiva de un país. Un método más eficaz para alimentar el alto rendimiento, diseñado para ello, y que elimina rápido del proceso deportivo a quienes no son “talentosos”. Pero requiere de una inversión pública mayor, teniendo en cuenta que formar de manera específica a cientos de atletas a lo largo de los años lleva una inversión mayor que dejarlos jugar en estructuras existentes: el alto rendimiento precisa de estructuras de apoyo y conocimiento complejos, gastos en viajes, concentraciones, competencias, entrenadores, diseñados además por atleta o deporte.

Este es el famoso “modelo soviético”, que todavía utilizan países como China y Cuba (donde, de todos modos, la participación de la base de la pirámide, la gran población, en el deporte, a través de las instituciones estatales, es alta, mucho más que en Argentina: se trata de un modelo mixto). Es un modelo con muchos puntos en contacto con las ideas fundantes del Enard: en un país sin cultura deportiva, a ciertos deportes no queda otra que apoyarlos selectivamente. Argentina (casi ningún país, de hecho), no puede tener un millón de pesistas. Sí puede apoyar a los que temprano se destaquen en la práctica, de forma tal que no solo no abandonen, sino que puedan competir en el escenario mundial.

El modelo soviético fue adoptado por la Unión Soviética como una forma de competir con los estadounidenses en los Juegos Olímpicos: en tiempos donde el deporte era amateur, la posibilidad de los atletas soviéticos de entrenar de forma planificada, científica y sostenida, sin tener que sostener otro trabajo que no fuera el deporte, catapultó al deporte soviético a la cima, y provocó que hoy el deporte en Estados Unidos tenga numerosos puntos de contacto con el modelo rojo, captando a través de las instituciones educativas a los talentos desde temprano,

y formándolos específicamente, aunque con una mayor incidencia de los bolsillos privados que del Estado.

El hecho de que el deporte estadounidense seleccione y desarrolle a sus talentos desde temprano explica su éxito deportivo, y también el hecho de que su población tenga el porcentaje más alto de población con sobrepeso del mundo “desarrollado”, según la Organización Mundial de la Salud: los que no son “llamados” por las sirenas de la gloria quedan marginados de los programas deportivos. Argentina cuenta con el mayor índice de obesidad infantil de América latina con un sistema similar, en el que el mayor apoyo estatal se inclina al alto rendimiento: en nuestro caso, el acceso de las bases deportivas fue cercenado con la privatización de la actividad física en los 90 –más gimnasios, clubes en quiebra– y la baja presencia del deporte y la educación física en las escuelas no consigue torcer el destino: “Las estructuras básicas de formación de los deportistas –la educación física escolar, las acciones federativas y los recursos vinculados al deporte en general– no funcionan como deberían, salvo en determinados contextos o islas que representan valiosas excepciones”, escribe Arsenio (2008, p. 9).

Así, vemos como ningún modelo existe de forma pura. Y ningún modelo soluciona todos los problemas: un modelo de inversión en talentos confirmados (Etiopía y Kenia) parece desaconsejado pensando en el deporte como política de Estado, que debería privilegiar salud e inclusión, y en todo caso apuntar a apoyar a su élite como potenciales “embajadores”, como los concibió Perón. Los embajadores, afirman quienes defienden un modelo que privilegie el alto rendimiento, funcionan para el exterior pero también para el interior: son portadores de un mensaje de salud e inclusión a través del deporte para la población general. El efecto derrame.

Y el equilibrio justo no existe, porque el deporte de base precisará de más apoyo en algunos momentos, y el alto rendimiento en otros, y cada cual necesita apoyos diferentes. Y el dinero, además, nunca es ilimitado, imponiendo restricciones en los planes de cada país en su visión del deporte: como hemos visto, los debates de fondo a menudo quedan postergados o relativizados por problemas económicos, sociales, políticos y estructurales. Un Estado puede haber sostenido la discusión de fondo: ¿en qué debe concentrarse una política deportiva pública? ¿Salud? ¿Inclusión y ascenso social? ¿Alto rendimiento? Pero tras alcanzar una respuesta, deberá además pactar con las fuerzas que sean perjudicadas por el enfoque del modelo, y encontrar los fondos para aplicar los programas y sostenerlos.

Es ante este escenario real, de presupuestos limitados y necesidad de pactos políticos, que los dirigentes deportivos desarrollan estrategias. Desde abajo hacia arriba, las federaciones prestarán al Estado o el órgano rector del deporte para conseguir una buena porción de la torta del dinero destinado al alto rendimiento, garantizando medallas por apoyo, o explicando que sin apoyo nunca llegarán las medallas. De arriba hacia abajo, un país podrá plantearse si debe desarrollar los deportes que ya otorguen medallas, tengan tradición y popularidad, o desarrollar deportes sin tradición ni chances de éxito a corto plazo.

Ahora, en este sentido, cada país es un universo propio de legislaciones e instituciones: en Japón y Estados Unidos el deporte se organiza alrededor de las escuelas y universidades, en China alrededor del Estado y el ejército, en Argentina alrededor de los clubes y el Enard. Dentro

de esos universos particulares, microuniversos: cada país tiene federaciones más fuertes, con más tradición, más organizadas y capacitadas para conseguir financiamiento (en Argentina “es único que un país tenga más jugadoras de hockey que atletas o nadadores”, escribe Arsenio, pero federaciones con pocos integrantes, como la vela, también han sabido organizarse), y otras que dependen completamente del Estado para no desaparecer. El Estado debe tomar decisiones complejas que a menudo no satisfacen a nadie, y a menudo se dejan llevar por la seducción del éxito antes que por la planificación a largo plazo (más vale medalla en foto, piensan los políticos, que cien volando en el horizonte lejano...).

El Enard llegó a Argentina, en ese sentido, para ordenar un poco el sistema deportivo del alto rendimiento: la división de los fondos públicos que se disputaban las federaciones de cada deporte ahora las reparte un organismo autárquico, que procura ampliar la oferta deportiva de excelencia a la vez que intenta no dejar sin apoyo a las federaciones exitosas: procura ser ecuánime y a la vez otorga presupuestos en base a programas concretos, con objetivos mensurables, un movimiento sísmico respecto a un pasado no tan lejano en el que el dinero disponible iba casi por *default* a un grupo de federaciones con peso y tradición. La mayor distribución permite a Argentina crecer en deportes postergados como pesas, natación y atletismo, que hace una débil cada recibían, en conjunto, solo el 9% del presupuesto para el alto rendimiento: todo un dato, teniendo en cuenta que son los deportes que más medallas olímpicas reparten.

Además, el sistema permite que cualquier atleta de élite tenga garantizada, por su rendimiento, su beca: su deporte no será marginado solo por no ser popular. Y la beca, pauperizada como ha quedado por las bruscas devaluaciones y recortes, representa mucho más que un aporte económico.

### 11.3. La vida de un atleta olímpico

Un atleta argentino puede subsistir gracias a los aportes públicos o privados. Los públicos son las becas, que se destinan de acuerdo a proyección y logros: en 2023, las becas para un medallista olímpico ascienden a \$200.855, pero un clasificado a los Juegos Panamericanos de 2023 cobra apenas \$64.274.<sup>8</sup> Estos apoyos, que al quedar atados al presupuesto público sufrieron fuertemente el embate inflacionario, suelen ser, salvo que haya un apoyo fuerte de las familias, insuficientes para sostenerse, motivo por el cual muchos persiguen una segunda beca (provincial o municipal) o aportes para torneos puntuales (también de la provincia o del municipio). El empobrecimiento de las becas ha marcado el regreso de las “rifas” para competir en mundiales y torneos continentales; también, de delegaciones más chicas a la hora de salir a competir “en dólares”.

---

<sup>8</sup> Los valores oficiales pueden consultarse en: <https://infoenard.org.ar/wp-content/uploads/2023/04/sistema-de-becas-04-2023.pdf>

La otra forma de complementar el aporte público es a través del sector privado: los *sponsors*. Aquí, los atletas chocan con otro muro: en un país sin cultura deportiva, poco importan la mayoría de los deportes. Cada cuatro años se vuelven codiciados por las marcas los que llegan al escenario olímpico pero, claro, no solo suelen ser arreglos temporales, además, ya han quedado muchos en el camino.

Más allá de las becas, el Enard rodea al atleta argentino de estructuras idóneas para el alto rendimiento y entrenadores capacitados, además de posibilitar viajes para entrenar y competir. Sin embargo, la actual coyuntura económica (al menos hasta el parate por la pandemia) estaba cerca de provocar el regreso de los atletas argentinos a una condición casi amateur, teniendo que trabajar para sostener sus carreras deportivas. Y esto es peligroso porque no es un escenario posible si se quiere competir entre la élite mundial. Como explica Arsenio (2008, p. 43), “cuando Johnny Weissmuller se convirtió en el primer ser humano en bajar el minuto en los 100 metros libres en París 1924, muchos se preguntaron si existía límite para el ser humano”, pero “un artículo de la época calificaba de brutal al entrenador de Weissmuller, ya que el astro nadaba 1.500 metros cinco veces a la semana, algo que hoy coincide con la rutina diaria de un cardíaco sexagenario. Si sumamos todos los entrenamientos diarios de Weissmuller, vemos que un mes de trabajo corresponde a un solo día de entrenamiento del actual *recordman* mundial de 800 y 1.500”.

La cantidad de tiempo necesaria para ser un atleta de élite lo convierte en un trabajador de tiempo completo. Y no es solo la cantidad de tiempo, sino la calidad del mismo: no entrena igual un atleta agotado por una jornada laboral que un deportista dedicado “*full time*” a su arte. Tampoco tiene las mismas posibilidades, por ejemplo, de realizar una puesta a punto (período de reducción de cargas previo a una competencia) fina, delicada, planificando al detalle los torneos de la temporada y los ciclos de descanso y picos de rendimiento a partir del calendario y no, por ejemplo, de cuando un deportista consigue vacaciones en el trabajo.

Y, claro, con la cabeza cargada de preocupaciones pensando si no lo echarán ante cada lesión que lo inhabilita para laburar. Una carta abierta de Ayelén Tarabini<sup>9</sup> reveló recientemente el calvario físico del alto rendimiento, explorado alguna vez por el periodista Hernán Sartori en su provocadora “¿Querés ser un atleta olímpico?” (Sartori, 2016), publicada en tiempos de Juegos Olímpicos 2016: relatos de una actividad que no es saludable como es llevar al cuerpo al límite y más allá para ganar un centímetro. Allí es donde los apoyos al alto rendimiento se vuelven claves: la profesionalización de los entrenamientos implica también la presencia de médicos en los entrenamientos y la posibilidad de consultar a los mejores especialistas sobre los mejores tratamientos a seguir.

Una cuestión clave porque, como explica Arsenio (2008, p. 45), en el deporte moderno “la pregunta decisiva no es hasta dónde se llegará, sino cuánto más podrá soportar el hombre, tal como lo conocemos, en su entrenamiento diario. Los porcentajes de lesiones graves, crónicas e invalidantes entre la élite deportiva son tan impresionantes como asombrosas: el 69 por ciento

<sup>9</sup> Puede consultarse en: [https://www.instagram.com/p/B\\_Dkem7JG5S/?utm\\_source=ig\\_web\\_copy\\_link](https://www.instagram.com/p/B_Dkem7JG5S/?utm_source=ig_web_copy_link)

de los 100 tenistas top masculinos y femeninos en el último lustro ha sufrido lesiones graves; el 58 por ciento de los gimnastas reporta lesiones osteo-musculares y, según un estudio realizado en Estados Unidos en los '90, en este deporte se registran casos de niñas de doce años con cuatro hernias de disco. En atletismo, se reportan casos de fractura espontánea de tibia en jóvenes, debido a los volúmenes excesivos de entrenamiento; mientras que en natación se ha llegado a planificar más de 30 kilómetros diarios, es decir, se crean seres semianfibios que pasan diariamente ocho horas de su vida en el agua".

Es lo que se precisa en el mundo de un deporte hiperespecializado, que, con apoyos del Estado o el mercado, según el país ha perseguido la excelencia hasta el límite por la gloria deportiva, las implicancias políticas del éxito y los grandes dividendos en juego. Por eso, para entrenar a ese nivel, se necesita de ciencia y tecnología al servicio del entrenamiento: también en esa área el Enard ha invertido, permitiendo el avance tanto de las estructuras y la compra de implementos (carísimos, por culpa del dólar, para los individuos) como el progreso de los entrenadores gracias a la adquisición de nuevas técnicas y conocimientos. Pero a pesar de estos progresos, la coyuntura económica y el paulatino recorte al deporte ha vuelto a producir, en el último lustro, el temido éxodo de atletas que se van a vivir a otros países donde pueden vivir mejor, llegar a fin de mes. La persecución de estas posibilidades profesionales que no son globales, sino que se encuentran en ciertos lugares (las carreras de ruta pagas y los clubes de tenis de mesa en Europa, los equipos de natación en Brasil y las universidades estadounidenses) es un problema que afecta a todo el mundo: atletas que para poder vivir del deporte tienen que dedicarse a competir cada fin de semana, a rendir al máximo cada mes en busca del premio económico que permita la subsistencia.

Ese pedido de performance máxima fin de semana tras fin de semana "aumentará exponencialmente la cuenta bancaria del atleta pero reducirá notablemente su longevidad deportiva" (Arsenio, 2008, p. 52). Pero aún entonces hay otra traba para el deportista argentino: desarrollado en inferioridad de condiciones, no es un atleta codiciado en las ligas profesionales más desarrolladas. El éxodo es pequeño, aunque se acrecienta con las crisis: Federico Bruno y Fiorella Chiappe han cruzado el charco; Santiago Grassi fue el primer argentino en participar de la segunda edición de la liga profesional de natación, la ISL; un conjunto chico de tenismesistas juegan en clubes en Europa y, por supuesto, tenistas, futbolistas, basquetbolistas, jugadores de vóley, hockey y handball han conseguido filtrarse en las principales ligas mundiales.

Sin acceso al profesionalismo, y en un país donde no hay cultura deportiva para que el mercado apueste por los deportistas, los deportistas argentinos del alto rendimiento no tienen otra forma de subsistencia que el apoyo estatal (es cierto que los comités olímpicos nacionales reciben parte de las ganancias de cada Juego Olímpico, para repartir entre las federaciones, pero son utilizados para programas de desarrollo puntuales). Cuando les alcanza (y recordemos que las becas no ofrecen aportes, y que hay que revalidarlas temporada tras temporada), les permite evadirse de la lógica desesperada de estos profesionalismos pauperizados que desgastan cabeza y físico para que el circo siga paseando de ciudad en ciudad, programar su participación

de torneos para rendir de forma óptima en los que permitan clasificar a los grandes eventos o ganar medallas, prestigio, *sponsors* y una beca mejor.

## 11.4. Los Juegos Olímpicos de la Juventud

### 11.4.1. Por qué Juegos de la Juventud

En 2018, Argentina consiguió al fin ser sede olímpica: tras varios intentos fallidos, el olimpismo llegaba a Buenos Aires, aunque en su vertiente juvenil. Los terceros Juegos Olímpicos de la Juventud de la historia llegaron a la capital federal en un momento de profunda crisis económica y recortes en el deporte que aportaron un contexto convulsionado al evento. El evento, de todos modos, fue un éxito deportivo y de audiencia, aunque la herencia que deja detrás es pesada, en particular para los bolsillos de los contribuyentes porteños.

En términos deportivos, en tanto, el evento implicó la creación de un programa inédito de apoyo a talentos nacientes, con resultados que merecen un análisis profundo: Argentina consiguió varias medallas en los Juegos producto del proyecto, pero la mayoría de los talentos reclutados abandonó la práctica deportiva tras la cita olímpica.

Pero, ¿por qué existen Juegos Olímpicos Juveniles? Existe la extendida noción de que la audiencia televisiva de los Juegos Olímpicos ha caído de manera estrepitosa. Que es algo del pasado, que ya no interesa. Que no se paralizan países como en el Mundial. La noción no es del todo respaldada por los números: es cierto que en 2008, impulsados por millones de ciudadanos chinos que encendieron sus pantallas para ver los Juegos de su casa, la teleaudiencia trepó a unos 4.400 millones de espectadores, una cifra que ni los Juegos de verano ni los de invierno pudieron volver a tocar. Pero también es cierto que desde los Juegos de 2004 el evento ha sostenido su teleaudiencia en alrededor de los 3.500 millones de espectadores en todo el globo, y que no perdió audiencia entre Londres y Río. Las cifras oficiales de los Juegos de Tokio, celebrados sin público en las gradas, aportaron datos similares.<sup>10</sup>

Esto habla de la permanencia de los Juegos en un sitio de privilegio entre los megaeventos deportivos mundiales. Además, aun señalando la “caída” entre Beijing y Río (circunstancial, según esta lectura), un evento que lleva a 3.500 millones de espectadores a sus pantallas sigue siendo un banquete para los anunciantes. También para las señales de televisión, que han perdido sostenidamente audiencia frente a las nuevas pantallas y que ven en los Juegos la chance de recuperar la gloria perdida. El dinero de la tevé y los anunciantes, entonces, no corre peligro. Y, por lo tanto, no corren real peligro los Juegos Olímpicos como evento faraónico, porque es en su gigantismo en el que se apoya esa marca tan apetecible para los *sponsors*: es el más grande evento deportivo de la historia del planeta.

---

<sup>10</sup> El propio Comité Olímpico Internacional es el que muestra la cifra de telespectadores globales. Los números de Tokio 2020 pueden consultarse en: <https://olympics.com/loc/news/olympic-games-tokyo-2020-watched-by-more-than-3-billion-people>

Sin embargo, sí observa el Comité Olímpico Internacional con cierta preocupación el aumento del promedio de edad del espectador de los Juegos. El espectador promedio de los Juegos Olímpicos es varón y mayor de 55 años (Wheaton y Thorpe, 2018, p. 2), un grupo demográfico poco atractivo para los anunciantes: es el grupo menos consumidor, junto a los adultos mayores. Las marcas buscan venderle a las mujeres de entre 30 y 40 años y, claro, a los adolescentes, los grupos de máximo consumo. En el caso de los adolescentes, además, al promocionar productos para grupos demográficos jóvenes las marcas consiguen adherir a su imagen una frescura juvenil.

En la última edición, los *ratings* entre adolescentes fueron un 57% más bajos respecto de la media nacional, y Río marcó además una caída del 30% de la audiencia de entre 18 y 34 años. Estrepitosa para un evento que se sostiene gracias al dinero de auspiciantes y televisión: si los Juegos Olímpicos permanecen relevantes, es en la mente de quienes crecieron viendo al evento como un hecho único, bañado de mística y nostalgia. Hoy hay eventos globales de casi todos los deportes, y numerosos eventos multideportivos. La competencia en el campo deportivo es ardua, y el consumidor joven se vuelca hacia nuevas expresiones, más ligadas a las actividades y preocupaciones de su generación que a lo que veían sus padres.

Esta realidad alarma al COI, que hace poco más de una década dio un paso profundo para recuperar a su audiencia juvenil fugitiva: en la 119<sup>a</sup> sesión celebrada en la Ciudad de Guatemala, en 2007, Jacques Rogge –entonces presidente de la entidad– anunció que en 2010 se celebrarían los primeros Juegos Olímpicos oficiales reservados a deportistas menores de 18 años, un evento que no tendría solo un perfil deportivo sino educativo para los competidores y para el público presente (el relato de siempre, salpicado de bellos valores olímpicos), con el objeto de establecer una base confiable de consumidores.

El Comité Olímpico Internacional siempre estimó conveniente generar una competencia en edades formativas, así como existen mundiales Sub-21, Sub-19, Sub-17 o Sub-15 en la mayoría de los deportes reconocidos por el COI. Y hasta hubo un primer intento, en 1998, como parte de los festejos del 850º aniversario de la fundación de Moscú: hasta la capital rusa llegaron 7.500 representantes menores de 17 años de 140 países para competir en los Juegos Mundiales de la Juventud, una competencia multideportiva que si bien contó con el padrinazgo del COI no se consideró de manera oficial. Argentina trajo a casa cuatro medallas, todas en tenis, gracias a la magia de dos futuros astros: Coria y Nalbandian.

Pero la experiencia no tuvo continuidad hasta que, en aquella sesión de 2007, se estableció la creación de una competencia juvenil tanto en términos de participantes como, esperaba el COI, en términos de espectadores: para ello, claro, el evento precisaba una lavada de cara, la inclusión de disciplinas emergentes, un formato más atractivo, música, show.

#### **11.4.2 Los valores jóvenes del nuevo deporte**

Al lidiar con una nueva audiencia, lo que se intenta es seducir a espectadores con hábitos diferentes. Los Juegos Olímpicos de la Juventud ofrecen por lo tanto menos deportes “tradicio-

nales”, muchos de ellos en versiones nuevas, más cortas y por lo tanto más dinámicas, vertiginosas, llenas de goles y resultados definidos en el último instante (básquet 3x3, hockey 5), adecuadas para atrapar la siempre fugitiva atención del espectador joven, que cuenta con una multiplicidad de ofertas hacia las cuales partir. Y además, los Juegos Olímpicos de la Juventud son la puerta de entrada al olimpismo para muchos deportes jóvenes y urbanos, como la escalada, el skate, BMX, breakdance: disciplinas que pasaron su vida al margen del movimiento olímpico, pero cuyo mercado creció tanto que ya no pueden ser ignoradas.

Esto es particularmente cierto en Estados Unidos. El deporte urbano se desarrolló en las urbes estadounidenses, y recién en la última década comenzó su expansión global de forma profunda. Sin embargo, Estados Unidos representa el principal ingreso televisivo para los Juegos Olímpicos, y también es, claro, el principal mercado consumidor, motivos por los que el COI no quiso esperar a ver si estas actividades emergentes se volvían globales para empezar a acercarse a ellas.

De todos modos, desde mediados de los 90 comenzó a quedar claro el potencial global de deportes como el skate y el ciclismo BMX: hasta entonces, eran actividades de nicho, realizadas por las juventudes (habitualmente, incluso, juventudes al margen) de ciertas ciudades estadounidenses. Alrededor de aquellos jóvenes se fueron desarrollando algunos negocios de venta de indumentaria y equipamiento, pero todo era, hasta ese momento, pequeño, amateur. Incluso, la mayoría de las marcas hoy globales alrededor del surf y el skate fueron formadas por practicantes que vieron temprano la veta.

Pero en 1995 ESPN comenzó a intentar capitalizar ese mercado emergente con la celebración de los primeros X Games. En sus primeras ediciones, un evento chico, con poco dinero en juego y una organización rústica. Pero, en apenas una década, los Juegos se convirtieron “libra por libra en el más valioso emprendimiento del deporte televisado”, y un favorito de las marcas “ansiosas por llegar a la elusiva audiencia de entre 12 y 19 años”, escribía en 2004 el economista Monte Burke (Burke, 2004). En apenas cuatro años, los Juegos habían aumentado 150% su audiencia, impulsado el nacimiento de ESPN2 y generado una increíble cantidad de productos que se vendían con el logo de los X Games adherido, desde DVDs hasta helados. El negocio, además, es redondo: los Juegos los organiza ESPN, por lo cual no tiene que pagar nada por los derechos televisivos. Es todo ganancia para el canal.

El despegue fue pronunciado en Estados Unidos porque la juventud norteamericana quería ver los deportes que practicaba en su barrio, en lugar de, por ejemplo, una competencia de esgrima. Eran, además, deportes con una lógica diferente: no solo eran breves y espectaculares (y rebeldes, característica irresistible para las marcas), sino que tenían un espíritu amateur, atado con alambre, un sabor a una reunión de amigos algo desquiciada, una cercanía que el deporte tradicional e hiperprofesional ya no transmitía. Y llegaban, además, imbuidos de nuevos valores: ya no importaba tanto para las nuevas juventudes ser “más rápido, más alto y más fuerte” (el modelo de la *performance* del deporte moderno) como experimentar, ser parte de una comunidad, divertirse.

El desembarco en el mundo, sin embargo, fue un proceso más lento: los deportes urbanos no se habían instalado en todo el planeta de la forma exitosa que ya lo habían hecho en Estados Unidos, con décadas de desarrollo. En Argentina, por ejemplo, los jóvenes también querían ver el deporte que practicaban en el barrio, pero ese deporte seguía siendo el fútbol. Recién esta generación ha visto una verdadera ampliación de las prácticas urbanas emergentes, y todavía sigue siendo una actividad incipiente. Sin embargo, con el impulso de su compañía madre, ESPN empujó a la globalización del deporte extremo, llevándolo a otros mercados clave, particularmente el asiático. Red Bull hizo lo mismo con otras actividades extremas, y ambas expansiones se vieron favorecidas por el alcance global que les permitió Internet: la expansión de trucos y marcas en las pruebas que durante años se hacía a través de videos caseros que se vendían de forma local, llegaba de repente a todo el mundo, cimentando la comunidad global del deporte extremo con gran velocidad desde el cambio de siglo. De la misma forma se expandieron en la última década los eSports, otro gran vector de la atención de los consumidores deportivos adolescentes y jóvenes adultos, un mercado que consume más de mil millones de dólares al año y que cuenta con más de 250 millones de jugadores.

Las cifras eran contundentes, y el COI no tardó en comenzar a introducir estas disciplinas jóvenes en su autobús olímpico. De hecho, tres de los cinco nuevos deportes de Tokio 2020 (surf, skate, escalada) pertenecen a este grupo de disciplinas jóvenes. E incluso los eSports ya han sido confirmados como parte de los Juegos Asiáticos para 2022: la discusión no es tanto si “constituyen deporte o no”; el beneficio para el movimiento olímpico de sumar estas disciplinas es claro. Por eso, en la última Carta Olímpica desapareció la regla que dictaba que, para ser un evento olímpico, el deporte debía ser traccionado por sangre.

A estos datos de la realidad, se sumaba el hecho de que la mayoría de las federaciones deportivas dependían (lo siguen haciendo) del COI, que comparte las ganancias de cada Juego con los organismos internacionales. Solo un puñado habían conseguido, en el recorrido que fue desde 1990 a 2010, independizarse de ese estipendio que llegaba cada cuatro años: el resto no había alcanzado grandes acuerdos de *sponsoreo* internacional porque, en contraste con las disciplinas emergentes, no eran deportes atractivos para las marcas.

Así fue que el COI decidió sumar a los nuevos deportes ante la evidencia de su popularidad, un proceso que comienza en aquel 2007 con la decisión de desarrollar la primera edición de los Juegos Olímpicos de la Juventud en 2010, que ya llevaba el ADN del evento: nuevos deportes, disciplinas mixtas en género y nación, un principio de universalidad que proponía que al menos haya dos competidores por país y la decisión de llevar a los países emergentes su marca a través de estos eventos, más pequeños en escala y que promovía el uso de estructuras preexistentes a las ciudades candidatas (la palabra “sustentable” comenzaba entonces a ser parte del lenguaje habitual del COI).

La primera vez de los YOG (por la sigla en inglés de Youth Olympic Games) fueron para Singapur, en lugar de para Moscú, que también quiso ser sede: la ciudad Estado asiática, uno de los principales puertos del planeta, recibió a 3.517 deportistas de 205 naciones. Argentina asistió con una delegación de 59 deportistas (26 mujeres), con Braian Toledo como abanderado

en la ceremonia inaugural. El equipo se colgó cinco medallas oficiales, además de otra en una prueba multinacional. Apenas cuatro años más tarde, los Juegos volvieron a un gigante, China: Nanjing fue sede en 2014 por encima de Poznan y Guadalajara; Argentina llegó al otro lado del mundo con 60 atletas, que trajeron 11 medallas, dos de ellas doradas. La alta cosecha del país, que estallaría en la próxima edición, tiene varias explicaciones, más allá del talento y el apoyo político: se trata de un evento que reparte muchas preseas en disciplinas inéditas, sin tradición y grandes potencias, o mixtas, donde algunos concursantes de ciertos países se llevan el beneficio de una medalla olímpica por ser parte de equipos fuertes. Además, las grandes estrellas jóvenes del deporte suelen esquivar estos juegos, considerándose ya parte de la élite adulta.

Pero a pesar de ser un evento que todavía muestra un nivel desparejo y pocos momentos deslumbrantes, los YOG han brindado a los deportistas emergentes la oportunidad de probar la competencia olímpica, como transición a los Juegos Olímpicos: en los Juegos Olímpicos de Londres 2012, 23 atletas que compitieron en los YOG de Singapur 2010 ganaron un total de 25 medallas en 11 deportes diferentes; la suma se incrementó cuatro años más tarde, en Río 2016, cuando el total de medallas logrado por los atletas de YOG se triplicó a 80 medallas, 19 de ellas doradas.

#### **11.4.3. Los Juegos en casa**

La tercera edición de los Juegos Olímpicos de la Juventud tuvo lugar en 2018 en Buenos Aires: finalmente, tras varios intentos fallidos (no consiguió completar los pasos burocráticos para ser sede en 1936 y 1940, perdió por un voto en 1956, y tampoco consiguió imponerse en 1968 y 2004), Argentina sería la casa de los Juegos Olímpicos, aunque fueran juveniles.

El hacedor era, otra vez, Gerardo Werthein, presidente del COA y principal fagonero del Enard, quien como base de la propuesta retomó el proyecto de Buenos Aires para ser sede en 2004, en particular su Corredor Olímpico, una franja ribereña de la Ciudad con la Avenida del Libertador como columna vertebral, que se iniciaba en la Avenida General Paz y llegaba más allá de Puerto Madero, y que centralizaba el grueso de las actividades competitivas en una franja de 30 kilómetros cuadrados.

El programa original de la postulación de Buenos Aires 2018 revitalizaba la frustrada idea del Corredor Olímpico que, para no generar gastos innecesarios, utilizaría 13 de las sedes alineadas en una franja casi externa al caos de la ciudad (River Plate, Boca Juniors, La Rural, Tiro Federal Argentino, GEBA, Cenard, Hipódromo de Palermo, Bosques de Palermo, Buenos Aires Golf, Club Hípico Argentino, Parque de los Niños, Parque Sarmiento y CUBA). Fuera del organigrama, se sumaba la pista de remo de Tigre y un estadio de atletismo a ser construido en Parque Roca. La Villa Olímpica se erigiría en Villa Soldati y tras la competencia se destinaría a viviendas sociales, tal como lo dejó claro Mauricio Macri a los medios internacionales en aquel momento. Esa idea fue la base para el proyecto que contó con el aval de Mauricio Macri, entonces Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, y que consiguió unir para la foto a Macri y a Cristina Fernández de Kirchner, entonces presidenta.

Buenos Aires se inscribió como candidata en marzo de 2012: habían pasado 15 años del último intento por ser sede olímpica y Argentina sabía que sus limitaciones estructurales y presupuestarias, y las profundas crisis económicas que había sufrido desde entonces el país, no permitían soñar con ser la casa de unos Juegos de adultos, pero teniendo en cuenta la decisión del COI de llevar a través de los YOG la marca olímpica a los países emergentes, y su intención de privilegiar propuestas “sustentables” desde lo ecológico y económico, Buenos Aires podía presentar un proyecto austero y posicionarse como una de las principales candidatas. Pero era una entre seis: competiría con Glasgow, Guadalajara, Medellín, Poznan y Rotterdam. Cuando llegó la elección, en 2013, Poznan, sin garantías financieras, se cayó, y el COI le bajó el pulgar a México y Holanda.

Buenos Aires ganaba fuerza: el COI aprobaba el proyecto general en cuanto a infraestructura, aunque, claro, tenía sus dudas en cuanto a las fluctuaciones económicas del país. El COI pedía que se garantizara una entidad pública que pueda financiar y cubrir cualquier déficit del presupuesto de Comité Organizador: “El presupuesto de YOG Buenos Aires, si bien carece de entendimiento de las operaciones de los Juegos, parece ser consistente con los niveles de servicio descritos en el archivo de candidatura y la mayoría de los costos clave se han tenido en cuenta. (...) Cualquier déficit en el presupuesto de YOG sería cubierto por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Las altas tasas de inflación desde 2012 hasta 2018 también serían un riesgo que tendría que abordarse en el futuro”.

Buenos Aires 2018 proponía un presupuesto balanceado: 104,69 millones de dólares para sustentar los gastos y logística propia de los Juegos y otros 126,4 millones de dólares para amortizar todas las inversiones en infraestructura permanente directamente relacionadas con la celebración del evento, la mayoría de las cuales se derivaban a la construcción de la futura Villa Olímpica en Villa Soldati. El global desembolsado (231,09 millones de dólares) se ubicaba entre los 170 millones que proponía gastar Medellín (con infraestructura heredada de los Juegos Sudamericanos 2010) y los 441 millones que anticipaba invertir Glasgow, y, decía la ciudad, el presupuesto (que al cambio representaba algo más de mil millones de pesos) implicaba solamente el 1% del presupuesto de la ciudad, un poderoso argumento que se repitió como un mantra. Tras las devaluaciones, sobreprecios y otros negociados, el costo de organizar los Juegos estallaría: hoy se pueden leer las crónicas de la increíble evolución del presupuesto casi como si fueran comedias.

La elección para la sede de 2018 se realizó el 4 de julio de 2013 en Lausana, la ciudad suiza que alberga el COI. Se realizó en dos rondas: en la primera, en la que Buenos Aires cosechó 40 de los 85 votos posibles, dejó afuera a Glasgow, que solo recibió 13 adhesiones; en el mano a mano ante los representantes colombianos, fue triunfo porteño por 49-39.

#### **11.4.4. Historia de un presupuesto**

Pero la propuesta ganadora llevaba inscrita una falacia que provocaría que en el siguiente lustro el presupuesto creciera y creciera, quedara sumido en todo tipo de sospechas y, manipulado y dibujado, perdiera transparencia: el gasto de poco más de mil millones de pesos que había

estimado la Ciudad de Buenos Aires se imaginaba con un dólar a 4,50, y ya cuando se presentó la propuesta, la moneda verde cotizaba a 5,36. Y en franca tendencia alcista: la moneda cerró el año tocando los diez pesos: el presupuesto se había duplicado como por arte de magia en cuestión de meses.

Durante dos años no hubo grandes novedades. Y en 2015, Macri asumió como presidente y dejó la jefatura de Gobierno de Buenos Aires a Horacio Rodríguez Larreta, que generó un impensado volantazo en el plan de acción pese a que ambos compartían el signo político, al colocar su mirada sobre las zonas verdes del norte de la ciudad: por eso, apuntó la mirada al Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (Cenard), ubicado en la coqueta y carísima Núñez. Con la excusa de los YOG, sin embargo, el gobierno de la ciudad comenzó a tejer la idea de construir nuevas estructuras al sur, y mudar, tras los Juegos, a los deportistas de alto rendimiento lejos de las costosas tierras de Núñez.

Sin hacer demasiado ruido, se reformuló con este fin la ubicación de los escenarios de Buenos Aires 2018: Distrito Villa Olímpica fue el nombre dado por una ley local que mudaba masivamente el corazón de los Juegos a la frontera sur de la ciudad, donde el único emplazamiento que existía era el estadio Mary Terán de Weiss, que, para colmo, finalmente no se utilizaría para ningún evento por falta de mantenimiento (eso sí, no dejaron de techarlo: originalmente presupuestado en 95 millones de pesos, el Estado terminó erogando más de 400 millones de pesos a la empresa Teximco-DAL para la construcción). El nuevo plan de operaciones generó cambios en las sedes de 33 de los 36 deportes, reubicándolos en un organigrama de cuatro parques deportivos (Palermo, Tecnópolis/Parque Sarmiento, Puerto Madero y Villa Soldati, además de cuatro subsedes en el GBA desperdigadas por San Isidro, Vicente López y Hurlingham). Y los cambios de infraestructura obligaron, claro, a una revisión de los números y a un aumento exponencial en los costos.

¿A cuánto? “Lamentablemente, Argentina no tiene un historial de prolividad en las cuentas y en ninguna de las grandes citas deportivas de los últimos 50 años hubo balances oficiales. Si algo pudo conocer la ciudadanía del discrecional uso de sus recursos debe agradecérselo a los periodistas. Así, se puede establecer que el Mundial 1978 de fútbol costó al país 520 millones de dólares, según la valiente investigación que hiciera Ezequiel Fernández Moores para la Agencia Diarios y Noticias en plena Dictadura, investigación que EFM recuperó en su libro ‘Juego, luego existo’. Tampoco hubo un informe exacto de cuánto puso la administración menemista para llevar adelante los Juegos Panamericanos de Mar del Plata 1995 y solo la reconstrucción histórica permitió calcular cifras cercanas a los 160 millones de pesos-dólares. Más acá en el tiempo, tampoco el improvisado gobierno liderado por Jorge Telerman preparó ningún documento de cierre para los muy acotados Juegos Sudamericanos 2006, organizados de apuro en Buenos Aires, que costaron unos ocho millones de dólares, casi tres veces lo pautado al aceptar un año antes el desafío de cubrir la vacante dejada por La Paz”, explicaba Ernesto Rodríguez en su página web, antes de lanzar los resultados de su investigación (Rodríguez, 2019).

En la misma, explicaba que la gestión procuró diseminar los gastos en ministerios y secretarías para enredar el seguimiento, y escondió mediante otras estrategias una serie de gastos.

Aunque Thomas Bach asegurara que los Juegos habían costado 40% menos de lo previsto, en confidencia Werthein le admitía a su aliado del COI que el costo había escalado a 650 millones de dólares. “Unos \$8.000 millones”, determinó Blanca Pallaro, integrante del equipo de investigación de La Nación, tras el cierre de los Juegos. Rodríguez llegó a una conclusión mucho más elevada: “Tras casi dos años de cruzar información oficial y oficiosa, podemos establecer que para los Juegos Olímpicos de la Juventud Buenos Aires 2018 se gastó un monto equivalente a US\$ 1.090.958.779,08 que, traspolados a la cotización actual de la moneda estadounidense según el Banco Nación, da un total de \$47.347.611.012, es decir más de 45 veces lo falsamente prometido por la dupla Macri-Werthein hace seis años en Suiza. La inmensa mayoría de lo dispensado proviene de fondos públicos: los escasos convenios de patrocinio fueron, en realidad, contraprestaciones y solo el COI aportó un fondo de asistencia US\$ 64 millones (\$2.777.600.000 al cambio de hoy) –el 28% más de lo que aportó para la anterior edición, en Nanjing 2014– para afrontar los gastos de pasajes de los deportistas, así como los traslados y estadía en hoteles de lujo de los miembros COI y su entorno” (Rodríguez, 2019). Ambas cifras exceden lo planificado y, claro, el 1% del presupuesto. De hecho, equivale a unos 50 presupuestos respecto del dinero que recibió la Agencia de Deportes en 2019...

Los que se beneficiaron de estos fondos públicos erogados durante un lustro fueron, claro, las empresas privadas que consiguieron proveer para el Estado las obras y servicios necesarios. Un proceso común en los Juegos Olímpicos, y el motivo por el cual las ciudades continúan deseando ser sede: “Con múltiples ciudades que quieren ser sede, es casi imposible de evitar que se hagan propuestas que superan lo posible, algo que es más probable aún debido a que los grupos que empujan a la candidatura representan sus intereses privados, no los de la ciudad. Estos grupos no tienen que pagar las facturas de la construcción, sino que son los que reciben los pagos al obtener las lucrativas licitaciones”, explica Andrew Zimbalist (2016, p. 36).

Agrega Rodríguez, tras analizar más de mil procesos de contratación tanto de manera directa como licitaciones y demás acuerdos por deuda efectuados por las diferentes áreas del gobierno de CABA relacionados con la realización de Buenos Aires 2018: “Muchos de los beneficiados son habituales proveedores del Estado y dos de cada tres de las empresas que integran esta selecta lista poseen vinculación directa por tener a miembros del directorio con lazos familiares, haber sido aportantes de Cambiemos en las campañas electorales de 2015 y 2017 o haberse visto envueltos en irregularidades administrativas por convenios firmados con las administraciones de CABA y Nación. Más grave aún: revisando las operativas de las compañías mencionadas en el cuadro de abajo, se encontró que 42 de ellas se beneficiaron con sobreprecios en los contratos que suscribieron con vistas a Buenos Aires 2018” (Rodríguez, 2019).

Un festín del gasto, demasiado para un evento que según el propio Macri le dijo al COI, solo precisaba de la construcción de la Villa Olímpica. Por supuesto, también la famosa Villa, que tras los Juegos iba a ser destinada a viviendas sociales, sufrió problemas: un obrero perdió la vida, costó casi tres veces lo propuesto inicialmente producto de marchas y contra-marchas y de los costos crecientes que presentaban los licitadores frente a la devaluación, y finalmente entregó, de forma tardía (los departamentos siguieron en obra hasta julio de

2019), viviendas con problemas severos, que comenzaron costando 50% más del valor de mercado para la zona y que ajustaron además su costo a la disparada del dólar (las cuotas aumentaron al ritmo de la inflación, de más del 50% durante ese 2018, para quienes habían accedido a los créditos inmobiliarios para adquirir una vivienda en el Barrio Olímpico), a pesar de lo cual la inversión no se recuperaría.

Al menos no fue un “elefante blanco”, como el que hoy se erige enfrente, en el viejo Parque Roca: allí donde Larreta mudó los Juegos para “liberar” la zona del Cenard, se construyeron una serie de edificios, muchos con tribunas temporales, y una imponente pileta olímpica, y se llevaron equipos de primer nivel para múltiples disciplinas, pero casi todo continúa hoy sin ser utilizado.

#### **11.4.5. Días de gloria**

Con todo, los Juegos fueron un enorme éxito. Gratis y con muchos eventos realizados al aire libre en los parques de la ciudad, fueron los Juegos Olímpicos de la Juventud con más espectadores en vivo, con 200 mil personas solo en aquella ceremonia inaugural en la 9 de Julio y alrededor de un millón de espectadores en total, a años luz del récord establecido en Nanjing de 610 mil espectadores. Las famosas pulseritas que permitían el acceso se agotaron antes del comienzo de las actividades.

Y también fue un éxito deportivo: Argentina conquistó 32 medallas (11 de ellas doradas) y un sinnúmero de momentos emotivos, acompañados por el calor de un inesperado fervor popular que excedió, por lejos, las expectativas organizativas haciendo chicos a los estadios diseñados.

Aunque no hay recuento oficial de medallas, parte de la decisión del COI para promover una competencia sana en su base de deportistas (además, el recuento se vuelve engoroso, porque muchas medallas llegan en los equipos de nacionalidad mixta: seis, en el caso de Argentina), el país culminó sexto en el medallero: le sacó el jugo máximo a una delegación de 142 deportistas que tuvo presencia en todos los deportes, con excepción de saltos ornamentales, ventajas de una localía que le permitió superar ampliamente el personal de las potencias, limitadas por reglamento a menos de un centenar de competidores (Rusia, el mejor del medallero con 65 preseas, trajo 93 deportistas; China movilizó 82 para quedar segunda en la lista con 41 e Italia, tercera con la misma cantidad de podios, lo logró con 83). Además, como ya hemos planteado, algunas grandes figuras del deporte juvenil se quedaron en casa y enfocaron sus cañones a competencias de mayores.

Pero no solo fue cuestión de aprovechar la localía: el éxito era resultado de una política planificada desde el Enard, que desarrolló un plan técnico en 2013 para encontrar y desarrollar talentos nacidos entre 2000 y 2003 de cara a Buenos Aires 2018. La pesquisa comenzó en enero de 2014 con el lanzamiento de un ambicioso programa para sentar las bases de la próxima generación olímpica. En una primera instancia se testearon en todo el país unos 700.000 para detectar particularidades biotípicas o destrezas específicas. En una segunda instancia, a partir de 2015, comenzó la selección en 27 campamentos específicos en los que se seleccionaron 8.000 jóvenes con talento por sobre la media en 29 deportes. Una

selección con algunas irregularidades, y la sombra de la aplicación determinista del “modelo del biotipo” tan temprano en la vida, en plena etapa de desarrollo de varones y mujeres, de la que quedaron, tras 18 meses, 142 deportistas que fueron becados entre 2015 y 2018 para convertirlos en medallistas olímpicos: entrenaron en el alto rendimiento, viajaron a competencias por todo el mundo y cobraron un ingreso, una realidad de ensueño que no vive casi ningún atleta argentino, menos en edad tan temprana.

Pero apagado el pebetero, con el objetivo cumplido, las becas del programa de apoyo a talentos de cara a Buenos Aires 2018 se interrumpieron. Tampoco se pagaron los premios prometidos. Fue habitual escuchar a los políticos preguntarles a los atletas qué necesitaban durante aquellos días, pero lejos de cristalizarse, tras los Juegos comenzó el operativo desde el oficialismo de mudar el deporte a Villa Soldati para apoderarse de las valiosas tierras en las que se erige el Cenard. El deporte se transformó en Agencia y, para entonces, tras tanta devaluación, las becas tenían un valor casi simbólico. Y comenzó un fuerte recorte de las mismas, además: apenas 27 atletas de Buenos Aires 2018 siguieron en la nómina del Enard. En ese marco, los jóvenes olímpicos comenzaron su transición hacia la élite deportiva. Muchos se cayeron del mapa.

## 11.4. La política deportiva de un país

A lo largo de este capítulo procuramos mostrar que la forma de subsistencia del deporte y sus atletas es compleja, un campo de enfrentamiento político, ideológico y financiero constante donde lo que se debate es qué modelo deportivo le conviene al país. Detrás de ese debate siempre resuena, como un eco, la pregunta: ¿por qué debería un país, y un país como Argentina, empobrecido, en crisis perpetua, financiar con el dinero público el deporte?

Cuando se ha defendido la inversión, en Argentina, ha sido a menudo mencionando al deporte como una forma de inclusión social, aunque se podría discutir que el deporte debería ser apenas una herramienta más para ello, un parche cuando la sociedad no incluye y se agrieta. ¿Y qué hay, además, del deporte como una forma de promover la buena salud de su población? Hace rato que en Argentina no se prioriza esta idea, lo que explica la desinversión de décadas en el deporte de base y la falta de una política organizada para insuflarles vida a los clubes y al deporte escolar.

Lo interesante del Enard, al menos antes de que se cambiara su regla, es que rompía con esta vieja dicotomía entre la inversión en el deporte para formar medallistas y la inversión pública en el deporte para la salud del pueblo, al funcionar al margen de las arcas estatales y sus habituales sismos. Pero el Ente Nacional de Alto Rendimiento Deportivo no es mágico: funciona en un país donde solo el 41% de sus habitantes hacen actividad física, un índice que aumenta cuando se concentra en la clase media, con su cultura *fit* (la práctica privada del deporte) y que se desploma cuando se concentra en los márgenes sociales; en un país con un altísimo índice de obesidad infantil; en un país donde más allá del fútbol no hay más de diez deportes que

despierten la atención del público, y donde ninguno de ellos, quizá a excepción del hockey de selección, es femenino.

El modelo del Enard tiene así un techo marcado por la sociedad en la que está inserto, más allá de una coyuntura económica que, ya hemos dicho, lo ubica en desventaja frente al deporte hiperprofesionalizado de las potencias económicas y deportivas, países que desde sus condiciones de vida (individuos fuertes y con tiempo de ocio) y su oferta vasta, generan más allá de las políticas públicas las condiciones para el surgimiento de talentos deportivos.

Argentina, con su cultura deportiva devastada durante años, se encuentra lejos de esos países de amplia cultura deportiva, y busca acercarse en el medallero mediante el apoyo estatal en el alto rendimiento, el modelo soviético. Se espera que el éxito de unos pocos se “derrame”, baje a las bases y les haga dejar el sillón y salir a correr (una misión en la que ha tenido más éxito Nike que María Peralta), pero sin un plan para recuperar las bases, las estructuras y el conocimiento deportivo siguen concentradas en un solo lugar, el Centro Nacional de Alto Rendimiento en Buenos Aires, y en un puñado de deportes, sin crear tradiciones que permitan la emergencia de futuros talentos, ni interés del mercado para apoyarlos. ¿Es una política pública válida (teniendo en cuenta que hoy el Enard es financiado directamente desde las arcas públicas) para un Estado de fondos escasos? ¿O a lo sumo lo que debería ser una parte de una política pública mucho más amplia que privilegie primero la salud de los descartados? Como hemos visto, no hay una sola respuesta, ni una respuesta sencilla.

## Referencias

- Arsenio, O. (2008). *Cómo formar a un atleta olímpico*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Burke, M (2 de febrero de 2004). X-treme Economics. *Forbes*.
- Fernández Moores, E. (2010). *Breve historia del deporte argentino*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- Jara, O. (2016). *Cultura Deportiva Argentina*. Buenos Aires: Fabro.
- Lupo, V. (2004). *Historia política del deporte argentino*. Buenos Aires: Corregidor.
- Pochat, V. (2012). *Coronados de Gloria: la historia inédita de las medallas olímpicas argentinas*. Buenos Aires: Corregidor.
- Rodríguez, E. (2016). *Libro II de los Juegos Olímpicos*. Buenos Aires: Deporte de la Nación.
- Rodríguez, E. (2012). *Ser Olímpico*. Buenos Aires: Ediciones Al Arco.
- Rodríguez, M. (2016). *Historia de las participaciones argentinas en los Juegos Olímpicos*. Buenos Aires: Editorial Medrano.
- Rodríguez, Ernesto (2019). *Especial Buenos Aires 2018*. Recuperado de epehctosport.com.ar
- Sartori, H. (2016). ¿Querés ser un atleta olímpico?. *Clarín*. Recuperado de [https://www.clarin.com/juegos-olimpicos-rio-2016/queres-atleta-olimpico\\_0\\_ry-JYm-Y.html](https://www.clarin.com/juegos-olimpicos-rio-2016/queres-atleta-olimpico_0_ry-JYm-Y.html)
- Scher, A.; Blanco, G. y Búlico, J. (2010). *Deporte Nacional. Dos siglos de historia*. Buenos Aires: Emecé.

- Wheaton, B., Thorpe, H. (2018). Action Sport Media Consumption Trends Across Generations: Exploring the Olympic Audience and the Impact of Action Sports Inclusion. *Communication and Sport*, 1-31.
- Zimbalist, Andrew (2016). *Circus Maximus. The economic gamble behind hosting the Olympic Games and the World Cup*. Washington DC: Brookings.

## El autor

### **Garay, Pedro**

Técnico Superior en Periodismo Deportivo, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

Profesor Adjunto, Seminario “Juegos Olímpicos: otros deportes, otras historias”, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

Periodista. Cubrió los Juegos Panamericanos de Toronto 2015, los Juegos Olímpicos de Río 2016 y los Juegos Olímpicos de la Juventud Buenos Aires 2018 para el diario El Día de La Plata y otros medios.

Garay, Pedro

El mito olímpico : una aproximación crítica a la historia de los Juegos / Pedro Garay. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata ; La Plata : EDULP, 2025.

Libro digital, PDF - (Libros de cátedra)

Archivo Digital: descarga  
ISBN 978-950-34-2538-1

1. Juegos Olímpicos. 2. Deportes. 3. Neoliberalismo. I. Título.  
CDD 796

Diseño de tapa: Dirección de Comunicación Visual de la UNLP

Universidad Nacional de La Plata – Editorial de la Universidad de La Plata  
48 N.º 551-599 / La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina  
+54 221 644 7150  
[edulp.editorial@gmail.com](mailto:edulp.editorial@gmail.com)  
[www.editorial.unlp.edu.ar](http://www.editorial.unlp.edu.ar)

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Primera edición, 2025  
ISBN 978-950-34-2538-1  
© 2025 - Edulp

**S**  
sociales

  
**edulp**  
EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA